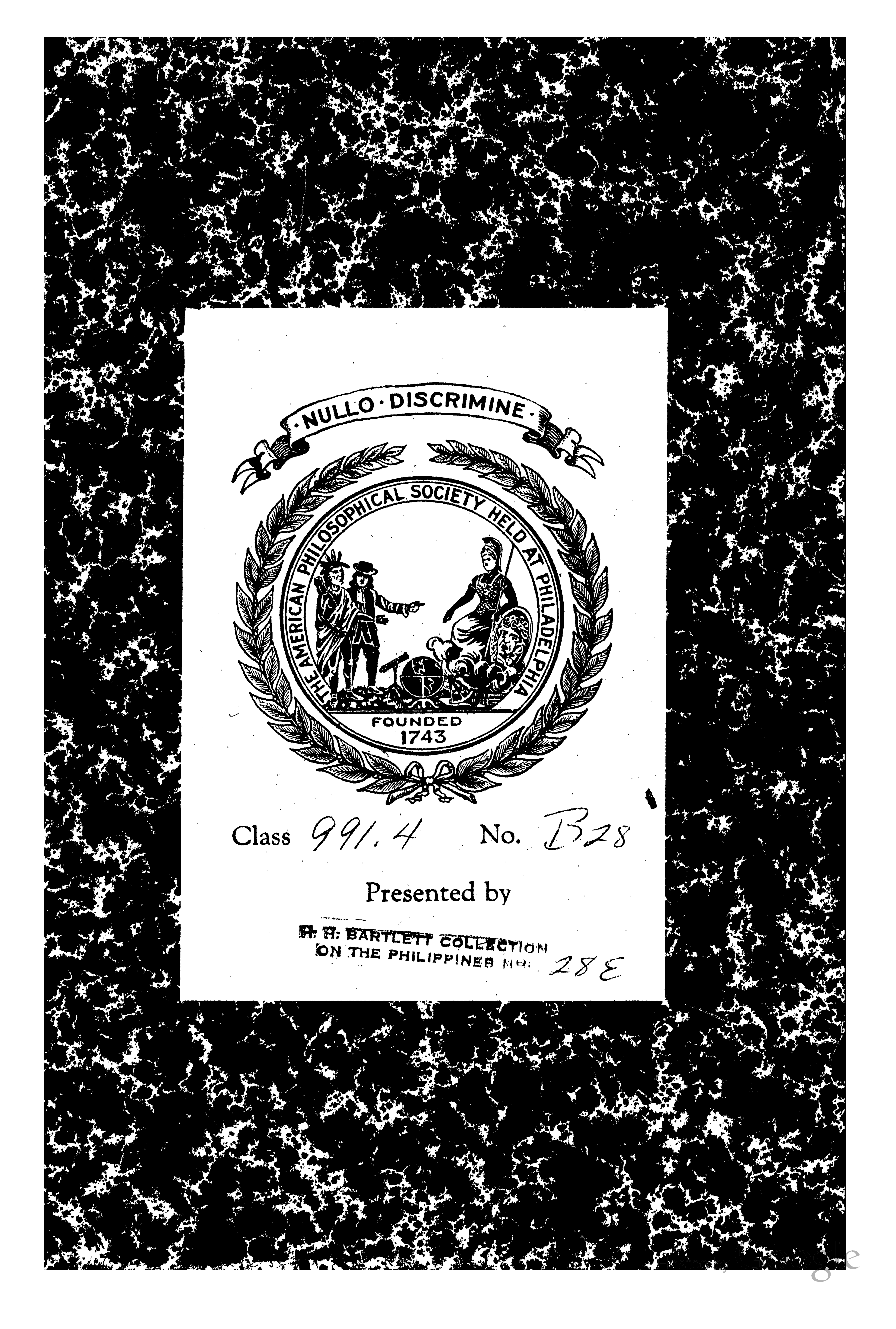
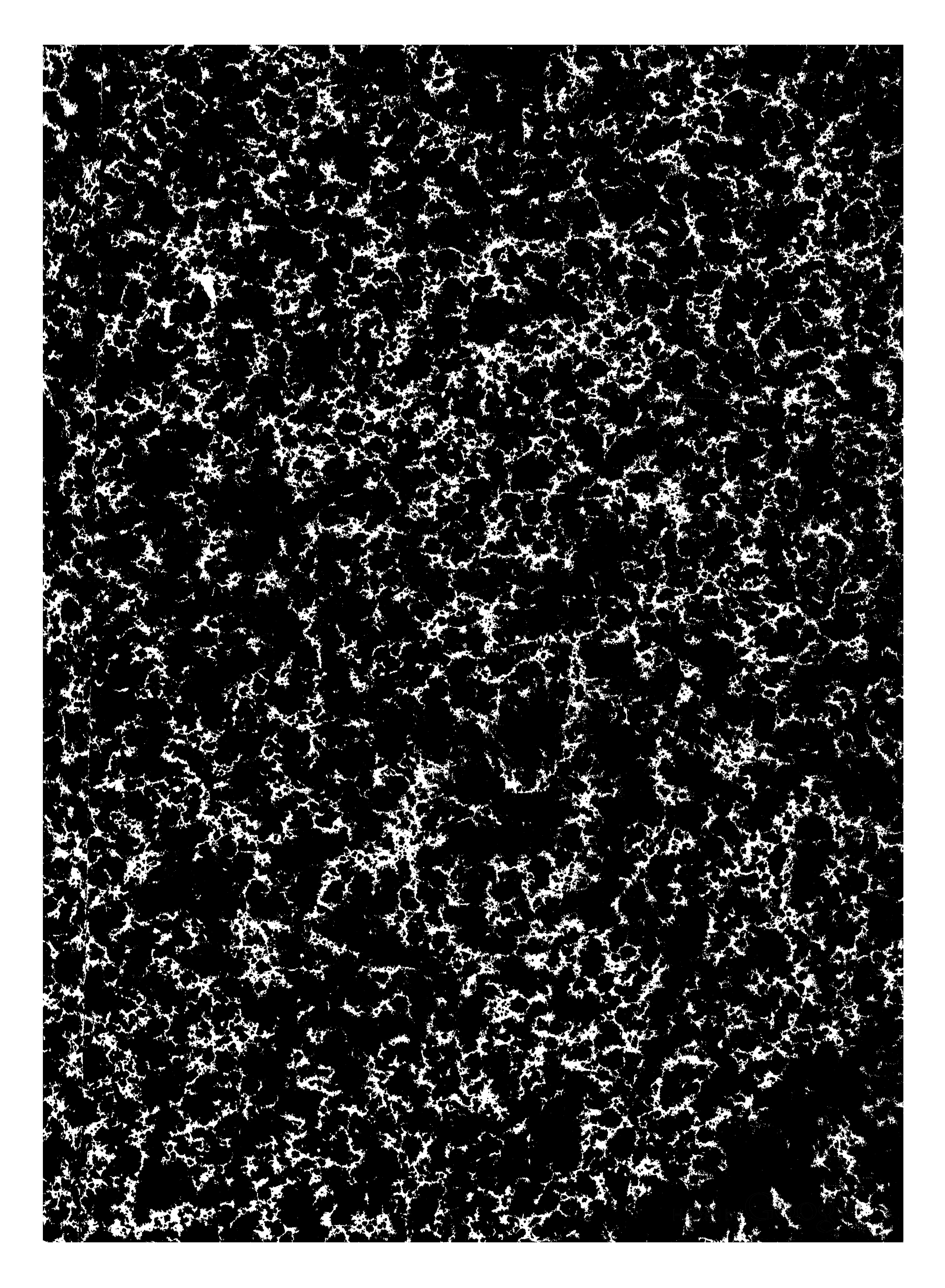


·NULLO·DISCRIMINE·
THE AMERICAN PHILOSOPHICAL SOCIETY HELD AT PHILADELPHIA
FOUNDED
1743



P

H. H. Bartlett
27 Oct. 1936

RELACIÓN

DE LAS

ISLAS FILIPINAS

BIBLIOTECA DE LA «REVISTA CATÓLICA DE FILIPINAS»

RELACIÓN

DE LAS

ISLAS FILIPINAS

Y DE LO QUE EN ELLAS HAN TRABAJADO

LOS

PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DEL

P. PEDRO CHIRINO

PROCURADOR DE LA MISMA COMPAÑÍA DE ESTAS ISLAS.

Roma Año MDCIV

2.ª EDICIÓN

MANILA

IMPRENTA DE D. ESTEBAN BALBÁS

Letrán, número 17, esquina á la Real

1890

BIBLIOTECA DE LA «REVISTA CATÓLICA DE FILIPINAS»

RELACIÓN

DE LAS

ISLAS FILIPINAS

Y DE LO QUE EN ELLAS HAN TRABAJADO

LOS

PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DEL

P. PEDRO CHIRINO

PROCURADOR DE LA MISMA COMPAÑÍA DE ESTAS ISLAS.

Roma Año MDCIV

2.ª EDICIÓN

MANILA

IMPRENTA DE D. ESTEBAN BALBÁS

Letrán, número 17, esquina á la Real

1890

1961 1697

La presente relación de las Islas Filipinas compuesta por el P. Pedro Chirino, revisada por tres teólogos de nuestra Compañía, puede ver la luz pública, si así pareciere al Reverendísimo Monseñor Vicegerente y al Reverendísimo P. M. del Sacro Palacio.

Claudio Aquaviva,
Prepósito general S. J.

Imprimatur si placet R. P. Magistro Sac. Palatii B. Gypsius Vicesgerens.

Narrationem istam de rebus Philippinarum a R. Adm. Patre Petro Chirino Societatis Jesu editam, cum perlegissem, nihil in ea, ut mihi videtur, reperi Orthodoxae Fidei aut Ecclesiae decretis, vel bonis moribus adversum; quin potius diligentiam, eruditionem, ac pietatem non modicam in auctore et opere laudo.

Fr. Thomas Maluenda Ord. Praedicatorum. Imprimatur Fr. Jo. Maria Mag. Sac. Pal. Apost.

RELACIÓN

DE LAS

ISLAS FILIPINAS

Y DE LO QUE EN ELLAS HAN TRABAJADO

LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DIRIGIDA

á N. Muy R. P. Claudio Aquaviva

PREPÓSITO GENERAL DE LA MISMA COMPAÑÍA

POR EL P. CHIRINO, PROCURADOR DE ESTAS ISLAS

Habiendo de dar cuenta á V. P. del estado y punto, en que está nuestra mínima Compañía en las Filipinas (por la obligación de mi oficio de Procurador, enviado para esto el Julio pasado de seiscientos dos y como persona que he gastado en ellas catorce años de lo mejor de mi vida,) seguiré el hilo de los sucesos que la Compañía ha tenido en aquellas partes; y de los trabajos que ha pasado en la predicación de nuestra santa fe, y del aumento que la misma Compañía ha recibido á vueltas del que ha procurado para la Santa Iglesia. Y aunque para la mejor comodidad de esta mi relación comenzaré de la primera entrada de nuestra religión en aquellas islas: y trataré de ellas, y de sus calidades, y de las naciones, y gentes que las habitan; y tocaré algunas historias y acontecimientos, que en ellas ha habido; harélo sólo apuntando lo que con brevedad hará á

mi propósito. Porque la historia copiosa, y cumplida de aquellas islas tiene escrita con gran cuidado, verdad y elocuencia, el Dr. Antonio de Morga, del Consejo del rey católico, y su oidor en la Real Chancillería de Manila. Y sin eso, y con eso no es de mi obligación y profesión escribirla: aunque cierto hay en ella cosas grandiosas, raras y admirables; y tan dignas cuanto gustosas de saber. Cierto estoy que no dejarán de serlo al gusto de V. R. las de esta breve relación: tanto más, cuanto más está enterado de la fidelidad y verdad, con que aquellos sus hijos en aquellos últimos fines de la tierra sirven á nuestro Señor, el cual nos guarde á V. P.



Capítulo I.

DEL NOMBRE DE LAS FILIPINAS, DE SU DESCUBRIMIENTO Y SITIO.

Son las Filipinas parte de las muchas islas, que los nuevos cosmógrafos dan por adyacentes á la Asia; como las Canarias y Terceras á la África: y las de Inglaterra y Escocia, Hibernia, Irlanda, Olanda, Gelanda y las Órcadas á la Europa. Son algunas de las de aquel grande Archipiélago de islas que atravesadas en la Equinoccial ó Tórrida Zona; y corriendo á lo largo las costas de la gran China y de la India, se rematan por la banda del Norte en las de Japón, que pasan de los 40 grados: y por la del Sur hasta ahora no se le conoce término. Están estas Filipinas entre las Malucas y las del Japón; y es cosa maravillosa que habiendo la industria y diligencia de los Portugueses descubierto, navegado y poblado al Maluco y la China y Japón, que son como los extremos, y circunferencia, no tuviesen noticia del medio ó centro, que son las Filipinas. Aunque es verdad, que la tuvieron de la de Burney; que es la última de ellas hacia el Sur. Mas no pararon en ella por ir encaminados á las del Maluco, con la codicia de la especiería, y drogas que allí se dan con tanta abundancia. Pero esta misma codicia de las drogas hizo, que los españoles ó castellanos, descubriesen y poblasen las Filipinas, como es notorio. Porque yendo Hernando Magallanes, en tiempo del emperador Carlos V., á buscar las dichas drogas de Maluco para la corona de Castilla, dió en la isla de Sebú, donde, aunque le costó la vida, dió ocasión á que se hiciese aquella jornada desde la Nueva España: ahorrando el rodeo del estrecho y la navegación de

acá de España. Como la hizo luego Villalobos, cuya armada desbarató Nuestro Señor y el Capitán y gente aportaron destrozados al Maluco. Donde la necesidad les forzó á entremeterse con los Portugueses y quedarse con ellos. De esta armada era el P. Cosme de Torres nuestro famoso apóstol del Japón: á quien el B. P. Francisco halló en el Maluco y le recibió en su compañía, y en la de nuestra religión. Porfiaron tercera vez los castellanos á enviar segunda armada de la Nueva España en la misma demanda: la cual con el aviso y experiencia de las dos pasadas, sabía bien el paraje de Sebú; y así vino á surgir en él. Y Dios que los quería no para el Maluco, sino para las Filipinas les hizo, que dejando por entonces el cuidado del Maluco, las poblasen á ellas y las redujesen al gremio de la iglesia y de la corona de Castilla. Poniéndole nombre de Filipinas por respeto y memoria en lo futuro del Rey Filipo II; en cuyo tiempo se hizo esta tercera jornada, descubrimiento y reducción, lo cual hicieron solos quinientos Españoles con seis Religiosos Agustinos, Santos y doctos, uno de los cuales fué el R. P. Fr. Martín de Herrada gran cosmógrafo y matemático; pero mayor santo y verdaderamente varón apostólico: que fué el primero que hizo cristianos en las Filipinas, y les predicó á Jesucristo en su lengua, de la cual hizo el primer vocabulario, que yo he visto y estudiado por él.

Capítulo II.

LA INVENCIÓN DE UN NIÑO JESÚS QUE DIÓ NOMBRE Á LA CIUDAD DE SEBÚ: Y DE LOS SANTOS PATRONOS DELLA Y DE MANILA.

La ciudad de los indios en el puerto de Sebú, en este tiempo, era tan grande y populosa que corría más de una legua por largo de la playa, donde agora está la de los españoles y su fortaleza. Como los indios tenían ya noticia de las veces pasadas del valor de ellos y estaban amedrentados por la traición con que habían muerto los años atrás á Magallanes, temieron esta vez á los nuestros. Así en viendo nuestras naos hicieron la resistencia que pudieron con sus arcos y flechas, lanzas y paveses (que eran sus armas) para que los nuestros no saltaran en tierra. Mas viendo los nuestros que por bien no querían, disparando algunas piezas al aire, los espantaron de modo, que desampararon las casas y se metieron la tierra adentro, huyendo. Los nuestros con esto saltaron sin estorbo en tierra y se dieron á buscar refresco por las casas (como suelen los que llegan de larga navegación.) Andando en esto un Vizcaíno rebolviendo los trastos y alhajas de una, halló en una cesta, entre otras cosas, una imagen de bulto del sagrado niño Jesús, que se presume había quedado por despojos de la devoción de algún buen soldado de la primera armada de Magallanes. Y los indios, parte con la novedad de la imagen, que entendían ser el Dios de los cristianos, parte con el respeto y reverencia que el mismo Señor les puso, le tenían en gran veneración (como después se supo de ellos) y acudían á Él en sus necesidades, haciéndole sus sacrificios á su modo, y ungiéndolo con sus

aceites (como solían á sus ídolos.) Y usando de su acostumbrada clemencia, con los que le honraban sin conocerle, el que la usó con los que desconociéndole, juntamente le injuriaron, les socorría liberalísimamente en sus necesidades, en señal y prenda de las mayores mercedes, que con su conocimiento y fe les tenía señaladas y guardadas para estos tiempos, de que ahora gozan. Por lo cual usaban mucho acudir á él en ellas; nombrándole el Diuata de los Castillas, que entre ellos el Diuata es el Dios, á quien los de Manila llaman Bathala, ó Anito, como despues veremos. En viendo el buen Vizcaíno el santo niño (lleno de un nuevo gozo y alegría y queriendo dar de ella parte á los demás de la armada) comenzó á decir á voces de su lenguaje gracioso; juras á Dios, Hijo de Dios has hallado. Tomaron luego los religiosos la imagen (teniéndolo por buen pronóstico) nombrando por su respeto y devoción, á la ciudad que fundaron, del santísimo nombre de Jesús: lo colocaron en la iglesia de su orden, que se le fabricó en ella, donde está en suma veneración; y ha hecho y hace muchos milagros; particularmente en ocasiones de partos. Por donde, con donaire y piedad, le llaman el partero. Sácanle cada año en procesión muy solemne de la iglesia de San Agustín al lugar donde fué hallado, en el cual tienen una capilla. Y esto se hace al mismo día que todo esto sucedió, que fué á veintinueve de Abril, día del glorioso mártir San Vital. Al cual aquella ciudad tiene por su patrón y como á tal este día le hace solemne fiesta. Saca el Pendón de la Ciudad uno de los Regidores, que para este efecto se nombra cada año. Este saca librea este día y hace convite público. Córrense toros y hácense otras fiestas y regocijos públicos acompañados con muchas invenciones de juegos de fuego y ruedas y cohetes, que hacen la víspera en la noche los sangleyes. Que en esto hacen cosas muy para ver y que parecen más que naturales. Semejantes fiestas hace la ciudad de Manila el día del glorioso Apóstol San Andrés á quien tomó por patrón, con ocasión que en su día fué libre esta ciudad del cerco, que sobre ella tenía el cosario Limahón, en tiempo que ella ni tenía fortaleza, ni muros, ni aún casas de piedra: ni eran más los españoles en todas aquellas islas, que 500 (como yo lo oí decir á uno de ellos). Y estos solos hicieron retirar al enemigo (que traía más de mil hombres de pelea) de sobre la ciudad; y aún fue-

ron en su seguimiento, y lo apretaron de modo (cerrándole el río de Pangasinán, donde se había metido con sus navíos), que le fué forzoso para huir la furia de los nuestros, hacer (sin que ellos lo sintiesen) navíos ligeros dentro de su fuerte, los cuales afirman, que los calafateó con sangre propia, por falta de brea, y á hombros los llevaron algunas leguas por tierra, hasta ponerse con ellos en la mar, y huir á velas tendidas, dejándose en el río sus navíos y desmantelando sus fuertes y reales, donde los nuestros hallaron algunos despojos: de los cuales yo ví después alguna parte. Mas no fué tanto el contento desta presa, cuanto el pesar de que se les hubiese escapado el enemigo, á quien tenían tan en las manos. Pero él fué tan escarmentado que no volvió más.

Algunos años después se trató de eligir otro patrón contra los huracanes que allá llaman *vaguios*, y los portugueses *tufones*, que son unos vientos furiosos, que comenzando ordinariamente del Norte, ruedan por el Poniente y Sur; hasta dar una vuelta á toda la aguja, espacio de 20 horas ó más.

Es un día de juicio, un día destos; y mucho peor si es noche. Particularmente en casas de madera. Porque las hace crujir á unas, á otras las ladea y recuesta, y á otras (lo más ordinario) las desbarata y hecha por tierra. La Catedral de Manila para de prestado se había hecho con asistencia del Obispo de Yucatán, que entonces era Deán de allí, de unos posteles de árboles fortísimos que dos hombres no los abrazaran, y en esta proporción todo el maderado de arriba y de abajo. Y con ser nueva y recién hecha la desbarató en medio cuarto de hora uno de estos *tufones*, que no dejó sino solo el tabernáculo del Santísimo Sacramento entre cuatro posteles. Y aun mató algunas personas, que huyendo de sus casas (que se les caían encima) se acogieron por más seguridad á la iglesia. Acaeció meter las naves de la bahía más de un tiro de piedra la tierra adentro, y si cogía alguna persona en hiesta se la llevaba como una paja. Por remediar tan grande vejación se echaron suertes con gran solemnidad y concurso de todos estados, y en ellas salió la gloriosísima Virgen Santa Potenciana, no sin gran misterio, porque en oyéndola nombrar, y el día en que cae (que es á 19 de Mayo) uno de los primeros pobladores se levantó en pié, y dijo: este día fué el primero que entramos en Manila. Por donde se enten-

dió que Nuestro Señor quería advertir de la obligación que se tenía á esta gloriosa Santa. Y confirmólo el suceso: porque desde entonces ha habido notable mejoría en esto, reconociendo los tiempos y el furor de los vientos el favor y patrocinio de esta Santa Virgen.



Capítulo III.

COMO LOS ESPAÑOLES SE EXTENDIERON POR TODAS LAS FILIPINAS HASTÀ MANILA.

No estuvieron mucho tiempo los sebuanes retirados. Que asegurándose de la buena compañía que les habían de hacer los españoles y de que con ella tenían muchas comodidades que les faltaban, defensa y ayuda contra sus enemigos, y paz entre las mismas islas (de que estaban tán deseosos: cuanto cansados ya de las inportunas y continuas guerras y daños que unos á otros se hacían) fueron acudiendo (y se comenzaron á bautizar y ayudar á los españoles y tratar con ellos con tanta hermandad y confianza, que ya apetecían la honra que les podía venir de emparentar con ellos, y servirles con lo demás de su industria y tierra) no solo proveyéndoles de lo necesario para el sustento, más también sirviéndoles de guías para reconocer y ganar las demás islas hasta la de Manila, que era la principal y cabecera de todas ellas. Por esto son los sebuanes privilegiados y exentos de tributo, en premio y correspondencia de su buen servicio y lealtad. En la entrada y pacificación de estas islas hubo harta resistencia y muertes de algunos de los nuestros; más todavía los pocos que he dicho lo allanaron y señorearon todo. Y comenzaron á plantar nuestra Santa fe, reduciendo con buen modo los pueblos y sus cabezas á la obediencia de la iglesia y de la corona de Castilla. El modo que tenían era conforme al uso de estas naciones en el travar las amistades: no tan propio suyo que no haya sido también de aquellos antiquísimos gentiles, de quien hallamos mención en graves autores. Los que en

nombre de los demás hacían las paces y establecían los conciertos de perpétua amistad, se picaban y herían los brazos, llegándose el indio á chupar la sangre del español, y el español la del indio. Así quedaban ya como de una misma sangre y más que hermanos: á que ellos llaman *sandugo*, que quiere decir consanguíneo ó de una misma sangre.



CAPÍTULO IV.

DE LA ENTRADA DE LOS PP. DE LA COMPAÑÍA EN LAS FILIPINAS.

Hallóse muy buena disposición en estas islas tanto para hacer asiento en ellas los españoles, cuanto para poblarse de eclesiásticos y religiosos. Para lo primero por ser las islas muchas y muy pobladas de gente; aunque en lo común no muy rica, pero que usaba vestir seda, algodón y traer piezas de oro, no solo de chapas y broches en el vestido, y ricos collares, y orejeras ó arracadas, sortijas y axorcas en el cuello, orejas manos y pies (así hombres como mujeres) sino aún en los mismos dientes usaban y usan hoy entremeter el oro para ornato y gala. Y aunque de las demás galas, que usan se ofrecían cosas particulares y curiosas que poder escribir, parece digno de apuntarse el uso que tienen de traer axorcas en las gargantas de los pies. Que parece ser puntualmente lo que los antiquarios escriben, que hubo naciones que usaron del oro en vez de grillos y cadenas, particularmente los nobles. Lo segundo de los dientes que aunque eran bárbaros en quitar la natural candidez y blancura que Dios puso en los dientes para hermosura del hombre, por otra parte se mostraban grandemente advertidos y políticos en procurarlos conservar, como instrumentos necesarios para la conservación de salud y vida. Y así son diligentísimos en enexaguarse y limpiarse muchas veces los dientes despues de comer, y en levantarse con este mismo cuidado por las mañanas. Para este mismo fin los adoban, y componen de esta manera: desde pequeños se los liman y afilan, ó dejándolos todos parejos, ó sacándolos todos en punta á ma-

nera de sierra, aunque esto segundo no lo hacen los más cortesanos: pero todos los cubren de un barniz, ó negro lustroso, ó colorado encendido, con que quedan los dientes, ó negros como azabache, ó rojos como bermellón ó rubí. En el orden de arriba, casi al medio del diente, hacen un taladro el cual después lo reinchen de oro, quedando aquella gota, y punta de oro resplandeciendo en medio del diente negro, que á ellos les parece hermosísimo, y á nosotros no mal. Era y es gente muy sagaz y diestra en el tratar, y contratar y comprar y vender, aplicada á cualesquiera granjerías, y no menos á la labranza y crianza en orden á esas mismas granjerías. Tenían no solo grandes cosechas de arroz, que es el pan ordinario, sino de algodón de que se visten y hacen grandes telas, que han sido y son hoy muy estimadas en la nueva España. Con esto la juzgaron por gente idónea para haber de ella gruesos aprovechamientos, y no se engañaron; porque de los de solas telas de algodón, que allá llaman *lompotes*, hubo encomendero que dejó de hacienda más de 150.000 pesos en pocos años. La tierra no solo, de bueno favorable y sano cielo, sino fértil y rica. Porqué demás de tener muchas minas y lavaderos de oro, de que hacen poco caso, por las sedas de la China, que les son de más ganancia, es muy abundante de gallinas; que además de las caseras, que se crían en abundancia y valen muy baratas, los campos están llenos de ellas, y demás de los puercos domésticos, que son infinitos, los de monte son sin número grandes y gruesos, y sirven de manteca como los domésticos. Y demás de muchas cabras que se crían con industria y paren de dos en dos los cabritos, y dos veces en el año; hay islas enteras dellas. De búfalos, que allá llaman carabaos, fuera de los domésticos, y mansos, son muchos los montaraces, los cuales aunque sirven de lo mismo que en Europa, tienen algo menos de fealdad y particular grandeza en los cuernos, porque son tres veces más largos de los de por acá. Con una admirable destreza en herir con ellos, hincando la barba en el pecho, y en levantar del suelo con la punta cualquier cosa por pequeña que sea. Mas con todo eso los cazan y matan indios y españoles, y su carne fresca y tasajos son tan buenos como muy regalada vaca. Los venados son tantos que hacen cargazones de sus pellejos en estas islas los japones para llevar á las suyas. El mar abundantísimo de mucho

vario y muy regalado pescado. Los árboles y frutas, legumbres y hortalizas, muchísimas y en particular los plátanos, de los cuales hay tantas diferencias y especies, como acá en Europa de manzanas ó de cualquiera de las demás frutas. De naranjas hay unas seis ú ocho especies: una de las cuales es la famosa de las naranjas tan grandes, como grandes melones ó calabazas, de las cuales unas son blancas en lo interior como limas, y otras rojas como las naranjas de acá son amarillas; y tan sabrosas las unas y las otras, como muy regaladas uvas colgadas. Porque las frutas de por allá, aunque de diferente especie y figura de las de acá, en el sabor tiran mucho al gusto de algunas de las de Europa. Las palmas, de que también hay muchas y varias especies y diferencias, son las viñas y olivares de aquella tierra. Porque dejando otros usos y provechos de este árbol, de él sacan el vino y vinagre y aceite, que no solo sustenta con grandísima abundancia toda aquella tierra, sino que se carga y lleva fuera para proveer otras comarcas, en especial el vino al Japón, Maluco y Nueva España; del mismo árbol se sacan las jarcias de las naos. Para la fábrica de las cuales hay tanta abundancia de los materiales y artífices necesarios, que una nao que en Nueva España ó Perú tiene de costo cincuenta y sesenta mil pesos y se tarda en fabricar algunos años, en Filipinas, se hace en menos de uno y con menos costo de ocho mil. Las cañas es otro milagro de por sí, en particular las que llaman *cauayan*, cuya grandeza y groseza es increible. No diré lo que he visto de ella espacio de catorce años: sino lo que agora me dijo en Lisboa uno de nuestra Compañía, tratando yo desto. Que en el río de Londres había visto una nave, que tenía por bomba una de estas cañas. Fuera de Plinio antiquísimo, que hace mucha mención dellas, hay modernos que testifican esta grandeza, en particular uno, que por información de los de esta nación, que con tanto daño nuestro y peligro suyo en estos años han corrido estos mares, ha hecho historia destas cañas y de las plantas y frutos de aquel nuevo mundo y pintádolo todo con mucha propiedad. Con ser tanta la grandeza desta caña, es tan manual el servicio de ella, que sirve en todo cuanto es necesario al uso de la vida, desde la barca y la casa, que toda entera con todas sus partes se hace de esta caña, hasta la olla en que guisan, que no puede ser más á mi juicio. Y parece pun

tualmente corresponder á lo que el mismo Plinio escribe del junco y del papiro y de sus usos. Y más por lo que hallamos dentro del güeco de estas cañas, que son unas telas como papel muy batido y bruñido, en que yo algunas veces he escrito. En otras se halla un jugo ó licor que se bebe por regalo. Y no es mucho que en el güeco de una caña esté depositada tanta abundancia; pues así como en otras regiones son los árboles necesitados de riego, en esta de las Filipinas se hallan algunos que lo dan y sirven de fuente perpetua á un pueblo entero, estando como están en lugares altos y al parecer secos; pues en toda aquella comarca no se halla otro ningún manantial. El beneficio que les hacen para recibirlo del árbol es, darle unas sajas ó cuchilladas por el tronco y ramas gruesas, por las cuales se destila y corre el agua clara y dulce, cuanta han menester. Pero volviendo á las cañas, en nuestra iglesia de Manila servían dos escaleras, que cada una no tenía más que dos cañas de ocho brazas de largo, antes más que menos y los pasos eran tiras ó listas sacadas de la misma caña. Servían de colgar la iglesia y sustentaba cada una dos y tres hombres que la colgaban, sin que fuese menester puntal, que la sustentase. Tenía de ruedo cada caña, por lo más bajo, casi tres palmos, que de diámetro ó traviesa sería como un palmo. Son estas escaleras acomodadas para este menester; porqüé siendo como son fuertes, por ser huecas, no son de mucho peso, ni difíciles de mudarse. Destas cañas se hacen los azotes en la China, que á tres ó cuatro golpes matan á un hombre.

Con esta abundancia y riqueza se juntó la vecindad de la China, de la India, de Japón, de Malaca y de Maluco. Porque de la China no solo comenzaron á traer la riqueza de sus sedas y loza, luego que vieron la de nuestros reales de á cuatro y de ocho; sino que proveyeron las islas de ganado vacuno, que en ellas ha multiplicado mucho y se han hecho gruesas haciendas, y de caballos y yeguas, de bastimentos, metales, frutas, conservas, regalos y hasta de tinta y papel; y lo que es más, de oficiales de todos oficios, todos diestros, ágiles y baratos, desde médicos y barberos, hasta llevacargas y ganapanes. Porque ellos son los sastres, los zapateros, los herreros, plateros, escultores, cerrajeros, pintores, albañiles, tejedores y finalmente todo el servicio de la república: tan devalde que un par de zapatos

no vale más que dos reales, haciéndose en tanta abundancia que no ha faltado quien ha cargado de ellos para la Nueva España. De la India, de Malaca y de Maluco, le vienen á Manila los esclavos y esclavas, blancos y negros, niños pequeños y de mayor edad; ellos industriosos y serviciales y muchos buenos músicos; ellas grandes costureras, cocineras y conserveras y de servicio muy aseado y limpio. Viénenle las drogas y especería, las piedras preciosas, el marfil, las perlas, aljófar, alfombras y otras riquezas. Y del Japón mucho trigo y harina, plata, metales, salitre, armas y otras muchas curiosidades: todo lo cual ha hecho y hace cómoda y de codicia á los hombres la habitación de esta tierra: y verdaderamente es otra Tiro, tan engrandecida por Ezequiel.

Para los religiosos, que es lo segundo, hubo luego desde sus principios muy buena disposición en la que tantos isleños mostraron abrazando también la fé, que no bastando muchos y muy buenos ministros de ella, que luego envió allá la sagrada religión de San Agustín, ni la del Seráfico P. San Francisco, que el año de 1580 tenían ya allá casas y hechos muchos cristianos, fueron menester los de la Compañía de Jesús. A los cuales llevó este año el primer obispo de estas islas D. Fr. Domingo de Salazar religioso del orden de Santo Domingo, que después murió, arzobispo de Manila, en la ciudad de Toledo. Este gran Prelado habiendo ido de su provincia de México á tratar con el rey católico D. Felipe II negocios graves y siendo nombrado por S. M. Obispo de Filipinas, pidió luego al rey gente de la Compañía para llevar allá consigo, como consta de la misma provisión real que se les dió en la Nueva España y así sacó della consigo á los primeros de la Compañía que entraron en estas islas, que fueron el P. Antonio Sedeño, y el P. Alonso Sánchez. Entraron nuestros dos padres en la ciudad de Manila, sin manteos (como yo lo oí decir al mismo P. Antonio Sedeño, encareciendo su pobreza) porque los que habían sacado de México, se les habían gastado y podrido en el viaje. Fueronse á posar á San Francisco, donde aquellos benditos padres los tuvieron con mucha caridad, hasta que hallaron casa: la cual tomaron en un arrabal, una milla de Manila, llamado Laguio, bien pobre y estrecha: y tan mal alhajada, que la misma arca donde guardaban los libros, era la mesa en que comían. Lo que comían por muchos días fué solo arroz cocido en

agua sola sin sal, ni aceite, ni carne, ni pescado ni aun un huevo, ni otra cosa alguna; y algunas veces por regalo alcanzaban unas sardinas saladas. Más el buen Obispo que los había llevado, no los dejó mucho tiempo así desacomodados. Porque no solo nos dió su librería é hizo otras limosnas y mercedes de verdadero Padre, sino que luego trató de mejorarnos la habitación, aunque en el mismo sitio, por la inclinación que halló en aquellos primeros padres á no mudarse de allí. Y así dándoles Andrés Cauchela, contador del rey católico en aquellas partes, dos cuadras de solares que tenía en aquel sitio, á instancia del mismo Obispo y por mandato del gobernador D. Gonzalo Ronquillo, con hacienda del rey católico y limosnas de particulares, se hizo una buena casa de madera, la cual yo ví, y en ella su iglesia, donde nuestros padres ejercitaban sus ministerios con gran concurso y fruto de los españoles.

Tres años después crecieron en número; porque enviando el rey católico su real audiencia á aquellas islas el año de 1583 y por presidente della y gobernador de las islas lugar teniente de S. M. el Dr. Santiago Devera su consejero y juez en la real cancillería de México: él al tiempo de su partida de México pidió al P. Dr. Juan de la Plaza, que entonces era provincial en aquella Nueva España, algunos padres que llevar consigo á las islas. En lo cual no solo hizo instancia por sí sino por otros personajes y ministros del rey: afirmando que en ninguna manera había de ir sin ellos. Con esta fuerza se esforzó el P. Provincial á sacar, de los pocos que entonces tenía en su provincia, cuatro sujetos, que fueron el P. Ramón de Prado, catalán, P. Francisco Almerique, italiano, P. Hernán Suárez, castellano y el hermano Gaspar Gómez, coadjutor: que todos los cuatro han sido de mucho provecho en aquellas partes como en adelante se verá. Fué tan grande el contento de este cristianísimo varón, cuando se le dió el recado de nuestro provincial, que le llevaron dos de los nuestros, concediéndole de su parte estos cuatro, que luego delante de ellos se hincó de rodillas y dió gracias á nuestro Señor, porque había alcanzado llevar los ministros de que su divina Magestad se sirve en la conversión de las gentes, que así lo dijo él. Llegaron á las Filipinas el Mayo ó Junio de 1584, donde fueron de gran compañía, consuelo y ayuda á los que estaban allá. Particularmente el P. Hernán Suávez, á quien Dios había dado gracia muy particular para

robar los corazones y rendirlos á su servicio, en púlpito, en confesionario, trato común y pláticas familiares. Y así toda aquella república pendía de él; componía todas las ocasiones de discordia y ninguno hacía cosa sin su parecer y consejo. Acudiendo él á todos en todo, en común, y en particular, en casa y fuera de casa, con mucha caridad suya y gusto de todos ellos. Más eso mismo fué causa de su muerte en breve tiempo. Porque consumido de tanto trabajo y particularmente de los grandes soles que pasaba á todas horas, yendo de Laguio á Manila y volviendo de Manila á Laguio á pié y cansado; y sudando muchas veces de los sermones que había hecho, y los hacía muy á menudo, vino á morir santamente dentro de los dos ó tres años, con dolor universal de toda aquella corte, que celebró sus exequias, como de verdadero Padre.

Con este motivo y por orden del P. Antonio de Mendoza, que era ya Provincial de la Nueva España, á quién pareció y muy bien que los nuestros no habitasen tan fuera de Manila, hubieron de mudar habitación y pasarse dentro de la ciudad. Para lo cual ayudaron mucho con sus limosnas muchos devotos y aficionados á nuestra Compañía, unos dando algunos solares y otros limosna con que se compraron más: y en ellos se hizo una casa de madera, razonable, en que estuvimos hasta que el Capitán Juan Pacheco Maldonado, Regidor de Manila y Doña Faustina de Palacios y Villa Gómez su mujer, nuestra singular benefactora, nos labraron un hermoso cuarto de piedra y ladrillo, de la casa que agora tiene en Manila nuestra Religión. Cuya obra comenzó con gran devoción y piedad, el mismo día que recibió la nueva de que el inglés había robado una nao en que este cristiano capitán perdió gran suma de hacienda. También hizo para de prestado una muy buena iglesia de madera el mariscal Gabriel de Rivera, también insigne benefactor nuestro: la cual sirvió hasta que se acabó la de piedra que tenemos. Lo más de la cual hizo á su costa el mismo Capitán Juan Pacheco: y se proseguió y acabó con gruesas limosnas, que liberalmente daba la gente devota. En fin vino este puesto de Manila á ponerse de forma, que nuestro M. R. P. General Claudio Aquaviva lo aceptó por colegio é hizo primer Rector de él al P. Antonio Sedeño el año de 1589.

Capítulo V.

DE LA OCUPACIÓN QUE LOS PP. DE LA COMPAÑÍA TENÍAN EN LAS FILIPINAS.

En la casa de Manila, que sola tenía nuestra Compañía en este tiempo en Filipinas, de cinco sacerdotes que eran, hubieron de quedar solo tres. Porque como dijimos el Padre Hernán Suárez se dió prisa á trabajar hasta morir de puro trabajado; y cierto, con grandísimo fruto y consuelo de aquella república, que sintió en extremo su falta y duró muchos años su memoria con gran ternura y afición de todos. El P. Alonso Sánchez, aunque de suyo inclinado á clausura y á tirarse de las gentes, como era hombre de tan gran pecho y prudencia, no pudo esconder su luz. Ni le dejaban un momento en su rincón, obispo, gobernador, ministros reales, prelados de las religiones y regidores de la república. Que siempre le trajeron ocupado en Manila y fuera de ella en negocios graves, ya del bien de las almas, ya de la seguridad de la conciencia, ya de la quietud y buen ser de la república, ya del servicio de la Magestad del rey católico nuestro señor. Y así no solo le hicieron hacer varias jornadas á la China y á Malaca, sinó últimamente pasar á Europa con semejantes empresas; donde, en la corte de España y después en la de Roma, fué bien conocido. Los tres que quedaron, no quedaron ociosos. El P. Antonio Sedeño de más de su ordinaria ocupación del púlpito, en que tenía una eficacia que partía las piedras, como era superior, acudía á lo temporal de la casa y á las fábricas, las cuales le ocupaban tanto más, cuanto ménos había entónces en Manila de arquitectos y oficiales deste oficio, que no había ninguno. Antes él enseñó á los indios

y aun á los chinos este arte; y animó al obispo á que hiciese la primera casa de piedra, qué se hizo en Manila. Con cuyo ejemplo se fueron haciendo otras hasta venir á la grandeza que hoy tiene aquella ciudad; la cual en esto es de las vistosas y agradables que hay en las Indias. Porque de antes las casas eran todas ó de madera ó de caña, pero buenas y cumplidas. En fin el buen P. era el arquitecto de la ciudad: y no le daban poco trabajo en hacerle ver y trazar y ordenar sus edificios, á lo cual él acudía con sencilla caridad y puro celo del aumento de la santa iglesia, que él esperaba muy grande en aquellas regiones. La primera fortaleza que se fabricó en Manila para su defensa se hizo por su orden y traza, con su dirección y asistencia, que no le costó poco trabajo: y es la que llaman de Guía; porque cae á la puerta principal de la ciudad que sale á la Ermita de Nuestra Señora de Guía, frontera de nuestra casa. Yo le acompañé alguna vez para ir á dar la traza de una escalera en una casa principal: y tenía tanta suavidad y paciencia en los yerros, que los indios hacían en su ausencia, que sin descomponerse ni en una palabra ni en un mirar de ojos, hacía desbaratar lo errado y volverlo á hacer de nuevo.

El P. Raymundo de Prado también predicaba y con mucho espíritu y devoción: pero su principal ocupación era el confesionario, con tanto fruto, que á penas había hombre ni muger que se confesase con otro. Tambíén á instancia del obispo leyó en nuestra casa á los clérigos la materia de *Sacramentis* que duró algunos meses: la cual acabada, cesó la lección, por no poder con tanto.

El P. Francisco Almerique comenzó á aprender la lengua de la China con celo de ayudar á la conversión de los muchos chinos, que venían á Manila y allá llamamos sangleyes. Hizo algunas conversiones, en particular de un mozo muy hábil, que estudiaba sus letras y estaba más que medianamente aprovechado y cerca de graduarse en su tierra. Éste dejando sus estudios y pretensiones por nuestra santa fé, se bautizó en nuestra iglesia de Manila solemnemente, de mano del Obispo, tomando por nombre Pablo á devoción del gloriosísimo Apóstol Doctor de las gentes. Yo le conocí después y le traté mucho y reconocí en él un cristiano de la primitiva iglesia; y porqué viene á propósito no dejaré de decir, qué una vez habiendo él visto cierto proceder me-

nos cristiano en un español honrado me dijo: ¿Padre estos no son cristianos? ¿Pues como hacen esto? Yo le hube de satisfacer con la distinción de la fé viva y de la muerta y de la apreciación y estima de las cosas de Dios é inclinación y afecto á las de la tierra, que es tan común entre nuestros antiguos cristianos, con tanto escándalo de los nuevos, como por este ejemplo se vé..

También tenían recurso á nuestra iglesia los Japones, que venían á Manila, á los cuales ví una fiesta del Santísimo Sacramento hacer en élla una danza bién grave y devota. Porqué como el vestido dellos lo és y el son lo hacen cantando con música grave y pausada, dando con las pausas unos golpes con un avanillo cerrado en la palma de la mano izquierda, á cuyo compás mudan los piés, solo dando una patada é inclinando algo el cuerpo, parece una estrañeza muy de ver, y que pega devoción, mayormente á los que entienden lo que cantan, que son cosas todas á lo divino. El año de 1587, uno de ellos, llamado Gabriel natural del Miaco y allí criado en la Compañía, viniendo á Manila trajo convertidos ocho compañeros, que luego en llegando fueron bautizados en nuestra iglesia con gran solemnidad y confirmados del Obispo. El cual procedía con los nuestros con el mismo amor y confianza, que si fuera de nuestra religión. Y así habiendo jubileo en nuestra iglesia el día de San Miguel de este año á los veintinueve de Setiembre, quiso celebrar el mismo Obispo la misa y en ella comulgaron seiscientas personas, que para tierra y cristiandad entónces tan nueva, fué el número tan crecido, cuanto el consuelo y edificación de todos.

Este mismo año sucedió una milagrosa conversión de un infiel. Pasaba éste el río de Manila en una barquilla muy pequeña que las hay tanto, que no llevan dos dedos de bordo fuera del agua, y como hay tantos caimanes en aquel río, que en esto es otro Nilo, encontrole uno que luego le echó la garra y le zabulló al fondo, que es diligencia, que ellos hacen con natural instinto para matar y asegurar la presa. Él como otro Jonás debajo del agua invocó de todo corazón al Dios de los cristianos y al punto vió que dos personas vestidas de blanco le arrebataron de las uñas del caimán y le sacaron á la orilla sano y salvo, en cuya correspondencia él con dos hijos suyos se bautizó é hizo cristiano. Al contrario le sucedió á otro cristiano que olvi-

dado de Dios pasaba todas las noches el mismo río de la otra banda, en ofensa suya, que cansado yá de esperarle envió su alguacil del agua, que así llamamos allá á los caimanes, el cual prendiéndole, ejecutó en su persona el debido castigo de su maldad. Todo esto sucedió en Manila, en la cual no estuvieron mucho los nuestros encerrados, que no saliesen y se extendiesen por las islas, de cuya variedad y número agora más en particular diremos.



Capítulo VI.

DEL NÚMERO Y GRANDEZA DE LAS ISLAS FILIPINAS.

Las que en rigor se llaman las islas Filipinas, se cuentan desde la gran Isla de Burney, poco distante de Malaca, y que sirve de escala á los Portugueses, que navegan al Maluco. Corre esta isla desde el uno ó dos grados de la Equinocial á la banda del Sur, hasta los ocho grados ó casi, á la banda del Norte. Cuyo rey mahometano dió la obediencia como vasallo á la corona de Castilla, gobernando las islas Filipinas el Doctor Francisco de Sande, aunque se quedó en su secta. Y desde la Isla de Siao, que es oriental á Burney y estará en altura de 6 á 8 grados hacía el Norte; cuyo rey y vasallos son cristianos hechos por los padres de nuestra Compañía, que residen en el Maluco. Y para dar la obediencia á la corona de Castilla, vino á la corte de Manila, en tiempo que gobernaba aquellas islas Gómez Pérez de las Mariñas, caballero del hábito de Santiago. Y en esta jornada le acompañaron el P. Antonio Marta, Italiano, Superior de la Compañía de Jesús en las islas de Maluco, y el P. Antonio Pereira, portugués, su compañero. Y á él, y á ellos tuve yo por huéspedes en nuestra casa en Tigbauan, que es en la Isla de Panay, donde estuve dos años doctrinando aquellos pueblos, con algún fruto dellos y consuelo mío, como después diré. No digo Cian sino Siao, porqué así se llama esta isla; y Cian no es isla sino tierra firme entre Malaca y Camboxa, continuada con la gran China y Conchin-china. Destas dos islas Siao y Burney, navegando al Norte, de isla en isla, corre lo largo de las Filipinas, y del Este al Oeste lo ancho dellas. Por manera que

pasando por Sarrangán, Joló y Taguima, que son tres islas distintas, se dá en la gran isla de Mindanao; desde la cual hasta la de Manila, que es la Metropolitana, y no contando los Babuyanes, isla Hermosa y Lequios, mayor y menor, que son muchas islas y más Septentrionales, las que tienen nombre y son más pobladas fuera de las dichas, son: Manila, Mindoro, Luban, Marinduque, Isla de Cabras, Isla de Tablas, Masbate, Capul, Ibabao, Leyte, Bohol, isla de Fuegos, isla de Negros, Guimarás, Panay, Cagayán, Cuyo, Calamianes, Parauan; sin otras de menos nombre aunque pobladas, que todas cumplirán número de 40 y más. Fuera de otras despobladas, unas pequeñas y otras de buen tamaño. En las que he nombrado hay islas mucho mayores que España: como son Manila y Burney. Otras nada menores: como Mindanao y Calamianes. Otras algo menores, como Mindoro Ibabao, Isla de Negros; otras mucho menores, como Leyte, Sebú, Panay. Pero todas muy pobladas, fértiles y ricas, y poco distantes las unas de las otras: y ninguna tan pequeña que no sea absolutamente grande. Porque aun de la de Sebú, que es de las menores, si bien es verdad haber autor que dijo que tenía de contorno doce leguas, yo que he costeado los dos tercios della, y es de figura triangular, afirmo tener de contorno más de 50 leguas españolas.



Capítulo VII.

DE LA DIVISIÓN Y PARTICIÓN DE OBISPADOS, Y PROVINCIAS EN FILIPINAS.

A instancia del primer Obispo D. Fr. Domingo de Salazar, y con la información que dió al Rey Católico D. Felipe II, de gloriosa memoria, dividió S. M. aquellas islas en cuatro diócesis, suplicando á la Santidad de nuestro muy Santo Padre Clemente Otavo, confirmase al mismo obispo en arzobispo métropolitano de la ciudad de Manila, con tres obispos sufragáneos. Dos en la misma isla, uno á la parte Oriental della y otro á la Occidental, que son: el obispo de la Nueva Segovia (que solo dista de la gran China sesenta leguas, de mar) y extiende su obispado hasta los Ilocos, que son más de 100 leguas, partiendo términos con el arzobispo de Manila. El otro es el obispo de Camarines, cuyo obispado es poco menor, y corre desde la laguna de Manila hasta el embocadero por donde entramos en las islas, yendo de acá, allá. El tercer obispado es aun mayor, porque abraza casi todas las islas de los Pintados, que por propio nombre se llaman Bisayas, comenzando desde las islas de Panay, Bantayán, Leyte, Ibabao y Capul hasta la gran isla de Mindanao y las demás, australes. Su asiento y catedral es la ciudad del Santísimo Nombre de Jesús, así llamada por el niño Jesús que allí se halló, como dijimos.

Llámanse pintados los bisayas, porqué en realidad lo son. No de su natural, aunque son bien hechos, bien agestados y blancos, sino porqué se pintan el cuerpo todo, de pies á cabeza, en siendo jóvenes de buena edad con fuerzas, y esfuerzo para sufrir el tormento de la pintura; y antiguamente se pintaban cuando habían hecho alguna valentía.

Píntanse sacando la sangre con punzadas de muy delicadas puntas, por el dibujo y líneas, que primero señalan los artífices de este arte: y sobre esta sangre fresca dan un polvo negro, que jamás se borra. No pintan todo el cuerpo de una vez, sino parte por parte, y así dura muchos días el pintarse: y antiguamente para cada una de las partes que se habían de pintar, habían de ir haciendo nuevas proezas y valentías. Son las pinturas muy galanas y muy proporcionadas con los miembros y partes donde se acomodan. Solía yo decir allá, agradado y admirado de lo bien que parece uno destos, que si lo trajeran á Europa, se podía ganar con él mucho dinero, á mostrarlo. Los niños no se pintan. Las mugeres pintan toda la una mano y parte de la otra. Ni por eso van desnudos, antes usan unas marlotas bien hechas, sin cuello, largas casi hasta la garganta del pie, de algodón listado de colores; y blanco cuando traen luto: desnúdanse en sus casas y en los lugares que desobligan del vestido. Pero siempre y en todo lugar son muy mirados, y cuidadosos en cubrir sus personas con extremado recato y vergüenza, en lo cual hacen ventaja á todas las otras naciones y particularmente á los chinos.

También ordenó el rey católico, por bien de paz, y mejor comodidad de la predicación del Evangelio, que las provincias de las religiones estuvieran distintas, de modo que no hubiese mezcla y confusión entre los religiosos y ministros. Desta vez dejando á los de San Francisco y de San Agustín en los partidos de indios que antes se tenían, que son muchos y buenos, se dió á la de Santo Domingo (que había ido cuatro ó seis años después que la nuestra) lo más del obispado de la Nueva Segovia, y á nosotros las islas de Ibabao, Capul, Leyte, Sámar, Bohol, con otras comarcanas, y facultad para fundar colegio en la ciudad del Santísimo nombre de Jesús.



Capítulo VIII.

COMO LA COMPAÑÍA SE EXTENDIÓ Á LOS PUEBLOS DE LOS INDIOS FUERA DE MANILA.

A este tiempo habíamos tornado á restaurar nuestro número de cinco, en Manila. Porqué en lugar del P. Alonso Sánchez, ausente en España, y del P. Hernán Suárez, difunto, habíamos ido otros dos, aprendido la lengua, y comenzado uno de nosotros por orden de la santa obediencia y á instancia de un prebendado de Manila á ejercitarla en su beneficio, que es catorce leguas de la ciudad. Llámase Balayán el principal pueblo de este partido: en el cual y en los demás de su comarca, que son muchos, hay muy buenos cristianos hechos por los PP. Descalzos del Orden del Seráfico Padre San Francisco. Particularmente en Balayán (en cuyos naturales hay mucha gente principal y de muy buenos ingenios y naturales) predicó algunos años un varón apostólico de esta orden, llamado Fr. Juan de Oliver, cuya santa doctrina lucía bien en la piedad y devoción de aquella gente. Poco más de dos meses estuve en este partido y en él me ocuparon bien con bautismos de niños y adultos, confesiones y comuniones, las cuales eran tantas, que me pareció todo aquel tiempo semana santa. La estima, que todas estas naciones tienen de nuestra santa ley, es grandísima, y de aí redunda tenerla por extremo á los sacerdotes. No callaré á este propósito una cosa que me pasó con unos principales de Balayán en este tiempo. Corría una peste de viruela que ellos llaman *bolotong*, que se llevaba niños y viejos: y más peligraban los grandes que los chicos. Yo con esta ocasión usaba cada día dos veces

mañana y tarde pasear las calles principales: y á una mano y á otra enviaba mozos que me supiesen y avisasen, los que querían confesión ó bautismo. Donde me llamaban, que no eran pocos, subía á la casa: que todas las habitaciónes son en lo alto, y lo bajo no sirve sino de servicio. Que no era poco trabajo tanto subir y bajar, mayormente por escaleras de caña, como lo son todas. Yendo pues un día en esta mi ocupación, pasé por una rueda de principales; los cuales como me vieron se pusieron en hilera, arrimados á un lado de la calle y me saludaron todas á una, descubriendo sus cabezas y haciendo una gran reverencia: yo inclinando la mía les quité el bonete y pasé adelante. Estimaron ellos mi comedimiento, tan agradecidos y honrados con él, que á la vuelta, haciendo el mismo comedimiento de ponerse en hilera, sobre aquesso se hincaron todos de rodillas, como con celo de vencer mi cortesía, pareciéndoles sobrada la que yo con ellos tuve á la venida. Mi mayor asistencia fué en Lian, tres leguas de Balayán, donde del mismo lugar, y de otro cerca de él, que se llama Manisua; hice muchos cristianos y muchísimas confesiones. Tuve aquí el Miércoles de la Ceniza: la cual no solo recibían los grandes con increible reverencia y devoción, sino que todas las madres traían todos sus hijuelos, para que la recibiesen. Y no se querían apartar, hasta que á ellas, y á todos ellos se les hubiese dado.

Esta salida á Balayán estimó y agradeció mucho el Obispo: porque deseaba grandemente, que los nuestros acudiesen á este ministerio tan importante. Y así ofreciéndose que los pueblos de Taitay, Antipolo y los demás de aquella encomienda (que está seis leguas de Manila el río arriba, dónde ya había algunos cristianos) tuviesen aún muchos infieles que convertir, la encargó á la Compañía. Dondé se ha hecho con la gracia de Jesucristo nuestro Señor el fruto que en el discurso desta relación se verá. Diré sólo ahora que al cabo de diez años yo solía decir (á imitación de San Gregorio Taumaturgo) que daba á nuestro Señor muchas gracias, porqué cuando entré allí hallé á penas cuarenta cristianos, y al cabo deste tiempo no había cuatros infieles, habiéndose bautizado por mano de los nuestros, sino me engaño, más de siete mil almas, y hoy son de las mejores cristiandades que tiene la Santa Iglesia y que ninguna de las de aquellas partes le hace ventaja.

Capítulo IX.

COMO EL PUEBLO DE TAITAY SE MEJORÓ EN SITIO.

Estaba en este tiempo el pueblo de Taitay muy á la lengua del agua, orilla de un estero ó arroyo, que se hace de las vertientes de los montes de Antipolo, y desagua en el río junto á la misma boca por do él sale de la Laguna, en un valle hermosísimo y espacioso que se hace entre la misma laguna y los montes; tan bajo, que cada año, saliendo la Laguna de madre con las avenidas de los muchos ríos, que entran en ella, lo baña y aniega, como el Nilo á la tierra de Egipto, y lo tiene así anegado, como desde Agosto hasta el Octubre ó Noviembre. De manera que este tiempo, todo el valle es laguna de un estado y más de fondo, y no se puede andar por él sino en barcas. Esto fertiliza mucho los arroces, y las sementeras dellos, de que está lleno el valle: y así se hacen en él grandes y ricas cosechas. Porque como el agua entra en sazón, que la caña de arroz va endureciendo, y él comienza ya á espigar, ayúdale aquel gran riego mucho á granar, y no impide nada al endurecer el grano y hacer la cosecha. Antes es comodidad y muy grande lo que yo ví allí muchas veces, andar en barcas, segando, y en las mismas barcas acarrear los manojos segados hasta sus casas, donde lo asolean para acabarlo de secar; y asoleado y seco, lo trillan y lo limpian y guardan en sus graneros. Esta inundación no solo anegaba el pueblo, de modo, que por las calles no se podía andar menos que en barcas, como yo anduve hartas veces, sino que con haber alzado el suelo de la glesia y tener hechos reparos, para el agua, se entraba

en ella y subía todas las gradas, hasta el mismo altar mayor. Por lo cual tenían de atrás, señalado un montecillo allí cerca, donde los que en este tiempo morían, se enterraban. Y por la misa acudían á Antipolo, que está tres millas pequeñas, la tierra adentro en los montes. La primera vez que yo ví mi iglesia anegada, y que no podía decir misa en ella, creí lo que no había podido acabar de creer, aunque me lo habían dicho muchas veces. Es uso de estos pueblos, para su más cómodo gobierno, estar partidos en barrios á la traza de Parroquias, que allá llaman *Barangais*. Cada uno de aquestos está á cargo de un principal, que los administra, y nombra los que han de acudir á todo lo que se ofrece, á los cuales llaman *datos*. Tenía en aquel tiempo este pueblo cuatrocientas familias, y estaba repartido en cuatro *barangais*. Por manera que los *datos* eran cuatro: y cada uno tenía cargo de cien vecinos; que ellos llaman *Catongohan*. Llamé á mis cuatro *datos*, y desde el coro les mostré el altar. Donde vieron (y ya lo sabían de atrás) que no se podía decir misa. Y sin decirla (les dije), aunque indigno, cada día, yo no puedo vivir, porque ella es mi sustento, que me da fuerzas para serviros por Cristo. Así me habré de ir luego donde la diga, que es Antipolo. Si quereis que os vuelva á ver, hareisme en el montecillo, donde se entierran ahora los difuntos, una pequeña iglesia, donde os diga misa, con algún aposentillo en que me recoja: y hasta que esto esté hecho, quedaos con Dios, y me fuí. Ellos con deseo de mi vuelta, comenzaron luego su obra; y la acabaron de forma, que yo pude estar y decir misa, y aún servirles de señuelo, tras el cual se fueron pasando allá. Lo cual aunque á los principios hicieron pocos y despacio, como fué necesario desmantelar la Iglesia y llevar allá los materiales della, y con ellos la cruz del cementerio, luego se dieron tanta prisa á pasarse al pueblo nuevo, que en una casa se metían diez y doce, entre tanto, que cada uno hacía la suya. Admirándome yo de tanta prisa y preguntando la causa, me dijeron, que padecían de noche asombros de los demonios en el pueblo viejo, por estar ya sin iglesia y cruz; y así ninguno osaba dormir allá. Con esto el pueblo se mejoró en sitio; y porque no les faltase agua cerca para bañarse (á que son muy dadas todas estas naciones) se abrió á mano una fosa, por la raíz del montecillo á la vera del mismo pueblo, donde entrase el estero y el arroyo que tenían

primero. Por las calles y en contorno del pueblo pusieron sus arboledas y palmares que lo hermosean y enriquescen: y después acá han hecho un muy hermoso templo, ayudándoles el rey nuestro señor con el tercio del costo, como lo hace S. M. con todas las iglesias. Mas porque toqué en los baños, no es justo callar lo que en esto hay que decir.



CAPÍTULO X.

DE LOS BAÑOS DE LAS FILIPINAS.

Desde que nacen estos isleños, se crían en el agua: y así varones y hembras, aún muy pequeños, nadan como unos peces, y para pasar los ríos no han menester puente. Báñanse á todas horas sin distinción, por regalo y limpieza: y así ni las paridas se guardan del baño, ni dejan criatura, que en naciendo, no la bañen en los mismos ríos y fuentes de agua fría. Al salir del baño se ungen la cabeza con aceite de ajonjolí mezclado con algalia, de que, como después diremos, hay en aquellas partes mucha abundancia. Y aún fuera de esta ocasión usan mucho el ungirse las cabezas por regalo y gala, particularmente mujeres y niños. Báñanse encogido el cuerpo y casi sentados, por honestidad, con el agua hasta la garganta: con grandísimo cuidado de no poder ser vistos, aunque no haya nadie que los pueda ver. La hora más ordinaria, y más general del baño es al poner del Sol: porque como entonces cesan de sus obras, toman por descanso y refrigerio, el irse á bañar al río, y de camino traer para el servicio de casa alguna vasija de agua. En la isla de Panay ví que toda la gente, que acompañaba el entierro, en habiéndole acabado que salían de la Iglesia, se iban derechos al río (como los Judíos) á bañarse: aunque ellos ninguna noticia tienen de esta ley muerta. En cada casa tienen á la puerta una vasija de agua, y sea de casa, ó de fuera, quién sube á ella, de allí toma el agua, con que se lava los piés, antes de entrar; particularmente en tiempo de lodos. Lo cual hacen con suma facilidad, fregando el uno con el otro: y el agua cae abajo por el suelo de la

casa, que todo es de caña, á manera de una reja muy junta.

Usan también baños por medicina: para los cuales les ha dado Dios nuestro Señor algunos ojos de agua caliente. Estos últimos años han sido muy famosos, y saludables los de Bay, á la orilla de la misma laguna, donde han acudido muchos españoles, hombres y mujeres, eclesiásticos y religiosos, de varias enfermedades, y han cobrado salud. Y cierto, la facilidad y recreación del camino casi obligaba á hacer esta jornada, aunque no hubiese tanta necesidad. Vase el río arriba, que todo de largo á largo seis leguas que hay desde que sale de la laguna, hasta que entra en la bahía de Manila, está poblado de casas, huertas, y haciendas de ganado, con una variedad muy agradable. Y como todo el año allá los árboles tienen hoja, con el verdor y frescura se aumenta la recreación; porque solos dos árboles advertí, que perdiesen la hoja, ambos silvestres y que no fructifican, pero muy provechosos y estimados por ella. El uno es el *Balete*, el cual se hace tan grande y acopado, como un mediano nogal, y de muy agradable verde. Tiene las hojas algo angostas, como las del almendro, aunque al tacto son duras, sólidas y lustrosas como las del naranjo. Estímanlas los filipinos, porque les sirven en algunos guisados, como acá el laurel ó romero. El árbol es de mucha dura, y que en piedras se sustenta fresquísimo: y así tiene natural inclinación á producir raíces, casi por todo el tronco, que todo él parece barbado. De donde los chinos (que son verdaderamente ingeniosos) suelen plantar uno de estos en una piedra (no muy grande pues, árbol y piedra se tienen en la mano) como que estuviera en maceta portátil de una parte á otra. Y el árbol entonces á manera de naranjo enano, suele crecer en proporción de sus raíces: subiendo á penas á cinco palmos de alto. Y porque el modo de plantar semejantes árboles en una piedra parecerá tan poco fácil, cuanto lo es curioso, lo diré, como yo lo ví. Toman un renuevo del árbol barbado ya, y una piedra, la cual no ha de ser guijarreña y lisa, sino menos sólida, algo porosa y cavernosa, de que hay allá gran copia en los arrecifes y bajos de la mar. A esta piedra atan el arbolillo, ó remuevo, aplicándole por todas partes, lo mejor que pueden, las barbas y raíces: y para que prenda, cubren la piedra de agua. Con el agua el árbol apetece mucho más la piedra, y se le en-

treteje y engiere por todos sus poros y concavidades, abrazándola con increible amistad y unión. Un *Balete* grande está en un patio de nuestra casa de Manila, hacía la puerta reglar, al cual ví en el Abril ó Mayo, del año de 1602 todo marchito, y que se iba cayendo la hoja: yo recibí pena de perder tan buen árbol, pensando que se moría. Acrecentóseme con verle otro día casi sin hoja, y mostréselo á nuestro procurador, que se acertó á hallar conmigo, cuando yo lo miraba. Más al tercero día le ví todo lleno de hoja nueva, tierna y agradable, que me alegró tanto, cuanto me había antes entristecido: porqué verdaderamente es árbol bello. Y ví en esto como en un lejos, representada la verdad de la Resurrección.

Al otro árbol llaman *Dabdab*, cuyas hojas también son dulces, y les sirven de aforrar para la parte de dentro la olla, en que cuecen el arroz, para que no se pegue. Este es muy parecido al almendro, aunque es mucho mayor, y las hojas también mucho mayores; serán como la palma de la mano, y de forma de un corazón. Pero parecésele en morir por Setiembre, y resucitar por Enero, y entonces sacar, antes de la hoja, la flor, la cual también es diferente: por ser mayor, de diferente forma, y colorada como un rubí.

De la Nueva España, entre otros se ha llevado á Filipinas el *Anono*, que en ellas se ha dado mejor y con más felicidad. Árbol, cuyo fruto es regaladísimo manjar blanco. Este, también pierde la hoja, pero renúevase luego, casi tan presto como el *Balete*.

Más volviendo al río de Manila (por el cual se hace la jornada de los baños en barcas mayores ó menores, conforme al número de los pasageros) por él arriba se entra en la Laguna, la cual es de las cosas notables, que hay en el mundo, porque no tiene menos de 40 leguas de contorno. Y todo él muy poblado de ríos, de pueblos y de arboledas. Es de agua dulce; tiene algunas isletas que la hermosean. Mucho pescado. Muchas garzas, ánades y otras aves aquátiles. Y sobre todo muchos crocodilos, ó caimanes que allá llaman *Buaya*; los cuales no hacen poco daño en los pobres pescadores, y contratantes, que la navegan, particularmente en tiempos tempestuosos, cuando ella se embravece, que lo hace á menudo, y les aniega sus embarcaciones.

Capítulo XI.

DE LA MISIÓN Á TIGBAUAN Y LO QUE ALLÍ HICIERON LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA

El Enero de 1592 hubo de salir uno de los dos, que estábamos en ocupación de Taitay para ir á la isla de Panay á doctrinar y proseguir la conversión de la encomienda de Tigbauan. Está la isla de Panay (como ya dije) en la provincia de los pintados, diócesis de Sebú. Tiene poco mas de 100 leguas de contorno, más es muy amena y fértil, poblada de muchísimos bisayas, gente blanca. Entre estos hay también algunos negros, antiguos moradores de la isla, y que la ocuparon antes que los bisáyas. Son algo menos atezados y menos feos, que los de Guinea, más pequeñuelos y flacos. Aunque en el cabello y barba son del todo semejantes. Son mucho mas bárbaros, y montaraces que los bisayas y que los demás filipinos. Porque ni tienen casas como esotros, ni asientos ciertos de pueblo. Ni siembran, ni cogen, ni viven mas que de discurrir con sus mujeres é hijos, casi en cueros por los montes, como fieras. Alcanzan por pies al ciervo ó javalí; y mientras les dura, detenerse á comérselo donde lo han cazado. Ni tienen más hacienda que un arco y flecha. Por natural piedad no los han acabado los bisayas, con quien ellos no han profesado enemistad, aunque les trataban poco. Con todo eso hubo entre ellos, estando yo en Tigbauan, una guerrilla, que me pareció contarla, por muestra de las que solían tener estas naciones, y de sus triunfos y trofeos. Tenían alguna amistad, y no sé si parentesco, un Bisaya principal, que tenía su casa sola en unos montes apartada de los otros pueblos, y un negrillo principalejo, y cabeza de los demás. Debajo de esta amistad tuvo

ocasión el negrillo para ejecutar la traición, que diré. Vino un día, como solía otras veces, á visitar á su amigo, que le acogió como á tal, y le dió de comer y beber. Beneficio, que bastara á ablandar cualquier ánimo fiero, aunque estuviera ofendido. Mas éste sin reparar en fuerza de beneficios, ni en la buena voluntad, con que se le hacían, cogiendo descuidado á su huésped, le quitó la vida, con todos los demás de la casa, hombres y mujeres y niños. No se quedó sin castigo: porque un mancebo brioso, hijo del difunto, no atreviéndose á tomar solo venganza del negro, que se había hecho fuerte con otros de su color, convocó deudos y amigos; tras los cuales se despoblaban todos los pueblos de la isla, á dar sobre los negrillos, con codicia de hacer esclavos á las mujeres y niños, (que entre ellos es gran riqueza) como lo hicieron, matando muchos varones. Hasta que sabido el caso por los ministros reales, les fueron á la mano, y los pusieron en paz. Yo ví á la entrada de algunos pueblos los trofeos de esta victoria, y algunos de los esclavos. Y los trofeos eran una caña de las grandes, que dijimos, hincada en tierra, larguísima, y en la punta de ella, dos y tres y más banderetas pendientes, á manera de gallardetes ó flámulas, y en ellas algunos cabellos de los enemigos muertos. Con los españoles tampoco han tratado mucho: no tanto porque los quieran mal, cuanto porque se temen y recatan de ellos. Ya ha sucedido caer un español en sus manos, yendo desaviado, y solo con algunas dádivas y buenas palabras, le han dejado pasar libre. También temen á los sacerdotes, como á los españoles, teniéndonos á todos por unos. Así no pudimos tratar de su conversión, aunque los tuvimos cerca de los pueblos de Tigbauan; por lo cual toda nuestra ocupación se empleó en los bisayas solos.

Tigbao llaman al carrizo, y por derivación Tigbauan al carrizal: y porque el asiento de este pueblo es junto á un gran carrizal, orilla de un hermoso río, le nombran así. Está este pueblo en la misma marina, situado á la boca del río, del cual, y de la mar tiene vario género de pescado, mucho y muy bueno, de que gocé en abundancia. Porque con haber en la playa continua pesquería, y tres y cuatro redes de ordinario, nunca se sacaba lance, que no nos diesen por su devoción, alguna parte. Tiene una muy hermosa comarca de muchos pueblos, que se extiende más de 6 leguas por largo de la costa de la mar, toda muy proveída de caza, frutas

y legumbres, la tierra, y de pescado, la mar. La gente es muy inclinada al trabajo, y así los ví siempre ocupados; á ellos, en sus pesquerías y labranzas, y á ellas, en sus hilados y telas. Lo que en tan buena gente, y tan dispuesta para el evangelio hicimos, en los dos años que vivimos entre ellos, menos se puede decir, que lo que no hicimos. Porque como los de la Compañía de Jesús entonces éramos tan pocos, también pocas las esperanzas de multiplicarnos, no nos atrevíamos á hacer más, de lo que probablemente pensábamos se podría conservar. Y no nos engañamos, porque hoy, allí donde eran bien menester unos doce ministros, no hay sino un solo Clérigo. Por eso ni adultos, ni criaturas nos atrevíamos á bautizar, fuera de extremo peligro, sino solo de la cabecera, que es Tigbauan, y de otros dos ó tres pueblos, que están en contorno, distancia de dos millas y menos. Con todo eso se predicó la fé por toda la comarca, en su lengua *haraya*: y en la misma lengua se le puso, y enseñó la doctrina cristiana y catecismo. Que antes no lo tenían, sino en la Bisaya, que es diferente de la que ellos hablan. Hiciéronse muchos templos. Confirmáronse en la fé algunos, que había bautizados. Apartáronse algunas malas amistades y se convertieron en matrimonios cristianos. En Tigbauan y sus aldeas, de más de muchos bautismos de infantes y adultos, se introdujeron los santos sacramentos de la Confesión, Comunión y Extremaunción, de que no tenían uso, ni aun casi noticia. Celebráronse las fiestas con víspe ras y misas solemnes, particularmente en las Pascuas, y Semana santa. Juntose una gran escuela de niños de toda la comarca que aprendieron á leer y escribir, tañer y cantar, y de ella salían dos cada semana para cada una de las iglesias de la comarca, que tuviesen cuidado de ella, y de juntar todas las tardes la gente de su pueblo á decir la doctrina, delante de la Iglesia, como se hacía en Tigbauan. Aquí me pasó con un niño, una cosa que me dió gran contento: un principal infiel, que vivía en un pueblo llamado Taroc, una legua de Tigbauan, tenía un hijito cristiano, niño de hasta 5 ó 6 años, de quien yo no sabía que me lo tenía escondido, como otros, que por su natural barbarie y aspereza, se recataban de nuestro trato y de entregarnos sus prendas. Este cayó enfermo, y en sintiéndose así, dió prisa á sus padres infieles, que me llamasen. Hiciéronme ir bien de prisa. Porque, como yo oí decir, que el enfermo

me llamaba, no me persuadí fuese tan pequeño, que no se pudiese á lo menos confesar. En fin, yo fuí, y solo le dije el Evangelio. Dentro de algunos días sanó de su mal. Resultó de la visita quedar ganado aquel pueblo, (por lo que ellos la estimaron) y más que todos sus Padres, los cuales de allí adelante gustaron, que se viniese á Tigbauan el niño para acudir á la escuela con los demás. Dista 3 leguas de aquí la villa de Arévalo, á la cual se acudía también de ordinario al púlpito y confesionario, á instancia de los Españoles vecinos de la villa y del Vicario del Obispo, á cuyo cargo estaban, que era entonces el Licenciado Don Francisco Gómez Arellano, Arcediano de Manila: con cuya diligencia y devoción se acrecentó el culto divino en aquella Iglesia, adornándola con nuevos ornamentos, ricos y curiosos; lámpara y candeleros de plata, que sirvió para nuevo crédito, y estima de nuestra sagrada Religión, entre aquellas naciones nuevas.



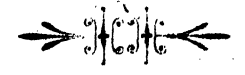
Capítulo XII.

DE LA SALIDA DE TIGBAUAN Y ENTRADA EN SEBÚ, LEYTE Y LAS DEMÁS ISLAS.

Falleció en este tiempo el P. Martín Enríquez, que había quedado en Taitay, con el gran trabajo de administrar solo tantas almas, lo cual él hacía con tanta perfección y fervor, que fué imposible tener fuerzas para tanto. Era este Padre tan fervoroso y eficaz, que en tres meses tenía aprendida la lengua; y en seis compuesto en ella catecismo y confesionario; y aun sermonario de todos los Domingos y fiestas, y de los novísimos y otras materias provechosas para aquellos pueblos. Los cuales respetaban mucho su pureza de vida, y la fuerza con que les predicaba. Vile dejar la comida por ir á dar el Bautismo ó Extremaunción á un enfermo. Era devotísimo de nuestra Señora, y siempre que se ponía á estudiar sacaba una pequeña imagen suya, que traía consigo, y la ponía sobre la mesa para tenerla delante. Todos los días le ví, entre otros ejercicios santos rezar su rosario, tener media hora de oración las tardes (demás de la hora entera de la mañana) y azotarse todas las noches. Era incansable en el trabajar, y por trabajar mucho, dormía poco; y así no pudo con tanto. Murió santamente el mismo año, que llegó á las Filipinas; que no cumplió en ellas los doce meses: y segun el trabajo que pasó, fué mucho, vivir tanto. Por su muerte hubo de salir de Manila el P. Francisco Almerique, donde tenía no menor ocupación con los Indios de ella y de su comarca, que todos acudían á él. Y como salió de tan gran trabajo para entrar en otro también grande, hubo de enfermar. Por aliviarse tomaron los dos, que habían quedado en Manila, otro doblado mayor: eran

el P. Rector Antonio Sedeño, y el P. Raymundo de Prado. Remudándose los dos, quedando una semana el uno en Manila y el otro yendo á Taitay: y al contrario, la semana siguiente. No era vida esta para durar mucho: y así nuestro Señor (que socorre á la mayor necesidad) inspiró al buen Padre, que me diese aviso del aprieto en que estaban, con orden de volverme á Manila. Donde conforme á lo que nos viniese en las naos, que en breve se esperaban, daríamos orden en nuestra vida. O juntándonos en la ciudad á hacer lo que pudiésemos, los cuatro que habíamos quedado; ó si nos viniese socorro, extendernos á las conversiones, conforme al número de los sujetos. Llegué á Manila en Mayo de 1595, dejando á Tigbauan y su comarca y á la villa de Arévalo, no poco penados de mi partida. El Junio siguiente, llegó el General, Doctor Antonio de Morga, que venía por Teniente de Gobernador y Capitán General de las islas, con dos hermosas naos, y en ellas ocho sacerdotes de nuestra Compañía. No es creíble el alegría que nos dió á nosotros, y á las repúblicas de Manila y Sebú la llegada destos Padres. De los cuales luego, los unos y los otros, comenzaron á pedirnos gente. Los de Manila para estudios y escuelas, de que tenían necesidad sus hijos; los de Sebú para Colegio, que lo deseaban en su ciudad. Por otra parte el Gobernador, Lugarteniente de la Magestad Católica, hizo instancia, en que la Compañía tomase provincia de Indios, como las demás religiones: y los mismos indios, con algunos encomenderos, apretaban más esta demanda. Al fin se procuró consolar á todos, en la forma que diré. Fuímos cuatro sacerdotes á la isla de Leyte, á la cual llegamos día del triunfo de la Sta. Cruz, 16 de Julio del mismo año. Quedaron los dos en Carigara, en casa de Cristóbal de Trujillo, señor de aquella encomienda, y señalado devoto, y bienefactor nuestro, donde luego nos fabricó la primera casa, que tuvimos en esta isla. Los otros dos discurrimos por las costas de la misma isla, y de las de Ibabao, y Sámar, reconociendo la gente y los pueblos acomodados para hacer por entonces nuestro asiento. Dimos vuelta á Carigara, en fin de Julio; donde, con increíble presteza y concurso de los Indios, hallamos acabada nuestra casa, y á los dos Padres en ella. Luego, en principio de Agosto, tuve aviso del Padre Vice-Provincial, Antonio Sedeño, que era llegado á Sebú con otros dos Sacerdotes, y me mandaba llamar. Quedaron en Carigara el P. Juan del Campo

y P. Cosme de Flores, aprendiendo con fervor la lengua bisaya, y fuímonos á Sebú el P. Antonio Pereira y yo, con otro Hermano, conforme al orden del P. Vice-Provincial. Habíase quedado con nosotros en estas islas el P. Antonio Pereira, desde que vino, como dije, con el rey de Siao; esperando la conclusión de negocios, que el rey y el P. Antonio Marta, no pudieron esperar, por no hacer tanta ausencia el Padre de su provincia y súbditos, y el rey de su reyno y vasallos. Mas era tan fervoroso este buen Padre y tan celoso del bien de las almas, que aunque güésped, no tuvo un momento de ocio, siempre ocupado en púlpito, confesionario y otros ministerios del bien y provecho de ellas. Llegamos á Sebú, mediado Agosto, donde hallamos á nuestro buen Padre Alonso Humanes que había ido por superior de la navegación desde la nueva España, y el P. Mateo Sánchez. A estos dos Padres envió luego á Leyte con orden que se partiesen en dos puestos, de dos en dos; el uno, Carigara, donde habían quedado los dos que dije; y el otro Dulac, que será 60 millas adelante. Ambos lugares marítimos, y la distancia y comarca acomodada para discurrir en la conversión de aquella gente nueva, hasta entonces no doctrinada. Y por superior de ambos puestos, al mismo P. Alonso Humanes. En Sebú nos habían señalado el sitio que tenemos; parte comprado con limosnas de los ciudadanos; parte dado de la ciudad y otros particulares: y en él una muy buena casa de madera, que con poca obra se acomodó en ella la Iglesia y la habitación. En Manila había quedado por Rector el P. Ramón de Prado, con los otro cuatro Padres. De los cuales envió á Taitay dos, que ayudasen al P. Francisco Almerique: y de los dos que quedaron en Manila, el P. Tomás de Montoya comenzó á leer latín, y el P. Juan de Rivera casos de conciencia.



Capítulo XIII.

LA MUERTE DEL P. ANTONIO SEDEÑO, PRIMER RECTOR DEL COLEGIO DE MANILA, Y PRIMER VICE-PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS DE FILIPINAS.

La primera cosa que me encomendó, en llegando á Sebú, el P. Vice-Provincial Antonio Sedeño fué, que en todo caso diese prisa á la obra de casa, y le pasase á ella: porque quería morir en casa de la Compañía. Así lo hice llevándole á hombros en un lecho cubierto, porque estaba tan enfermo, que no pudo ir de otra suerte. Lo cual me agradeció mucho, y fué extraño el consuelo que recibió de verse en su nueva casa. Recreciósele esta enfermedad de la larga y trabajosa navegación, que había traído desde Manila (que es de 150 leguas) en el tiempo de los vendavales y de las aguas, que es entonces, en la bahía de Manila y hasta entrar en la provincia de Pintados, el más trabajoso y peligroso de todo el año. Y como este trabajo y tormentas cargaron sobre sujeto flaco, enfermo, viejo y tan trabajado, aunque llegó á Sebú bueno, hicieron más impresión, por comenzar luego á trabajar, (como lo hizo) con dos sermones, que fueron de mucha estima en aquella república. Más á él le derribaron de manera, que hubo de caer en cama, de una fiebre que le fué gastando, hasta acabarle santamente á 1.º de Setiembre del mismo año de 1595. Fué este santo varón raro ejemplo de virtudes en vida, y no menos en su muerte: y así en vida y en muerte, fué muy estimado de todas suertes y estados, y particularmente de eclesiásticos y religiosos, que reconocían en él una virtud admirable. Mancebo, salió de España en servicio del duque de Feria. Fué recibido en la Compañía en Loreto. Estudió en Padua: y tuvo en Roma

á cargo el colegio Germánico. De donde el B. P. Francisco de Borja le envió al Japón. Y como llegando á Sevilla supiese que ya las naves de la India eran partidas de Lisboa, esperó allí nueva obediencia. Esta fué dándole elección, que se embarcase para el Perú ó la Florida, cual más le contentase. Eligió la Florida, como á menos rica, y mas dispuesta para padecer en ella muchos trabajos por Cristo. Y no se engañó: porque en ella y en la Habana, padeció muchísimo en mar y en tierra, de hambres, fríos, cansancios, tempestades, incomodidades, desamparos y peligros de la vida. Aconteciole caerse por las playas, marchando á pie, enfermo, sin poderse más mover, entre Indios de guerra, cruelísimos, que habían muerto á otros de la Compañía y escapar dellos sin saber como. Mucho tiempo no comió sinó un puñado de maíz, sembrado y cogido por su mano, y no más, porque hubiese otro tanto que dar á pobres soldados. En una pestilencia que corrió entre aquellos bárbaros se hizo médico, por poder bautizar á los que muriesen della; y así envió muchos dellos al Cielo. De aquí fué enviado á la Nueva España, y fué el primero de la Compañía, que entró en la ciudad de México. Donde con su buena vida y doctrina aficionó al Virrey, á los oídores y ciudadanos, tanto, que luego trataron de pedir de España (como lo hicieron) gente de la Compañía, y fundar en México un colegio, como se hizo y fundó, siendo Rector de él, el P. Antonio Sedeño, que lo sacó de cimientos, y labró un cuarto, que hoy dura. Pasó á las Filipinas (como vimos) y en ellas tuvo las ocupaciones, que hemos dicho. Por la mar fueron tan recogidos en su camarote, él y sus compañeros, y tan compuestos en su proceder, que componían toda la nao, y así era su doctrina muy estimada. Vivió cuarenta años en la Compañía, con grandísima edificación: y en las Filipinas predicó los quince con admirable fruto. Padeció mucho del asma, por eso nunca dormía, sino en una silla. Ni por eso se regalaba, ni dejaba de comer pescado, en la cuaresma y vigilias. Mas por mejor decir, casi nunca comía: porque fué extremada su abstinencia, la cual él encubría, mostrando con grandísima disimulación que comía de todo, y en realidad más era fingir, que comer. Fué muy penitente y muy riguroso consigo, y suave con los otros; puntualísimo en obedecer, muy retenido y mirado en el mandar. Comedido y noble en el tratar: liberal y dadivoso y pío. Socorría, y hacía socorrer muchas necesidades de personas

y todos tenían en él favor para sus trabajos. Tuvo grandísimo celo por el bien de las almas, del aumento y conservación de las Filipinas, y de que se poblasen y enobleciesen. Ya dijimos lo que hacía en las fábricas. El fué el primero que allá inventó la cal é hizo la primera teja, y fabricó el primer edificio. Buscó pintores chinos, y los tenía en casa, á fin de pintar imágenes, no solo para nuestras iglesias, sino para las otras de Manila y fuera: y animaba á los encomenderos y Curas proveyesen sus iglesias de ellas; facilitándoles con esta comodidad. Así adornó casi todas las iglesias de imágenes, que casi todas eran de la madre de Dios. Puso diligencia en plantar arboledas, y hacer güertas. Deseó que en las Filipinas se criase la seda: porque habiéndola en ellas, se aprovechase allí el dinero, que pasa á la China, y con esto tuviesen mas aumento. Para este fin plantó moreras, é hizo otras diligencias, hasta hacer telar y enseñar á los Indios á tejer al uso de Europa. Solía decir, que la oración más alta, es la en que más se determina uno de mortificarse. Así la tuvo él, de manera, que su vida fué una pérpetua motificación. Eso predicaba en casa y fuera: y no sabía tratar en sus pláticas de otro, que de mortificación. Sus sermones eran de temor, juicio y condenación. Decía que aquello era lo que había menester el mundo y no se engañaba. Porque realmente que con esto hacía mucho fruto. Loándome su doctrina uno de sus oyentes, repetía una palabra, que el Padre repetía mucho: y á él le había hecho fuerza, que es: allá lo vereis; la cual él decía con una verdad y eficacia grandísima. En nuestro trato doméstico decía, que el que aspira á la Perfección, se ha de persuadir que no es para él cosa de regalo en comida, bebida, cama, ocio y lo demas. Pero no persuadía él esto por fuerza, sino enseñándolo con buen modo, y llevando con suavidad á cada uno conforme á las fuerzas que Dios le daba. Aunque decía, que éstas da Dios á todos, conforme á lo que se animan á trabajar y padecer por su amor. También decía, que habia de morir uno antes que hacer un pecado mínimo, venial: y lo guardaba él tan puntualmente, que á veces en ocasiones parecía demasiado, y escrupuloso. Mas cierto, fué su vida purísima; y su muerte muy parecida á la vida. Admirábanos á todos en su enfermedad su gran paciencia y resignación en las manos de Dios. El P. Antonio Pereira decía, que entraba más

veces á verle por gozar de tan admirable ejemplo, y edificarse con él. El día, que murió, nos pareció por la mañana que no se le debía dilatar la Extremaunción; y asi le apercibí para recibirla, diciéndole, nos parecía, que era tiempo. Alzó los ojos y las manos al cielo con una devoción grande, diciendo, pasar á la eternidad. Con esto se recogió en sí, y sin hablar mas palabra, recibió con mucha devoción este Sacramento santo, y murió en paz. No quedó yerto, ni descolorido; sino con buen color, y los miembros blandos, y tratables, hasta la sepultura. A su oficio funeral acudieron todos los exclesiásticos y religiosos de la ciudad del Santísimo nombre de Jesús, con los regidores, y gente noble, y granada: el cual se le celebró con solemnidad, devoción y ternura. También en Manila, por la gran devoción que todos le tenían, le celebraron solemnes honras, no menos con lágrimas y sentimiento, que con autoridad y concurso de todos los estados y religiones. Faltonos este santo varón en ocasión muy apretada, en que se comenzaba á fundar aquella vice-provincia de la Compañía; lo cual esperábamos se hiciera prósperamente con su valor y prudencia. Mas quedó una gran confianza, que no nos había de ayudar menos, muerto, que vivo: y así se vió en el aumento, que en nuestras cosas y ministerios después de su santa muerte se siguió: particularmente en aquel Colegio de Sebú; que mereció su santo cuerpo, como piedra fundamental de todo su aumento.



Capítulo XIV.

DE OTROS NUEVOS COMPAÑEROS, QUE FUERON EL AÑO DE 1596.

En la Flota de este año de 1595 envió nuestro muy Reverendo Padre general Claudio Aquaviva á las Filipinas al P. Francisco de Vera con veinticuatro de la Compañía, á instancia y espensas de la Magestad del Rey Católico Don Felipe II, con los cuales todos llegó el mismo año á la nueva España: y el siguiente se embarcó con los catorce en el puerto de Acapulco para las Filipinas, con el Gobernador D. Francisco Tello. Esta navegación de la Nueva España á Filipinas para que suceda bien, quiere hacerse, desde mediado Marzo á más tardar, para llegar á las Filipinas antes que entren los vendabales, por Junio, que son tan tempestuosos, como los Nortes en la Nueva España, que corren desde Setiembre. Como estas naos salieron tan tarde del puerto de Acapulco, al llegar á las Filipinas hallaron vendavales que les pusieron en muy grande aprieto. Acaecido ha á nao que salió tarde (como estas) hallando vendavales en las Filipinas, volver atrás con ellos á las islas de los Ladrones, y de estas con brisa volver á las Filipinas. Donde tornando á hallar vendavales fué fuerza dejarse ir otra vez á los Ladrones, y andarse así con la incomodidad y desavío, que se puede pensar, sin poder tomar tierra en las unas ni en las otras, hasta el mes de Octubre ó Noviembre, que cesan los vendavales. Casi lo mismo les sucedió este año. Porque los vendavales y corrientes los abatieron mucho atrás, de que resultó alargárseles la navegación y acortárseles el bastimento. Porque acabados los matalotajes, porque no les faltase el agua, se tasó hasta no

7

dar más de medio cuartillo cada día: cosa que en la mar se siente mucho. Mas con todo, libres de estos trabajos y de muchas tormentas que pasaron, por la misericordia de Dios llegaron en salvamento y con salud al Colegio de Manila, á 1.º de Agosto del mismo año. Hácese esta navegación lo ordinario en setenta días: pero ellos para más mérito, tardaron unos ciento treinta hasta llegar á las islas; y después caminaron más de otras 100 leguas, parte por tierra, y parte por agua, costeando en barcos grandes. Atravesaron por tierra la provincia de Camarines, que toda es poblada de conventos del glorioso Padre San Francisco, donde fueron hospedados, y regalados á la medida de su gran necesidad El mismo Padre Comisario de aquellas provincias sin admitir ruegos, ni escusas, por sus manos lavó los pies á seis de los nuestros, que acertaron á pasar, por donde él residía: y la primera palabra con que uno de aquellos siervos de Dios los recibió, fué decir con afectuosas lágrimas. O si fueran mil padres; que para todos hubiera miés en Filipinas. También los indios, que nunca habían visto en esta provincia á los nuestros, se regocijaban en verlos, no solo los bautizados, pero aun los infieles: y mostraron bien esta voluntad en el hospedaje, que les hicieron á imitación de sus padres, y ministros. Fué buen socorro este; para que junto con el del año antes, se pudiese comenzar á extender la Compañía por las islas que le habian cabido por provincia y acudir á los pequeñuelos, que pedían pan, y no había quien se lo repartiese. Y para que el P. Ramón del Prado, que había sucedido en el cargo de Vice-provincial, tuviese gente, que ocupar en esto, conforme al gran celo suyo por la salvación de las almas, como lo hizo, y lo iremos viendo, cada cosa en su lugar, diré primero que parece don del cielo la facilidad, con que muchos ministros del Señor de las cuatro Religiones han aprendido la lengua, que le ha cabido, hasta predicar y confesar. El que más tarda (si se aplica medianamente) no pasa de seis meses: y uno de los nuestros, que fué el P. Cosme de Flores, la aprendió, y se hizo señor della (de modo que predicó y confesó) en setenta y cuatro días con admiración nuestra, y de los mismos indios. Los cuales viendo esta facilidad, dicen que sin duda Dios nos la enseña, porque vé la necesidad de ellos. Y á la verdad, estas lenguas no son muy difíciles, ni de aprenderlas, ni de pronunciarlas. Mayormente agora que hay arte,

y vocabulario, y mucho escrito en ellas. La más difícil es la de Manila (que llaman tagala) y esa ya dije, que la aprendió el P. Martín Enríquez, en tres meses y la ejercitó con destreza en otros tres siguientes. Esta fué la primera, que yo aprendí, de la cual y de las demás, será bien hacer otro capítulo.



Capítulo XV.

DE LAS LENGUAS DE LAS FILIPINAS.

No es una sola la lengua de las Filipinas, ni hay una general, que corra por todas ellas. Pero todas (aunque muchas, y muy diferentes) son tan parecidas, que en breves días se entienden y hablan. Por manera, que sabida una, casi se saben todas. Son como en Italia, la Toscana, la Lombarda y Siciliana. Y como en España, la Castellana, Portuguesa y Gallega: sola la de los Negrillos es muy diversa, como en España, la Vizcaína. Ni se varían las leguas en proporción de la variedad de las islas; porque isla hay, que tiene muchas lenguas; como Manila, y aun Panay, que es menor más de 400 leguas. Y lengua hay, que corre por muchas islas. En sola la isla de Manila, hay seis diferentes: en Panay dos: en otras una sola. Las lenguas, que más abrazan, y se extienden más, son: la Tagala y la Bisaya. Aunque en algunas partes de pintados, corre también otra, que llaman Haraya. La Tagala abraza gran parte de lo marítimo y tierra adentro de la isla de Manila, Mindoro, Luban y otras. La Bisaya se extiende y usa por todas las islas de Pintados: aunque en algunos pueblos dellos se habla la Haraya. De todas ellas la que mas me contentó, y admiró, fué la Tagala. Porque, como dije al primer Obispo, y después á otras personas graves, allá y acá, yo hallé en ella cuatro calidades, de las cuatro mejores lenguas del mundo: Hebrea, Griega, Latina y Española. De la Hebrea, los misterios y preñeces. De la Griega, los artículos, y distinción, no solo en los nombres apelativos, mas también en los propios. De la Latina, la copia y elegancia. Y de la Española, la buena crianza,

comedimiento y cortesía. El ejemplo de todas estas calidades, se verá claro en el Ave María de esta lengua, que por ser oración breve, y mas clara que las otras, la quiero poner aquí con su explicación en la nuestra vulgar, y con la correspondencia de palabra á palabra; en que se echarán de ver los idiotismos, y frasses propias de la lengua, de que alguno gustará, y servirá de noticia y curiosidad.

LA AVE MARIA EN LENGUA TAGALA.

Aba	**Guinoo**	**Maria**	**matoa**	**ca**	**na**
Ave	Señora	María	alegra	tu	ya

Napono	**ca**	**nan**	**gracia,**
llena	tu	de	gracia

An	**Panguinoon**	**Dios**	**na**	**saio**
el	Señor	Dios	está	contigo

Bucor	**can**	**pinagpala**	**sa**	**babain**	**lahat**
singular	tú	bendita	entre	mugeres	todas

Pinagpálá	**naman**	**ang**	**iong**	**anac**	**si**	**Jesus**
bendito	también	el	tu	hijo		Jesús

Santa	**Maria**	**ina**	**nang**	**Dios**
Santa	María	madre	de	Dios

Ipanalanguin	**mo**	**cami**	**macasalanan**	**ñgayon**
Semos intercedidos	de tí	nosotros	pecadores	agora

at	**cun**	**mamatai**	**cami.**	**Amen**	**Jesus.**
y	cuando	muramos	nosotros.		

Misterio tiene en esta oración la primera palabra ABA, que tiene fuerza de saludar, como Ave en Latin. Y Bucor, que dice diversidad, distinción, y singularidad. El artículo es si Jesús como en el Griego, Tov. La abundancia está en tener muchos sinónimos y frases. Y así esta oración (además que está elegantísima) se podría formar con semejante elegancia de otros varios modos, guardada la misma significación y sentido. El comedimiento y cortesía consiste en no decir. Ave Maria, como en el Latín (que eso fuera

cortedad y barbarismo en esta lengua) sino interponer aquella palabra comedida GUINOO.

Nada de esto tienen las otros dos lenguas de los Bisayas, ó á lo menos muy poco: por ser más groseras y broncas. De las cuales me pareció poner la misma oración, tanto por curiosidad, como porque se vea la semejanza y desemejanza de estas lenguas. Advirtiendo, que no es mi intento mostrar la interpretación (que esa ya se sabe; pues todos sabemos el Ave María) sino, (como dije) los idiotismos de las lenguas, los cuales no deben ofender, ni parecer mal: pues cada lengua para sus naturales tiene su hermosura y elegancia, que no luce en ojos extrangeros. Como lo apuntó Jesús Sidrac, en el prólogo de su Eclesiástico, libro católico, y sagrado: y á la larga lo probó con grande erudición el gloriosísimo Dr. San Gerónimo en la Epístola 101 á Pamaquio.

LA AVE MARÍA, EN LENGUA HARAYA.

Maliag cao Maria Nabota cao can gracia
Alégrate tu María llena tu de gracia

An atun guinoon Dios dian canimo
el nuestro Señor Dios ai contigo

Capin icao sa mañga babai ñga tanan,
aventajada tu á mugeres todas

ig capin naman ang imon bata ñga si Jesus
y aventajado también el tu hijo Jesús

Santa Maria inang can Dios
madre de

igampo mo cami ñga macasasala caraon,
seamos favorecidos de tí nosotros los pecadores agora

ig cum mamatai cami. Amen Jesus.
y cuando moriremos nosotros.

LA AVE MARÍA EN LENGUA BISAYA.

Maghimaya ca Maria napono ca sa gracia,
alégrate tu María llena tú de gracia

Ang	guinoon	Dios	anaa	canimo		
el	Señor	Dios	está	contigo		
Guirayeg	**ca**	**uyamot**	**sa**	**babaihun**	**tanan**	
ensalzada	tú	mucho	en	mugeres	todas	
ug	**guirayeg**	**man**	**an**	**imon**	**anac**	**Jesus**
y	ensalzado	también	el	tu	hijo	Jesús
Santa	**Maria**	**inahan**	**sa**	**Dios**		
Santa	María	madre	de	Dios		
iguiampo	**mo**	**cami**	**macasasala**	**oñía**		
seamos intercedidos	de tí	nosotros	pecadores	agora		
ug	**sa**	**amun**	**camatay.**	**Amen**	**Jesus**	
y	en	nuestra	muerte.			

Hé pretendido con dar esta pequeña muestra de estas tres diferencias de lenguas, (además de la curiosidad y novedad, que causarán algún gusto) poner delante los ojos la facilidad y claridad de ellas y de sus vocablos, y pronunciación, que las hace muy fáciles, ó á lo menos no difíciles de aprenderse. Algunos idiotismos y transposiciones, que tienen diversos de la nuestra (que como dijo muy bien el Padre Joseph de Acosta, escribiendo de esto, se han de tragar) tragados una vez, y hecho el oído á ellos, no solo no dificultan, sino antes facilitan, y agracian el lenguaje. Más porque hemos tocado la cortesía y buena crianza de los tagalos, y de su lengua, será bien, antes de pasar adelante, decir algo más de ella, pues es una virtud moral tan noble y agradable.



Capítulo XVI.

DE LOS COMEDIMENTOS Y TÉRMINOS DE CORTESÍA Y BUENA CRIANZA DE LOS FILIPINOS.

No son los Filipinos en sus acciones tan ceremoniosos, como los Chinos y Japones; aunque tienen sus comedimientos y crianza. Particularmente los tagalos; los cuales en obras y palabras son muy corteses y comedidos. Descúbrense la cabeza al encontrarse como nosotros. No porque ellos usasen sombreros, gorras, ni bonetes, sino un paño, como toalla de tres ó cuatro palmos de largo, el cual se ceñían á la cabeza, propiamente como las coronas y diademas antiguas. Este se quitaban como hoy el sombrero, que á nuestra imitación han tomado, dejando el *Potong*, que así se llamaba la toalla ó diadema, que antes traían. Es crianza también entre ellos estar no en pié delante de las personas á quien respetan, sino sentados en tierra, de modo que esté no tanto en ella, cuanto sobre los calcañales. Sentados de este modo sin nada en la Cabeza, y el *Potong* al hombro izquierdo, como toalla, hablan con sus mayores. La reverencia que hacen al entrar, como al encontrarse, es inclinando, y encogiendo el cuerpo profundamente, levantar la una ó las dos manos al rostro: ponerla sobre las megillas propias, y luego sentarse ó esperar que le pregunten lo que quiere; es mala crianza decir nada hasta ser preguntado. Más la mayor crianza está en el decir; porque nunca le hablan de tú, ni en segunda persona de singular ni de plural, sino siempre en la tercera. El señor, el principal, querrá esto, ó esto. De que aún en la sagrada Escritura, y lengua santa; y particularmente en los salmos se hallan muchos ejemplos.

Particularmente muger con muger, aunque sean muy iguales y de mediana suerte, nunca se tratan menos que, señor mío, señora mia; y esto trás cada primera palabra. Viniendo yo, señor mío, el río arriba, ví, señor mío, etc. el cual término y pronombre se sabe cuan agradable y amoroso sea, aún en las lenguas de más importancia, cuales son las tres más sagradas, Hebrea, Griega y Latina. En tratos de cortesanías y aficiones son extremados, y usan mucho el escribirse con grandísimas y delicadísimas finezas y primores. En consecuencia de lo cual usan mucho, el darse músicas. Y aunque la vigüela, que llaman *Cutyapi*, no es muy artificiosa, ni la música muy subida, no deja de ser agradable, y á ellos mucho. Tócanla con una viveza y destreza que, á cuatro cuerdas que tiene de alambre, las hacen hablar. Tenemos allá por cosa muy averiguada, que con solo el tocarlas, callando la boca, se dicen y entienden todo lo que quieren, cosa que no se sabe de otra ninguna nación. Los Bisayas son más rústicos y llanos, como su lengua más bronca, y grosera. No tienen tantos términos de crianza, como ni tenían letras; pués las tomaron de los tagalos, bien pocos años há. De las cuales será justo decir alguna cosa, ya que hemos dicho de las lenguas.

Capítulo XVII.

DE LAS LETRAS DE LOS FILIPINOS.

Son tán dados todos estos isleños á escribir y leer, que no hay casi hombre y mucho menos muger, que no lea y escriba en letras propias de la isla de Manila, diversísimas de las de China, Japón, y de la India: como se verá de su alfabeto que es este.

LAS VOCALES SON TRES: MAS SIRVEN DE CINCO Y SON.

ᜀ	ᜁ	ᜂ
a	ei	ou

Las consonantes no son mas que doce, y sirven en el escribir de consonante y vocal, en esta forma. La letra sola, sin punto arriba ni abajo, suena con A.

ᜊ	ᜃ	ᜇ	ᜄ	ᜑ	ᜎ	ᜋ	ᜈ	ᜉ	ᜐ	ᜆ	ᜌ
Ba	ca	da	ga	ha	la	ma	na	pa	sa	ta	ya

Poniendo el puntillo arriba, suena cada una de estas con E ó con I.

ᜊᜒ	ᜃᜒ	ᜇᜒ	ᜄᜒ	ᜑᜒ	ᜎᜒ	ᜋᜒ	ᜈᜒ	ᜉᜒ	ᜐᜒ	ᜆᜒ	ᜌᜒ
bi	qui	di	gui	hi	li	mi	ni	pi	si	ti	yi
be	que	de	gue	he	le	me	ne	pe	se	te	ye

Poniendo el puntillo abajo, suena con O ó con U.

ᜊᜓ	ᜃᜓ	ᜇᜓ	ᜄᜓ	ᜑᜓ	ᜎᜓ	ᜋᜓ	ᜈᜓ	ᜉᜓ	ᜐᜓ	ᜆᜓ	ᜌᜓ
bo	co	do	go	ho	lo	mo	no	po	so	to	yo
bu	cu	du	gu	hu	lu	mu	nu	pu	su	tu	yu

Por manera que para decir cama, bastan dos letras sin punto.

ᜃ ᜋ
ca ma

Si á la ᜃ se pone punto arriba, dirá ᜃᜒ ᜋ
que ma

Si á ambas abajo; dirá ᜃᜓ ᜋᜓ
co mo

Las consonantes últimas se suplen en todas las dicciones, y así

para decir cantar ᜃ ᜆ — Barba ᜊ ᜊ
ca ta — ba ba

Pero con todo y eso sin muchos rodeos se entienden, y dan á entender maravillosamente: y el que lee suple con mucha destreza y facilidad las consonantes, que faltan. Han tomado de nosotros, escribir atravesando las líneas ó renglones de la mano izquierda á la derecha, que ántes no usaban sino escribir de alto abajo, y poniendo el primer renglon á la mano izquierda (sino me acuerdo mal) continuar con los demás á la derecha, al contrario de los Chinos, y Japones; que aunque echan los renglones de alto abajo, continúan con la plana de la mano derecha á la izquierda.

Escribían en cañas ó en hojas de palma, usando por pluma de una punta de hierro. Agora escribiendo no solo sus letras, sino las nuestras, con pluma muy bien cortada, y en el papel, que nosotros. Han aprendido nuestra lengua, y pronunciación, y la escriben tan bien como nosotros, y aún mejor, porque son tan hábiles, que cualquiera cosa aprenden con suma facilidad. Yo he traído cartas de su mano de muy buena y corrida letra. En Tigbauan tuve en la escuela un niño bien pequeño, que en tres meses, sacando de cartas que yo recibía de buena letra, aprendió á escribir harto mejor que yo, y me trasladaba escritos de importancia muy fielmente, y sin yerros ni mentiras. Pero baste aquesto de las lenguas y letras, y volvamos á nuestra ocupación de las almas.

Capítulo XVIII.

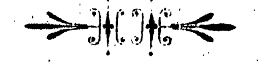
LO QUE SE HIZO EN MANILA EL AÑO DE 1596 Y 97.

Habíase comenzado (como dijimos) á leer en este colegio la Gramática Latina y la Teología Moral. A lo uno, y á lo otro, se dió principio, como se suele, con actos solemnes, y leciones de erudición. Que por ser lo primero, que de este género, se veía en aquella tierra, fué muy bien recibido, y acudieron á gozarlo, y á hallarse presentes todos los personajes y prelados, con gran concurso de las demás gentes. El culto divino recibió notable aumento, acabándose la Iglesia, que en fábrica y curiosidad salió muy bella. Es á la traza de la del Jesús, de nuestra casa profesa de Roma, aunque mucho inferior. Dedicose á la gloriosa Santa Ana, y celebrose la dedicación en su día del año de 1596, colocando una su imagen muy devota, y pasando el Santísimo Sacramento de la Iglesia vieja con mucha solemnidad y devoción. Quedó (como en la de Roma) al lado del Evangelio la capilla de Nuestra Señora, y en ella con un hermoso retablo una su imagen de mucha devoción y concurso, así de Indios como de Españoles. En la que corresponde del otro lado de la Epístola (que cae á la parte de casa y junto con la sacristía) se colocaron las santas Reliquias, que á instancia del Rey Católico nuestro señor, y solicitud del Padre Alonso Sánchez, concedió la Sede Apostólica, que fueron muchas y habían llegado el año ántes. Para su colocación se tenía ya hecho y acabado el tabernáculo en que hoy están, que coge toda la anchura de la capilla. Es de una madera incorruptible, que allá llaman *molaui*. Adór-

nanle ocho columnas, cuatro de cada banda, puestas en cuadro, con sus basas y pedestales; que en lo alto, sobre los capiteles, sustentan su arquitrabe, friso y cornisa, con remates y bella arquitectura. En el medio de las columnas quedan cinco divisiones bien compartidas; dos pequeñas de cada lado, y una grande en medio. Todas de una obra y proporción muy hermosa, con sus puertas bien labradas, y sus encajes y huecos, donde se guardan con gran decencia, y ornato las santas Reliquias. El color de toda esta obra por de fuera es negro, parte natural (por llevar mucho ébano, de que hay allá gran abundancia) parte del barniz que lo imita, con sus molduras y perfiles, piñas y florones dorados, y otros adornos de oro y de marfil. Queda debajo el altar, con sus dos gradas, en el altura de los pedestales que sustentan las columnas. En los intercolunios, á los dos lados del altar, se colocaron dos bustos ó estátuas de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo. Ciérrase todo con sus cerraduras fuertes y curiosas, y cúbrese con dos pares de cortinas, unas de velo listado de seda y oro, y otras de muy buen damasco, con puntas y encajes de oro. Cuando se muestran las santas Reliquias, en las fiestas que les caben, se hace con gran solemnidad y abundancia de cera blanca, no solo en el altar y gradas, sino por todo el tabernáculo, de alto abajo, que lo autoriza y hace salir mucho. A 12 de Enero de 1597 se colocaron aquí las santas Reliquias con el mayor regocijo y aparato de fiestas, que jamás se había visto en estas islas. En que se echó de ver como era Dios el que solicitaba los corazones, y los movía á honrar á los gloriosos soldados, que de nuevo llevó para defensa y amparo de esta tierra. Trajéronse en procesión por las mejores calles de esta ciudad, que sobre ser buenas, las aderezaron tan curiosamente, que se echaba bien de ver la devoción, en la curiosidad. Había á trechos sus arcos (que fueron por todos once) altos los más, y de figuras de bulto; y los que no las tenían, eran de piezas de seda, y tocas tan ingeniosamente enlazadas, que los hacían muy vistosos, y adornados con varias composiciones y loores. Hicieron con gran artificio muchas fuentes, de las cuales unas daban agua, otras vino de la tierra. Dos en particular que corrían de una ventana, una de leche y otra de vino de Castilla, que ambas cosas entonces eran allá de estima. Venían en seis

andas, no menos bien aderezadas, que costosas, por traer casi todo el oro, pedrería y joyas de la ciudad, las cuales ofrecieron con mucho gusto y voluntad: ésta pagó nuestro señor en que no hubiese desgracia, ni falta de sola una pieza, de que ántes se tuvo no poco recelo, por el mucho concurso de toda suerte de gente. El aderezo de la Iglesia, aunque no fuera tal, estaba ella tan hermosa y agradable, recién acabada, que bastaba por ornato. Cuanto más que estubo muy bien tapizada, y con muchos papeles que los nuestros hicieron en Hebreo, Griego, Latín, Castellano, y lengua Tagala, que en tres hileras corrían por la nave mayor, sin otros que en proporción se pusieron en lugares distintos. Venían las santas Reliquias (como he dicho) en sus andas, y las más á hombros de religiosos, y en catorce relicarios, que llevan otros catorce religiosos, y dignidades de la Catedral, con sus capas. Que esto con la salva de los fuertes, y llevar los estandartes de las Cofradías por delante, la hacían de grande majestad. Duró nueve días la fiesta; y cada Religión celebró el suyo, predicando y diciendo la Misa con la mayor solemnidad que les fué posible. Comenzaron los Padres de San Agustín, que como vecinos, tomaron muy por suya la fiesta, ayudándonos con mucha voluntad y obras, en que se mostraron no menos devotos de las santas Reliquias, que aficionados á la Compañía. Trajeron muchos géneros de músicas, y danzas; que fuera de las que hicieron nuestros Indios, y los Chinos y los Japones, con la variedad, parecieron muy bien, y adornaron y alegraron mucho la fiesta. A esta traza celebraron sus días las demás Religiones, hasta el octavo, por su orden, con mucha devoción, alegría y edificación del pueblo. Repartiéronse por la despedida ricos premios, el postrero día en la tarde, en una justa literaria (cuyo cartel se había publicado días ántes, con mucha majestad y aparato) donde salieron y se premiaron muchas, muy buenas y muy ingeniosas composiciones de varios géneros, despues de haberse recitado dos graves declamaciones en alabanza de las santas Reliquias, que movieron y satisficieron mucho. Acrecentose también el culto divino en la nueva Iglesia, con algunas lámparas de plata, candeleros, cálices, patenas, vinajeras, custodias é incensario de lo mismo. Muchos frontales y casullas, no solo de la seda, y bordados de allá, sino de damasco, terciopelo y brocado de tresaltos,

llevado de España y de Italia, con cenefas, fronteras brosladas de mucho aljofar, y chapas de plata y varias colgaduras, unas de terciopelos y damascos, y otras de tafetanes de colores, demás de la capilla de cantores, que con sus voces y música de flautas y chirimías, ofician las misas, vísperas y salves, á lo menos las fiestas principales. Comenzose también en este tiempo por la devoción del canónigo Diego de León, que cursaba entonces nuestras escuelas, el juntarse á tomar diciplina en nuestra Iglesia muchos hombres, de todos estados, particularmente la cuaresma, tres días en la semana: ejercicio, que hasta hoy dura, alentándoles la devoción del mismo canónigo con leerles media hora de un libro devoto. Acabada la lección, comienza la diciplina, diciendo devotamente el *Miserere*, hasta acabar. Este ejercicio santo edificó mucho á los Indios, y así, por imitarle, entraban á la diciplina un muy gran número de ellos todas estas noches á vueltas de los Españoles.



Capítulo XIX.

LO QUE MÁS SE HACÍA EN MANILA EN ESTE TIEMPO CON INDIOS Y ESPAÑOLES.

También eran muchísimos los Indios, no solo de dentro de Manila (donde hay más de seis mil, repartidos por las casas de los vecinos Españoles) sino de toda la comarca, que acudieron, no solo la cuaresma, sino cada día entre año á confesar á nuestra Iglesia. Y así no bastaban dos Padres, que entonces sabían su lengua, á darles recaudo, con acudirles mañana y tarde. De algunos supe que habían acudido más de diez y aún de doce días sin poder llegar á los pies del confesor, con la mucha gente. Otros se estaban todo el día en la Iglesia, esperando su vez. Tanta como esta es la ansia y perseverancia con que acudían al remedio de sus almas. Los domingos y fiestas en la tarde, á los sermones en su lengua, no solo se henchía la Iglesia, por lo bajo y alto, coro y tribunas que la rodean toda, y es muy capaz, sino que fuera de las puertas, que son cinco, había muchísima gente de esta nación. Ni menos celebraron ellos la colocación de las santas Reliquias con dos cosas. La primera con la devoción grande, con que acudieron todos nueve días, que duró la fiesta, y el tenerlas descubiertas muchísimos hombres y mugeres y niños, mañana y tarde, que no cabían. Y los Españoles admirados decían, que para los Indios habían ido á Manila aquellas santas Reliquias, según las veneraban y acompañaban. Y para corresponder á su gran devoción, y alentársela más, se les hacía cada tarde una breve plática en su lengua, precediendo la Salve cantada por la capilla y acompañada con la música de los menestriles. Lo segundo, que hicieron en servicio de las santas Reliquias fué instituir

una cofradía ó congregación dedicada á las mismas Reliquias, con título y advocación de todos los Santos, cuyo asunto fuese, comenzando cada uno de sí y de su aprovechamiento espiritual, ayudar con todas sus fuerzas al bien de los prójimos, ejercitando las obras de misericordia, espirituales y corporales, que cómodamente pueden. En lo cual se esmeran por gracia de nuestro Señor, con las ventajas que adelante veremos.

Uno de los mayores frutos, que allá estimamos, es el recogimiento y honestidad de las mujeres, por ser una cosa poco usada, ni preciada en su gentilidad. Doctrina era, sembrada por el demonio en algunas y muchas de estas islas, y aún creo que en todas, que no se podía salvar fuese casada, ó por casar la mujer, que no tuviese algún aficionado. Porque decían que éste acudía en la otra vida á darles la mano en cierto paso de un río muy peligroso, que no tiene puente, sino un madero muy angosto, el cual se ha de pasar para ir al descanso que llaman *calualhatian*. Y así no conocían virginidad, ni hacían caso della, antes la tenían por desdicha y bajeza. Ni las mujeres casadas tenían por honra guardar ley á sus maridos. Aunque los maridos sentían mucho el adulterio, y lo tenían por justísima causa para repudiarlas. De aquí sucedió, que cuando yo llegué á las Filipinas (que fué en fin de Mayo de 1590) habiendo saltado en tierra en la isla de Marinduque (que será 28 ó 30 leguas de Manila) yendo un alférez con una escuadra de soldados por curiosidad á ver lo interior de la isla, cogiéndole allá la noche, hubo de hospedarse en un lugar de aquellos, donde uno de los regalos, que pensaron hacerle á él y á sus compañeros, fué traerle dos mujeres. Las cuales el buen alférez mandó volver, enseñándoles la ofensa, que en aquello se hacía á Dios Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra; á quién todo el mundo debe conocer, y servir; y así que á solo esto venían ellos de tan lejos, y no á ofenderle con mal ejemplo dellos. Esto hizo en esta ocasión aqueste buen alférez. Otros ha habido, que yéndose desenfrenadamente tras su mala inclinación, no solo no resisten solicitados como éste, sino que con grandísimo escándalo de esta nación, la solicitan y perturban. Más Dios, que de los males saca bienes, ha esforzado algunas de estas mujeres con su temor, y fé (estimando la pureza como

cosa celestial; y abominando el vicio como cosa vil, y asquerosa) hasta llegar á vencer vehementísimas ocasiones, como se verá, de dos ó tres casos, que se me ofrecen. A madre y á hija, tenía un español tan á la mano, que á la hija (que era buena muchacha) quería conquistar con blanduras y rigores, con ruegos y amenazas; y á la madre (que era una vieja infernal) con sobornos y dádivas, para que hablandase la hija. Más la buena hija, con siete meses enteros de tan recia y continua batería, no se rindió; hasta que aquel miserable, cansado de tan largo asedio, y vencido de la constancia de una flaca moza se retiró, y la dejó. Más ¿que mucho es esto respecto de lo que se sigue? Doce años enteros tuvo fuerte otra, tomando por su defensa la sagrada Confesión y Comunión. Otra, aunque no tan largo el tiempo, la constancia fué mayor; porque llegó el cruel y torpe, hasta ponerle un puñal á los pechos por dos veces, y la tercera pasando los términos de amenaza y temor, la hirió de hecho, más ella, herida ántes del amor divino, tuvo esfuerzo para saltar de la casa abajo (que como he dicho la habitación tienen en lo alto) y así escapó de las heridas del alma.

Por esta misma razón es de tanta estima el Colegio de doncellas. que allí fundó el Gobernador Gómez Pérez de las Mariñas por mandato del Rey Católico, y á instancia del primer Obispo, y diligencia del P. Alonso Sánchez. El cual se erigió el año de 1590, dando para ello sus casas, el Capitán Luis de Bivanco, Fator de la real Hacienda. Aunque después se pasó á la que hoy tiene: y se hizo la Iglesia de la Virgen Santa Potenciana, Patrona de Manila y de este Santo Colegio. El bien que de esto resulta á esta república es mayor, de lo que se puede encarecer: en tener allí recogidas casi cien doncellas, las más hijas de Españoles, que sin duda si anduvieran fuera abrasaran el mundo, ocasional y aún efectivamente. De nuestro Colegio les vamos á predicar algunas veces: y de mí sé decir, que las que me cupo hacerlo, no acababa de alabar á Dios, de ver allí encerradas tantas doncellas ocupadas en servirle, y conocerle, quitadas de los peligros y ocasiones de fuera. Y las que dellas toman estado, casándolas muestran bien en sus costumbres, la buena educación, que allí tienen, y la santa doctrina, con que su Rectora las informa y cría. Debe mucho este Cole-

gio de doncellas al Arcediano de Manila D. Francisco Gómez de Arellano, que no contento con gastar su hacienda en otras obras de gran servicio de Dios, lo más de su hacienda, y persona, ocupa y gasta en el amparo y sustento desta casa, en la cual ha hecho á su costa algunas de las oficinas de dentro, que eran bien necesarias, y en la Iglesia un grande y hermoso retablo, de muy buena arquitectura. Y lo que es más con su asistencia y doctrina tiene estas almas muy bien cultivadas. Pero volviendo á los Indios, dos dellos se ganaron en este tiempo que fueron de estima; por que siendo cristianos era mayor su perdición y peligro. Uno que había veinte años, que aprendía muy de propósito cierto arte de hechicería; y en todo este tiempo, por particular providencia de nuestro Señor, no había aprovechado nada. Y es muy cierto que si hubiera acertado se perdiera, con daño de otros muchos, de que por no alargarme no digo. Otro, que tenía un libro de ciertas poesías que ellos llaman *golo*, muy perniciosas, por incluir expreso pacto con el demonio; el cual entregó liberalmente para que se quemase, como se hizo. Los más de los presos de la árcel son Indios, por algunos delitos que cometen; y ellos también tienen su hospital á parte en la ciudad, donde son curados sus enfermos, como también lo tienen los Españoles. Que ambos hospitales son fundaciones reales hechas por orden y expensas de la Magestad del Rey Católico, de Santa memoria. A los unos y á los otros, en ambos hospitales y en la cárcel, han acudido los nuestros á ejercitar con todos lo que la Compañía suele, tocante á cuerpos y almas, en semejantes lugares.

También se acudió en este tiempo á hacer las pláticas, que suele nuestra Compañía en las plazas para la gente, que, ó por impedimentos, ó por descuido, ó desalmamiento no acude á los sermones. Hacíanse en la plaza principal de Manila en lengua castellana debajo de unas casas principales, que entonces tenía de aposento (mientras se acababan las reales), el Gobernador D. Francisco Tello, lugar teniente de S. M. el cual gustando tanto de oir la plática, cuanto de ver las buenas respuestas de algunos niños Españoles, que antes della eran preguntados (como se suele) en cosas de la doctrina cristiana, desde el balcón donde estaba oyendo enviaba cantidad de imágenes estampadas para premiar á los tales. Lo cual animaba á los niños á aprender

iben y hacerse diestros en este género; á los nuestros á continuar este ejercicio santo, favorecido con tanta humanidad y llaneza, y á los que lo veían edificaba y ponía mayor estima. Destas pláticas y ejercicios no solo se sacó el aprender y entender la doctrina cristiana los niños, y aún algunos grandes; sino mejorar la vida, dejar ocasiones, recogerse, y entrar algunos en religión.



Capítulo XX.

LO QUE SE HIZO EN LOS PUEBLOS DE LA ENCOMIENDA DE TAITAY HASTA ESTE AÑO DE 1597.

Ya oímos arriba cómo el pueblo llamado Taitay, cabecera de esta encomienda, se mejoró en sitio, sacándolo de la ciénaga y anegadizo de la orilla de la laguna. Tenía este pueblo de antes dedicada su Iglesia al glorioso San Juan Bautista: y por su devoción, en su mudanza al nuevo sitio, se le puso nombre San Juan del monte. Es costumbre general en todas estas doctrinas de Filipinas, los Domingos y fiestas de guardar, acudir todo el pueblo á la Iglesia á su misa y sermón, antes de la cual se dice toda la doctrina y catecismo. Con lo cual no solo saben muy bien las oraciones, pero hacen ventaja á muchos pueblos de Europa, en entender los misterios de nuestra santa fé. Para aliviar este pueblo, y que no se cansase de estar tanto en la Iglesia, á doctrina y catecismo, misa y sermón, demas que de ordinario se hacen muchas amonestaciones de muchos, que tratan de casarse, y la misa se dice solemnemente con música y á punto de órgano, en lo cual se gastan muchas horas, nos pareció reservar la doctrina y catecismo para solos los Domingos en la tarde. Y aun entonces no se obliga á acudir todo el pueblo, sino una parte del, y otro Domingo otra; y así va la rueda, hasta que vuelven los que fueron primeros. Con lo cual se hace este ejercicio más fácil y aún de más provecho para esta gente, sirviéndoles de honesto entretenimiento en tales días, y acudiendo ellos á él como á tal entretenimiento, en tales días con

más inclinación y gusto. Para este fin se tañe á hora de vísperas la campana, y salen los niños con la cruz por las calles del lugar, cantando la doctrina y dando vuelta á la Iglesia, los siguen los grandes. Los cuales, asistiendo el Padre, dicen las oraciones y catecismo, con devoción y gusto, en que gastan cosa de media hora, y esto hecho, se vuelven á sus casas. Los Lúnes y los Sábados se solemnizan tambien; los unos con misa de difuntos, y los otros con la de Nuestra Señora, á las cuales misas acude siempre alguna gente. Particularmente se manda acudir á los mas mozos, para que se vayan haciendo á las costumbres cristianas: siempre se les hace alguna breve plática en su lengua. Los niños y los viejos, son los que más tienen obligación á venir cada dia á la Iglesia á cierta hora á aprender la doctrina cristiana: los niños siempre, y los viejos hasta que la saben. Dáse á cada viejo un niño que le enseñe, el cual, tiene cuidado de avisar, como el viejo sabe, y entonces dando el viejo buena cuenta, se le dá licencia, que no acuda sino con el resto del pueblo los Domingos. Suena la campana las Ave Marías al amanecer, á medio día, y á la noche. Y fuera de esto hay quien cada noche tenga cuidado de andar por las calles con una campanilla amonestando á voces, hagan oración por las ánimas del Purgatorio y por los que están en pecado. Estos usos entre otros píos y devotos, se habían introducido en estos pueblos. Levantándose tres buenas iglesias y adornándolas de imágenes, colgaduras y buenos ornamentos, y ganando las voluntades destos Indios, de suerte, que pasando la voz dellos á sus vecinos, se nos venían aún los salvajes, que estaban escondidos por los montes, y así se vinieron á acrecentar mucho estos pueblos, como luego veremos. En particular había uno, llamado Sayor, por propio sobrenombre, que quiere decir Robador, (verdaderamente tal en los hechos, y salvaje en la vida) que sin casa, ni habitación vivía por los montes y cuevas, sustentándose de culebras, que mataba, cuando no hallaba otra caza. Era (aunque ya mayor de edad) de increible ligereza en el correr y saltar, disposición y propiedad natural de las mismas fieras salvajinas. A éste temían de suerte los pueblos comarcanos, que cuando entraba en alguno, huían de él como de fiera, teniéndole por loco furioso: y con esta violencia tomaba lo que quería de las casas, sin

resistencia ninguna. Yo ví á éste, que se me vino á las manos de su bella gracia, en cueros vivos, solo con unos pañotes bien pobres, ceñido un puñal, y en la mano su arco y flechas. Acariciele, y procuré amansar con regalos y buen tratamiento. El cual fuimos continuando por cinco ó seis años para mayor seguridad y satisfacción de su persona. Él por el consiguiente fué continuando nuestra comunicación y trato muy intrínseco hasta que el P. Diego García, que fué por visitador á aquellas partes (como despues veremos) el año de 1599, juzgó ser tiempo de dársele el Santo Bautismo. Diósele el mismo Padre visitador bautizándole él por su mano, con una gran solemnidad, y demostración de la gracia y eficacia de este divinísimo sacramento. Pusósele por nombre Pablo, del cual él se precia tanto desde entonces, que llamándole alguna vez inadvertidamente, por su sobrenombre antiguo, muestra con mucho donaire y cristiandad tanto sentimiento y desdén, cuanto gusto y honra del nombre cristiano. Y así responde á quien le llama Sayor. No Sayor, sino Pablo. Despues del bautismo lo casamos, y está en su casa, y ocupación de padre de familia, con mucho seso y quietud. Y ha quedado tan domesticado, que puede decir que es de nuestros mas domésticos y familiares, y que acude á nuestras cosas con mucha fidelidad y amor. Hablaba yo con él algunos ratos (con no pequeño gusto) de su vida antigua y salvajina, dándome él cuenta de los puertos donde se recogía y hacía noche, y de su caza de culebras: que segun me decía, y es ello muy averiguado, eran tan grandes que se tragaban los hombres, y los gamos y otros animales. Antes de su Bautismo, y siendo aún nuevo nuestro trato, no una vez sola se ofreció acompañarme en mis caminos con su puñal, arco y flechas, yendo los dos solos por aquellos montes; él con mucho gusto de servirme, y yo con igual seguridad y confianza de su buena compañía.

A esta traza fueron viniendo el tiempo que aquí estuvo el P. Francisco Almerique, no uno, como este, sino pueblos enteros, dándoles el buen Padre sitio, y ayudándoles á hacer las casas. En el pueblo de Antipolo, en solo un año, que fué el de 94 á 95, fueron casi mil almas las que se llegaron: de las cuales bautizó este mismo año más de quinientas. Habían venido de unos montes muy ásperos, lejos de allí, donde tenían sus casas y sementeras, desamparán-

dolo todo por el amor y estima de nuestra santa fé. No quedaron allá sino unos Catolones, que así llaman á los Sacerdotes de sus ídolos. Lo cual sabido, se puso diligencia en que quien la podía hacer, los quitase de allí para extinguir este escándalo de los flacos. Hízose y con mucha suavidad, trayendónoslos á las manos. Donde el buen Padre con su santa prudencia, y con el ejemplo de su buena vida allanó al principal de ellos, á quien reconocían los demás, y los bautizó á todos. Decía este que era mayor su anito (así llaman á sus dioses) que los de los otros: y por eso le reconocían por superior. Apoderábase de él el demonio cuando le ofrecía sus infames sacrificios, y hacíale hacer muchísimos, y feísimos visages: y le trenzaba los cabellos, que por particular profesión él traía largos, como de muger. Más él por comenzar de ellos (como la Magdalena) se los cortó públicamente, y con ellos las fuerzas al demonio, que le tenía cautivo: y bautizándose obligó á los otros con su ejemplo, á hacer lo mismo, como lo hicieron, entregando sus idolillos al fuego, donde fueron abrasados.

En el Bautismo de estos quinientos, dos fueron de muy particular y admirable providencia de nuestro Señor, de dos viejas, que á lo menos la una, mostraba tener más de cien años, y ambas con los otros habían bajado de los montes con deseo del Santo Bautismo. El cual á penas acabaron de recibir, cuando dejando esta vida mortal (que ya no podía ir adelante con la carga de tanta vejez) se renovaron y mejoraron con la eterna, para la cual nuestro Señor, con infinita misericordia, las había guardado tantos años.

Ni fueron solo los Tagalos (que así se llama la gente más blanca, y más política de Manila) los que bajaron de los montes y vinieron de lejos á ponerse al lado (con los hijos) de la nueva Jerusalem, que es la Santa Iglesia. Multiplicando el número, y engrandeciendo la alegría de ver que la viña del Señor produciendo nuevas plantas, extendía sus sarmientos hasta penetrar el mar, abrazar é incorporar todas sus islas, sino que tras los hombres los jumentos (esto es los Negrillos más fieros, y montaraces) vinieron dando de mano á su salvajismo para ponerse en las de sus Angeles veloces, mandados ir á esta gente abatida y destrozada. Quiero decir, que los Negrillos, de quien ya he dicho, que siendo los antiguos pobladores de algunas de estas islas, una de las cuales es

Manila; en la cual hay muchos, que viven (como dije en los montes) puramente como fieras: éstos, visto el ejemplo de esos otros, han comenzado á venir mansos y domésticos, disponiéndose para el santo Bautismo. Cosa, para quien los conoce, de mayor admiración, de lo que se puede encarecer, por su fiereza y bruteza. Pero esa misma brutalidad y barbarie (¡cosa maravillosa!) los hace menos incapaces y repugnantes á nuestra santa Fé. Porque como de puro bárbaros no tienen (que yo haya sabido) idolatrías, ni supersticiones algunas, tampoco tienen tanta repugnancia al Evangelio y Bautismo. Más esos otros (que por su mal y desdicha, eran más políticos) así como reparan más en dejar sus ídolos, cerimonias, sacerdotes, sacrificios y supersticiones, así aunque los abrenuncien en el Bautismo santo y se conviertan (vencidos de la luz de la verdad católica) los rastros de la maldad bebida en la leche, no se olvidan tanto, que no den mucho que hacer á los que los dotrinamos. Esto se vió bien este año en el mismo pueblo de S. Juan del Monte, donde con estar ya todos bautizados y con haber muchos y muy buenos cristianos, esos mismos buenos cristianos dieron noticia de un fuego de idolatría, que á gran furia nos abrasaba las mieses. Lo cual, para que mejor se entienda, converná primero tocar algo de sus idolatrías y supersticiones, en capítulo á parte, y después diremos lo que pasaba en Taitay, y como se remedió.



Capítulo XXI.

DE LA FALSA RELIGIÓN GENTÍLICA, IDOLATRÍAS Y SUPERSTICIONES DE LOS FILIPINOS.

Aunque al entrar en la Sima escura de tanta ceguedad de idolatría, hallo una confusión desordenada de cosas vilísimas, abominables y dignas del inventor della; y aunque al escarbar la pared dentro de esta cueva infernal, descubro infinitas sabandijas torpes, asquerosas y verdaderamente infernales: con la luz de la verdad se me ofrece reducirlas á método, para que alabemos al todopoderoso Dios, los que en abriendo los ojos, nos hallamos en la de la Fé, y nos compadezcamos, de los que ciegos con sus tinieblas, las aman y estiman, sin saber abrir los ojos á otra luz. Así diré primero de lo que toca á la persuación falsa, que tienen de la divinidad de sus ídolos. Segundo, de sus sacerdotes, y sacerdotisas. Tercero y último de sus sacrificios y supersticiones. Para ninguna de estas tres cosas, ni de las de gobierno y policía (de que quizá diré después algo de lo poco, que hay que decir) no les servían sus letras, porque jamás han usado dellas, más que para cartearse, como dijimos. Todo su gobierno y Religión se funda en tradición y en uso introducido del mismo demonio que les hablaba en sus ídolos y en sus ministros; y lo conservan en cantares, que tienen de memoria, y los aprenden desde niños, oyéndolos cantar, cuando navegan, cuando laboran, cuando se regocijan y festejan, y mucho más cuando lloran los difuntos. En estos cantares bárbaros cuentan las fabulosas genealogías y vanos hechos de sus dioses. Entre los cuales hacen uno principal y superior

de todos: á quien los Tagalos llaman *Bathala Mei-Capal*, que quiere decir el dios fabricador, ó hacedor; y los Bisayas *Laon*, que denota antigüedad. Tocan en la creación del mundo, principio del linaje hamano, y en el diluvio, gloria, pena y otras cosas invisibles; contando mil disparates, y aun variando mucho en decirlos; unos de una manera y otros de otra; para que mejor se vea, que son mentiras y fábulas, una dellas es, que el primer hombre y la primera muger salieron de un cañuto de una caña, que reventó en su mata: y tras esso anduvieron ciertos pleitos sobre el casarse los dos, por la dificultad del primer grado de consanguinidad, que entre ellos es inviolable, y solo permitido aquella vez por la necesidad de la propagación de los hombres. En fin reconocían espíritus invisibles y otra vida y demonios, enemigos de los hombres, de quien tremblan en extremo, por el mal y asombros que dellos siempre recibían. De donde uno de los nuestros por medio de una imagen del infierno bien pintada há convertido muchísimos. En resolución su idolatría es (como de otras muchas naciones) adorar y tener por dioses á sus antepasados, particularmente á hombres, que fueron señalados, ó en valentías y crueldades, ó en liviandades y torpezas. Y generalmente, cualquiera que podía salir con ello, atribuía divinidad á su padre viejo, cuando moría. Y los mismos viejos morían con este desvanecimiento y embuste, representando en su misma enfermedad y muerte, en todas sus acciones, una gravedad y término, á su parecer divino. En consecuencia de esto eligían por sepulcro algún lugar señalado. Como uno que ví yo en la ribera de la mar, entre Dulac y Abuyo, que es en la isla de Leite. El cual mandó ponerse allí (como estaba) en su ataud, en una casa sola distante de poblado, á fin de ser reconocido por dios de los navegantes, á quien se encomendasen y adorasen. Y otro, que en los montes de Antipolo se había hecho sepultar en ciertas tierras, por cuya reverencia ninguno las osaba cultivar, temiendo que el que allá fuese sería muerto. Hasta que el Padre Almerique les quitó el temor, y hoy se cultivan sin daño ni recelo. En memoria destos tenían sus idolillos pequeñuelos, unos de piedra, otros de palo, otros de hueso ó de marfil, ó diente de caimán, otros de oro á que llaman *Larauan*, que quiere decir ídolo, imagen ó estátua. A los cuales tenían recurso en sus necesidades y les ofrecían sus bárbaros sacrificios.

Adoraban también (como los Egipcios) animales y aves; y como los Asírios, al Sol y á la Luna. Al arco del cielo también atribuían su manera de divinidad. Los Tagalos adoraban un pájaro azul, del grandor de un tordo, y le llamaban *Bathala*, que era entre ellos nombre de divinidad. Al cuervo adoraban (como los antiguos al Dios Pan ó la diosa Céres) llamándole *Meilupa*, que quiere decir el dueño del suelo. Al caimán tenían en grandísima veneración; y en todo su juicio cuando le veían en el agua, lo llamaban *nono*, que quiere decir agüelo. Rogábanle regaladamente y con ternura, que no les hiciese mal; y á ese fin le ofrecían algo de lo que traían en su barca, echándoselo al agua. No había árbol viejo á quien no atribuyesen divinidad: y era sacrilegio pensar cortarlo por ningún caso. ¿Qué más? Á las mismas piedras, peñas, escollos, y puntas de las orillas del mar y de los ríos, adoraban y ofrecían algo al pasar, llegándose, y poniéndolo sobre la misma piedra ó peñasco. En el río de Manila ví yo muchas veces una peña, que muchos años fué ídolo de esta miserable gente: y duró su escándalo y ocasión de grandes males, hasta que los Padres de San Agustín (que están allí cerca) con santo celo la hicieron pedazos y pusieron en su lugar una Cruz. Navegando la Isla de Panay ví en la punta, que llaman de Nasso, junto á Potol, sobre una peña, platos y otras piezas de loza, que le ofrecían los navegantes. En la Isla de Mindanao entre la Caldera, y el río Grande sale una gran punta de tierra, costa brava, y muy alta. Siempre en estas puntas hay embates, y es difícil y peligroso el doblarlas. Al pasar por ésta, como estaba tan alta, le ofrecían flechas disparadas con fuerza, que las hincaban en la misma peña, como en sacrificio, porque se les diese paso. Yo ví con mis ojos, que con haberles pegado fuego los Españoles en odio de tan maldita superstición, y quemádose infinitas, habían quedado é hincádose de nuevo, en menos de un año, más de cuatro mil flechas. Que tantas cierto parecían á la vista de todos cuantos por allí pasamos.

Con esto tenían otras supersticiones. Si vían culebra ó lagartija, ó si oían estornudar, en todos estos casos volvían atrás y de ninguna manera por entonces habían de ir adelante, por que era mal agüero. Las suertes, que les echaban los Ministros del demonio era otro embuste y burlerías, que no hay para que decirlo; porque temo alargarme mucho. Y para entender la ceguedad en que estaban, desconociendo al que los

crió, basta lo dicho, cuanto al primer punto. No tenían templos señalados, ni días públicos de fiestas generales. Solo cuando fuimos á Taitay hallé, que muchas casas tenían otra más pequeña como torrecilla de caña, labrada con alguna curiosidad, á la cual pasaban, de la casa principal por una corta pontezuela también de caña. En estas se ponían á sus costuras y otras obras de manos, con lo cual disimulaban el misterio de la casilla. Pero según me informaron algunos fieles, era verdaderamente dedicada al *anito*, aunque en ella no sacrificaban, ni servía de más, que de serle dedicada; Quizá para que posase en ella, cuando fuese de camino, como les decía Elías á los otros. Hícelas desbaratar todas, que no quedó ninguna. También en algunos lugarejos de Pintados hallé á la entrada del pueblo una casilla pequeña con solo el techo y entresuelo, que servía de sacrificadero. Mas en fin, generalmente no era usado el tener templo común, como los antiguos gentiles, ni se juntaban á solemnidades en lugar cierto, ni tenían sacrificios públicos y comunes, ofrecidos en nombre de la comunidad. Sino los particulares, que cada uno por su intención ó necesidad en su casa, ó lugar particular, ofrecía, escogiendo juntamente su particular ministro, macho ó hembra (de que había copia) á su devoción y gusto. En Mindanao ví en muchas casas de parte de fuera armadas unas anditas pequeñas de caña, no mal hechas, pero si mal hechos unos idolillos de palo, que tenían en ellas, y delante del idolillo un tiesto con algunas brasas y un poco de mal zahumerio, que debía de ser el sacrificio.

Mas aunque no tenían templos, tenían sacerdotes (que es lo segundo) hombres y mujeres; que los Tagalos llaman *Catolonan*, y los Bisayas *Babailan*. Éralo quien mejor maña se daba con el demonio, á que le engañase, ó con el ciego pueblo, á engañarlo con mil embustes y trazas. Contaba el P. Antonio Sedeño, que el tiempo que estuvo en la Florida, desengañó á los Indios de uno de estos embusteros, de su misma nación dellos. Éste fingía curarlos, aplicando un cañuto en la parte donde el enfermo sentía más el dolor: y luego con la boca á la parte contraria atraía el aire de dentro; y hecho esto echaba de ella tres pedrezuelas, que fingía haber sacado del cuerpo del enfermo. Hízole el Padre una vez con buen modo echar de la boca las piedras, antes de aplicar el cañuto; y así descubrió su embuste. A esta

traza hacen éstos mil engaños á los ciegos infieles, particularmente en ocasiones de enfermedad: con la cual se afligen y congojan demasiadamente, y luego querrían el remedio, y á quien se lo dá ó promete, le estiman, creen, adoran, y le dan cuanto tienen. Pero á la verdad hay otros, que tienen muy particular pacto con el demonio; y él les asiste y acude con muy particular asistencia, permitiéndolo el todopoderoso Dios, por sus ocultos juicios. Háblales en sus ídolos ó *anitos*, fingiendo ser el difunto á quien adoran, y otras veces revistiéndose en los mismos ministros por aquel breve espacio que dura el sacrificio, les hace decir y hacer cosas, que asombran y atemorizan á los presentes. Gánase también esta dignidad, enseñando el oficio por particular amistad ó parentesco, ó dejándole en herencia. Es esta herencia de estima para su ceguedad, y codicia; porque de más de la reputación y honra, con que todos le respetan, de todos los sacrificios (que es lo tercero) sacan los tales ministros infernales gruesa ofrenda, que toda es para ellos. Porque ninguna persona se ha de hallar al sacrificio, que no ofrezca, cual oro, cual algodón, cual gallina; y así otras cosas, cada uno conforme á su devoción, y posible. Lo cual, junto con la ofrenda principal de la persona, por quien se ofrecía el sacrificio, que era gruesa (y demás del sacrificio, que las mas veces era un puerco gordo y lucio) venía á hacer un buen montón, y de buen precio y ganancia. Asi de ordinario estos ministros andan bien vestidos y aderezados de joyas y preseas. El ordinario lugar del sacrificio es la casa, y lo que se sacrifica es, como dije, un buen puerco ó gallo. El modo de sacrificar es: herir la tal ofrenda con ciertas ceremonias y mudanzas, que se suelen hacer bailando el tal ministro, haciéndolo al son del atabal ó campana. A este tiempo se les reviste el demonio, ó lo fingen, y hacen sus visajes y arrobamientos, pasados los cuales, anuncian lo que han visto y oído. Hácese gran convite este día; comen y beben, y embriáganse, y quien más, el sacerdote ó la sacerdotisa. Así es todo embriaguez y desatino, ceguera para ellos, y lástima para quien lo vé, y aprecia con la luz de la verdad.



Capítulo XXII.

DE LAS IDOLATRÍAS QUE DE SECRETO SE EJERCITABAN EN SAN JUAN DEL MONTE, Y COMO SE REMEDIARON.

Iba el demonio introduciendo en el pueblo de San Juan del Monte una gran pestilencia de idolatrías, levantadas de los antiguos rastros de gentilidad, que habían quedado en algunas personas de este pueblo, en la forma que diré.

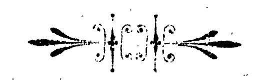
Había una cuadrilla de mujercillas *Catolonas*, como hemos dicho, las cuales tenían casi tiranizado el pueblo de secreto, obligando y forzando á muchos con varios medios y trazas á que acudiesen á ellas en todas las ocasiones, que antiguamente solían, antes que fuesen cristianos. Entre éstas había una principal, cuyo *anito*, decía ella, que era muy amigo del de los cristianos, y que había bajado del cielo. Ésta atizaba más el fuego, como más poderosa, tanto en sagacidad (porque en realidad la tenía) cuanto en crédito y reputación con el pueblo; porque (además de ser principal) era muy emparentada y tenía muchos hijos casados y emparentados con gente calificada del lugar. Con lo cual, por una parte atraía poderosamente á los flacos, y por otra hacía á los fuertes, no solo disimular con ella, para no atreverse á descubrirla, por no correr algún riesgo sus personas. Con todo eso, ella y las demás de su parcialialidad, procedían con mucho recato y secreto, y lo encomendaban con gran rigor y veras á los que las trataban. Si moría alguna dellas, señalaba heredera y sucesora, la cual (aceptada y recibida) llevaban su ídolillo algunos principales de la casa de la difunta á la de la heredera, á media noche, con algún acompañamiento y gran silencio. Dónde por

tres días continuos le hacían fiesta, con banquetes, y vino en abundancia, que es su mayor solemnidad. El idolillo de la principal era de oro, y lo tenía escondido por industria del demonio (que en él le hablaba á menudo) en una parte de su casa, donde con grandísima dificultad fué hallado. Había dos años tasados, que andaba esta pestilencia secretísima, tiranizando el pueblo, que no dejaban enfermo, á quien no acudían con toda diligencia, induciéndole á que pidiese con instancia, se echasen suertes, sobre si viviría ó no, y en consecuencia de eso se ofreciese sacrificio al *anito* por su salud. Ya hemos dicho el modo de los sacrificios, las ofrendas que se hacían, y los intereses y ganancia, que sacaban de ellos estas furias infernales. Entre estas hubo una, que sacó en el poco tiempo, que he dicho, de ganancia en limpio, casi trescientos escudos: pero no los gozó mucho, porque no permitió Dios ir adelante el incendio. Movió su divina Magestad algunos de sus fieles, que encendidos y abrasados con otro fuego mayor de su honra y servicio, acudieron, dando cuenta de lo que oían, veían y sabían de este negocio. Y comenzando por la parte más flaca, con estos avisos, á pocos lances, se fueron descubriendo las menos poderosas, y así de unas á otras todas, hasta la principal. La segunda diligencia fué, sacarles los idolillos: lo cual también se hizo, trayendo gran número dellos, unos de barro, otros de palo, y dos en particular, de dos grandes colmillos de caimán engastados en oro; y del mismo oro formada, en la punta del colmillo, la cabeza del *anito*. Solo el de la principal en su casa, ni en la del campo revolviendo todas las alhajas y vasijas, y haciendo otras muchas y muy grandes diligencias, no había remedio de hallarse; ni de que ella lo descubriese. Habíale él prometido (segun élla dijo) que de ninguna manera le hallarían, aunque derribasen y desbaratasen la casa: y así, que no temiese al Padre, que andaba en estas diligencias, ni á ninguno de sus ministros y ayudantes; que más poderoso era él, que todos ellos. Pero como es más poderoso Dios, solicitó el pecho fiel y celoso del P. Diego de Santiago (que era el que entonces doctrinaba este pueblo, y por comisión y á instancia del Vicario general y provisor de Manila hacía estas diligencias) que no cesase ni desistiese de buscar aquel demonio, hasta hallarlle. Teniendo pues por muy cierto que estaba en la casa, (aunque le había buscado otras veces,

en ella) volvió la última con determinación de irla desbaratando, y mirar pieza por pieza todas las partes de ella, á ver si quizá se hallaba en algún güeco. Antes de poner mano á la obra se le fueron los ojos á un puntal de caña antigua, curtida y ahumada, que desde un tirante ó llave de la casa sustentaba la cumbre del techo della: que este modo de fabricar es el que usan para la fortaleza de sus casas. No sé que se vió en aquel puntal, que luego mandó lo cortasen y viesen lo que había dentro. De esta vez quedó vencido el que podía más que todos: porque hallado (como los demás) quitado el oro, para el servicio del templo, fué con los demás al fuego. Quedó tan afrentado y sentido de esta burla, que (no pudiendo hacer más para venganza) dió en atormentar la noche siguiente (acompañado de otros muchos) con visiones y amenazas crueles, á la pobre *Catolona*, que ya desengañada del poco poder de su ídolo, trataba de convertirse y abominarle, pidiendo misericordia. Mas con una cruz que se le dió por defensa, aunque continuó los asombros, no ejecutó las amenazas; y finalmente la vino á dejar, como ella á él: un día de fiesta en la iglesia se refutaron públicamente todos sus errores, quedando ellas convencidas, arrepentidas y reconciliadas, con facultad del ordinario, como hé dicho. Todas juntas se recogieron á un lugar, donde quitadas de ocasiones no pudiesen volver al bómito, encargándolas á personas devotas y cristianas, en cuya buena compañía ellas viven con cristiandad, y buen ejemplo. Quedó el lugar tan desengañado de esta vez, que duró muchos días, por una parte el traer idolillos, ropas, vasijas, y otras cosas de sus antepasados, con que no quedó rastro desta raza, y por otra grandísimo fervor, y frecuencia de confessiones generales, con que quedaron limpias las conciencias. Y entró tanto temor y asombro, tanto recelo y escrúpulo de este mal en muchas buenas conciencias, que aun sin tener parte en ello duró meses, y aun años el hacer, y aun repetir muchas veces confessiones generales. Y puedo decir como quien lo ha visto y tocado con las manos, que de aquella herida, que el demonio quiso dar en esta parte flaca, quedó todo el cuerpo de esta Doctrina y encomienda no solo sano por la gran misericordia de Dios, sino mucho más fuerte que antes, como en el resto desta relación se verá.

Mas por remate deste cuento no dejaré de decir lo que le pasó á

Don Francisco Amandao, principal de aqueste pueblo, hombre viejo, de buen juicio y muy gran amigo nuestro. Este se dejó vencer en cierta ocasión de enfermedad, á hacer semejante sacrificio al demonio, inducido con que por lo menos diesse la mitad del cuerpo al *Anito*, á ver si se lo sanaba; luego se le murió el medio cuerpo, que no le pudo mover, y así vivió algunos años, dando público testimonio de su infidelidad. Muy arrepentido de la cual vino á morir cristianamente, al tiempo que esto pasaba.



Capítulo XXIII.

LO QUE HIZO LA COMPAÑÍA EN SEBÚ, HASTA EL AÑO DE MIL QUINIENTOS NOVENTA Y SIETE.

Luego que murió en Sebú (como dijimos) el Padre Antonio Sedeño, se volvió al Maluco, su provincia donde había salido, el P. Antonio Pereira: por lo cual huve yo de quedar solo en aquel colegio con un hermano, desconsolado y no poco, por írseme un tan buen compañero y hermano, con quien había yo pasado un muy buen año en Tigbauan, en Leite, y en Sebú: y tan buena ayuda en nuestros ministerios, que por la gracia y buen modo con que este buen Padre los administraba, nos estimaron mucho, y desearon en esta provincia de Pintados, y mas particularmente en esta ciudad del Santísimo nombre de Jesús. En la cual este padre había estado solo antes desto casi otro año en el convento de San Agustín, donde aquellos mis religiosos padres le tenían, como si fuera de su misma religión, y él les sirvió á ellos y á la ciudad toda, con tanta edificación, que no ayudó poco para aficionarles; y dispuso mucho los ánimos para que nos pidiesen y recibiesen en su ciudad, como dijimos que lo hicieron. Ayudó también mucho con su autoridad Don Rodrigo Ronquillo de Peñalosa, Alcalde mayor de la ciudad, hijo de Don Gonzalo Ronquillo, que murió Gobernador, lugar teniente del Rey Católico Don Felipe Segundo en estas Islas, y su primo Don Gonzalo Ronquillo de Vallesteros, que salía del mismo oficio. Que todos estos Caballeros han profesado siempre gran devoción á nuestra mínima Compañía.

Con estar sólo se ejercitaban nuestros ministerios en nuestra iglesia con Españoles y con indios con harta frecuencia, y predicaba muy ordinario en la catedral. De más desto viendo el barrio de los Chinos desta ciudad, donde había más de doscientos, con solo un cristiano, y que no había quien los administrase, estando ellos muy dispuestos para recibir nuestra santa fe, si hubiese quien se la enseñase, me apliqué á estudiar y á aprender su lengua, de que ellos se alegraron mucho, y acudían muchos dellos todos los días á hora señalada, á darme lición, con que tomé algo della, que me bastó para comenzarlos á doctrinar: á lo cual me ayudó mucho el Gobernador Don Luis de las Mariñas, que de Manila me envío un mozo muy hábil desta nación, cristiano, que me ayudaba á catequizar los que se habían de bautizar. Así pasé el Adviento del año de mil quinientos noventa y cinco. Celebramos la noche buena y la Pascua de Navidad con solemnidad y alegría; y preparándome para hacer nuestra primera fiesta de la Circuncisión, para la cual teníamos la iglesia bien aderezada, y convidado al Padre Fr. Bartolomeo García, que me predicase; (que era entonces el Predicador de aquel convento del glorioso Doctor San Agustín, y agora es compañero del Reverendísimo de Sebú y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición en aquel Obispado) á este tiempo caí enfermo acosado del trabajo, que aunque no era mucho, para mi lo fué, por ser para poco. Fué ocasión, en que mostraron más su gran caridad los Padres desta sagrada Orden y la mucha devoción y hermandad que profesan con la nuestra, pues todos ellos, dejando aquel día su iglesia (que es de la misma vocación del Santísimo nombre de Jesús por respeto del Santo niño, que en ella colocaron) se vinieron con su capilla á la nuestra, y en ella celebraron el día antes solemnísimas Vísperas, y el mismo día oficiaron y cantaron una muy solemne Misa y sermón (á que yo no pude asistir, por estar, como digo, enfermo). Y por hacerme más sabor y caridad, quisieron ser mis comvidados, y comer de nuestra pobreza. Quiso nuestro Señor por su misericordia darme salud, y que les pudiese servir parte desta obligación y de las muchas otras que les tenemos, de ahí á trece días, que es el en que ellos celebran su fiesta del Santísimo nombre de Jesús, hallándome á ella y predicándoles, y comiendo con ellos. Pocos días después vinieron de Manila

dos Religiosos descalzos de la Sagrada orden de San Francisco á embarcarse en la nao, que se aprestaba en aquel puerto para la Nueva España, y desembarcando junto á nuestra casa, que está á la lengua del agua (en reconocimiento de lo mucho, que semejantemente les debemos á aquellos benditos Padres y Sagrada Orden, que con tanta desnudez y aborrecimiento de las cosas del mundo buscan solamente por todas ellas á Jesu-Cristo,) les rogué se sirviesen della. Estuvieron conmigo y haciéndome su gloriosísima caridad, y recibiendo yó igual consuelo y edificación desta hasta pasada Pascua de Espíritu Santo del año de mil quinientos noventa y seis. En esta fiesta me ayudaron, por la despedida, á un Bautismo solemne que hizimos de dos Chinos principales, y otros no sé cuantos, á quienes bautizamos con sus mugeres Bisayas, y los casamos y velamos con gran solemnidad y regocijo y concurso de toda la ciudad. Los dos principales eran don Lorenzo Ungac y Don Salvador Tuigam. No usan los Chinos cortar el cabello y antes lo peinan y aderezan todas las mañanas y lo traen cogido en la cabeza con mucha gala y gracia; pero nosotros para bautizarlos usamos cortárselos, por tener con eso dellos más seguridad de su fe y perseverancia. Estos dos antes del Bautismo habían hecho conmigo algunas diligencias, y echádome rogadores, para que no se lo cortase: y no les faltaba razón, porque, como me decía uno destos rogadores, era uso de nación, y honra entre ellos el cabello, como entre nosotros los mostachos y la barba. Mas no atreviéndome yo á hacer lo contrario de lo que los perlados y otros ministros cuerdos y Religiosos usaban en esto, dí por resolución, que no los bautizaría sino se lo cortaban. Con esto se sosegaron y obedecieron. Y para mayor rendimiento, á lo que entendí, el Tuigam vino á mi la misma mañana del Bautismo acompañado de otros de su nación y poniéndome unas tigeras en la mano me rogó, que yo diese el primer golpe con ellas en su cabello, como lo hize, y otro se lo acabó de cortar. De allí adelante ninguno dellos reparó en esto, antes sin hablar en ello venían al Bautismo, cortado su cabello como nosotros.

Había también venido para irse en la nao el Padre Fray Diego de Aragón, del orden sagrado de Predicadores, varón verdaderamente espiritual y de gran virtud y ejemplo, el cual habiendo de quedar esperando un año entero la partida

de la nao, por no se haber podido despachar al presente, se inclinó y aficionó á vivir y estar en nuestra casa conmigo, porque en aquella ciudad no la tiene su Religión. Yo lo recibí con tanta voluntad, cuanto agradecimiento á Dios nuestro Señor, por la ocasión que me ofrecía de servir á persona y orden á quien tanto yo estimaba, y á quien la nuestra tanto debe y reconoce, acá y allá, y en todas partes. Edificome grandemente, y lo mismo á otros muchos que de nuestra Compañía me vinieron de Manila y tuve después por güéspedes, con su gran Religión, recogimiento, oración, penitencia y vida inculpable y ejemplar. Así pasé hasta el Setiembre de mil quinientos noventa y seis, que haciéndose la división y repartición de los catorce Padres, que el mes pasado de Agosto habían llegado, comenzé á tener güéspedes y compañeros, con los cuales no solo se pudo mejor acudir á nuestros ministerios, sino salir á reconocer el estado de nuestras cosas en Mindanao, que por muerte del P. Juan del Campo, quedaron sin dueño, como después veremos. Finalmente vino á tener este colegio seis de la Compañía, todos muy bien ocupados, con Españoles, Portugueses, Chinos, Bisayas, Tagalos, y otras muchas naciones que concurren á esta ciudad á sus tratos y negocios, y dos profesábamos la lengua China demás de las lenguas Bisaya y Tagala, en que de ordinario se predicaba y confesaba, y administrábamos los demás sacramentos. Y un hermano buen escribano continuó una escuela de niños, que había juntado el P. Antonio Pereira, en que se enseña á leer, escribir y contar, con la doctrina y costumbres cristianas.



Capítulo XXIV.

DE LA ISLA DE LEITE, Y LOS QUE EN ELLA SE BAUTIZARON.

Será el contorno desta isla de Leite, como de cien leguas. Corre lo largo della lesteoste, distancia de cuarenta, y por lo ancho de Norte Sur es angosto. Divídela casi por medio una gran Sierra, que llaman de Carigara, la cual causa en ella una desigualdad y variedad maravillosa de temples y de tiempos, de que viene, que cuando en la parte Aquilonar della es Invierno, que es en los meses que en España, en la Austral es verano, y al contrario en la otra mitad del año. Así cuando la mitad de la Isla siembra, la otra mitad hace sus cosechas, de suerte que tienen dos al año, y ambas muy abundantes. Tiene toda ella en contorno muchísimas otras islas adyacentes, pobladas y no pobladas. Es muy bastecida de pescado del mar y de los ríos, que son muchos, de vacas de la China, de gallinas, de venados, de puercos caseros y de monte; frutas, legumbres, y raíces de muchos géneros. Es toda poblada de muchísima gente, y así están los pueblos no lejos unos de otros, y ninguno hay que no tenga un gran palmar y muy hermoso y caudaloso río. Estas palmas y otros árboles, de que toda la isla es muy fértil y poblada, acomodan mucho los caminos (alivio, y refigerio bien necesario para los que allá caminamos á pie, que no hay comodidad para más) por toda ella se camina por bosques y selvas de arboleda tan fresca, y tan crecida, que á medio día en punto, no nos daba fastidio el Sol. De los árboles hay muchos, cuyo tronco tiene más de doce brazas de rueda y así se sacan dellos aserrados tablo-

nes muy hermosos. El temple tira menos á calor que el de Manila, con estar dos grados más cerca de la equinocial, lo cual es común en toda esta provincia de Pintados. La gente llana, sencilla y de buenos entendimientos, y tiene entre otros buenos y loables usos dos en particular, que son comunes á las islas vecinas á esta. El uno, que para caminar ó navegar, no han menester matalotage ó alforja, porque, donde quiera que lleguen están seguros que los han de hospedar y dar muy bien de comer. El otro, que por mala, ni por buena cosecha, ni sube ni baja el precio del arroz entre ellos, sino que siempre lo dan los unos á los otros á un precio: y lo primero, y segundo lo hacen por buena correspondencia que ellos tienen entre sí, cual la pedía el Apóstol á sus Corintios. A las dos Residencias que había en esta isla, en Dulac la una, y la otra en Carigara se añadieron otras tres con el nuevo socorro de operarios, una en Palo, otra en Alangalan, y otra en Ogmuc. De cada una de las cuales por ser nuevas agora no habré tanto que decir como adelante, que con el número de los cristianos fué creciendo el de los puntos notables y sucesos dignos de escribirse. Con todo esto no faltará que decir agora de cada uno de los puestos en particular; en común puedo decir, que en toda esta isla, estos dos años primeros, se hicieron gran número de cristianos, con ir los nuestros muy poco á poco disponiéndolos, como á gente tan nueva para la fe, y para nuestro conocimiento y trato.



Capítulo XXV.

DE LO QUE SE HIZO EN DULAC Y SU COMARCA.

El Padre Alonso de Humanes y el P. Juan del Campo fuecon los primeros, que comenzaron á doctrinar los vecinos y romarca de Dulac: porque como el P. Alonso de Humanes, fué enviado del P. Antonio Sedeño desde Sebú, por Superior de Nuestra Compañía en esta isla de Leyte, llegando á Carigara, que está primero, dejó allí por Superior al P. Mateo Sánchez, que iba con él, y tomando consigo al P. Juan del Campo, que lo era en Carigara, pasó con él á Dulac. Tenía el P. Alonso de Humanes en gran estima al P. Juan del Campo, por ser muy espiritual, hombre de grande oración, fervoroso, docto, ingenioso y muy diestro en cosas agibles; por esto echó mano dél para su mayor ayuda y compañía, aunque le duró poco, porque se lo sacaron luego para Mindanao, como veremos. El tiempo que estuvieron los dos juntos, no solo levantaron la primera iglesia en Dulac, juntaron su escuela de niños, de los cuales bautizaron muchos, é hicieron un gran catálogo de catecúmenos, á quien como se iban disponiendo, iban bautizando con mucha solemnidad y fiesta para mayor estima de este Santo Sacramento, sino que, discurriendo el P. Juan del Campo por toda la comarca, ganó las voluntades de todos aquellos pueblos, y los dispuso maravillosamente para recibir nuestra Santa Fe. Salían de su mano los cristianos tan bien formados, que el que ayer antes del Bautismo era arisco, áspero é intratable, hoy bautizado aparecía tratable, manso, fácil y amoroso; y con eso un desengaño muy grande y aborrecimiento de sus idolatrías y vi-

cios antiguos, y una afición y gusto extremado de Jesu-Cristo nuestro Señor, y de sus misterios. Veíanse los niños tan pequeños, que aun no sabían hablar, y dar con todo tan buena razón de la doctrina Cristiana, que parecían haber nacido enseñados, y un gusto y suavidad en decir «loado sea Jesu-Cristo», los que dos días antes ni le conocían ni le oían nombrar, que bien parecía obra suya, y obrada por instrumento tan suyo.



Capítulo XXVI.

DE LO QUE PASÓ EN CARIGARA EN AQUELLOS PRIMEROS PRINCIPIOS.

Este puesto de Carigara fué, como dijimos, el primero donde comenzó la Compañía las Doctrinas de esta provincia: aquí fué donde dijimos la primera Misa, hizimos la primera fiesta á honra de la Santa Cruz con mucha solemnidad, y en ella el primer Bautismo, en que por mis manos bautizé, aunque indino, por dar principio á esta Cristiandad, un buen número de niños ya capaces de razón. Hubo á toda esta fiesta gran concurso de toda la Comarca, que con grande alegría, juegos y regocijo la solemnizaron desde la noche ántes. Después, comenzaron á catequizar el P. Juan del Campo y P. Cosme de Flores, que en este tiempo y ejercicio aprendieron con suma brevedad su lengua, en particular el P. Cosme, que la hablaba con gran señorío y destreza. Salió para Dulac el P. Juan del Campo, y quedando en su lugar el P. Mateo Sánchez, llevaron los dos adelante su obra, ganando almas para Jesu-Cristo, y su divina Magestad atrayéndolas de suerte, que se comenzó á ver en Carigara una muy florida Cristiandad. De la cual aunque habría algunas cosas notables que poder decir, solo referiré dos bautismos, que allá nos parecieron de consideración. El primero fué de un niño de cinco años, que con fervor del cielo se nos vino de su pueblo á sólo pedir el Bautismo. Sabiéndolo su madre y su padrastro, infieles, instigados del demonio, que sentía mucho perder aquella presa, vienen trás él con una furia infernal á llevársele por fuerza, si pudiesen, mas no pudiendo hacérsela por respeto de los

pladres, procuraron estorbarle por otros deudos, amigos y conocidos: y juntando halagos con amenazas, que para niño tan tierno bastaran menos diligencias, pusieron muy gran esfuerzo en divertirle y disuadirle de su propósito santo. Mas, Dios nuestro Señor, que le daba esfuerzo de varón, y dándoselo le hacía juntamente tanto mayor, cuanto más suave fuerza á su ternecilla voluntad, le hizo perseverar con tal constancia, que los venció, diciendo que él quería ser hijo de Dios, porque los que no eran cristianos son esclavos del demonio, y otras razones tan vivas, que obligaron á muchos de los presentes á defenderle y ayudarle: y reprehendiendo con veras á los que tan sin razón le contradecían, les hicieron que lo dejasen libre, y él salió con su demanda y con el santo Bautismo, con un contento mayor de lo que se puede encarecer, y de lo que pudieran prometer muchos más años de discurso y de edad. Una mujer principal había huído y reusado el Bautismo contra los impulsos de Dios y persuasiones nuestras: sólo reparando en la indisolubilidad del Matrimonio que profesa nuestra santa ley; porque decía ser cosa dura, si descontenta el marido, no poderle dejar como se usaba entre ellos. En fin un hermano suyo que pedía el santo Bautismo la convenció á que le hiciese compañía, y así lo hizo; mas estando ya para recibirlo, se hizo afuera, y se quedó sin bautizar, bautizándose el hermano. Fué esta flaqueza para ella causa de gran confusión y sentimiento, y por el consiguiente de mayor esfuerzo y conato (á la traza de San Marcelino Papa) porque el día siguiente volvió á la iglesia compungida por estremo, de lo mal que lo había hecho, confesándose por loca y de poco juicio, y que con vano temor había retrocedido; dijo al Padre, que le pesaba mucho de lo hecho, y que pues ya venía llana y rendida á todo lo que la santa Ley Evangélica manda, fuese recibida al santo Bautismo, que ella deseaba muchísimo, porque sabía que sin ser cristiana no se podía salvar. Finalmente con buenas prendas y satisfacción de su deseo y de su perseverancia, se le dió el santo Bautismo, el cual ella recibió con gran devoción y gozo.



Capítulo XXVII.

LO QUE SE HIZO EN PALO Y SU RIBERA.

Hasta el Setiembre ó el Octubre de mil quinientos noventa y seis, que fué á residir á Palo el Padre Cristóbal Jiménez, donde aprendió muy bien la lengua é hizo muy grande fruto, como se verá adelante, no hubo en aqueste pueblo sacerdote ninguno de asiento. Sólo el Padre Mateo Sánchez, en algunas salidas que hizo de Carigara, les acudió muy de propósito, acompañado de un hermano. Está este puesto entre Carigara y Dulac, en la orilla de un hermoso río, como media legua la tierra adentro, apartado de la mar; tiene muy gran comarca de pueblos y mucho número de gente, y toda de muy buenos naturales, en la cual hallè yo muy buena acogida, cuando con el Padre Antonio Pereira fuí reconociendo estos puestos, el año antes, y que entreteniéndome con buena conversación, gustaban de oir las cosas de Dios, y me hacían cerca dellas muy buenas preguntas. Mas, debía de haber entre ellos algunos ministros del demonio los cuales como pierden con nuestra santa Fe su reputación y ganancias viles, tenían (á lo que creo) pravertida esta gente de manera, que la primera vez, que después desto fueron allá los nuestros, no solo fueron mal reoibidos, mas apenas hubo de quien lo fuesen ni mal ni bien. Porque todo el pueblo hallaron huido, la tierra adentro, y algunos que había en las casas los miraron con tal ceño y despego, que hubieron bien menester volver los ojos á Dios, y esperar de su divina mano el consuelo de aquella aflicción y desamparo. Así lo dió en breve su divina Clemencia,

trocando las manos, y dándonos á entender que sola la suya es poderosa para rendir corazones: rindió estos de manera que los mismos que huían, dentro de pocos días nos deseaban, y se quejaban de que se les acudía de tarde en tarde: y cuando eran visitados de los nuestros, no los dejaban ir tan presto, formando queja de que se habían detenido poco con ellos. Pedían á porfía unos de otros con gran fervor el santo Bautismo, y los paganos tomaron con grandísima afición, fervor y gusto las costumbres cristianas. Así era de ver el rezar cada día mañana y tarde, repetir los sermones, cantar la doctrina en sus casas, y en los campos, y en las barcas (en las cuales cuando navegaban llevaban una campanilla, para tocar las Ave Marías, el cuidado en acudir á la iglesia, la devoción en el confesar, particularmente aquella primera Quaresma, no una sino dos veces, el fervor en hacer su disciplina, particularmente la Semana santa, en cuya procesión, de más de los que se azotaban sacando sangre, que eran muchos, les iban alumbrando cuatrocientas luces, todos con gran silencio y concierto. Súpose de muchos casos particulares que Dios nuestro Señor tomó muy de propósito el moverlos por varias vías á recibir su Santa Fe, y después de recibida confirmarles en ella, así con visiones *admirables* y sobrenaturales de cosas buenas y malas, de alegría y de espanto, como con dar salud casi milagrosa á muchos que estaban á la muerte, y con muy particulares inspiraciones interiores. Pasando un cristiano de estos por delante de una casa donde estaba un ministro del demonio ofreciéndole su abominable sacrificio, le dijo el mismo demonio, se guardase no subiese aquel cristiano, porque (dice,) tengo miedo á estos cristianos. ¿Cómo los que oían aquesto no habían de irse tras el poderoso Dios, á quien veían que el que ellos tenían por tal, no solo lo temía, sino que temía también, por haberse ya hecho cristianos, á los que poco antes lo temían y adoraban á él? Una enferma, estando muy fatigada, se le ofreció con deseo de la salud, dejando el lecho en que estaba, pasarse junto á unas Imágenes: cooperó Dios nuestro Señor con su fe, de tal manera, que sanando luego, publicaba haberla sanado las Santas Imágenes. En un pueblo junto á éste había enferma una vieja, muy vieja y muy obstinada en su infidelidad, tanto, que á persuasiones del Padre que la visitó no se quiso ablandar: tomó la mano un niño que venía con él y pintándole al vivo las penas del In-

fierno, la hizo reparar de modo, que le preguntó. ¿Sabes tu eso? Respondió el niño, si: porque Dios así lo ha dicho, y yo así lo creo. Con esto la rindió y dispuso para que allanándose más al catecismo, recibiese tras él el Bautismo santo, y juntamente salud de cuerpo y alma.



CAPÍTULO XXVIII.

DE LA RESIDENCIA DE ALANGALANG.

Está este puesto en lo interior de la isla de Leyte, cinco leguas distante de Carigara. Su comarca es muy poblada, con la comodidad del buen terreno. Mas la distancia era grande para podérsele acudir de Carigara, mayormente á tanta gente. Por lo cual, cabiéndole á Carigara en el repartimiento que se hizo de los catorce Padres uno solo, que fué el P. Francisco de Encinas, hubo él de quedar en compañía del P. Mateo Sánchez, y salir el P. Cosme de Flores á fundar aquella cristiandad de Alangalang, por su destreza en la lengua, y estima y afición que le tenían los indios. El primer cuidado deste bendito Padre fué, con gran suavidad, y gracia atraer á todos aquellos pueblos, mayormente los más distantes, y que con más dificultad podían ser ayudados, á que se llegasen á este puesto, y en él se hiciese, como se hizo, una grande población. En ésta iba él poniendo en orden su iglesia, su casa, su escuela, y su cristiandad, cuando nuestro Señor fué servido llevarle para sí, dejando á sus indios huérfanos, desconsolados y solos. Así estuvieron algunos meses, porque ni hubo luego quien pudiese suplir aquesta falta, mas que un hermano que acompañaba al Padre, y los entretuvo dotrinándolos, sin administración de Sacramentos, por ser lego: ni los Padres de Carigara les pudieron acudir, impedidos con las ocupaciones de los suyos.



Capitulo XXIX.

DE LA ENTRADA EN OGMUC.

Es este puesto de Ogmuc ribera del mar á la parte austral de la isla de Leyte, casi contracosta línea reta de Carigara, que está á la parte Setemtrional. Tiene en la misma isla muy buena comarca y adyacentes otras tres menores, que llaman *Polo*, toda buena gente, dócil y que recibió á los nuestros con mucho amor y gusto. Cúpole aqueste puesto al P. Alonso Rodríguez con otro compañero, y parece que la suavidad y buena gracia deste Padre influyó en estos indios, antes que le viesen, como lo ha hecho después que le han visto y tratado. Saliéronle á recibir con mucha alegría á la mar el Gobernador dellos y otros, el cual sin demora trató allí de su conversión, y dióles por escrito las oraciones para aprenderlas. Imitáronle los demás, no solo en esto, sino en dar luego todos sus hijos, de que hizo una muy hermosa escuela, en la cual había niños habilísimos, aunque muy pequeños, que era maravilla ver servir la Misa con destreza y gracia á niño, que apenas podía mover el misal. Han servido también mucho estos niños de ayudarnos á catequizar y dotrinar á sus mayores, disponerlos para el santo Bautismo, y aun darles prisa que lo reciban. Como lo hizo uno de solos cuatro años, con su padre, que viéndole algo tibio en esto, le instó con tal fuerza, que lo metió en calor, y le hizo pedirlo con instancia. Ni solo hacen este oficio con sus padres, sino que interceden por ellos con nosotros, haciendo diligencia por que no se les dilate. Sucedió á un niño destos una cosa que, con ser niñería, muestra la estima, con que

en estos corazoncitos tiernos se arraiga nuestra santa Ley Evangélica. Hallose entre unos gentiles, que comían carne en viernes, y él sin malicia comenzó á comer con ellos. Al primer bocado, acordándose del día, lo lanzó fuera, bajó de la casa, y á gran prisa fué á la nuestra con gran fatiga, que había hecho un gran pecado: quietáronle, y enviáronle consolado los nuestros, quedando edificados y contentos desta buena muestra de Cristiandad, aunque tan tierna y nueva. Sin mucha dificultad se hacían cristianos todos estos; más uno la tuvo grande, por tener tres mujeres todas principales como él, y aunque se le hacía de mal dejar las dos, mas reparaba en el dote que había de perder. Vista esta lástima por el buen Padre á quien se le hizo muy grande ver, que por un poco de interese temporal este hombre perdiese el eterno, inspirado de Dios nuestro Señor dió una traza y fué hablar á la mujer de que el hacía más caso, y persuadirla que se bautizase. No fué menester mucho, porque ella lo deseaba; y así lo dijo, añadiendo que, aunque pesase á su marido, lo había de poner por obra, ni había de volver á su casa, sino irse derecha á la de una cristiana, que la enseñase y dispusiese: lo cual no solo dijo al P. á solas, sino á su mismo marido delante de otros muchos. Como lo dijo lo hizo. Celebrósele un Bautismo muy solemne con muchas fiestas, danzas y alegría, que visto por el marido, desechó luego las dos, dándoles lo que era de su dote; y libre de este impedimento se bautizó y casò cristianamente. Celebrose su Bautismo, el mismo día de la gloriosa Resurrección de Cristo nuestro Señor, junto con el de otros once principales que también se bautizaron con gran fiesta, regocijo y concurso de muchas gentes. Con esto he dicho lo que se ha ofrecido de estos cinco puestos de esta isla de Leyte. Antes que pasemos á las demás, será bien declarar lo que se pudiere de sus matrimonios y repudios tanto para mejor entender lo que acabamos de decir, cuanto porque en lo que resta se ha de ofrecer muchas veces tocar en ellos.



Capítulo XXX.

DE LOS MATRIMONIOS DOTES Y REPUDIOS DE LOS FILIPINOS.

Casi diez años estuve en Filipinas sin saber que hubiese hombre que se casase con muchas mujeres, hasta que vine á las islas de Ibabao y de Leyte: porque en Manila, Mindoro, Marinduque y Panay, donde había estado, no ví que se usase tal cosa. Solo me había dicho un español, que en Mindanao se usaba en cierta parte, hacia Dapitan, casarse una Bisaya (que también los de Mindanao son Bisayas) con dos maridos; y el tener muchas mujeres había entendido ser solo de los Mahometanos, que están en Mindanao y en Burney. Lo cierto es, que no se usa generalmente en Filipinas casar con muchas mujeres, ni en las partes donde se hace no es tampoco general el uso. Lo más común y más general es casar con una mujer. Esta procuran los Bisayas siempre tomar de su propio linaje, y muy cercana en parentesco. Los tagalos no miran tanto en eso: conténtanse con que no sea de menor suerte. Ni tienen los unos ni los otros más impedimentos que en el primer grado, como he dicho; y tan fácilmente se casan tío y sobrina, como primos y hermanos: mas, hermano y hermana, ni aguelo y nieta, de ninguna manera; como ni padre é hija. Hay diferencia grande entre amancebamiento y casamiento, porque el matrimonio demás del consentimiento tiene sus ceremonias, como después diremos. También tienen desposorios distintos del matrimonio, los cuales acompañan con penas convencionales, que se ejecutan sin redención. Pongo el ejemplo. Promete Si Apay casar con Cay Polosin. O estos mismos casados, con otro par de casados conciertan, estando

las mujeres preñadas, que si los vientres que ahora tienen fueren varón y hembra los casarán, so pena de diez taes de oro. Solemnizan este concierto con un convite, en que comen y beben y se embriagan: el que después es causa de no cumplirse, paga la pena. Estos son desposorios. En el matrimonio hay dote y entrega de la persona, con consentimiento de presente, aunque no perpetuo. Mas la dote no la da la mujer sino el marido, en la cantidad que conciertan; y conciértanse conforme á sus calidades, que es lo que algunos autores dicen de algunas naciones, que usaban comprar las mujeres, para casarse con ellas. Demás de la dote usan dar algunas dádivas á los padres y parientes, más ó menos, conforme á su posible. Estando yo en Tigbauan, vino el principal de la isla de Cuyo á casar su hijo con la hija de Tarabucon principal de Otón, que es junto á la villa de Arévalo, doctrina de los PP. de San Agustín, y los casó un gran ministro de esta Orden, llamado Fr. Pedro de Lara, que era entonces Vicario de aquel convento. Del cual y de otro religioso de la misma casa supe que, demás de la dote, que fué muy gruesa, y de la ofrenda, que envió al convento, también de cantidad, dió dádiva á los padres de la novia, hermanos y deudos, y hasta los esclavos, que eran muchísimos, por grandeza y majestad. No duraba el matrimonio más de cuanto duraba la paz, porque con la menor ocasión del mundo se divorcian. Si la causa del divorcio no es justa y él divorcia, pierde la dote. Si ella, la restituye. Mas, si la causa es justa y él divorcia, se la han de restituir: si ella, se queda con la dote. Justa causa de divorcio para el varón es ser ella adúltera. Para ella es más rara la causa justa. En el divorcio, los hijos se parten entre los dos, sin distinción de varones ni hembras; que si son dos, uno es del padre, y otro de la madre; y así en proporción; y lo mismo es en la esclavonía, cuando el marido y la mujer son de diversos amos. Y lo mismo si dos tienen un esclavo, que el medio es del uno, y les sirve á medias. Estos propios modos de matrimonio y repudio usan los que casan con dos y tres, con las cuales no es fuerza casarse en un día, sino que teniendo una, años antes, pueden tomar otra, y después otra, y así cuantas pueden sustentar, como los Mahometanos. De los cuales creo yo que se ha derivado en estas islas de Mindanao y de Leyte este mal uso, porque cunden

por el mundo, dilatando la maldita secta, con tanto celo, y cuidado, como nosotros nuestra santa Fe. Y así la tenían en Burney antes que nosotros entrásemos en Filipinas, y de allí habían venido á predicarla á Manila, donde se comenzaba á profesar, cuando los nuestros llegaron, y la desarraigaron de cuajo. Y en Mindanao se ha introducido de menos de catorce años á esta parte, que no es poco dolor y lástima. Durante el matrimonio, el marido es el señor de todo, como entre nosotros, ó por lo menos está todo en montón, y cada uno por su parte procura acrecentar lo que puede, aunque también suelen hurtarse el uno al otro, para sus inteligencias.



Capítulo XXXI.

DE LA ISLA DE IBABAO Y CÓMO ENTRÓ EN ELLA LA COMPAÑÍA.

Esta isla es la que da la primera alegría á las naos que van de acá á las Filipinas, porque ella es la primera tierra que se vé en esta navegación, que llevamos al Poniente, y una punta della es el famoso Cabo del Espíritu Santo, que reconocemos en llegando, y en cuya demanda vamos: y por entre ella, á mano izquierda, y la gran isla de Manila, á mano derecha, se entra en las islas Filipinas, dejando las de los Ladrones 300 leguas atrás. También con la isla de Leyte, á la cual tiene á la parte Austral, hace un muy angosto estrecho, por el cual han embocado algunas naos, mayormente las arribadas y que con fuerza de temporales han vuelto atrás y buscado para su remedio el puerto de Sebú. Es grande y muy poblada, y toda en contorno tiene otras muchas islas adyacentes, también pobladas, y toda á una mano, gente muy apacible y que ha comenzado bien á recibir el Evangelio, señalándose más en esto los principales, lo cual es de más estima por el camino que abren á los demás, con su ejemplo. El primero de la Compañía que entró á doctrinar esta isla fué el P. Francisco de Otazo, con dos compañeros, á los cuales, aunque en estos principios no les faltó trabajo con la falta de lo temporal, de lo espiritual tuvieron tanta abundancia, que se pudo bien recompensar lo uno con lo otro. Llegaron á la parte occidental desta isla, que es oriental al archipiélago, á un pueblo llamado Tinagon, sin traer determinado ni elegido puesto cierto, y halláronle allí muy á propósito para el fin á que venían: porque corría

entonces en aquella parte de la isla una peste, pegada de las demás, de que morían muchos, y así comenzaron luego á poner manos á la obra. Trabajaron bien subiendo de casa en casa, y andando de enfermo en enfermo, catequizando y bautizando: mas el fruto á las manos les aliviaba el trabajo. Porque siendo excesivo el número de los que muy bien dispuestos recibieron el bautismo, los que murieron con él, de aquella enfermedad, llegaron á mil. Demás de la Iglesia de este puesto principal, que se levantó de nuevo, se hicieron en la comarca, en bien poca distancia, otras seis iglesias, teniendo en cada una dellas su escuela, de buen número de niños, con su maestro cada una, que los enseñase: los cuales estimaron en tanto, que la mayor amenaza que se les hacía en ocasiones, era decirles que les quitarían el maestro. Discurrían nuestros Padres por estos pueblos, visitando sus enfermos, y socorriéndoles con el remedio que podían, de cuerpo y alma. En estos discursos sucedió un caso que muestra bien la clemencia con que Dios espera nuestra conversión, la facilidad con que le hallamos cuando lo queremos, y la paciencia y perseverancia que ha menester un ministro evangélico para enseñar, persuadir, rogar, importunar y esperar la conversión de una alma. Había un Padre destos visitado los enfermos de un pueblo y volvíase ya á casa, que estaba algo distante, á tomar un poco de aliento, y descansar que se cerraba la noche. Volvió los ojos á un lado, y vió una pobre casa, que le pareció no haber visitado aquel día: subió por satisfacerse algunos pasos de la escalera, y mirando desde la puerta lo interior de la casa, vió tendido en el suelo un hombre; llegose y hallole helado y casi muerto; solo tenía sentido para responder, que no: preguntándole si se quería bautizar. Estúvole persuadiendo el Padre un gran espacio, y viendo lo poco que aprovechaba, y que se le hacía tarde, se determinaba á dejarle. Mas el dolor de ver perder á aquella alma, y la secreta fuerza que nuestro Señor le hacía, le obligaron á esperar y porfiar, y hacer instancia, la cual fué tan oportuna que dando el sí, y el oído al catecismo breve, que entonces se suele hacer, con dolor de sus pecados; acabado de bautizar, espiró con un ¡ay Dios! en la boca, arrancado del corazón.

Una de las islas adyacentes á esta de Ibabao es Maripipi; la gente de la cual toda en un día se bautizó, en la forma que diré. Dista de Ibabao, esta isla, tres leguas de mar, á

cuya causa los nuestros no iban allá tan á menudo como ellos quisieran: visto esto se determinaron de embarcarse todos en sus barcas, y venir á pedir el santo Bautismo. Desembarcaron en Tinagón los principales, y tras ellos los demás con sus mujeres é hijos, todos pidiéndolo con instancia; pero hablando por los demás un principal el Padre le dijo que aprendiesen la doctrina, y que sabida, los bautizaría. No dió otra respuesta sino decirla; y dicha, añadió, que de los demás la había él aprendido. Vista su Fé y buena disposición, los bautizó á todos, y así contentos y alegres se tornaron á embarcar para su isla.

Algunos meses después fué enviado el P. Miguel Gómez desde el colegio de Sebú á que entendiese la disposición que tenían los de la parte Oriental de esta isla para recibir nuestra santa Fé; y hallola tan buena, que haciéndole Iglesia en un pueblo llamado Catubig, no lejos del Cabo del Espíritu Santo, hizo muchos cristianos en toda aquella comarca, viniéndosele, no solo pueblos enteros de la misma isla, sinó de las demás adyacentes, en aquella mar ancha. En particular le admiró un principal del mismo Catubig, hombre que en la ley natural vivía inculpablemente, y con admirables dictámenes; uno de los cuales, era abominar el casarse con muchas mujeres. Éste, luego que oyó el catecismo, le contentó, y pidiendo el santo Bautismo, se cortó él mismo de su motivo el cabello, que no menos estiman ellos que los chinos. Otro fué un viejo enfermo, que antes de ver á los nuestros, en sabiendo que estaban allí, les envió á pedir el santo Bautismo; el cual recibió con mucha devoción. Hubo en esta misión cosas muy particulares que mostraron estar muy sazonada esta mies, para cogerse para Cristo: pero como estaba algo á trasmano, y el Padre era necesario en su colegio, de donde había salido, hubo de dar la vuelta á él con estas nuevas buenas de su jornada. Quedando aquellos pueblos y nuevos cristianos encomendados á los PP. de Tinagón, los cuales les acudieron en lo que pudieron, hasta que más de propósito se les proveyese de Padre, que les asistiese más de cerca, lo cual hoy está por hacer, por falta de operarios.



Capítulo XXXII.

DE LA ISLA DE BOHOL, Y DE LA ENTRADA EN ÉLLA DE LA COMPAÑÍA.

Es la isla de Bohol una de las menores de las Filipinas, pero absolutamente grande y muy poblada de mucha gente, más blanca y dispuesta en lo común que todos los otros Bisayas, gente de tanto aliento y valor, que se ha extendido por muchas islas comarcanas, y en ellas conservan los descendientes de estos el nombre de Boholanes, de que se precian mucho, como nosotros del de Españoles, en reinos extraños. Es rica de minas y lavaderos de oro, y bastecida de mucha caza, y pescado, abundante de arroz y cañas de azúcar, palmas y otros bastimentos. Aquí vino á reconocer con su armada el adelantado Miguel López de Legaspi, el año de 1564, entrando por la canal que llaman del Frayle, cuando, como dijimos, salió de la nueva España en demanda de estas islas; y un principal de aquesta llamado Catúnao á quien agora nuestros Padres bautizaron, como luego dirémos, le dió lengua de Sebú, que dista 6 leguas de Bohol, y fué con él guiándole allá, y le ayudó mucho en la reducción de la isla. Cupo la buena suerte de dotrinar esta gente al Padre Juan de Torres y al P. Gabriel Sánchez, que ellos fueron los primeros predicadores de Jesu-Cristo en Bohol. Entraron con muy buen pie y mucho consuelo, viendo que esta gente, como Nila de Sebú, su vecina, no profesaba casar con muchas mujeres, que era una aflicción, que á los Padres de Ibabao y de Leyte daba mucha pena, por hallar con este abuso grande impedimento en la conversión de muchos, que no tenían otro ninguno para recibir el santo Bautismo. Los

14

Boholanes no solo no tenían este, pero ninguno de sus abusos, que tenían otros, pudo impedir su conversión, porque todos de un golpe los dejaron con la idolatría. Dos en particular nos escribieron estos Padres, que aunque no son propios de solos los de esta isla, sino comunes con los de todas las demás, quiero decirlos para mayor noticia y claridad de esta relación: el uno era tocante á sus difuntos, y al modo de amortajarlos y sepultarlos; y el otro de sus convites y fiestas y embriagueces; diré de ambos lo que generalmente usaban, y primero de lo primero.



Capítulo XXXIII.

EL MODO QUE LOS FILIPINOS TENÍAN EN AMORTAJAR Y SEPULTAR SUS DIFUNTOS.

La primera y última diligencia que los Filipinos usaban en caso de enfermedad era, como habemos dicho, ofrecer algún sacrificio á sus *Anitos* ó *Diuatas*, que eran sus dioses. Estos sacrificios, como dijimos, le ofrecían bailando al son de una campana, y sucedía, como yo alguna vez oí, á la mayor furia del baile y del toque de la campana, cuando más fuerza ponía la *catolona* ó *bailana*, parar todo de golpe con la muerte del enfermo. En muriendo, sucedía la nueva música de las endechas y llantos, que también se hacen cantando, llorando los lastimados y los que no lo eran, los unos por su dolor y pena, los otros por su jornal y ganancia, alquilándose para este oficio como lo usan y han usado otras naciones de más nombre. Al son de esta triste música lababan el cuerpo difunto, zahumábanle con estoraque, y otros zahumerios que usan mucho; poníanle los mejores vestidos que tenía, y habiéndole tenido así tres días llorándole, le sepultaban. Otros le ungían con ungüentos aromáticos, que preservan de corrupción, en especial con el zumo de una como yedra, que allá se dá mucho, y verdaderamente es droga muy preciada, que llaman *buyo*, calidísima, y que á los vivos sustenta mucho, conforta la dentadura, aprieta las encías, y dá buen olor al aliento, y así los Indios y aun Españoles la usan mucho, y la traen siempre en la boca, como la coca en el Perú. Con el zumo pues de esta ungían el cuerpo, y por la boca se lo echaban que penetrase à lo interior, y con estas diligen-

cias se han hallado muchos cuerpos al cabo de muchos años, incorruptos, mas no los ponían en la tierra, sino en sus mismas casas, metidos en ataúdes de madera durísima, incorruptible, tan ajustada la tapa, que no era posible entrarle el aire. A otros, sobre esto, les echaban oro en la boca, y les ponían muchas preseas, y les enterraban así ricamente aderezados debajo de su casa, y con ellos otra caja de ropa. Demás de eso había ordinario cuidado de traer varias viandas á la sepultura, y dejarlas allí para el difunto. A otros no los dejaban ir solos, sino que les daban esclavos y esclavas que les acompañasen, á quienes daban primero de comer muy bien, y luego los mataban para que fuesen con el difunto. Vez sucedió que enterraron con un principal un navío tripulado de muchos remeros, para que le sirviesen en las navegaciones del otro mundo. La más ordinaria sepultura que daban al difunto era su propia casa, á lo menos en lo bajo de élla, abriendo un gran hoyo en que ponían la caja, y poniendo una barandilla en cerco del hoyo, se lo dejaban abierto, y allí le ponian la comida que le llevaban. Otros los enterraban en el campo y hacían fuegos por muchos días debajo la casa y ponían atalayas, para que el difunto no volviese á llevarse los que habían quedado. Hecho el entierro cesaban los llantos, pero no cesaban las comidas y embriagueces, antes duraban más ó menos tiempo, conforme á la calidad del difunto. La viuda ó viudo y los guérfanos y otros deudos, á quien tocaba más el dolor, ayunaban por luto, absteniéndose de carne, pescado y otros manjares, no comiendo aquellos días sino legumbres, y esas en poca cantidad. El luto, entre los Tagalos, es negro; entre los Bisayas, blanco, á que juntan los Bisayas raparse cabeza y cejas, que cierto los hace feos. En muriendo el principal, había de haber silencio en el pueblo, hasta que se alzase el entredicho, que duraba más ó menos días, conforme á su calidad: y en este tiempo no se había de oir golpe, ni ruido en casa ninguna, so pena de mal caso. En orden á esto mismo los pueblos de Ribera ponían á la orilla del río una señal, para que nadie navegase por él, ni entrase ni saliese, so pena de la vida: la cual quitaban con grandísima crueldad, violentamente, à cualquiera que rompiese este silencio: los que morían en la guerra eran celebrados en sus llantos y en las exequias que les celebraban, du-

rando mucho el ofrecer sacrificios á ellos ó por ellos; y con muchos convites y embriagueces. Si el muerto lo había sido con violencia, en guerra ó en paz, con traición ó de otro modo, no se quitaban los lutos, ni se alzaba el entredicho, hasta que los hijos, hermanos ó deudos, mataban otros muchos, no solo de los enemigos, y homicidas, sino de cualesquiera otros extraños que no fuesen amigos, como foragidos ó bandoleros que salteaban la tierra y mar, y andaban á caza de hombres, matando los que podían, hasta hartar su furia. La cual harta, hacían gran fiesta y convite, alzaban el entredicho y á su tiempo quitaban el luto. En lo cual todo se ven clarísimamente los rastros de la gentilidad, y de aquellos antiguos ritos y usanzas, tan celebradas y advertidas de buenos escritores, con que se hicieron famosas y dinas de historia, otras muchas naciones más políticas y por ventura algunas más bárbaras questa.

Porque los zahumerios y olores, no solo de ungüentos y especies aromáticas, más también de yerbas y flores odoríferas bien se sabe haber sido antiquísimo, no solo entre Griegos y Romanos, más también en la república de los Hebreos; por ventura aprendido del comercio de los gentiles, como se lee del sepulcro y entierro del rey Asa.

Los baños, así de los difuntos como de los que les tocaban, se hallan asimismo en las sagradas Letras y en las repúblicas de los Egipcios y Persas, y hoy en día entre muchas naciones. Como también el ponerles comida en los sepulcros, que reprehende San Agustín.

Los endechaderos y endechaderas ¿quién no sabe que son los lamentadores y lamentadoras, cantores y cantoras que tantas veces repiten los Autores sagrados? Y aun antes de instituida por Dios nuestro Señor la república de los Hebreos, el Santo Job convidó para lamentar y llorar el día de su nacimiento, como que fuera el de su muerte, á los que estaban preparados para hacer este oficio y levantar el grito y llanto á quien les alquilase. Lo cual después se estendió á infinitas naciones, y señaladamente á los Cananeos que hacían su coro y capilla, y con mucho arte y punto lloraban al difunto, como hicieron á Sísara, comenzando y entonando la madre y cogiéndole la voz las más sabias y diestras en el oficio.

El procurar la incorrupción de los cuerpos, de la manera

posible, común es á todos los que, ó quemándolos y guardando sus cenizas, ó levantando suntuosos mausoleos y pirámides, á su parecer eternas, ó gravando en bronce y pedernal los nombres y hechos de sus difuntos, deseaban y pretendían eternizar su memoria.

El enterrarlos en sus casas fué de los Etíopes, y de los Persas, á las puertas de ellas. Cubrirlos de joyas y vestiduras preciosas, de Hebreos ,Persas, Indios, y antes de todos estos, de los Árabes orientales del siglo y tierra del Santo Job, que llenaban sus casas (las cuales eran más sus sepulcros, que las en que vivían) de tesoros de oro y plata. El ponerles en la boca algún oro ó precio para comprar lo que hubiesen menester, y señaladamente el buen pasaje, lo ríe Luciano mucho de aquellos sus antiguos, tratando de la barca y pasaje de Caronte, y á la verdad no servía sino de cebar la codicia de los que, por gozar del oro, habrían los sepulcros y desenterraban los muertos, como los hicieron Hircano y Herodes con el sepulcro de David, y los Ternates en Bohol, como veremos adelante.

Lo de los convites es puntualmente lo que pasaba en las antiguas fiestas y convites funerales, usados de todas las naciones y provincias, sacras y profanas.

Lo del silencio parece ser, lo que no solamente los profanos autores, llamando á las sombras y tinieblas mortales, tácitas y silentes, más también los Sagrados autores significaron, llamando á la muerte y á los muertos, mudos, y la lengua Santa llamando al mismo sepulcro, silencio ó lugar dél, no solamente por la mudez que el difunto tenía, sin poderse ya corresponder con los vivos, más también por el silencio y admiración en que los vivos quedaban, quitándoles la voz y la habla, el dolor de los muertos y la soledad en que quedaban; y mucho mas la consideración de la miseria, poquedad y brevedad de su misma naturaleza, que veían en su vecino, amigo y pariente, tan maltratada, quedando ellos amenazados y citados para semejante suerte.

Finalmente como nacían todas estas cosas, parte de alguna vislumbre y atino de la razón natural, parte, y lo más cierto, de la ceguera y desatino, en que el demonio les ponía, usaron estos isleños costumbres y ritos semejantes á los de aquellos tiempos y naciones, porque fueron hombres como ellos, sujetos al mismo engaño; y verdaderamente en estas y

otras mil cosas se verifica aquella gravísima sentencia y pregunta del Sabio. ¿Que es lo que hoy pasa? Y respóndese él mismo; es lo que pasó en el tiempo pasado. Y volviéndose á repreguntar. ¿Qué es lo que los pasados usaron? respóndese él mismo: fué lo que será y lo que usarán los que están por nacer y lo mismo digo de lo que se sigue.



Capítulo XXXIV.

DE LOS CONVITES Y EMBRIAGUECES DE LOS FILIPINOS.

El tiempo de los convites, en que comían y bebían demasiadamente, aunque más era el beber mucho, mas que no el comer, era como acabamos de decir en ocasiones de enfermos, de muertes y de lutos. Hacíase también en desposorios y bodas, en sacrificios y con guéspedes y visitas. En todas estas ocasiones no había puerta cerrada para nadie, que quisiese ir á beber con ellos, que así lo denominan y nombran, beber, y no comer. En los convites por ocasión de sacrificios, usaban poner en la mesa un plato á un lado, en que por vía de Religión, el que quería echaba algún bocado, dejándolo de comer á contemplación del *Anito.* Comen sentados en bajo y las mesas son pequeñuelas y bajas, ó redondeadas, ó cuadradas, sin manteles ni servilletas, sino los platos de las viandas puestas en la misma tabla. Comen por cuadrillas, tantas cuantas caben al derredor de la mesilla, y sucede estar una casa toda, de largo á largo, llena de mesas y convidados, bebiendo. Las viandas se ponen todas juntas, en varios platos, y no se esquivan de meter todos la mano en uno mismo, ni de beber con una misma vasija. Comen poco, beben muchas veces y gastan mucho tiempo. En estando hartos y embriagados, quítanse las mesas, escómbrase la casa, y si el convite no es de luto, cantan, tañen, bailan, y en esto gastan días y noches, con gran ruido y voces, hasta caer de cansados y soñolientos. Pero nunca los vemos tan furiosos ni desatinados, que con la embriaguez hagan desafueros;

antes conservan mucho su proceder ordinario y tratan, tomados del vino, con el mismo respeto y miramiento que antes; solo estan bien más alegres y conversables, y dicen dichos donosos. Es probervio entre nosotros, que ninguno dellos saliendo del convite muy embriagado á desoras de la noche, dejó de acertar á su casa, y si se ofrece comprar ó vender algo, no solo no desatinan en el trato, sino que siendo menester pesar el oro ó la plata para el precio (cosa muy usada en todas estas naciones, y que cada uno para este fin trae su pesito en la bolsa) lo hacen con tanto tiento, que ni les tiembla la mano, ni yerran en el fiel.



Capítulo XXXV.

LO QUE HICIERON EL P. JUAN DE TORRES Y EL P. GABRIEL SÁNCHEZ EN LA ISLA DE BOHOL.

Todos estos abusos y desórdenes se olvidaron con la entrada de nuestros Padres en esta isla, haciendo Dios nuestro Señor, que despues de llegados á ella, no se oyesen los cantos y ruidos que solian, absteniéndose ellos de esto por no darles disgustos. La mayor dificultad que se halla en estas gentes es aprender las oraciones, los ya grandes, por natural pereza y flojedad, y los viejos por su edad, aunque en esto se tiene orden y modo, no obligándolos con demasía. En esto mismo han procedido los Boholanes tan liberalmente, que yendo nuestros Padres á unos pueblos, hallaban los viejos actualmente, aprendiendo de su propio motivo las oraciones, de sus hijos, y preguntándoles si querían ser Cristianos respondían que ya iban aprendiendo, que en sabiendo lo necesario recibirían el santo Bautismo. Tan dispuestos estaban para lo bueno. Son de bonísimos naturales; y cosa de buena costumbre y policía en que les hayan puesto, no la han dejado de hacer, que no es poco gusto y descanso de quien los doctrina. En la iglesia están con devoción y reverencia, hincadas ambas rodillas y las manos juntas al pecho. Hállanse á los bautismos de los que se bautizan de nuevo; y al fin de ellos los abrazan todos, y juntos se hincan de rodillas á rezar una Salve en acción de gracias. Corrió entre esta gente una pestilencia que con dolor de estómago y cabeza los acababa, de que se despoblaron en esta isla pueblos enteros. Más nuestros cristianos con viveza de Fé tomando por medicina la agua

bendita, se guarecieron de modo que no murió ninguno; en conformidad de lo cual sucedió lo que diré. Una infiel estaba de este mal tan á lo último, que no entendieron pasara de aquella noche; llamaron al Padre y representándole su peligro le pedían con instancia la bautizase luego: no le pareció que había tanta necesidad, ó á lo menos que la enferma no estaba tan enteramente dispuesta para el santo Bautismo, y así se contentó, repitiéndole algo del catecismo, conforme á la ocasión presente, esperar á la mañana. A mayor abundamiento por curar también el cuerpo, le preguntó ¿si creía que el agua bendita, por virtud del todo poderoso Dios criador nuestro, podía sanar los enfermos? Respondiendo ella que sí le dió á beber una poca, y con eso la dejó: á la mañana le vinieron á decir que estaba ya buena la que tenían por medio muerta. Una niña del mismo mal llegó tan á lo último, que la lloraban ya por muerta; acudiendo el Padre, y con dolor de que se le muriese sin sacramentos, por darle el remedio posible para el alma y cuerpo, pidió agua bendita; viendo que no la podría ella beber dijo á los circunstantes, ¿si creían que Dios nuestro Señor por aquella agua podía dar salud á aquella enferma, y no sus ídolos? Diciéndole todos que sí, se la aplicó donde le dijeron que sentía mayor dolor, y consolando con buenas esperanzas á los padres de ella la dejó; dentro de pocas horas le enviaron á decir que estaba buena. Así, usan mucho esta santa medicina en todas sus enfermedades, lo cual es general en todas estas islas. Yo ví muchas veces llegar las indios con sus hijuelos en brazos á la pila del agua bendita y tomando della con la mano, dársela á bever al chiquillo: tan ordinaria, y tan general es aquesta devoción.

Pero en Bohol en solos ocho meses no solo se ganó el pueblo de Baclayon con sus aldeas, que fué el primero puesto que en esta isla tuvieron los nuestros, sino que los de Loboc, que es un caudaloso río donde hay más de tres mil almas, se dispusieron y catequizaron, y lo mismo hicieron los de otras dos islas adyacentes á Bohol. De todos estos lugares se bautizó un buen número de los más dispuestos y capaces: y entre ellos el buen viejo Catúnao (de quien dijimos arriba) con su muger. Que entre los dos tenían seguramente sus doscientos y treinta años, y la muger

era de menos edad que él. No le quiso llevar nuestro Señor hasta pagarle su buen servicio, en haber sido la guía, que metió en las filipinas gente cristiana. Estaba siempre sentado, que ya no podía andar: y quedó tan contento del Bautismo, que lo que vivió después dél (que fué poco más de un año) todo se le iba en decir con mucho gusto: Jesús, María.



Capítulo XXXVI.

DE LA ISLA DE MINDANAO.

Está Mindanao más llegada á la Equinocial, que las islas de Ibabao, Leyte, Sebú y Bohol: y es mayor que casi todas cuatro juntas. No diré de su riqueza y fertilidad, más de que no es inferior á la más fértil de todas: y sobre aqueso ella sola es abundante de algalia y de canela. La canela se nace por los montes, y la algalia sacan en cantidad de los muchos gatos, que sola esta isla cría. Casi toda la isla es de amigos: solo á la parte del Sur en el Río de Mindanao que llaman (y es otro Nilo en grandeza y brazos con algunos comarcanos) están rebeldes, inquietados y sossacados de los Ternates, que han metido en ella la secta de Mahoma. De que nace que los unos y los otros, no solo son enemigos nuestros, sino de nuestros amigos de la misma isla; donde sucedió un caso, que no dejaré de contar, porque se vea el valor de estos Isleños. Teniendo los Españoles sentados sus Reales y presidios en aquel río, y ciertos bajeles en la agua, se ofreció un casamiento de un principal amigo, con hija ó hermana de otro principal, que estaba más adelante, el río arriba; por la amistad el General de este Campo le quiso hacer honra, que fuesen dos galeotas arriba á traerle la esposa. Estaba en el paso el enemigo Mahometano llamado Silongan, el cual sabiendo que los nuestros habían pasado y cuando habían de volver, aunque de hecho traían rompida guerra, no trató de enojarlos al pasar con la novia, antes salió descubierto á la orilla del río con un traje y paso grave y un avanillo en la mano, haciéndose

aire á mirar de propósito las goleotas y gente dellas. En reconociéndole nuestros soldados con orgullo de mozos y odio de enemigos, calaron las mechas y le dispararon algunos arcabuces, cuyas balas (asestadas á los pies por gallardía) aunque dieron cerca, no le acertaron ni causaron en él mudamiento ni alteración alguna, más que si fuera burla, lo que pasaba. Esta es constancia de enemigo; de los que estan á la parte Austral de la isla diré otro ejemplo de amigo, de los de la parte del Norte. Salió de Butuan á la mar, á pescar, un hombre embarcado con su muger é hijos en dos distintas barcas. Al volver á tierra, acabada la pesquería, quedando el enmarado con su barca, la muger con sus niños en la suya se dió mas prisa á llegar á la playa en ocasión que la iban navegando, tierra á tierra, unos navíos de ternates, enemigos, nuestros y suyos, como he dicho; los cuales viendo la presa sola y sin resistencia no la quisieron perder, y asi saliendo algunos á ella en un pequeño esquife, cogieron la muger y los niños. Trayéndolos cautivos, llegaba ya con su barca á la misma playa algo atrás, y distante, el pobre despojado; el cual viendo que no les podía dar alcance, les comenzó á dar voces en pié desde la playa, y supo decir tantas afrentas al otro, notándole de cobarde, que solo para muger y niños tenía manos, que le obligó á salir al desafío, añadiendo, que si le venciese, ya no serían robados la muger y los hijos, injustamente, sino ganados por despojos y fuerza de buen brazo. El Ternate, que no era menos animoso, que valiente, provocado con esto, llegó á tierra con la muger y los niños, que puestos á una parte y ellos á otra, comenzaron con furia su pelea; más como el de Butuan sobre ser valeroso peleaba con razón, ella le ayudó de suerte, que á pocos lances, con dos lanzadas, mató á su contrario, y él se fué contento con su muger é hijos ganados de nuevo.

A esta parte Austral, les cupo ir al P. Valerio de Ledesma y P. Manuel Martínez, en principio de Noviembre de mil quinientos y noventa y seis, donde, de mas de que los demonios en su llegada les hicieron sensible contradición, procurándolos asombrar, y atemorizar de noche con espantos y ruidos, de los que él suele, cuando Dios nuestro Señor se lo permite, no hallaron tanta llaneza en la gente por ser de naturales tan terribles y briosos. Pero fué como prueba, que

hizo nuestro Señor, para consolarlos luego con la conversión de muchos principales, y en particular con la de uno de quien menos se esperaba, por ser un hombre feroz, belicoso y temido, en aquella tierra, cuya conversión fué de grande edificación y sucedió de esta manera. Convidaron los Padres, de un Domingo para otro, la gente, encargándoles que no faltasen, lo cual cumplieron puntualmente viniendo en gran número, y hecha una doctrina con todos los niños, guiando uno de los Padres con la cruz, llegaron en buen orden á un puesto, donde se les esplicaron algunos misterios de nuestra Santa Fé: de allí dieron la vuelta á la iglesia, donde estando todo el pueblo junto, subió el Padre Manuel Martínez á predicarles; puso nuestro Señor tal fuerza en sus palabras, que rindió la de aquel corazón tan duro y obstinado, de tal manera, que al medio del sermón se hincó de rodillas Elian (que así se llamaba) pidiendo el Bautismo con instancia y eficacia. Fué un espectáculo que á muchos españoles, que se hallaron presentes, y á los indios que veían tan gran mudanza en su principal, á quien grandemente respetaban, enterneció mucho, y movió á grandes lágrimas: ayudó á esta moción lo que en ella hizo el P. Valerio de Ledesma, que era el Superior, y estaba con los demás oyendo el sermón, y fué; que como se alborotó el auditorio con tanta ternura, y admiración, sacó un crucifijo, y con él en las manos, manifestando las obligaciones grandes que todos tenemos á este Señor, que dió su vida por nuestro remedio, encendio más el fuego y avivó más la llama de la determinación heroica del bueno de Elian, el cual al cabo se llegó al Santo crucifijo, y con profunda reverencia le besó los pies, y tras él hicieron lo mismo Osol y otros. Luego Elian por no perder tiempo en lo que tanto le iba, dijo publicamente; que quien quiera á quien él debiese ó fuese á cargo alguna cosa, acudiese á él, porque se la pagaría. Desechó las mugeres, que tenía más de una, y dándoles el oro, que á cada una le venía de su dote, las envió á sus casas: y él se quedó en la nuestra á aprender las oraciones y catecismo, para con más brevedad bautizarse. Ayudó mucho esta conversión á los demás, y venían diciendo ¿que si el Padre de todos se hacía Cristiano que habían de hacer ellos? De ahí á poco dias habiéndose nuestros Padres hallado bien con este medio y traza de convertir

aquella gente, casaron otro principal de diferente barrio, casi por los mismos pasos, cuya conversión y el estado de aquella Cristiandad significa el mismo Padre Valerio de Ledesma por un capítulo de carta que dice así. Ya gracias á Dios todo al río se quiere bautizar, y no se oye otra cosa en todo el pueblo y casas, cuando trabajan, cuando bogan, cuando andan, sino cantar la doctrina: y así he andado por todas las casas, sin dejar ninguna, repartiendo los niños, que la saben, para que mientras trabajan, juntamente canten y aprendan; y porque no hay muchachos para cada casa, hago que los vecinos se junten en las más principales, y respondan al niño que canta. Están las casas destos principales, que no paran de día, y de noche de cantar, y todo esto lo ha hecho nuestro Señor por haber caído las cabezas especialmente Silongan, que por las muchas mugeres que tenía, que eran seis y el grande Buguey (que es el dote) que les había dado, estaba detenido como con grillos; soltose ya de los lazos, y dejado las cinco y quedádose con la primera; y públicamente á un sermon del P. Manuel Martínez se hincó de rodillas y pidió el Bautismo. Yo le abrazé y saqué un Crucifijo, el cual él adoró y animéle á perseverar, y á los que lo veían á imitar; con lo cual parece que todos quedaron rendidos: venía aquel día muy bizarro, cargado de seda y oro; bautizamos un hijo suyo, y él se bautizará, sabiendo la doctrina. Hasta aquí es la carta.

A la parte Aquilonar había ido el mismo año al gran Río de Mindanao, por el mes de Abril, el P. Juan del Campo y con el Hermano Gaspar Gómez en compañía del Capitán Esteban Rodríguez de Figueroa, Gobernador de aquella isla, que iba con una buena armada á pacificar los rebeldes y desterrar la maldita secta de Mahoma. El hermano se hubo de volver luego con ocasión de llevar á Manila el cuerpo del Gobernador, que murió desgraciadamente el mismo día que llegó á Mindanao; el P. Juan del Campo quedó solo con el ejército, padeciendo muchos trabajos, con soldados, y haciendo mucho fruto en ellos y en los indios amigos, de que él mismo hizo una bien copiosa relación. Ocupado en esto le halló la muerte, que le llevó, según creo cierto, á gozar de la vida, en tres meses y medio de su llegada á Mindanao. Murió aunque solo y sin Sacramentos, porque no tuvo quien se los administrase, con grande edificación y dejando

en aquel campo buen olor de santidad y nombre de verdadero siervo de Dios. Era natural de Sevilla; de edad de treinta y tres años y ocho de religión; fervoroso sobremanera y tan celoso del bien de las almas que todos le hallaban, Indios, Negros, Españoles, Chinos y otras naciones, juzgándose por deudor á todos y acudiéndoles con suma alegría y prontitud, en razón de lo cual pasó muchos trabajos y muchas malas noches. Nunca se acostaba de propósito á dormir sino cuando le cogía el sueño, salteándole en su ocupación. Tuvo don de lenguas: quiero decir, que aprendió muchas con gran facilidad; y la misma tenía en acudir á varias naciones y estados á un mismo tiempo, satisfaciendo á todos muy cumplidamente. Sucedióle hacer tres pláticas ó sermones en un día, á los Españoles, porque obligó la ocasión, sin hacer falta á los Indios de varias naciones y lenguas. Fué providencia de nuestro Señor quedar él vivo cuando murió el Gobernador, porque con su prudencia y buen modo no sólo consoló y animó aquel ejército, sino que les sirvió de mucho y buen consejo en cosas de importancia y de buen proceder. Azotábase todas las madrugadas, levantándose á oración y usaba casi perpétuo silicio. Nunca cenaba, por estar más dispuesto para sus largas vigilias, estudio y oración. Finalmente lo poco que estuvo en la Religión empleó de manera que tengo por muy cierto, le valío por muchos años. Leyó la Retórica en nuestro Colegio de Ávila, pudiendo leer Teología y haciéndolo con mucha perfección y aprovechamiento de sus estudiantes (por que tenía gran ingenio y erudición): los asuetos y fiestas, descansaba andándose de aldea, en aldea haciendo cada día dos y tres y cuatro sermones. Tuvo gran gracia en tratar personas; y así á toda Ávila metía en fervor, eclesiásticos y seculares; y todos le tenían por su Apóstol y maestro y así le trataban en presencia y en ausencia. De esta ocupación salió para las Filipinas, donde llegó, como dijimos, el Junio de mil quinientos y noventa y cinco. En la navegación no iba ocioso, sino metiendo en fervor toda la nao, con ordinarias pláticas y sermones, como me lo dijeron, alabándole, el general de la Flota, y el P. Comisario del S. Oficio de la Provincia de Pintados, compañero del Reverendísimo de Sebú. Yo le llevé á Leyte, y allí le dejé con el P. Cosme de Flores, por piedras fundamentales de aque-

lla Cristiandad, donde hicieron el fruto que dijimos. En Mindanao su mayor aflicción fué verse solo y congeturando de su gran trabajo y flaqueza que no había de vivir mucho, ver que en su muerte no tenía quien le ayudase y consolase; y así lo dijo muy pocos días antes que muriese á un soldado, acabándole de olear. Dad gracias á Dios que habeis tenido quien á esta hora os dé los Santos Sacramentos; pobre de mi que no tengo quien haga conmigo otro tanto. Más suplió Dios nuestro Señor, que es fiel amigo, esta falta, dándole una preciosa muerte con abundancia de consuelo del cielo. Su cuerpo recogieron hombres píos y devotos suyos, enterrándolo en la misma capilla donde celebraba, sin oficio funeral, pero con dolor y lágrimas y con atención á que se conservasen sus güesos, para trasladarlos á mejor suelo. Así se hizo, luego que se supo su muerte; que se trujeron á Sebú y allí se colocaron en nuestra iglesia, celebrándole solemnes esequias. A mi me cupo hacer esta jornada, acompañando al P. Juan de Sanlúcar, que iba por Superior; el cual viendo la poca disposición que por entonces había en aquellos Indios, para convertirse, hasta allanar los Mahometanos rebeldes, y que nuestra ocupación no era con ellos sino con los soldados del Campo, administrándolos como curas (oficio más de algún clérigo secular que nuestro) aunque quedó en esta ocupación casi un año (porque yo luego me vine con los güesos); al fin se hubo también él de retirar, retirándose también el campo y desmantelando por entonces aquel presidio.



Capítulo XXXVII.

COMO EL P. FRANCISCO DE VERA TORNÓ Á ESPAÑA POR MAS PADRES.

En el resto de estas islas de Pintados quedaron los de la Compañía tan bien ocupados, como hemos visto, donde en estos dos años, se habían fabricado de nuevo, en varios lugares para gloria de Jesucristo, treinta iglesias, en las cuales lo menos era lo material; porque lo formal, que era la cristiandad, en todas ellas iba con aumento, teniendo ca da Iglesia, en los lugares donde no residían los nuestros, su fiscal que mirase por ella y los juntase á lo menos las fiestas, á rezar las oraciones y cantar la doctrina cristiana, lo cual todos hacían no solo en la Iglesia y en sus casas, sino que navegando y labrando la tierra, su ordinario entretenimiento es cantarla. Al paso que crecía el fruto, crecía la necesidad de los operarios y verdaderamente cansados por la falta de fuerzas para tan copiosas mieses, clamaban todos á una por el socorro de nuevos compañeros: el cual como ha de ir de acá, que es tan lejos, no fiándolo de cartas, se acordó despachar al mismo Padre Francisco de Vera como á persona que había tenido tan buena mano en llevar el último socorro tan bueno y tan copioso, pero que ya por el aumento de la mucha mies era poco, y había necesidad de más. Salió de Manila para esta jornada el Padre, en Julio de mil quinientos y noventa y ocho, en la nao Santa Margarita, que llegó con próspero viaje, en cuatro meses, á la nueva España: donde, llegando luego orden de nuestro muy R. P. General Claudio Aquaviva que el P. Diego García, que acababa de ser Rector del Colegio de

México pasase á las Filipinas, á visitar y consolar de parte de su Paternidad á los que estábamos allá, y llevar de camino algún socorrro de buenos operarios para aquella viña del Señor, que era el fin para que el P. Francisco de Vera había venido; pareció á los superiores se quedase allí descansando el buen Padre, que lo había menester, y no ponerlo en nuevo trabajo de navegar luego otra segunda navegación para las Filipinas. Juntándose con eso el desearle detener en México, por ser de tanta importancia en aquella provincia su persona, como lo había sido en Filipinas, y antes de eso en Madrid y en Alcalá de Henares, donde había sido Superior: y el P. Visitador, con algunos compañeros, pasó á las Filipinas, como adelante veremos.



Capítulo XXXVIII.

DE LO QUE MÁS SE HIZO EN MANILA HASTA EL AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y NOVENTA Y OCHO.

Aunque desde los principios en Manila se recibieron novicios y había entrado allí en nuestra Compañía buen número de hombres de varios estados, muy idóneos para ella, y que han salido muy grandes siervos de Dios, y de mucho provecho en nuestros ministerios, en este tiempo era el número mayor, porque eran siete los novicios todos muy religiosos, humildes y devotos: los hermanos antiguos tres y seis sacerdotes; todos bien ocupados cada uno según su grado y vocación.

Las cuaresmas, fuera de los sermones de entreaño, iba creciendo el número de los oyentes con el aumento de los Españoles en Manila: y fué nuestro Señor servido dar luego á nuestros Padres, de contado, el fruto de su trabajo, para que con el gusto dél se animasen más á trabajar. Porque fuera de las ordinarias confesiones, que fueron en muy gran número, se hicieron muchas generales, de mucha importancia y de personas que en muchos años no las habían hecho, á lo menos como debían. En solo un año oyó un Padre cuarenta confesiones generales; otro cincuenta, otro doscientas.

También hubo muchos, que con deseo de enmienda de vida, unos y otros de mayor perfección, se recogieron en casa á hacer los ejercicios. Particularmente gente grave y cualificada como han sido el Maestre de escuela de Manila, el General de la Flota, y otros Capitanes y hombres

de suerte. En la cuaresma y adviento se hicieron, los Domingos en la tarde, pláticas á los soldados en el cuerpo de guardia, á las cuales fuera de la mucha gente de la ciudad, asistía el Gobernador y algunos de los Oídores de la real Audiencia. Antes de comenzar la plática se hacía, como se acostumbra, la doctrina Cristiana á los niños con sus preguntas y respuestas y después de acabada, se convidaba á los soldados viniesen á confesar: lo cual ellos hicieron con prontitud y á vueltas de esto se remedió una usura, que sin tenerla por tal usaban inadvertidamente por codicia de la ganancia, vendiendo por más precio algunas cosas con condición que el comprador las fuese pagando de lo que ganase al juego, á lo cual llamaban dar á las manos.

A la disciplina se acudió la cuaresma los tres días en la semana con extraordinario concurso, de modo que fuera de los Indios, que eran muchos, entraban más de quinientos Españoles, de todos estados, eclesiásticos, seglares, mercaderes, capitanes, soldados y otros oficios.

Hiziéronse algunas amistades; especialmente entre eclesiásticos y seglares, que fueron de mucho servicio de nuestro Señor.

Remediáronse muchas necesidades de pobres, los de la carcel en particular, haciendo diligencia se acudiese á la hambre y sed que padecían y negociándoles de compasión sus casos en cuanto nos era dado y permitido.

Procuráronse recoger al colegio de doncellas algunas mugeres, que por ausencia de sus maridos corrían peligro y tratóse con el Gobernador, D. Francisco Tello, de poner en estado otras, á cuyo remedio acudió no solo con su autoridad sino con su dinero. En particular á una, que siendo de padres nobles desde Madrid habia ido á parar á aquella tierra por varios casos, socorrió con seis cientos pesos de limosna para su casamiento. Aunque á todas estas obras acuden con gran cuidado y caridad los hermanos de la Santa Misericordia de Manila, conforme á su profesión, y al asunto de su Hermandad, que es de la gente más noble y más calificada de aquella república, tan provechosa á la misma República, con tanta gloria y servicio de Dios nuestro Señor.

Al consuelo y confesiones de los enfermos y afligidos se acude mucho á todas horas, porque siempre nos hacen llamar aunque estén lejos: y á este propósito no callaré un caso particular. Un enfermo, pérdida la esperanza de vivir, porque

el médico le había desauciado, viendo que los remedios humanos faltaban, acudió á los divinos, arrimándose al favor de la Madre de Dios á quien hizo voto de ir nueve días á su Ermita de guía, que como dije, está fuera de los muros. Hecho el voto, tal cual estaba se levantó luego á cumplirle: maravilla de Dios, que como pasaban los días él iba mejorando; y ellos cumplidos, quedó con salud cumplida. Esta fué salud del cuerpo, las dos que se siguen son salud y vida de cuerpo y alma. Una muger honrada vivía muy afligida por mal tratamiento que le hacía su marido; determinó para librarse de esta pesadumbre y congojas, que padecía, acabar con la vida, que tan amargamente pasaba, para lo cual facilitándolo el demonio se echó un lazo al cuello y se ahorcó; al ruido que hizo con las ansias de la muerte fué sentida de una su vecina, la cual acudiendo y topando este tan horrible espectáculo cortó con presteza el lazo, y volviendo en sí la muger, arrepentida del mal hecho, acudió á uno de los nuestros y por misericordia del Señor vive bien y contenta.

Otra muger casada y cansada también como la pasada de las molestias y condición del marido, determinó meterse en la mar y ahogarse, y recogida alguna hacienda, con grandes lágrimas y sentimiento, se despidió de una hija que tenía, para ir luego á poner en efecto su desesperado propósito. Estando ya para bajar, compadeciéndose el Señor de su desventurada suerte le envió una voz, que la hizo volver y advertir en lo que hacía ¿Qué haces muger.? Confía en Dios que tu marido te tratará bien. Con esto quedó asombrada y para que se confirmara como venía del Cielo este remedio, de ahí á poco tiempo vino el marido y la comenzó á regalar y tratar bien; y ella se quietó, reconociendo la misericordia grande, que el Señor usó con ella.

Nuestos estudiantes dieron este año muestras de sus buenos ingenios y aprovechamiento, con la ocasión de la buena llegada á Manila de los Reverendísimos Arzobispo y Sufragáneos, á los cuales recibieron en sus escuelas con dos ingeniosos diálogos y otras muestras de erudición. También llegaron este año algunos de los Señores de aquella Real Audiencia, que visitando nuestras escuelas, por favorecerlas y honrarlas, gustaron de otro tercero ejercicio literario, que les tenían preparado: con que se animaron á cumplir la deter-

minación que llevaban de poner en ellas sus hijos, como lo hicieron. Finalmente estos estudios comenzaron á dar fruto, entrando algunos de nuestros estudiantes en Religión.



CAPÍTULO XXXIX.

DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ CON LOS INDIOS EN ESTE TIEMPO EN MANILA.

Son los ministerios de los Indios los que con más gusto se ejercitan en este Colegio: para los cuales había ya este año tres lenguas y si muchos más fueran, todos tubieran en que ocuparse, por ser grande el número de Indios que hay, así dentro de esta ciudad, como fuera de los muros, en muchos pueblos, que están en el contorno y acuden á nuestra iglesia. A este ministerio quiso Nuestro Señor favorecer este año con nuevas mercedes; porque, aunque los pasados había sido cual se ha visto arriba, este con la ocasión de ser más los Padres, que sabían la lengua y por haber cesado los sermones, que otras veces había en las otras Religiones, á causa de ser muchas las otras ocupaciones fuera de esta, en que con gran celo del servicio de Dios siempre se ocupan, ha sido en la nuestra el concurso extraordinario á los sermones y confesiones, tanto, que hubo Padre que hizo más de trescientas confesiones generales. Por este medio santo se han remediado muchas cosas importantes de enemistades y personas que vivían en mal estado. Una de ellas fué, que teniendo pleito puesto para dirimir un matrimonio, estando ya en buen estado el pleito desistió de él; y reconciliándose los dos casados volvieron á vivir en paz. Otras malas amistades se procuraron deshacer y apartar y se salió con ello por la misericordia de Dios, de manera que no han vuelto á reincidir. Aunque había de esto algunos casos particulares, me llevan trás sí los que se me ofrecen de otras materias más limpias y agradables. El primero es de una india infiel, que por estar casada con un chino ó Sangley,

también infiel, tenía alguna dificultad su conversión, por tenerla su marido, como es uso entre ellos, muy encerrada y guardada. A esta deseó ganar para Cristo uno de los nuestros y no hallando otro remedio, hizo que unos indios cristianos se pusiesen donde ella los podía oir hablar en cosas de Dios, y de la vida eterna: labró en ella lo que se trató, de manera, que huyendo del marido y dejando su casa y un hijo, que tenía, se vino á la nuestra á pedir que la enseñasen á rezar para bautizarse, lo cual se hizo; y por este medio se convirtió el marido; cuya conversión es de mucha estima, por ser los de esta nación difíciles mucho para las cosas de nuestra Santa Fe.

Unas indias, habiendo mucha langosta, arbolaron una cruz de reliquias en su sementera y nuestro Señor fué servido de honrar ansi el estandarte en que murió, como la fe de sus nuevos fieles, pues se pasaron de largo las langostas sin hacerles mal, y el dueño de la sementera, en agradecimiento, dió todo el fruto de limosna, que lo pudo hacer por tener algún caudal.

Aunque con estos sucesos y otros muchos que no se dicen quiere nuestro Señor atraer así esta gente con lazos de Adán, que son de amor y misericordia, también los quiere enseñar como es justiciero, lo cual dió á entender con un suceso espantoso de dos casados, que se juramentaron de guárdarse fidelidad en ausencia, y sobre los juramentos se echaron grandes maldiciones, que ellos usan; sucedió, que vencida del demonio la muger faltó en el concierto y fidelidad, que había prometido y estando los desventurados adúlteros actualmente en su pecado, se quedaron ambos muertos, y así los hallaron los que lo avisaron al Padre, por cuyo orden se disimuló, lo mejor que pudo ser, en caso tan espantoso.



Capítulo XL.

DE LOS PUEBLOS DE ANTIPOLO Y SAN JUAN DEL MONTE.

El aumento de esta doctrina con la gente, que se nos iba allegando de aquellos montes y desiertos, como arriba dijimos, se fué continuando en estos dos años, por manera, que de más de dos pueblos enteros, que se pusieron cerca de Antipolo, en distancia acomodada para ser doctrinados, de los montes vinieron otras más de cien personas con algunos niños que se bautizaron luego: entre los cuales había tres ministros de sus ídolos, los cuales, en llegando á Antipolo, se fueron al Padre Almerique y le dijeron el mal oficio que hasta entonces habían usado, y que lo renunciaban delante de él y de otros muchos que estaban presentes, y protestaban no volver jamás á él: que les diese por escrito esta protestación, en testimonio de su conversión y para que nadie en los tiempos venideros les atribuyese culpa de lo que habían hecho en los montes, donde no tenían noticia del verdadero Dios.

Fundóse en cada uno de estos dos pueblos una cofradía, que demás de otras obras de piedad y devoción acude á dos que son remedio preservativo de dos grandes males, de idolatrías y embriagueces, que, como arriba dijimos, ejercitaban con enfermos y difuntos. Porque estando en estas cofradías, como está la gente más granada, más Christiana y de más confianza de estos pueblos y teniendo como tienen grandísimo cuidado de ver en el pueblo quien enferma ó muere, á enfermos y á difuntos acuden con muy ordinaria asistencia, no solo ejercitando con los tales perfectamente la

piedad y misericordia, sino estorbando los abusos, supersticiones, idolatrías, embriagueces, endechas, músicas y llantos, que en su gentilidad con los unos y con los otros solían usar. Han dado estas cofradías grandísimo lustre á esta Cristiandad, y por su buen proceder son tan estimadas, que no se tiene por honrado el que no es recibido en alguna dellas. En dos ocasiones, fuera de otras muchas, han hecho sus procesiones con gran concierto, concurso y solemnidad y asistido á Misa y sermón con gran frecuencia de comuniones. La una en la institución de su cofradía: la otra con ocasión de una plaga de langosta, que en todas las islas estos dos años hizo mucho daño. Para alcanzar de Dios remedio de este daño, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen María, le hicieron voto de celebrar la fiesta de su purísima Concepción y dar en ella buenas limosnas para ayudar á casar pobres, y güérfanos. Cumpliéronlo como lo prometieron: y nuestro Señor recibió su pequeño servicio, mostrando que le era grato, en divertir la langosta de sus sementeras y darles este año muy copiosas cosechas. Todo el común del pueblo ha convertido á la Iglesia el recurso y dependencia, que antiguamente tenían de los ministros del demonio, y así en sintiéndose con cualquier mal, por pequeño que sea, llaman al Padre, ó para confesar, ó para que les diga el Evangelio: y casi no hay día, todo el tiempo que les dura la enfermedad, que no se hagan traer á la Iglesia, al tiempo de la Misa, la cual acabada, se llegan al sacerdote, á que les diga el Evangelio y los eche agua bendita, y á veces son tantos, que acabado de hacer esto, ha menester el sacerdote esperar, á que se aparten, para poder salir del altar. También cualquier grano ó semilla, que hayan de sembrar, lo traen primero á la Iglesia á que se les bendiga y en correspondencia le ofrecen lo primero que cogen.



Capítulo XLI.

DE LO QUE MÁS SE HIZO EN LA CIUDAD DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.

Con el favor, que el Reverendísimo Obispo de Sebú, don Fr. Pedro de Agurto, Religioso del orden de San Agustín (que este año entró en esta su Iglesia y la erigió en Catedral) ha hecho á los seis de la Compañía, que aquí residen, fueron por este tiempo muy colmados y prósperos los frutos de nuestros ministerios, que se ejercitan con varias naciones (como ya dijimos) que en esta ciudad habitan y acuden á ella de varias partes á sus negocios y tratos. También á instancia de su Señoría se abrió en nuestro Colegio escuela de latinidad para sus criados y Clérigos; con los cuales se juntaron algunos hijos de vecinos. Lo cual demás del provecho común y general, ha servido mucho para el recogimiento y amparo de los que en la escuela de niños estaban ya aprovechados en leer, escribir y contar. Donde, quedando un buen número de niños aprendiendo, salieron buena parte de estudiantes á comenzar la Gramática con el nuevo Maestro, que fué el Padre Francisco Vicente Puche, el cual para principio de estudios y para bien de la buena venida del Obispo, con los nuevos estudiantes, representó una acción á su Señoría en su Catedral, que duraría dos horas, muy graciosa, erudita, grave y devota y que dió singular gusto á todos los Ciudadanos, que jamás tal cosa habían visto en su Ciudad.

Dos naciones de Indios eran las, con quien más en particular se trabajaba en este tiempo. La una de los Bisayas, naturales de la tierra, á los cuales se les predicaba todo el

año los Domingos y fiestas en su lengua. La otra de Chinos, que muchos de los que dellos á esta tierra vienen de la suya (y vienen muchos en las naos de mercaderías) se quedan aquí y tienen hecho en esta ciudad, junto á nuestra casa, un barrio, que en este tiempo estaba á cargo de la Compañía y les administraba los sacramentos á ellos y sus familias, en que hay mujeres y criados Chinos, Japones, Malucos y Bisayas. Fué grande la frecuencia de de confesiones y comuniones, particularmente los días de Jubileos y cuaresma: y de los Chinos infieles había siempre Catecúmenos, cuyos bautismos se hacían solo las Pascuas con gran solemnidad, fuera de las ocasiones de peligro, en que murieron algunos acabándolo de recibir. Las primeras confirmaciones que celebró el Señor Obispo, fuera de su Catedral, fueron en nuestra iglesia, donde dió este Santo sacramento á nuestros Chinos y á sus familias con mucha devoción y en la Pascua florida de este último año por más animarlos, y favorecerlos celebró en la misma Iglesia el Bautismo solemne de los Catecúmenos, que fueron un buen número, edificándose y alegrándose grandemente de ver hablar en lengua China á uno de los nuestros que le servía y ayudaba en esta ocasión.

El fruto de estos ministerios se mostró en muchos casos particulares y más particularmente en materia de honestidad y constancia, de que diré un solo caso, por habernos parecido extraordinaria la que puso esfuerzo para tanta resistencia á una India, cuya antigua profesión era tan contraria de esto en su gentilidad, como dijimos. Fué pues el caso, que una destas solicitada de un mal hombre, á quien ella resistió con valor, dió en ofrecerle cautelosamente dinero, haciéndole instancia que lo recibiese, asegurándola no pretender de ella cosa alguna: con no menor valor lo desechó diciendo, que no quería dineros, que al tiempo de parecer delante de Dios, diesen voces contra ella y fuesen sus acusadores y testigos, y mirase él, que aquel dinero con que tanta guerra le pretendía hacer, había de ser para su condenación y castigo. En proporción de la resistencia crecía el fuego furioso del mal hombre, que no sosegaba buscando trazas, como derribar esta fuerza; y así probando á hacerla de hecho en cierta ocasión de soledad, ella dió voces y con ellas acudió quien la libró de la fuerza. Aquí se trocó el amor en aborreci-

miento y los halagos en amenazas: en cumplimiento de las cuales acusándola á sus amos con algunos testimonios falsos, ella fué dellos muy afligida y apurada, respondiendo siempre con mucha paciencia, que Dios lo vé todo. Y para mayor ejercicio de su virtud permitió Dios, que su propio amo, persona de calidad, instigado del demonio la solicitó con gran importunidad, y habiendo ella respondido, que no haría tal pecado en ninguna manera, y que mirase que era envilecerse mucho, quererse revolver con ella. siendo ella de tan baja condición, y él tan honrado. Item que fuera de que ella tenía delante de sus ojos á Dios, y que no se atrevía en su presencia á hacer ruindad ninguna, ni consentirla en su corazón, porque sabía que todo lo ve Dios, que también tenía delante de sus ojos á su señora, que la tenía en lugar de hija, y así que no le haría tal traición por ninguna cosa. Él irritado con esto la amenazó, que la había de dar mala vida: ella respondió, que aunque la matase, que le bastaba que Dios veía bien lo que padecía por no pecar; mas el mal hombre con todo eso cumplió su amenaza, afligiéndola y maltratándola con gran rigor, lo cual antes acrecentaba las fuerzas y virtud de la inocente y casta muger. Otra india enviudó y se aficionó tanto á la castidad que la prometió á Dios sin ser aconsejada de nadie, y guarda su voto con gran cuidado. Y otras muchas hay, que sin voto guardan con gran pureza la castidad y virginidad. Ni es menos así en los hombres como en las mugeres el fervor y contrición con que se confiesan y el rigor con que se castigan y hacen penitencia. Una india se confesó con tanta abundancia de lágrimas y señales de verdadera contrición, que en gran manera despertó y movió al P. que la confesaba; y contaba él, que por muchos días le duró el sentimiento y devoción, que le había causado ver tan vivas lágrimas y centrición tan verdadera; y cuando se quiere confundir y despertar le basta acordarse de lo que en esta India vió, porque es muy diferente hablar de la contrición de los pecados, ó verla al vivo estampada y actuada en una alma. Otra se llegó al confesionario y sin reparar en la mucha gente, que había en la Iglesia, comenzó su confesión y la prosiguió con tantas lágrimas y dolor de sus pecados, que apenas podía hablar; de aquí le nacía una ansia grande de hacer penitencia, queriendo luego ir á disciplinarse publicamente

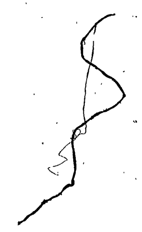
por las calles de la ciudad, como lo hacen aquí muchos toda la cuaresma, á prima noche. Un mozo concibió en la confesión tanto aborrecimiento de sus pecados, que enojado contra si mismo, sin dar cuenta al Padre, se disciplinó por las calles, con tanto rigor, que cayó como muerto y le tuvieron por tal. Otro día vino á casa á reconciliarse, tan desfigurado como si hubiera salido de una grande enfermedad, y no contento con lo pasado, quería tornar á azotarse; porque decía tenía un clavo de dolor de sus pecados en su corazón: pero mandóle el Padre, que no lo hiciese por entonces, y así le obedeció. Muchos otros casos particulares había, que se dejan por brevedad, de los cuales no son de menos ternura algunos, en que se ha visto la eterna predestinación, que misericordiosamente ha proveído el remedio del Bautismo á muchos en la hora de la muerte.

Los ministerios para con Españoles no tuvieron menos fervor en este tiempo con el concurso grande dellos á los Nuestos, particularmente en cuaresma y Jubileos, en que se vió muy á la clara el fruto. Hubo muy ordinaria consulta de casos de conciencia, no solo de seglares, sino de eclesiásticos y Religiosos y del mismo Obispo, que á penas hacía cosa sin parecer de nuestros padres, siendo un Prelado doctísimo y prudentísimo. De esta estima que el pueblo vía tener de nuestra Compañía personas tan graves, debió de nacer el conceto que tenían de los que se determinaban á confesar en nuestra casa, pareciéndoles que por el mismo caso se obligaban á enmendar la vida. Cerca de lo cual dijo uno, en nuestra ausencia, que había tenido grandes contradiciones interiores para no confesarse con los Nuestros, y habiéndolo hecho, tenía por merced de Dios el haberlas vencido. En fin no sucedía cosa de tomo y de importancia, que no se acudiese con ella á la Compañía, con gran confianza y crédito, viendo en particular el que el Obispo tenía della, que su Señoría manifestaba en ocasiones muy públicas y de mucho concurso de gente, con obras y palabras tales, que ni entonces se podían oir, ni agora referir sin vergüenza y confusión.

Nuestros sermones en la Catedral y nuestra Iglesia, fueron muy ordinarios y frecuentes: y todos los oyó el Reverendísimo, el cual también honró nuestra Iglesia con Misa de Pontifical, el día del año nuevo, en nuestra fiesta, que se celebró con mucha

solemnidad y frecuencia de confesiones y comuniones de todas suertes de gentes. Predicó también su Señoría en la fiesta titular de la misma Iglesia, que es del glorioso S. Ildefonso, celebrada con la misma frecuencia y devoción, concurso de pueblo y comuniones. También deseó su Señoría, á imitación de Manila, introducir en esta Iglesia las disciplinas, la Cuaresma; y de hecho vino el primer Viernes con otra mucha gente á comenzar con una plática, que hizo muy devota, la cual acabada, viendo que con ser ya entrada la noche estaba la Iglesia clara, á que ayudaba ser Luna llena, determinó dejarlo por entonces y así se volvió, habiendo cantado el *Miserere* su capilla. Y porque por el calor de esta tierra los templos se fabrican claros y airosos y así poco dispuestos para tomar disciplina, mudó traza y convidó los niños de la escuela y estudiantes; con los cuales y otros muchos del pueblo se ordenó, todos los Viernes de esta Cuaresma, una procesión de sangre, en que iba el mismo Obispo descalzo, que salía de la catedral á prima noche, y llegando hasta otra Iglesia de la limpia Concepción de nuestra Señora, algo distante, mientras los demás se disciplinaban y sacaban sangre, cantando la capilla el *Miserere*, el Santo Obispo á solas se azotaba en la sacristía.



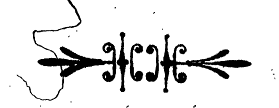


Capítulo XLII.

COMO IBA EN AUMENTO LA CRISTIANDAD EN LA ISLA DE BOHOL.

Con el cuidado y fervor de los dos Padres, que estaban en Bohol, á quien se acrecentó un hermano, que les ayudase, aquella nueva cristiandad iba en notable aumento, particularmente en gente anciana, de sesenta á ochenta años, que ya ni el mundo para ellos, ni ellos para el mundo, pero el que murió por ellos, no se ha desdeñado recibirlos en su iglesia, al poner del Sol; aunque no hayan madrugado tanto para seguirle y obedecerle como él, para buscarlos y llamarlos, muchos de los cuales murieron recién bautizados, dejando grandes señales y prendas de su salvación y de la verdad de su Fe. Todos generalmente, chicos y grandes, mozos y viejos, sanos y enfermos, convencidos y persuadidos con las verdades católicas, tienen por muy cierto, que no hay otro camino para el cielo; y así sin resistencia, ni dificultad se disponían para el santo Bautismo, aunque los Padres, con buena prudencia, se detenían en no darlo sino á los bien dispuestos ó necesitados. Muchos, recibiendo los Santos Sacramentos, sanaban de grandes enfermedades y así era grande la instancia y devoción con que los pedían y recibían; y en salud es cosa maravillosa, ver el gusto y facilidad con que acuden á todos los ejercicios de virtud, especialmente á confesiones y misas, sin que se sienta olor ni rastro á cosa de vicio de idolatría, hechicería y los demás, que procedían de estos, en su gentilidad, y si en confesión, ó fuera de ella, se les trata de eso, se afrentan sobre manera, porque siendo ya cristianos, dicen ellos ¿cómo había-

mos de tornar á esto? En particular es grande la fidelidad que se tienen los casados, guardandósela, no solo en lo exterior sino en lo interior. No se puede referir sin dolor, las muchas almas que en esta isla y en otras circunvecinas claman por remedio, sin haber quien se le dé. De una dellas vinieron este año unos principales, pidiendo casi con lágrimas por amor de Dios, que siquiera un padre, de dos que aquí estaban, fuese á visitarlos á lo menos por ocho días. En otra isla, llamada Siquijor y por otro nombre isla de fuegos, distante de Bohol como cuatro leguas, hay muchos tan dispuestos, que tomando la doctrina cristiana de uno, que fué de esta otra parte á su isla, la aprendieron muy bien y vinieron también los principales á pedir lo mismo que los otros. Mas contentáronse los unos y los otros con buenas esperanzas que se les dieron, aunque estas no bastaron á consolar el dolor suyo de verse volver y estar hambrientos del pan del cielo; y nuestro de verlos con tan buena hambre dél, sin poder repartírselo, ni haber alguno, que se lo repartiese de los muchos que en otras partes sobran.



Capítulo XLIII.

CRECE LA CRISTIANDAD EN BUTUAN.

Lo que los otros dos Padres hacían en Butuan diré con las palabras dellos, que como quien tenía la obra en las manos, la significan, si no me engaño, bien. El Padre Valerio de Ledesma en una carta suya dice así. Esta cristiandad vá en mucho progreso en la frecuencia á los divinos oficios, en el silencio y reverencia en la Iglesia, que estando muchísima gente en ella, no parece que hay una persona; en el afeto al sacramento de la Confesión, que en estando tantico malos, acuden muchos á se confesar, y á la Comunión comienzan ya algunos, de lo cual les he hecho continuadamente pláticas, y para el *Corpus Christi* espero en nuestro Señor se habrán dispuesto muchos, porque á los principios conviene ir muy poco á poco, para que lo estimen y sepan hacer diferencia de este divino manjar. El pueblo se ha juntado más que nunca y oye la palabra de Dios el domingo un bien copioso auditorio. Cantan la doctrina las noches, que parece alegran los cielos con tan linda música. Por todas las casas hay muchos afectos á la cristiandad, y agora se bautizarán una buena cantidad de gente grande, y entre ellos algunos principales de importancia, aunque al pece mayor no le ha llegado su hora. Sino fuera por la dificultad de deprender la doctrina, ahora me parece, que iba casi todo el pueblo. Hasta aquí el Padre. Este pece mayor, que dice, es aquel gran Silongan, de quien dijimos; el cual aunque desechó cinco mujeres, la una dellas le tiene tan cautivo, que al fin se tiene las dos. Y aunque se ha

procurado con los medios posibles de suavidad quitarle este impedimento, no se ha podido. Con todo eso él mostraba gran deseo de ser cristiano, grandísima estima de las cosas de Dios y entrañable afición á nuestros Padres: la cual, demás de haberles dado su hijo, manifestó en dos ocasiones bien importantes. La una fué que andando con recelo de enemigos Ternates, que corrían estas costas, llegó nueva, que á la boca de este río había algunos navíos, los cuales, aunque eran de amigos, no fueron conocidos por tales y ansí por luego, con el temor, se pusieron en arma, pensando fuesen enemigos. En esta ocasión, armado este principal, pasó con todos los de su barrio, también armados con lanza y pavés á la otra parte del río, donde estaba nuestra casa, y en saliendo del engaño, reconocidos los amigos, el Silongan, delante de nuestra casa con gallardía, haciendo algunos movimientos de valentía y esfuerzo, decía, que el que amparaba y defendía los Padres era Silongan, y el que en las ocasiones difíciles mostraba, lo que se había de hacer por ellos. La otra ocasión fué que yendo uno de nuestros Padres el río arriba acertó á dar con otro principal, que por una muerte andaba foragido con otros muchos, que le defendían y guardaban, del cual recelándose el Padre, se encomendó á Silongan que acertó á hallarse en el mismo paraje: el cual cercando con sus esclavos, que son muchos, la iglesia donde estaba el Padre, lo guardó con vigilancia, y á la vuelta, tomando en su navío la caja de los ornamentos, lo trajo todo en salvamento.



Capítulo XLIV.

LA IDA DEL P. TOMÁS DE MONTOYA Á LA DOCTRINA DE ALANG-ALANG.

Para esta cristiandad, que quedó sola, como dijimos, por muerte del P. Cosme de Flores, salió de Manila y dejó la lición, que con mucho provecho de los estudiantes les leía, el P. Tomás de Montoya: lo que en ella se hizo dice él mismo, y lo referiré por sus palabras. Los divinos oficios se celebran con mucha solemnidad y gusto grande de los naturales, á causa de haber muy buena música. Hanse hecho muchos y muy solemnes bautismos y casamientos, y de mucha gente, á lo cual han acudido con mucho fervor, en especial los de un pueblo, que en esto se han aventajado á los demás. Una muger de él lo hizo con tanta afición y alegría, que muy pocos días después de bautizada, se confesó y persuadió á su marido se hiciese cristiano: y era de las que con más contento acudían á los ejercicios de los cristianos. Un viejo tan consumido ya de la vejez, que apenas se podía tener en pie, vino un día con los demás á la iglesia, y diciéndole que se hiciese cristiano, para que diese á Dios, lo poco que de su vida quedaba, respondió que le dejasen, que ya él no estaba para otra cosa sino para morirse: viendo que por entonces no le entraba nada le dejé, y después le hice venir á casa, donde representándole el fruto que de hacerse cristiano había de gozar en el cielo, fué tanto lo que nuestro Señor movió su corazón, que no pudiendo reprimir el contento, con gran gozo y eficacia pedía le bautizasen luego. Diciéndole lo mirase de espacio, y se fuese, que, una cosa de tanto momento no se había de

hacer tan aceleradamente; torno á responder, no se le dilatase, que lo bautizasen luego: en fin se le hubo de dilatar, y catequizándolo respondía con suma alegría; y con la misma recibió el santo Bautismo, y después, el poco tiempo que vivió, mostraba tanta, que la ponía á quien le hablaba. Mostróse la gran Bondad y Misericordia de Dios en un niño acabado de nacer, cuya madre gentil y natural de otro pueblo muy distante, vino á parir á uno en aquesta doctrina, pero por evitar la carga y el trabajo, que en criarle había de tener, lo tomó en los brazos y bajándose por la ribera de un río, le iba á enterrar vivo. Acertó á verla un cristiano, que luego vino á darnos aviso: yendo allá lo vi tan pequeñito, que causaba admiración. Bautizelo, y en breve pasó al eterno descanso, de que la imprudente madre, peor que madrastra, le quería desatinadamente privar.

Pero, así como con estos mostró Dios nuestro Señor la suavidad de su gran Misericordia, así con otros ejecutó el rigor de su Justicia, castigando en ellos su pertinacia, y dureza y atemorizando á otros, para que con tiempo gozen de la misericordia. A uno le había rogado uno de los nuestros se bautizase, siguiendo el consejo de su padre, que era un Indio muy principal y Gobernador del pueblo, escusóse con que no estaba casado, que lo quería primero hacer: más Dios nuestro Señor no le dejó cumplir este deseo, por el cual dilató el santo Bautismo, pagando la dilación dél con acelerada muerte; porque fuera de que murió en su gentilidad y muy apriesa, fué un género de muerte espantosa y violenta, de ponzoña, con que se le caían las carnes á pedazos. Otro, ordinariamente andaba enfermo, y temiendo no acabar un día sin ser sentido, me pidió le bautizase; llamándole un día para catequizarle, no acudió por haber desistido de su propósito; embarcóse luego para ir á una isleta cercana, y en ella acabó en su gentilidad. Juntándose un día los niños de un pueblo para ser bautizados, una gentil resistió que lo hiziese su hijo, no siendo bastantes, ruegos, ni buenas razones para ablandarla, y así se hubo de dejar, tomando nuestro Señor á su cargo esta dureza, como lo hizo, quitándole una noche de repente la vida.

Pero lo que más admiración y espanto causó en estos indios fué la muerte de dos principales, muy estimados y respetados de ellos. El primero fué un indio, que en los tiem-

pos atrás estuvo casado con seis mujeres juntas y tan soberbio y sangriento, que yendo caminando, llevaba Indios delante de sí, que cortaban las ramas de los árboles, para que pasase sin abajarse; y si alguno se descuidaba, dejando alguna, pagaba su descuido con la vida. Estando éste enfermo le rogó un Padre, con mucha instancia, se bautizase, lo cual él rehusó y no teniendo temor ninguno á la muerte decía. Padre todavía tengo fuerza en los ojos para ver, en las manos para trabajar, en los pies para andar; déjame agora que pues estás cerca, yo te enviaré á llamar con un esclavo mío, si me viere en apretura: dejóle el Padre, viendo que no hacía nada y dentro de dos días se oyó que era muerto, y fué á pagar su rebeldía como su gran soberbia y crueldad.

Para inteligencia del segundo se ha de suponer, que una de las cosas, en que nuestro Señor ha sido muy servido en esta doctrina, es en persuadir á los indios, que tenían dos ó tres mujeres, las dejasen y se contentasen con una: el medio, que para esto se tomó fué, afearles, cuando estaban juntos, cuan indina cosa era esta de la generosidad del hombre, y que no se habían ellos de hacer bestias y brutos, teniendo tantas mujeres. Dió nuestro Señor buen suceso á este intento; pues por este medio vinieron á dejar las mujeres y cayó tal estima de esto en los indios, que dando en los sembrados de un pueblo mucha langosta, daban por razón que les envíaba Dios aquel castigo á los de aquel pueblo, por que tenían á dos mujeres. Había pues un indio muy principal y de los más, de esta isla de Leyte, llamado Umbas, lo uno muy rico, y lo otro por el buen gobierno, que tenía en los pueblos, que estaban á su cargo y buen despacho que daba á todo lo que se le encargaba; muy estimado así de Indios, como de Españoles: tenían todos los ojos puestos en él, de modo que si él se resolvía á hacerse cristiano, le siguiera gran número de gente, porque le traían los demás por ejemplo, aún en lo muy distante. Tenía este indio dos mujeres, y haciéndole instancia por muchas veces con muchos ruegos y razones, para que las dejase, era tanto el amor que á los hijos tenía, que no se acababa de resolver en dejar la una, por no apartarlos de sí. Diciéndoselo en la iglesia, delante de toda la gente del pueblo, respondió, que ya se lo habían dicho, y es así que no solo

muchos de nuestros Padres, sino también su encomendero le había hecho grande instancia á que se bautizase, más no consiguió nada. Esta vez, viendo ya él que todos dejaban las mujeres y en especial un su hijo también muy estimado y querido, dijo que lo haría, en acabando de coger sus arroces, que ya se llegaba el tiempo, para que, pues habían cuidado juntos de la siembra, gozasen juntos de la cosecha, la cual acabada se quedaría con una. Mas el señor que tan bien justificada tenía su causa contra él, no le dejó, por sus altos juicios, cumplir este propósito; porque muy en breve, sin recelarse de mal alguno, queriendo prender un indio, le dió una puñalada, con que, sin ser necesario segundar, dió al punto con él en tierra y se dió fin á su rebeldía y dureza.



Capítulo XLV.

DEL FERVOR DE LOS CRISTIANOS DE OGMUC.

En la residencia de Ogmuc, procediendo los nuestros con el recato y miramiento que se debe, se habían bautizado hasta agora solos ochenta y ocho adultos; y había un buen número de catecúmenos que pedían con mucha instancia ser bautizados. Los que ya lo son, parece haber muchos años que oyen las cosas de nuestra santa Fé, segun tienen la noticia de los misterios de ella, en especial de Cristo nuestro Señor y de su Madre Santísima. Tienen gran estima de la Confesión y cuando se ven enfermos, todo es clamar por el padre y en confesando descansan. Un enfermo dijo, que de día y de noche pensaba en el padre que estaba ausente, y lo deseaba para confesarse; y que lo que aumentaba la enfermedad era, que no le tenía presente para este efecto. Queriéndole llevar sus deudos á otra parte, no hubo remedio, ni se lo pudieron persuadir, diciendo, que lo llevaban donde había de morir sin Confesión y donde no habia iglesia para enterrarle despues de muerto: y luego que supo, había venido el padre, se fué, aunque muy mal dispuesto, á confesar, llorando de consuelo, sin hartarse de dar gracias al Señor, que le había dejado llegar á tal tiempo; y que moriría ya consolado, por haberse confesado.

La Semana santa hubo gran concurso de gente, que asistió con devoción á los divinos oficios, teniendo bien aderezada el arca del Santísimo Sacramento. El Juéves santo en la tarde, después del sermón, se hizo una procesión muy

devota, con la cual se actuaron más en la Fé de lo que Cristo nuestro Señor hizo por nuestro remedio.

Lo que más agradó y enterneció fué ver los niños todos, azotándose con disciplinas que ellos mismos habían hecho para este día. La Pascua se acertaron á hallar aquí algunos españoles, que acrecentaron la solemnidad della, con las salvas de su arcabucería. Apaciguáronse muchos casados, que andaban desavenidos y remediáronse algunos abusos: particularmente dos muy perjudiciales, antiguamente usados entre ellos, que eran las usuras en sus préstamos y hacer esclavos con tiranía, de los cuales, porque mejor se entienda y conozca la virtud de Dios, que los ha desarraigado, me pareció tratar más en particular.



Capítulo XLVI.

DE LAS USURAS Y ESCLAVONÍAS DE LOS FILIPINOS.

Entre los otros vicios, que comunmente tenían estas naciones, procedidos de la fuente y abismo dellos, que es la idolatría, uno era la codicia insaciable, contada por el Evangelista San Juan entre los tres que tiranizan el mundo. Ésta les hacía, que olvidados de la natural piedad, que nos debemos los unos á los otros, nunca se socorriesen en caso de necesidad, sin seguridad de ganancia. Así cuando se prestaban (no moneda, que no la usaban, ni tenían sino otras cosas, y lo más común, arroz, campanas y oro y más que todo, el oro, que pesado suplía por moneda; para lo cual, como he dicho, cada uno trae en la bolsa el peso) siempre habían de concertar la ganancia, que demás de la cantidad que prestaban, les habían de pagar. Ni paraba aquí el mal, sino que aquella misma ganancia ó crecimiento se iba multiplicando con la dilación de la paga: de manera; que por curso de tiempo, excedía á todo el posible del deudor; y cargando la deuda sobre la persona, quedaba el pobre hecho esclavo; y de allí adelante lo eran sus descendientes todos. Otro modo tenían de usura y de esclavonía, y era que por lo principal de la deuda quedase desde luego hecho esclavo el deudor, ó hijo suyo, hasta que la pagase con las usuras y aumentos, que eran entre ellos usados; de que resultaba quedar esclavos todos los descendientes de aquel que, ó era deudor, ó prenda de la deuda. También hacían esclavos con tiranía y crueldad, en venganza y castigo de cosas de poca importancia, pero que ellos hacían dellas casos de agravio: como

era no guardar el silencio, que dijimos de los muertos, ó acertar á pasar delante de la principal, que se estaba bañando; á que alude la fábula de Acteón y otras tiranías semejantes. Por vía de guerra, con emboscadas y asaltos, hacían también esclavos á todos aquellos que no querían matar: y como éstas eran tan ordinarias entre ellos y por otra parte, los pobres comunmente son tiranizados de los poderosos, era facilísimo el multiplicar los esclavos y así los tenían y tienen hoy en grandísimo número y es entre ellos la mayor riqueza. Cosa ha sido ésta de no pequeño impedimento para sus conversiones y que á muchos ministros del Evangelio les ha atado las manos y tenido con muy grandes dudas y perplejidades. Aunque por una parte personas pías, rescatando no sin dificultad y por otra las Justicias Reales, oyendo y proveyendo de remedio á los tales tiranizados, que pedían su libertad y por otra también moviendo Dios Nuestro Señor á muchos en sus bautismos y confesiones, se ha hecho grandísimo número de rescates. Las usuras también fueron luego achicando, contentándose con la primera ganancia, sin que esa fuese creciendo. Más ya por gracia de Nuestro Señor está todo esto quitado y proceden con piedad y caridad cristiana, no solo en Ogmuc y toda la isla de Leyte, sino en todas las demás que conocen á Jesucristo.



Capítulo XLVII.

DE LO QUE HACÍAN LOS CRISTIANOS EN CARIGARA.

Siempre llevó fervor la gente de esta doctrina, desde sus principios y ansí siempre fué mayor el número de los cristianos, con ir, como he dicho, los nuestros muy despacio en dar el santo Bautismo. Todos éstos cristianos acuden muy á menudo á la Confesión, con grande estima de ella y provechamiento de sus almas: los que no son cristianos, todos son catecúmenos, sin haber ninguno, que no quiera el santo Bautismo. Instituyóse en esta Iglesia, que salió muy graciosa y se acabó este año, una capilla de muy buena música de los mismos niños, que en esto son muy diestros y ansí se celebran con solemnidad los divinos oficios.



Capítulo XLVIII.

DEL GRANDE AUMENTO QUE HUBO EN LA DOCTRINA DE PALOC.

Es este pueblo uno de los mejores y más bien ordenados, que hay en esta isla, por haber la gente dél, por industria de uno de los nuestros, acudido con veras á hacer buenas casas. Hácese todos los días la doctrina cristiana á los niños en todos los pueblos, y son tantos los que acuden, que es menester poner cuatro cantores para que se oigan. Asisten cada día á la Misa, despues de haber hecho sus preguntas de la doctrina. Hay señalado un día en la semana en que se juntan los cristianos todos á aprender la doctrina y catecismo, sin que el Padre esté en el lugar, se juntan todos en todos los pueblos. Hase visto grande provecho con esto, porque los que saben la doctrina no la olvidan y los que no la saben la aprenden. Todas las noches sale un indio con una campanilla y va avisando á todos se aparejen para morir, se arrepientan de sus pecados y rueguen á Dios los cristianos por los que no lo son, para que conozcan á Dios: al tiempo que esto se dice, hay gran silencio; por que le llaman el aviso de Dios, y ha sido de tanto fruto que no hay indio, que no trate de la muerte y pida el Bautismo.

Antes de Cuaresma se les hicieron algunas pláticas de la Confesión y se les enseñó, cómo no habían de callar pecados, para lo cual se les contó un ejemplo á propósito, que fué de tanta importancia, que había muchas personas, que acabadas de irse de la iglesia muy tarde, venían luego otro día por la mañana á tornar á confesarse.

Con ser tan ordinario entre estos gentiles el idolatrar,

que á cada cosilla lo hacían, ha sido nuestro Señor servido haya dado tal baja, que á penas se sabe, haya algo de esto. Dos niños tenían su madre enferma y tomaron tres gallinas para hacer un sacrificio al demonio, yendo á casa de la sacerdotiza, que en esta tierra son ordinariamente gente baja y viejas, dijo el uno al otro: ¿dónde vamos? ¿Qué hacemos, siendo cristianos y sabiendo que nos ve Dios? Dejemos esto; con lo cual desistieron de lo que iban á hacer y volviendo á su casa soltaron las gallinas. Hase dado principio á la disciplina, los Viérnes, á que acuden todos los muchachos y gente grande del pueblo, declarándoles el padre la primera noche, que á este acto se juntaron, el espíritu con que lo habían de hacer: les hizo tal impresión, que luego pusieron por nombre al Viérnes (que es cuando de ordinario se hace) día de la paga por los pecados.

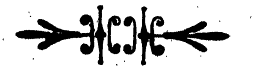


Capítulo XLIX.

ALGUNOS CASOS NOTABLES QUE SUCEDIERON EN DULAC.

En esta residencia, desde el mes de Julio de noventa y ocho hasta el Enero del noventa y nueve, se bautizaron solemnemente más de cien catecúmenos, que lo deseaban mucho y se dispusieron muy bien para el santo Bautismo, fuera de los enfermos, que este año por la misericordia de Dios han sido pocos: pero en los que ha habido, así niños como adultos, se ha experimentado la virtud de este santo sacramento para la salud corporal, pues de personas que se juzgaba no escaparían, por estar cubiertas de lepra, han recobrado con el Bautismo tan buena salud, que aun con ser ya muy viejos han podido labrar la tierra y hacer sementeras. Quiero referir la fé de una muger gentil. Ésta enfermando el marido, que también lo era, y pareciéndole tenía peligro, le persuadió se bautizase: envió á llamar para el efecto al Padre y cuando le preguntaba si se quería bautizar, ó le instruía, ella le ayudaba á responder. Como el Padre la viese tan maestra, y deseosa del bien de su marido, le preguntó si ella quería ser también cristiana. Respondió que sí: que bien había oido en la iglesia que los buenos cristianos solamente iban al cielo, y los que no lo eran todos habían de arder en el infierno, y que por tener ella lástima de su marido, no quería muriese infiel, porque no tuviese tan mal paradero. Finalmente pareciendo que el enfermo estaba dispuesto y tenía peligro, fué bautizado, y nuestro Señor servido darle salud; con la cual la buena muger se alentó más á bautizarse, y bautizados ambos recibieron las ben-

diciones nupciales, como lo hacen todos los demás casados que se bautizan, renovando sus matrimonios al uso cristiano. Diré también la muerte de un niño, que no fué menos maravillosa, que la salud de los otros. Pasaba el Padre de paso por un pueblo, yendo adelante á otro, ya tarde: y llevaba prisa, porque el Sol se ponía y quedaba de allí á donde iba buen pedazo de camino. Pero á la misma entrada del pueblo salió un cristiano á llamarle, rogando le fuese á bautizar un niño, que estaba muy malo, hijo de padres infieles: fué allá y bautizándole y haciendo oración por él se fué: luego que se partió se lo llevó el Señor para si; que parece no estuvo aguardando más que el Bautismo para entrar luego en el cielo.



Capítulo L.

EL MODO DE PREDICAR QUE LOS NUESTROS TIENEN EN TINAGON Y EL FRUTO QUE ALLÍ SE HACE.

Lo que se hacía por este tiempo en Tinagon, dice bien el P. Francisco de Otazo, en la particular relación que dió de esto, en esta forma. Cosa es de admiración cuan de golpe y generalmente ha dejado esta gente los pecados: no se ha sabido, y para mayor gloria del Señor, no entiendo ha habido en todo este año un solo acto de idolatría de los que antes tanto se usaban: amancebamientos han sido raros: las borracheras tan moderadas, que no merecen tal nombre; siempre va adelante el conocimiento de las cosas de nuestro Señor y la buena voluntad á ellas. Á los Padres van cobrando más amor y reconocimiento: diciéndoles una vez un Padre, que para cierta fiesta á ellos tocaba el aderezar la iglesia, luego comenzaron á hacello, y el que dió principio fué un gentil acudiendo con su parte. El modo que se tiene de predicar á esta gente, no es tanto razones y discursos seguidos, de que se les pega poco; sino una manera de espiritual conferencia, donde el Padre les propone en breve uno ó dos puntos, repitiéndoselos, y preguntándolos á ellos: con lo cual se hacen capaces, y se vé el fruto al ojo. Hanse bautizado este año más de setecientos, y los más en dos pueblos, en los cuales ha entrado la fé con notable fruto y afición: especialmente se ha conocido más esto, en uno, donde es fiscal un principal á quién todos los de él reconocen, y á quien ha querido nuestro Señor tomar por instrumento para mucho bien destas almas. Es para mí cosa rara, de edificación y consuelo, lo que en aquella doctrina ha hecho y hace; que verdaderamente según al ojo veo cuando allá voy, y según la común

relación de todos, Españoles é Indios, un Padre de nosotros que hubiera estado de asiento en aquel pueblo, no hubiera hecho el fruto que ha hecho; y esto sin encarecimiento: Dios lo provee; sea él bendito. Este pueblo de Paranas es una playa de pocos Indios playeros, pero muchos en el monte, muy divididos y esparcidos y bien lejos: algunos hicieron su población en la playa, pero acuden mal á ella y son gente ó eran, por mejor decir, muy arisca y ahuyentada; pero ha tomado la mano de manera D. Gonzalo, (este es el nombre del Fiscal) que hace lo que quiere dellos, y con un modo tan callado, tan suave y eficaz, que admira. Con ser cosa dificilísima el sacarles de su casa (especialmente á los del monte) sus hijuelos, el D. Gonzalo se los saca todos con el modo dicho: y es de manera que tiene en su casa de ordinario al pie de cien muchachos, que tantos se contaron el otro día que estuve allí, y hoy me dice que hay ya otros veinte ó treinta de nuevo. Tiénelos ya tan domesticados, mansos, ladinos y contentos, que no sé como lo diga, siendo ellos antes tan ariscos y terribles: y los que poco antes ni sabían doctrina, ni rastro della, al presente son los que á una mano más saben en esta doctrina. Tiene con ellos su traza y orden: á la mañana rezar y su procesión; á la tarde también; á la noche, antes de dormir, rezan, y á la mañana, antes del día: que los Españoles, su encomendero digo y cobradores, están notablemente edificados. Ni es negocio que depende de estar allí el Padre ó Españoles, sino que siempre se hace: á los muchachos mayorcillos envía por comida á sus pueblos, y por marisquillo, y los pequeñuelos á modo de escuela se quedan aprendiendo. Lo que yo mucho estimo es que va esto por vía de amor, que los muchachos y sus Padres le tienen cobrado de manera, que como el otro día notaba, casi no hacen caso los muchachos del Padre, sino se andan absortos con su D. Gonzalo, y á él le piden licencia. Particular benpición tiene del Señor, y le sale muy de corazón lo que hace: y no solo cuida del saber y rezar la doctrina, sino que les pone en buenas costumbres, y les castiga suavemente cuando faltan. A los Indios grandes junta también las fiestas, en la Iglesia, á rezar. Y cualquiera cosa necesaria en la doctrina de hacer ó deshacer, no hay sino encargársela: y sin duda si muchos de estos hubiera bien se supliera en muchas cosas la falta de ministros que por acá hay.

Capítulo LI.

LA LLEGADA Á LAS FILIPINAS DEL PADRE VISITADOR DIEGO GARCÍA Y COMO COMENZÓ SU VISITA.

En el estado que hemos dicho, á muy buena coyuntura, llegó á estas islas el P. Visitador, Diego García, con algunos compañeros, á diez y siete de Junio de mil quinientos noventa y nueve, cuya llegada fué de mucho consuelo, y alegría, por el nuevo socorro que llevaba: y de mucha importancia y provecho al gobierno interior de la Compañía en aquellas partes, por el buen orden que dió en todas nuestras cosas, y mas en particular en nuestros ministerios, y en el modo de acudir á aquellas almas; de que informándose muy por menudo, halló que en estos cuatro años, que habían doctrinado los nuestros estas islas de Pintados, se habían bautizado doce mil personas, y habría cuarenta mil catecúmenos, sin otra mucha gente, que sin estar en lista de tales catecúmenos tenían también disposición ó á lo menos no repugnancia, para recibir la fé y el Evangelio; y conforme á esta noticia fué disponiendo las cosas, y proveyendo los socorros, como adelante, veremos. Antes de lo cual será justo decir, para manifestación de las misericordias de Dios, una muy particular, que su Divina Magestad usó con nuestros Padres, y con toda la nave que los traía, del puerto de Acapulco, á Filipinas. Venían navegando su rumbo acostumbrado los pilotos, seguros y descuidados de que en él hubiese bajos; pero una tarde á la hora que se suele decir Salve, estándola cantando todos con devoción, un mancebo, bien acaso, ó por mejor decir por sin-

gular Providencia y Misericordia de Dios, los descubrió desde la gavia; luego comenzó á dar voces, y con ellas aunque alborotados todos, y medrosos por ir la nao con fresco viento á meterse ya en ellos, acudieron, unos á las velas, cabos y jarcias, otros al timón, y el piloto al gobierno, y los nuestros á su cuartel y camarotes á proseguir la invocación de la Santísima Virgen, clamar á Dios, y poner por intercesores á los Santos, y en particular todos á una, invocaron la del B. P. Ignacio, cuya reliquia llevaba el P. Visitador consigo, y mostrándola á sus compañeros, mientras los demás andaban en estas ocupaciones, acrecentó el fervor con que clamaban el cielo, y con él la confianza de que por aquella santa Reliquia les había Nuestro Señor de librar de aquel peligro, y así sucedió; porque botando el timón para desviarse por un lado, y salvar los bajos, no quiso gobernar la nao por mucho que hicieron, y así gobernando á la otra banda, luego arribó, y montaron los bajos, que de la otra manera no solo no se montaran, sino que dieran sin remedio en ellos; y de esta manera no solo se salvó la capitana, sinó que encendiendo élla farol, por ser ya tarde, las otras que venían atrás la siguieron por lo limpio, y así se salvaron todas.



Capítulo LII.

LO QUE SUCEDIÓ EN MANILA EN ESTE TIEMPO.

El fin de Junio de 1599, mientras el P. Visitador y sus compañeros descansaban del trabajo del camino y se preparaban para trabajar de nuevo, el Padre en su visita, y los demás en la pesquería de las almas, para lo cual se habían recogido á hacer los Ejercicios y darse más despacio á la oración retirada; sucedió en Manila, de la gran sequedad del tiempo un temblor de tierra muy furioso, que lastimó muchos edificios, y entre ellos hendió y abrió la bóveda de nuestra Iglesia, y descuadernó el maderado de la de Sto. Domingo, que era bellísimo y muy bien fabricado, y le cascó y molió todas las paredes, de manera que á ella fué menester derriballa toda, y á la nuestra, echarle abajo la bóveda: la de Sto. Domingo se pudo entretener algunos días, la nuestra no pudo esperar tanto; fué forzoso ponerle luego las manos y echar abajo la bóveda, que fué la más lastimada. A cuyo remedio acudieron los Españoles con limosnas de más de mil pesos para pagar á los que la derribaban y ayudar á cubrirla de prestado; y los Indios acudieron con su trabajo, ayudando á desembarazarla y limpiarla de las ruinas, y de la tierra y piedras, que déllas habían quedado. A esto acudieron más de mil Indios sin encarecimiento. Porque hombres, mujeres, niños, mozos, doncellas, viejos principales y los que no lo eran, se ocuparon en esto, que parecía un hormiguero ó enjambre: y por otra parte los pueblos todos de la comarca, animándolos y alentándolos los religiosos de Sto. Domingo, S. Francisco, S. Agustín y los Clérigos que los tenían á

cargo, acudieron á cubrirla de prestado, con cañas y hojas de palmas, al uso de allá; de modo que se hizo en cuatro días obra de veinte ó treinta: con que la Iglesia quedó para poder servir, como sirve, hasta que se cubra de propósito. Esta buena obra y voluntad, con que los Indios acudieron á nuestra iglesia, les pagaron luego los nuestros en una enfermedad general que corrió entre ellos, de que murieron muchos; especialmente confesándolos, comulgándolos y oleándolos en la misma Iglesia: la cual, casi todo el día no se vaciaba de enfermos traidos á hombros para recibir estos santos sacramentos. Con ocasión de esta enfermedad, el demonio que no duerme, sembró un error en algunas viejas ruines ministros del dominio, diciendo: que al principio el Dios de los Castillas había vencido á sus Anitos, pero que ya ellos volvían venciendo, y los castigaban porque los habían dejado. Para remedio de este daño, entre otros, se ordenó una solemne procesión con misa, también solemne, suplicando á nuestro Señor por la salud: y habiendo de haber sermón, se encomendó al P. Diego Sánchez á instancia del Canónigo Pablo Ruiz de Talavera, que es Cura en Manila de los Indios, el cual eligió á este Padre, tanto por la devoción que tiene á la Compañía, cuanto por la que él sabe que sus Indios le tienen, por ser gran lengua, y de quien ellos han recibido muchos y muy grandes beneficios: y así tratando el Padre en su sermón de este error, lo refutó y desterró de los entendimientos y corazones con admirable fuerza, que le dió nuestro Señor á él en el decir y persuadir; y á ellos, gracia y sentimiento en el percibir y moverse, como después se vió en muchas y muy evidentes ocasiones.

En esta misma de la enfermedad se mostró bien la importancia de la cofradía, que arriba dijimos, instituyó esta gente á fin de ejercitarse en semejantes obras pías: porque acudieron con grandísimo cuidado á los enfermos, procurando fuesen proveídos de regalos y medicinas; y á los difuntos, velándolos y acompañándolos en sus entierros, con edificación de quien los vía De aquí ha nacido ser esta cofradía muy estimada, desearla y pretenderla muchos, poniendo por intercesores á personas graves, para ser admitidos en élla; y es proverbio entre los Españoles, que por el modo de hablar modesto y reportado los conocen y honren. Y cierto dejando otros particulares fué de gran consuelo la devoción que tuvieron este

año, en la cosecha de sus arroces; no queriendo probar dellos, hasta que, habiendo traído alguna parte á ofrecer á nuestro Señor en su templo, se les bendijese lo que habían de comenzar á gastar, como en gratificación y reconocimiento de haberles librado Dios las sementeras de la plaga de langosta, y las personas de la enfermedad.

Púsose cuidado en atajar ofensas de nuestro Señor, deshaciendo ruines amistades, unas de secreto y otras con otros modos suaves, con que se redujeron muchas Indias, que por codicia del interese temporal, y buen tratamiento, estaban acomodadas con algunos hombres, que en esto sin temor de Dios les acudían: en particular dos que por ocuparse con más libertad en esto habían muerto á sus maridos. Otras también que habían vivido muchos años en esta miseria; una diez años, otra doce, otra trece, y otra veinte, todos enteros: esperándolas Dios con infinita paciencia todo este tiempo y recibiéndolas con su Misericordia suavísima al cabo de él.

Con los Españoles se ejercitaron también nuestros ordinarios ministerios como en los años atrás; en particular se hicieron muchas confesiones generales, y algunas amistades entre personas graves: entre las cuales se señaló notablemente un prebendado de la catedral de Manila, que por justos respetos no nombro, pero la gran virtud de que usó en esta ocasión le dió harto nombre; porque sabiendo que otro prebendado de la misma iglesia, hombre anciano y venerable, se mostraba ofendido de él, procuró verle en casa de un oídor de Manila, y delante de otras personas graves, donde dichas algunas blandas y buenas razones, que quietaron los ánimos, hincándose de rodillas á los pies del más anciano, le tomó la mano, y se la besó, y ambos abrazándose trabaron entonces una tan firme amistad, que como testigo de vista la ví, muchos días y meses después, confirmada con un trato muy familiar y muy de hermanos.



Capítulo LIII.

CÓMO SE PROSIGUIÓ EL EXTIRPAR LAS IDOLATRÍAS DE TAYTAY Y DE LA PIEDAD Y FIRMEZA DE AQUELLOS CRISTIANOS.

La mortandad y peste de Manila cundió por todos los Indios de la comarca, hasta estos pueblos de San Juan del Monte, Antipolo y los demás: con cuya ocasión tuvieron que hacer nuestros Padres de noche y de día, no solo acudiendo al remedio de las almas, administrándoles con fervor y cuidado los santos sacramentos, sino también al de sus cuerpos, socorriéndolos con las medicinas y regalos necesarios: que con esta gente es de importancia, por lo que éllos lo estiman, y por el gusto que les da, que es de manera, que á muchos les sana solo este contento, de ver que los regalemos y cuidemos dellos. Ni acudieron menos en esta ocasión las cofradías de aquí que la de Manila, á enfermos y difuntos, repartiéndose por días los hermanos para acudir á los enfermos, y acompañando los entierros, lo ordinario más de docientas personas cen velas encendidas, y en particular á los difuntos de la misma cofradía; demás de eso, celebrándoles honradas exequias.

Las supersticiones é idolatrías se han arrancado, de manera, que á penas hay rastro déllas, ni cosa que á ellas parezca. Si alguna había quedado de los años atrás, más por descuido que de malicia, este año se acabó con el favor de nuestro Señor. Porque hasta unos platillos y otras cosillas, que solían servir en los sacrificios, trujeron á los Padres para que los quebrasen é hiciesen quemar. Tenía un Indio entre sus bienes raíces una mata bellísima de las cañas grandes, que llaman c*auayan*, de que ya tratamos: éste vino á denunciar

della, por haber sido ofrecida á un ídolo y cortádose antiguamente cañas para el servicio suyo; sentencióla el mismo se quemase hasta las raíces por que no brotase más, ni hubiese memoria de cosa que á tan malos usos había servido; y condescendiendo con su devoción, se mandó hacer así. Otros manifestaron una casilla, que era dedicada á otro ídolo, y pidieron la mandase quemar toda, y así se hizo. En este aborrecimiento se han mostrado los primeros y más aventajados los del pueblo de San Juan del Monte, donde tanto antes reinó la idolatría, y hubo tanta copia de sacerdotisas de ídolos, que á penas había calle donde no hubiese tres ó cuatro, ó más. Han trocado su falsa superstición con verdadera religión y piedad cristiana en acudir á la iglesia, tan continuamente, que días de entre semana en tocando á misa se llena toda de gente, que viene á oírla, y viven con ordinaria queja, de que por ser los Padres pocos, no les pueden acudir tanto y tan continuamente, como ellos desean, á sus confesiones y comuniones, á que acuden con hambre entrañable, no sólo una sino muchas veces al año, con edificación y fruto. De aquí procede que el buen olor de esta cristiandad, con gloria de nuestro Señor y estima del trabajo de los nuestros, llega á otros pueblos, y los mueve y edifica tanto, que así el Provisor del arzobispado como otros ministros, Clérigos y Religiosos, y aún justicias seglares, para recoger y enmendar, y tener con seguridad algunas personas muy ocasionadas, las han enviado allí por algunos meses; y ha sido nuestro Señor servido que con el buen ejemplo, y buena doctrina, han sido remediadas y trocadas en sus vidas, confesándose generalmente, y dando otras buenas prendas de la mudanza de vida.

En los montes de esta doctrina, como entre gente más nueva en la fé, había quedado un famoso Catalonan ó Sacerdote de un Ídolo famoso escondido, sin que se hubiese atrevido alguna persona de las que lo sabían á manifestarlo; bastara esta raíz para brotar muchos malditos pimpollos. Pero fué nuestro Señor servido, que por medio de la buena diligencia del P. Francisco Almerique se descubrió, y hubo á las manos todas las cosas tocantes al servicio de un ídolo, y las mandó quemar; y á él le redujo, y para más seguridad le hizo viviese en el pueblo, donde los nuestros de ordinario residen. Viendo el demonio y padre de mentiras, que ya no es creído, ni hacen caso de sus su-

persticiones y vanidades, transfórmase en Ángel de luz, procurando engañar á los simples. Por esta vía engañó á una muger principal con muchas visiones y revelaciones pareciéndole á ella buenas, y verdaderas: en las cuales, según élla decía, se le aparecía en forma de Nuestro Señor Jesucristo, le enseñaba muchas cosas y le mandaba las enseñase al pueblo. Teniendo noticia de esto el mismo Padre la procuró desengañar, y le dijo no contase á persona alguna aquellas cosas: pero ella no hizo tanto caso, antes á escondidas, de noche, juntaba muchas personas, y para que con más gana fuesen decía que el Padre le había dicho prosiguiese, y así perseveraba en enseñar sus imaginaciones y engaños. Advirtiendo los presentes que su modo de enseñar y hablar era á la misma traza que tenían las sacerdotisas de sus ídolos, cuando estando en ellas el demonio, hacían mil gestos y movimientos, semejantes á los que están locos, y fuera de sí (que este era el modo que tenía el demonio antiguamente para darles sus respuestas por boca de sus catalonas) acudieron á dar aviso de éllo. Viniendo pues otra vez á noticia del mismo Padre lo que de nuevo pasaba, juntó en la iglesia la gente, que la había oído, y haciéndola parecer á élla, los desengañó de la falsedad de todas aquellas cosas, y de las astucias del demonio: con esto se remedió este daño, que sin duda fuera grande, si no se pusiera tan al principio, y con tan buen medio el remedio. Otro pobrecito fué remediado por medio de un *Agnus Dei*, que le dió un Hermano nuestro: el cual habiendo enviado unos Indios á cortar un poco de yerba, uno dellos se fué por el monte adentro, como fuera de sí asombrado, y se anduvo de monte en monte, un día entero, y hallándole otros Indios de aquella suerte, le llevaron á su casa; visitándole el Hermano dijo que se quería confesar, porque los demonios le traían de aquella manera, que no podía sosegar, sino que sin querer, ni ser más en su mano, se iba por el desierto solo, y asombrado; llevóle el Hermano á un Padre que le confesó, pero después volvió á padecer lo mismo. Acudió otra vez al Hermano y contóle su trabajo, y él le dijo que tuviese fé en nuestro Señor, y confiase en la virtud del santo *Agnus Dei*, declarándole las misericordias, que nuestro Señor ha hecho á los hombres, y los milagros que ha obrado por medio de esta santa Reliquia, y púsole al cuello un *Agnus Dei*. Desde aquel punto se sintió sose-

gado, y para mostrar nuestro Señor le hacía aquella misericordia por medio de esta santa Reliquia, permitió que cada vez que se la quitaba, aunque fuese por un breve espacio, al momento salía fuera de sí y se vía perdido; y así decía él que, en quitándosela, perdía el juicio, y no estaba en sí: trayéndola anda con mucha quietud, alabando grandemente á nuestro Señor, y contando la eficacia del santo *Agnus Dei.*



Capítulo LIV.

ALGUNOS CASOS NOTABLES QUE SUCEDIERON EN LA CIUDAD DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.

Cúpole á esta ciudad la buena llegada á ella del P. Visitador, en la Cuaresma del año de 1600: y aunque acrecentó el número de los nuestros en ella, vió que la ocupación de los Chinos impedía á la de los Indios, y así suplicó al Reverendísimo de esta ciudad, los encargase á otro como su señoría lo hizo, y los nuestros quedaron con eso más descargados, pero no menos ocupados; porque dejadas las demás naciones, que como he dicho concurren á este puerto, solos los Bisayas ocuparon esta Cuaresma á seis Padres, que á penas los dejaban de día ni de noche. Con todo eso, es tanta la necesidad y carestía del pan de la divina doctrina, por la falta de quien lo reparta, que muy cerca de esta ciudad mueren muchos con esta hambre sin podérseles acudir, porque, aunque el Reverendísimo de Sebú, y los pocos Clérigos que tiene, hacen mucho, y los Padres de San Agustín mucho más, los unos ni los otros no bastan para tantos hijos. Pasada la Cuaresma y la Pascua, un Padre por su recreación hizo una salida (que estas son las vacaciones, que allá tenemos, á unos pueblos de gentiles, que están como seis leguas de esta ciudad, por espacio de ocho días, que le dieron de lugar las ocupaciones ordinarias. Aunque fué tan corto el tiempo, se sirvió nuestro Señor con algunos buenos efectos, porque halló muchos cristianos, que por falta de doctrina, y viviendo entre infieles, se habían vuelto con ellos á sus antiguas idolatrías; éstos con las pláticas y ser-

mones se compungieron, y conociendo su mal estado se confesaron generalmente, y quedando instruidos de cómo se habían de haber en adelante, agradecieron mucho el bien que se les hizo. Los infieles quedaron tan ganados y aficionados á las cosas de nuestra santa fé, que con instancia importunaron al Padre se quedase con ellos algunos días más, lo cual, por no ser posible, se contentaron con las esperanzas, de que en breve, si pudiese, los volvería á visitar. Pasados cuatro meses, viendo que no volvía, le enviaron sus mensageros á rogarle muy de veras volviese por algún tiempo á enseñarles las cosas de nuestra santa fé, que deseaban recibirla todos; no se pudo, y así se quedaron con su hambre.

En la ciudad del Santísimo Nombre de Jesús un Indio Maluco, esclavo de un Español, aunque había años, que era cristiano, vivía muy descuidado de su salvación, y nunca habían podido sus amos persuadirle se confesase, y acudiese á las obligaciones de cristiano, mostrando siempre mucha dificultad y dureza: cayó en una enfermedad, al parecer no muy grave, de una calentura lenta, y dentro de tres ó cuatro días, de repente se le quitó la habla, y parecía se moría sin remedio; porque dándole un poco de sustancia, y no sé que bebida, no le pudieron hacer tomase algo, finalmente él estaba tal, que ninguna cosa entendía. Lleváronle de nuestra casa un poco de agua bendita, y echáronle unas gotas della en el rostro; algunas que le cayeron en la boca comenzó á relamerlas, como que gustaba; echáronle con la mano una poca junto á la boca, y llegándole á ella, la abrió y recibió, y al punto volviendo en sí, dijo que le parecía le tomaban y apretaban la garganta, y por esto no podía hablar. En bebiendo el agua bendita fué como soltarle y dejarle libre: oyó de muy buena gana lo que le convenía á su salvación, y habiéndole instruído se confesó generalmente de toda su vida, y fué nuestro Señor servido darle luego entera salud en el cuerpo, al que se dignó darla en el alma.

Otro Indio estando muy enfermo, era afligido con visiones espantosas, y en dejándole solo se le aparecían unos negros feos y feroces, que le amenazaban de muerte, y decía que enviasen á llamar á los nuestros: al fin habiendo pasado muchas fatigas, ó él ó la gente de su casa enviaron á pedir fuese un sacerdote á confesarle; fué al punto, y hallóle bien afligido: consolóle y habiéndole bien instruido, se con-

fesó generalmente, con gran consuelo suyo, sintiendo desde entonces gran quietud, sin ver cosa de las que antes le afligían.

Una India habiendo vivido junto á esta ciudad entre cristianos, era infiel: dióle una grave enfermedad; trajéronla á la casa de otra, que frecuentaba nuestra iglesia, y vive con grande pureza de vida y mucha edificación, la cual luego le persuadió que fuese cristiana. Envió á llamar un sacerdote de los nuestros que la catequizó, y dispuso de manera, que luego recibió el sagrado Bautismo, dando, los días que le quedaron de vida, muestras de la gracia, que había recibido: porque estando con grandísimos dolores, á penas se oían en su boca otras palabras, que Jesús, María, Dios mío habed misericordia de mí.

Pasando bien acaso dos de los nuestros por el barrio de los chinos, les avisaron, que en una casa de aquellas se estaba muriendo una muger infiel; subieron de prisa, y halláronla bien cerca de la muerte, y bien lejos de conocer la verdad de nuestra santa fé. Pero nuestro Señor que la proveyó de maestros, la socorrió con su gran Misericordia y auxilio soberano: y así, oyendo de muy buena gana lo que se le decía, se dispuso tan en breve, que luego aquella noche temiendo el peligro en que estaba, la bautizaron, quedando ella con gran consuelo y agradecimiento á nuestro Señor, por la merced recibida, edificando á los presentes con sus palabras, que todas eran invocando en su ayuda á Jesús y María; con tan buenas prendas de su salvación acabó el día siguiente. Entre las personas que con edificación del pueblo y servicio de nuestro Señor, se han aprovechado de la doctrina de los nuestros, es una muger, mayor de edad, natural de China, que por ser esta nación tan dura y difícil de recibir el Evangelio, es de mucha estima, y así me pareció no sería fuera de mi propósito referir algo della. Ésta fué casada con un Portugués honrado, de quien quedó viuda, habrá seis años: lo más que tiene es lo que gana con el trabajo de sus manos y de tres esclavos, con los cuales vive en una pobre casa, apartada del concurso de los Chinos, donde está con gran recogimiento. Confiesa y comulga á menudo con mucho fruto. Es penitente de manera, que ha sido menester moderarle el mucho rigor, que consigo usa, tomando largas disciplinas, cada noche, y ayunando todo el año cuatro días en la semana, y los demás días, por maravilla come carne. Su consuelo es

la oración, para la cual tiene mucha capacidad natural, de muy buen juicio y sobrenatural, por los dones que el Señor le comunica. Todos los días asiste en la iglesia, el tiempo que duran las misas, oyéndolas todas de rodillas. No hay cosa que le aflija como saber es ofendido Dios, particularmente de los de su nación. Finalmente ella se ha ofrecido á nuestro Señor toda, y nuestro Señor la ha cogido de su mano, como una rosa de entre tantos abrojos y espinas.



Capítulo LV.

OTRAS COSAS MUY PARTICULARES SUCEDIDAS EN BOHOL.

Para dar más particular noticia de lo que pasaba en la isla de Bohol, en este tiempo, me aprovecharé de dos cartas de los Padres Alonso de Humanes y Gabriel Sánchez, que aquí estaban, porque á mi parecer lo refieren por menudo con una llaneza agradable y gustosa. Ambos, escribiendo al P. Visitador, le dan cuenta por extenso de sus ocupaciones, como se usa en nuestra Compañía, y el Superior que era el P. Alonso de Humanes dice así. Luego que volvimos de Sebú, el año pasado de 99, por ser tiempo de Cuaresma nos ocupamos en oir las confesiones: y fué grande la devoción, y puntualidad, con que toda esta nueva cristiandad, sin ningún premio acudió, viniendo aún los que residían muy lejos de este pueblo, donde de ordinario residimos. Para los oficios de la Semana santa se juntaron los cristianos de toda la isla, y muchos de los que aún no son bautizados asistieron todo aquel tiempo, con mucha devoción á los oficios divinos, y á la fiesta de la Pascua, en la cual se dió la Comunión á buen número dellos. Habiendo cumplido con la obligación de las confesiones, salimos á correr algunos pueblos de gentiles, y en todos hallamos buena disposición. Los que mejor acudieron son los de Panglao, que es una isleta casi junta á esta. Acudió toda la gente, muy de buena gana, á oir las cosas de nuestra Santa fé: comenzaron luego de su voluntad á hacer iglesia, y para primicias de la cristiandad, bautizamos, los primeros, los hijos de los principales para que abriesen la puerta á los demás. Lo que sus padres estimaron mucho,

y para muestra de eso hicieron fiesta aquel día, con danzas y otros regocijos. Volvióse otra vez á visitar esta isleta y bautizáronse un buen número de adultos y cien niños. Pidiéronnos los principales les dejásemos algunos que los enseñasen, para que con este medio aprendiesen todos más presto. A este fin tragimos de allá los niños más hábiles, para que éstos instruídos vayan á enseñarles: y así supliremos algo, la mucha necesidad de compañeros, hasta que nuestro Señor nos multiplique. En una visita, que se hizo al pueblo de Lobo, sucedió una cosa de importancia: para deshacer sus errores, y quitalles unos grandes miedos, que el demonio les había puesto, avisó un alguacil que en un pueblecillo cerca de allí estaba un principal, el cual tenía en su casa muchos cornezuelos y botijillas llenas de hechizos y otros instrumentos para echar suertes y consultar en sus enfermedades, si harán sacrificio al demonio y para tomar determinación en las demás cosas. Determinóse el P. Gabriel Sánchez de ir á quitalles tan malditos instrumentos: y fuera de ningún efecto cualquiera otra diligencia, porque en llegando á la casa, él mismo hubo de descolgar, y juntar todas las botijillas y cornezuelos por su mano propia; porque los indios que iban con él en ninguna manera osaron tocarles, temiendo que en tocándoles morirían, y que si los echaban en el río, los caimanes se embravecerían contra ellos, tan persuadidos estaban de estas abusiones. Pero el Padre asegurándolos del miedo y desengañándolos de la falsa aprehensión, por haberlos él tocado y estar vivo, les hizo que los tomasen y sacasen en público, y llamando los muchachos, los escupieron, y pisaron (acciones que entre ellos son de gran menosprecio, aborrecimiento y vituperio, como entre las demás naciones) y finalmente los hizo quemar y echar en el río. Con lo cual quedaron desengañados, y más aficionados á nuestra verdadera y sólida Religión católica.

No puedo dejar lo que agora nos ha sucedido por ser cosa que me ha causado muy gran consuelo. Sabiendo nuestra gente, cómo V. R. nos mandaba ir á Sebú (recelosos no volviésemos tan presto) acudieron todos á confesarse con tanto fervor, que parecía tiempo de Cuaresma, y los que no eran bautizados, acudieron con la misma instancia á pedir el sagrado Bautismo y así por despedida hicimos un buen número de cristianos. Hasta aquí el P. Alonso de Humanes. El P.

Gabriel Sánchez en otra para el P. Visitador dice así. La cristiandad de esta isla, va, gloria á nuestro Señor, en mucho aumento: acuden con mucho fervor á frecuentar los santísimos sacramentos en estas Pascuas de Navidad y Reyes y otras fiestas principales; ha sido tanta la frecuencia de confesiones y comuniones, que me parecía Semana santa: tienen gran fé y confianza, que por medio de los santísimos sacramentos y sacramentales han de recibir, y háceles su Majestad aún en lo temporal grandes mercedes.

Una vieja, buena cristiana, llegó de una enfermedad bien al cabo, y tan cercana á la muerte que ya no tenía juicio, ni hablaba; finalmente sin esperanza de vivir, administrósele el sacramento de la Extrema-unción, y luego comenzó á mejorar, y cobró entera salud. Trujeron pocos días ha un enfermo tan afligido y apretado de una grave enfermedad, que aún la cabeza no podía alzar, y así acostado, y con harto trabajo se comenzó á confesar, y habiendo acabado, al punto comenzó á sentir mejoría; de suerte, que de ahí á dos días, vino á la iglesia á dar gracias á nuestro Señor por la misericordia que había recibido, atribuyéndolo él al santo sacramento de la Penitencia. Estos días pasados, un niño de edad de cuatro años, como niño, sin saber lo que hacía, se entró en la mar, y por buena diligencia que hicieron para sacarle, ya estaba casi ahogado; trujéronle corriendo á nuestra casa, para que le dijésemos un Evangelio, que por vía de remedios naturales no tenían esperanza viviría; cuando llegaron con él á penas se le conocía respiración; traía la cara denegrida, y el vientre muy hinchado de la mucha agua, que había bebido. Díjosele el Evangelio y echósele agua bendita y con esto delante de mucha gente, que se había juntado, volvió al punto en sí y quedó del todo bueno y sano, dando todos á nuestro Señor muchas gracias. Por ser cosa muy fresca no dejaré de contarla. Usó nuestro Señor hoy de su acostumbrada Misericordia con dos viejos muy venerables, de más de á cien años, de los cuales habían gastado la mayor parte haciendo cosas endiabladas, de heridas, muertes, crueldades y desórdenes, y hasta agora les había esperado nuestro Señor, que alumbrándolos con su divina luz, se convertieron con maravillosa conversión: yo quedé admirado de ver el fervor, veras, y gran sentimiento con que aborrecen su vida pasada, y pidieron el Bautismo, y lo recibieron este día, después de bien instruídos. Ha sido para mí de grandísimo consuelo,

ver la perseverancia y constancia de esta gente. En breve referiré algunas cosas que lo prueban bien á la clara. Una India soltera fué perseguida de un soldado con innumerables trazas, resistiendo ella valerosamente: una vez entre otras le envió con un criado veinte y tantos escudos, al cual ella echó de sí con amenaza que si otra vez venía lo arrojaría á él y á su dinero, por la ventana. Embravecido el soldado con la furia de su pasión, por ser hombre que tenía mano, viendo que con dádivas no la podía atraer á su dañado propósito, comenzó con amenazas, las cuales no bastando, puso en ella las manos, maltratándola gravemente. Pero nuestro Señor la ayudó y salió con victoria, y el mal aventurado quedó confuso y avergonzado. Otra, no fué menos molestada, ofreciéndole entre otros dones una cadena de oro, de valor de más de treinta escudos, despreciándolo todo con ánimo cristiano; y temiendo la furia del que la perseguía y el peligro grande, persuadió á su madre la acompañase, y se fueron á unas sementeras, donde estuvo escondida hasta que salió del pueblo el que la molestaba. Otra mozuela de hasta diez y ocho años, paupérrima, que no alcanzaba un poco de arroz para su sustento, fué perseguida de muchos, ofreciéndole cantidad de dineros, para remedio de su necesidad; entre otros, uno, más de cuarenta reales de á ocho: pero ella respondió: que nuestro Señor, en quien ella esperaba la remediaría, y que con ofensa suya no quería ella vivir; y sirviéndole estaba muy contenta con su pobreza, y que ella estaba muy cierta que nuestro Señor no le faltaría. Otra, harto pobre, resistió con la misma fortaleza á otras importunaciones no menos pesadas, desechando una cantidad de oro de valor de más de ochenta escudos, dejando admirado al que la perseguía. Otra temiendo que después de muchas importunaciones, que por ser poderosas para ello vendría á las manos, huyó el cuerpo al peligro y ocasión de ofender á Dios, y se anduvo por el monte casi cuatro meses, pasando harta incomodidad y trabajo, aunque con mucho gusto; ni volvió al pueblo hasta que supo que se había ido de él quien la hacía andar de aquella suerte.



Capítulo LVI.

EL BUEN PROCEDER DE LOS CRISTIANOS DE BUTUAN.

El buen estado de la cristiandad de Butuan proseguiré como he comenzado, por las mismas palabras con que el P. Valerio de Ledesma y su compañero el P. Manuel Martínez lo escribieron este año al P. Visitador. La carta del P. Valerio dice así. Los de este pueblo están bien enseñados, gloria á nuestro Señor. Hay casi ochocientos cristianos, y la mayor parte, de todo el resto de la gente, es de catecúmenos, que van deprendiendo las cosas necesarias: detenémosles, para que estimen más la Misericordia que Dios les hace, y para que así sepan mejor la doctrina cristiana y buenas costumbres. Todo el más resto de la gente está en próxima disposición para recibir nuestra santa fe, y acuden todos los Domingos y fiestas á oir los sermones y pláticas. Júntase un grande auditorio, y en todos, aunque infieles, se esperimenta mucho afecto á las cosas sagradas. Traen sus hijos de su voluntad á que los bautizemos; y cuando los tienen enfermos, á que les digamos el Evangelio.

Ponen cruces en sus sementeras, y con los cristianos, que comunmente hay algunos en cada casa, cantan la doctrina cristiana. En tiempo de enfermedad luego acuden á que los bauticen, y como universalmente están todos bien instruídos, y tienen suficiente noticia de las cosas de la fe, son fácilmente socorridos en aquellas ocasiones, y á penas muere ninguno sin el santo Bautismo. Viéndose un Indio apretado de una recia enfermedad, pidió que lo bautizasen. Fueron á llamar á un Padre para ello, y la enfermedad iba tan en

su fuerza, que cuando llegó, halló toda la casa alborotada, y llorándolo por muerto. Viendo el Padre, que ni hablaba, ni parecía que sentía, y certificado haber pedido el Bautismo, y ser de los que frecuentaban la iglesia, pidió agua para Bautizarle, y hablando muy alto le persuadía procurase decir Jesús. Parece que al sonido de este dulcísimo nombre volvió algo en sí y haciendo fuerza lo pronunció. Luego cobró aliento y respondió á las preguntas del catecismo, con grande admiración de los presentes. Recibió el sagrado Bautismo, y en breve le dió nuestro Señor salud entera, y sus padres, que eran gentiles, admirados del caso, le atribuían á la virtud del santo nombre de Jesús, y del sagrado Bautismo. En los fieles por la Misericordia de Dios hay constancia. En cuanto tiempo aquí he residido no he hallado cristiano que haya asistido á sacrificio de gentiles, viviendo entre tantos. Con admiración me contaba el corregidor de este pueblo, que habiendo averiguado muchas causas tocantes á esta materia, no había hallado jamás culpado en ella algún cristiano. Él mismo contaba, que llevando en su compañía entre otros indios algunos cristianos de este pueblo, á lugares mal seguros de enemigos, hacían centinela, y el cuarto que les cabía á los cristianos estaban rezando y cantando la doctrina. Demás de esto que todos los días advertía en ellos, no perdían de rezar su Rosario, estimando y alabando mucho tanto cuidado, en gente tan nueva.

A esto añade el P. Manuel Martínez lo que se sigue. Universalmente (dice) es grande la estima, que todos tienen al sagrado Bautismo; y así los que no le han recibido, y algunos que en salud resistían, en viéndose enfermos lo piden, confiados que con este medio no sólo alcanzarán salud para sus almas, sino para sus cuerpos, concediéndoselo así nuestro Señor muchas veces. Estando un niño, hijo de un principal de este pueblo tan al cabo de una enfermedad que le tenían por muerto, y como á tal lo lloraban, enviósele de casa un *Agnus Dei*, y agua bendita; fué nuestro Señor servido, de en breve, darle salud, y sus padres lo contaban á todos con grande estima del *Agnus Dei*, y agua bendita. Un Español estaba fatigado de un dolor recio que había tiempo le afligía, y viéndose tan apretado, envió á llamar á uno de los nuestros, que le dijo un Evangelio: al punto obró mejoría, y en menos de un cuarto de hora se

sintió del todo bueno, dando gracias á Dios, y publicando que por medio del santo Evangelio había recibido salud. En Adviento y Cuaresma se han proseguido las disciplinas en la iglesia, acudiendo á ellas los Españoles, que suelen concurrir á este pueblo: algunas veces se hicieron disciplinas públicas de sangre. Particularmente Jueves y Viérnes santo hubo dos procesiones muy bien ordenadas, en que mucha gente acompañó con luces á los disciplinantes. Quiero concluir en esta con dos casos, dejando otros muchos, por evitar prolijidad. El primero fué de un gentil, que andando á caza fué mal herido de un jabalí, y pareciéndole se llegaba la hora de su muerte, y acordándose de haber oido en la iglesia, que en sus necesidades invocasen el Santísimo Nombre de Jesús, hincóse de rodillas, y puestas las manos repetía: Jesús habed Misericordia de mí. Nuestro Señor oyó su oración, y sanó de las heridas en breve; vino á contar el caso, pidiendo le bautizasen luego. Cuenta con gran devoción á los demás esta merced de Dios, diciendo haberla recibido, por haber invocado de corazón el nombre Santísimo de Jesús. Otro gentil atemorizado de unos grandes truenos, y temeroso de algún rayo, invocaba muchas veces, con gran confianza, el dulce nombre de Jesús, acompañándole toda la gente de su casa y todos favoreciéndose y abrazándose con una cruz: salió un grandísimo relámpago y un trueno espantoso, de manera que cayó de espanto, de su estado, y todos entendieron, era llegada su hora, y allí ser abrasados. Pero sólo sintieron un mal olor de cosa quemada: á la mañana hallaron una palma, que estaba pegada á la casa, quemada del rayo: quedaron todos admirados del caso, y dando gracias á nuestro Señor, que por medio de su dulce Nombre y de la santa Cruz les había librado.



Capítulo LVII.

DEL NÚMERO DE LA GENTE QUE SE REDUJO Á PUEBLOS EN LA COMARCA DE ALANGALANG, Y DEL FRUTO QUE SE HIZO EN ELLOS.

Nunca los Filipinos tuvieron forma de pueblos con policía y gobierno político, de manera que á lo menos una isla ó una cantidad de lugares, reconociendo por señor á uno viviesen debajo de su amparo y gobierno, sino que el que más podía, vencía y señoreaba, y éste no era uno solo, sino que todos casi podían, vencían y señoreaban. De aquí resultaba estar por la mayor parte cada uno de por sí con su cuadrilla fortificado y en defensa, y hacerse de ordinario los unos á los otros, vecinos á vecinos, y comarcanos á comarcanos, perpetuas y molestísimas guerrillas, emboscadas, fuerzas, robos, muertos y cautiverios.

Era raro el juntarse en amistad algunas de estas cuadrillas á vivir en vecindades ó pueblos y ayudarse y ligarse contra otros: aunque sí había algunos. Menos había señores, que, ó fuesen de pueblos grandes, como lo era el de Sebú, Manila, Caínta y otros bien pocos. Con esto se juntaba que los que podían salirse de la vecindad y peligro de tanta inquietud, y meterse por los montes, para pasar la vida, hacían en ellos las casas y junto á ellas sus arboledas y sementeras: de que procedió que en lugares ó tiempos, que eran acomodados para gozar de este descanso, se fueron saliendo muchos é hinchiéndose los campos de casas de esta manera, tanto, que algunas partes y aún muchas hoy se caminan muchas leguas siempre por casas y heredades á esta traza, sembradas y divididas por aquellos campos, como acá en Europa

suelen estar los cortijos ó cabañas. Así estaban todos estas islas, y así estaba esta de Leite, toda por la mayor parte dividida y repartida en rancherías, pobladas en lugares ásperos, inaccesibles y montuosos: fuera de algunas casas apartadas, las unas de las otras, sin forma ni traza de calles, ni de pueblo, puestas por las orillas de los ríos y cercadas de sus sementeras y arboledas. Por esto el primer cuidado con que entró en este pueblo de Alang-alang el P. Cosme de Flores fué de reducirlos á un pueblo, como lo hizo; y en ese mismo cuidado le han ido sucediendo los que después de él han entrado en el cargo de esta doctrina.

Y no ha sido sin provecho mas que mediano de estas gentes, porque en solo este año de 1600 se pusieron en forma dos pueblos de á cada trescientas casas, y otro tercero de á quinientas, que serán como cuatro mil y quinientas almas; de los cuales se bautizaron este año mas de los ciento. La Cuaresma acudieron con fervor todos los cristianos, particularmente la Semana santa, que se juntaron los de otros pueblos, asistiendo á los divinos oficios, los cuales se celebraron con la mayor decencia que se pudo. El Jueves santo por la mañana se les hizo un sermón del Santo Sacramento, y á la tarde el Superior de esta casa lavó los piés á doce pobres, declarándoles en un breve sermón la significación de aquella santa ceremonia: con lo cual se edificaron mucho todos. Cerca de la noche se hizo una procesión bien ordenada, con buen número de disciplinantes y de otros que llevaban unas grandes cruces; lo mismo se hizo el día siguiente, después del sermón de la Pasión.

La Pascua de Resurrección se juntó la gente de otros pueblos y después de la misa y sermón celebraron la fiesta con las muestras de alegría que supieron: hízose una danza muy graciosa, y toda la gente se regocijó con danzas y bailes á su usanza, en el patio de la iglesia. Lo que es de mucha estima, que en tanto concurso de gente, habiéndose holgado mucho, y banqueteado á su modo, no hubo persona de quien se supiese haberse tomado del vino; siendo antes este vicio tan ordinario en esta gente, en sus huelgas y convites.



Capítulo LVIII.

EL ESTADO DE LA CRISTIANDAD DE CARIGARA.

Ya esta iglesia era servida y frecuentada como si fuera una de Europa con no tener más de cinco años tasados; porque la capilla de música la autorizaba grandemente, en particular las fiestas, no sólo celebrando los divinos oficios á punto de órgano, sino acompañándolos con letras y motetes en su lengua bisaya, cantados al mismo punto, unos y otros al tono y uso de la tierra: que lo uno y lo otro atraía mucho la gente, y la movía á devoción, y les hacía aprehender con sentimiento y gusto nuestros sagrados misterios, puestos en su metro y música; finalmente les movía, como el glorioso Dr. S. Agustín dice de sí, y todos lo experimentamos. Con esto entraban en fervor aquellos cristianos y frecuentaban con provecho los sacramentos; el fruto dellos se les parecía en la vida, como lo dice el P. Francisco de Encinas en una suya, en que, como quien lo tenía presente y tocaba con las manos, no acaba de alabar la buena disposición de esta gente, y cuán bien reciben las cosas de virtud y servicio de Dios; acerca de lo cual dice lo que se sigue.

Mucho consuelo es ver la pureza, que en muchas de estas pobrecitas resplandece. De algunas he sabido, que siendo molestadas y perseguidas con oferta de cantidad de oro, ni con dádivas ni amenazas fueron en algo vencidas. De otras, que en sabiendo entran personas ocasionadas en el pueblo, se ausentan del pueblo á sus sementeras, por huir el peligro, de ofender á Dios. Prometiendo un hombre de estos desalmados á un niño de los que acuden á nuestra casa, le daría no sé que



dádiva, si le buscaba cierta mujer, respondió él que siendo de casa del Padre no podía acudir á cosa semejante. Replicándole, que no lo sabría el Padre, respondióle: ¿pues dejará de verlo Dios, ya que el Padre no lo sepa? Con esta respuesta se quedó corrido y avergonzado, y dejó de importunarle. Desde la Pascua de Resurrección hasta el tiempo que esta escribo, que será mes y medio, se han bautizado más de ochenta adultos, la mayor parte dellos muy viejos, pero bien dispuestos, y con ellos noventa y tantos, de menor edad. Yendo esta Cuaresma al pueblo de Leite, nos sobrevino un temporal tan recio, que nos fué forzoso varar en la playa, y caminar por tierra, no sin particular Providencia de Dios; porque pasando por unas sementeras, estaba una vieja muy enferma en su pobre casilla, y sabiendo que pasaba por allí, me hizo llamar y habiéndola catequizado, con gran consuelo suyo y mío, la bauticé, y luego el día siguiente murió.



Capítulo LIX.

CASO NOTABLE DE TRES VIEJOS, QUE CONVIRTIÉNDOSE LOS DOS, EL TERCERO QUE ERA CIEGO, NO SE QUISO CONVERTIR.

Este pueblo de Leite que aquí el Padre dice, esta orilla de un río muy hermoso del mismo nombre y que lo dá á toda la isla, está á la misma entrada de la isla, como venimos de Manila, de Poniente á Levante; de la cual dista como 130 leguas. Hay de Carigara á Leite, por tierra, 5 leguas, y por mar, 10. Van los Padres por mar lo más ordinario por remudar el cansancio de pasar á pie las grandes sierras del camino. De la otra banda de Carigara, prosiguiendo el costear esta isla por lo largo (que como dijimos corre del Este, Oeste) está, á distancia de 2 leguas, otro río llamado Barugo, y orilla de él gran cantidad de casas, las cuales juntándose en pueblo, (aunque quedaron otras muchas) hicieron número de trescientas. Á este lugar de Barugo acudió el P. Mateo Sánchez, y en él de un lance sacó de tres peces, los dos, quedándose el tercero en sus tinieblas corporales y espirituales. Que por ser caso notable, lo diré por las palabras de una del mismo Padre, que dice así. En el pueblo de Barugo pasó un caso, en que nuestro Señor me mostró los efectos de su divina Predestinación; y cómo, *Cujus vult miseretur; et quem vult indurat*; llamáronme para bautizar á un viejo, que estaba muy enfermo. Subiendo á la casa, hallé en su compañía otros dos también de mucha edad, y el uno de tanta, que por su vejez no salía de casa, ni podía andar. Éste oyendo catequizar al enfermo, comenzó á esforzarse, y arrastrando, se llegó cerca y se puso con singular aten-

ción á oir y entender muy de propósito el catecismo. Viendo yo el gusto que el enfermo, y su compañero recibían de oir las cosas de nuestra santa fe, me detuve un gran rato, declarándoselas. Bauticé al enfermo y luego comenzó con instancia y devoción el otro á pedir le bautizase, porque creía todo lo que había dicho y quería salvarse. Que en ninguna manera le había de dejar sin Bautismo: pues su vejez no le daba muchos días de vida y esos quería ser cristiano. Ansí le bauticé. El tercero viejo era ciego y todo el tiempo que gasté en catequizar á sus compañeros, gastó él en torcer unos hilos. Y de lo que esotros recibían tanto gusto, y con que se iban ablandando sus corazones, él se estaba riendo, y endureciéndose mucho más. Teniendo compasión de él, me puse á procurar disponerle, pero no hubo hacer mella en él; y así se quedó tan á oscuras su alma como lo estaba su cuerpo.



Capítulo LX.

CÓMO IBA CRECIENDO LA CRISTIANDAD DE OGMUC.

Es verdaderamente cada una de estas doctrinas, una escuela de celestial Teología. Por que, así como en las escuelas se ve el concurso de los estudiantes á las lecciones, y el fervor en pasarlas y repetirlas, y después el recibir los premios de los grados; así en estas es para alabar á Dios ver hechos niños á los viejos, y humillados á los principales, aprendiendo con fervor, gusto y perseverancia la doctrina cristiana, escribirla, repetirla y estudiarla, rezarla, cantarla y dar cuenta de ella. Y finalmente por premio, recibir el grado del santo Bautismo, pretendido, deseado y recibido de ellos con la misma ansia y alegría, que de los estudiantes el grado de doctor, ó maestro. En unas partes se les señala de un domingo para otro lo que han de traer sabido. En otras, sin señalárselo, se les pregunta lo que saben. En otras, como aquí en Ogmuc, se hacen tantas clases, cuantas son las partes de la doctrina cristiana, desde el persignarse hasta la Confesión: y sea niño ó viejo, como vá sabiendo, vá subiendo, hasta graduarse, si no está graduado. Y si lo está, hasta que sepa, como dijimos que se hace con los viejos de Antipolo. Como buenos estudiantes, no sólo escriben las liciones con sus letras los más, (usando de un cañuto por libro ó cartapacio, y por pluma una punta de hierro) sino que llevando siempre consigo su cartapacio, cualquier rato que cesen de obra, sea en casa, ó en el campo, por descanso echan mano de él para estudiar un rato. ¡Tanto es el fervor y la codicia de estos buenos estudiantes, en aprender su Teología sobrenatural y divina! Conforme á este fervor en aprender, es el de su proceder,

y obrar. Porque la viveza de su fé enciende, y afervoriza sus obras, y tras el corazón encendido van las manos calientes y encendidas; lo cual (dejadas otras muchas particularidades que se pudieran decir) se ve en la gran frecuencia de los santos sacramentos, con notable fruto, y enmienda de sus vidas: gente recién nacida en la iglesia, y que ayer no estaba engendrada en Cristo, pide con fe y devoción se les diga á sus enfermos el Evangelio y se les dé agua bendita: y correspódeles nuestro Señor, dándoles muchas veces, luego, entera salud. Ellos así lo reconocen, confirmándose en la fe, y aborreciendo los sacrificios, que hacían al demonio, en sus enfermedades. Aun los infieles están tan desengañados de estas vanidades, que apenas se sabe, que haya uso de estos malditos sacrificios, que antes eran tan continuos. Muchos infieles, teniendo sus hijos enfermos los han traído á que se los bauticen, diciendo que por este medio les daría nuestro Señor salud; y ha sucedido así muchas veces, siendo ocasión para la conversión de sus padres. Tienen gran devoción á la santa Cruz, y han experimentado en ocasiones el amparo de ella. Estando unos cristianos una noche rezando la doctrina en su casa (como solían) comenzaron de fuera, á apedrearles la casa y hacerles grande ruido, y tirarles cuanto al derredor de ella había. Saliendo varias veces á saber quien les hacía mal, no vieron persona alguna: y volviéndose á recoger, volvían de fuera á inquietarlos. Entendiendo ser ardid del demonio, perseveraron en rezar, confirmándose en la fé con la persecución que les hacía; y para defenderse dél arbolaron una cruz delante de la casa. Desde entonces no sintieron cosa que les inquietase. Los infieles se van disponiendo cada día para recibir más fácilmente la santa fé. Aquel impedimento tan usado de esta gente, y tan dificultoso de quitar, de tener muchas mujeres, va arrancándose; y con facilidad se persuaden, ya no pueden ni les conviene tener más de una, y ansí han dejado muchas con perder ellos su hacienda en dejarlas. Porque para casarse con ellas, las dotan: y si las dejan, pierden el dote que les dieron; y no es de poca estima haga esto gente, que aún no es cristiana.



Capítulo LXI.

DE ALGUNOS BAUTISMOS QUE SE HICIERON EN PALOC.

Por ausencia del P. Cristóbal Jimenez quedó este lugar solo y estándolo, fué allá en misión el P. Alonso Rodríguez. Lo que en ella hizo, pocos días que se pudo detener con ellos, dice el mismo en una suya, cuyo capítulo es el que se sigue. Hicimos (dice) una misión á Paloc: y con el modo de enseñar la doctrina por decurias, se animaron tanto todos, que dentro de diez días deprendieron muchos las oraciones, y todo lo necesario para ser bautizados. Y era tanta competencia, que unos con otros tenían, que de noche, en sus casas, de día en la iglesia, no dejaban de rezar. Así, el día del glorioso San Joseph bauticé cincuenta adultos, y entre ellos los más principales de este pueblo: que no es poco motivo, para que les sigan los demás, siendo sus cabezas ya cristianos. A otras muchas personas detuve el Bautismo por ser necesario averiguar sus casamientos: y no se pudo hacer, por estar las partes ausentes. Hay de estos un buen número; confio en nuestro Señor, que dentro de pocos días, no ha de quedar en este pueblo hombre por bautizar, porque ya todos son catecúmenos, y acuden á la iglesia. Bauticé de esta vez también cincuenta niños. Y prosigue refiriendo otros ejercicios devotos de aquellos cristianos: que por ser semejantes á los que hemos dicho de otros, no los digo. Después hizo otra misión al mismo lugar el P. Juan de Torres y le alegró nuestro Señor con darle de nuevo un gran pece, al tiempo que él echaba desde el púlpito la red de la palabra de Dios, para pescar las almas. Éste fué un princi-

24

pal, de los más poderosos de esta comarca, que á imitación de los de Butuan (aunque bien ignorante de lo que aquellos habían hecho) se levantó él, como ellos del auditorio: y pidiendo muy de corazón el Bautismo, se comenzó allí luego á disponer pidiendo público perdón, á quien tuviese ofendido: y ofreciendo entera satisfacción de cualquiera cantidad, que fuese á cargo, y lo que es más, dando larga á una mujer, de dos que tenía. Por manera, que el espíritu de verdad, que es uniforme, movió de una misma forma los corazones de los otros y de este; y los rindió al suave yugo de Cristo, con tanta eficacia y uniformidad, estando tan distantes este y aquellos. Más como este Divino espíritu se halla presente en todos los lugares, en todos ellos obra como si fuesen uno solo, con la sutileza y eficacia de su virtud y potencia.

Otra tercera misión hizo la Cuaresma de 1600 á este lugar el P. Melchor Hurtado, que el año antes había ido á estas islas con el P. Visitador: y habiéndose dado prisa á la lengua, la ejercitaba con fruto, cual veremos de una, que de allí escribió al mismo Padre, que dice. En el pueblo de S. Salvador (que es el mismo que Paloc) fué muy crecido el número de los que acudieron á la disciplina, particularmente los viérnes, que era necesario hacer salir á todos los niños, para dar lugar á los mayores. A la disciplina de sangre salieron muchos: y fué de edificación el fervor con que acabada una breve plática, que se les hizo antes de salir la procesión, se hincó de rodillas todo el pueblo, pidiendo á grandes voces perdón de sus pecados, con tan grande ternura y lágrimas, que nos las hicieron derramar á los presentes. Hizo mucha impresión en todos el habérseles predicado la Pasión con sus pasos, poniéndoles delante á Cristo Nuestro Señor desde niño, hasta verle puesto en la cruz. Derramaron muchas lágrimas, y quedáronles tan impresos en sus memorias estos sagrados pasos, que muchos días no hablaban de otra cosa. El domingo de Pascua se ordenó una muy alegre procesión en que llevaron la cruz triunfante, bien aderezada, todos con sus túnicas blancas, y con sus guirnaldas de flores. La gente, que ha comulgado, ha dado notable ejemplo. Tienen una manera de cofradía, que frecuentan más á menudo la iglesia. Hay dos mujeres de las más ejemplares y capaces, que tienen cui-

dado de las demás; y cuando algunas piden de nuevo comulgar, las avisan de cómo han de venir: y con el ejemplo de estas pocas, se ha movido el resto de la gente, pidiendo con gran deseo el Santísimo Sacramento. Hanse bautizado estos dias como setenta adultos, y entre ellos seis datos ó cabezas de barrios, con sus mujeres. Están las cosas dispuestas de manera, que todos los de este pueblo se bautizarán en breve tiempo. Vanse bautizando por familias, para que no vivan mezclados los cristianos con infieles: sino que con la uniformidad de la religión cristiana crezcan cada día en virtud. Fué de mucha edificación ver con cuantas veras los principales, antes de recibir el sagrado Bautismo, pedían á todo el pueblo perdón de los agravios, que hubiesen hecho en materia de esclavos; cosa muy usada en su gentilidad por muy leves causas. Pedían á todos los que se sintiesen agraviados, acudiesen al Padre, que ellos estaban prestos y aparejados para satisfacer puntualmente. Todo esto dice el P. Melchor Hurtado.



Capítulo LXII.

DOS MUDOS QUE SE BAUTIZARON EN DULAC Y OTRAS COSAS SINGULARES DE AQUELLA DOCTRINA.

Llegaron los bautismos de este año en Dulac á setecientos, de los cuales el más notable, fué de un principal, cuya conversión (como es ordinario) ayudó muchísimo á la de un pueblo entero, llamado Bincay, por ser su cabeza y gobernador. Éste vino un día á la iglesia con gran fervor á pedir el santo Bautismo, diciendo, que su gente estaba tibia y detenida, esperándole á él, y que le parecía, que en haciéndose él cristiano, muchos lo seguirían; y así pedía que no se le dilatase á él, y á tantos otros este bien. Para probarle se le dilató algunos días, dándole algunas causas de entretenimiento; pero cada día mostraba mayor firmeza, y crecía más su deseo. Por lo cual, luego que estuvo enteramente instruído (que fué muy en breve) se le dió el santo Bautismo, no sin fruto de otros, que le siguieron, y le imitaron.

Pero mucho más maravilloso fué el Bautismo de dos mudos. Tanto más, cuanto (demás de su natural barbarie) estaban más impedidos para la cultura humana, y para la ordinaria disposición que (como dice el Apóstol San Pablo) es el oido, de que ellos por ser mudos carecían. Más para mostrar Dios nuestro Señor su gran clemencia, y que verdaderamente su ley (como dice el Real Profeta) es santa y convierte las almas y su divina palabra (como también dice el Apóstol) tiene penetrantes filos con que sin embarazarse en la falta de los sentidos, entra á hacer división del

alma, y del espíritu, y con su secreta fuerza la instruye, la ilustra, y la santifica, trazó un prodigio sobrenatural en estos mudos, haciéndolos tales (como al otro ciego) para manifestación de su gloria, no por pecados suyos, ni de sus padres.

Había pues en Dulac dos mudos, de los cuales tenían nuestros Padres dolor por parecerles dificultoso su Bautismo con la incapacidad para catequizarse. Sabiéndolo el P. Ramón de Prado (que aún era nuestro Viceprovincial) se resolvió á catequizarlos por señas fiado que la divina Clemencia quiere, que todos nos salvemos y á nadie niega su gracia. Comenzólo, continuólo y salió con ello, obrando nuestro Señor de modo, que al mismo Padre, al Padre Visitador, y á todos pareció que estaban capaces del Bautismo. No se engañaron en este juicio; pues lo recibieron y después de recibido resplandece en ellos la divina gracia, en que él se comunica con tales muestras y afectos, cuales testifican los Padres Francisco de Otazo y Melchor Hurtado, en cartas suyas que tratan dellos. La del Padre Francisco de Otazo dice así al Padre Ramón. No quiero dejar de dar parte á V. R. en propia carta de los dos mudos que V. R. catequizó, y yo bauticé el día siguiente de la partida de V. R. Mucho consuelo perdió V. R. en no hallarse presente: porque yo no he visto en esta tierra otra persona recibir el santo Bautismo con mayores muestras de devoción y alegría, siendo ejemplo á los demás, que en su compañía lo recibieron.

No cabían de alegría en especial el mayor, que parecía se le saltaba el corazón de gozo. Ni fueron sólamente en el Bautismo estas buenas muestras y buenos efectos, sino que lo continúan en la iglesia, asistiendo á la misa hincados de rodillas, puestas sus manos, los ojos clavados en el altar, con una atención y reverencia extraordinaria. Hasta aquí el Padre Francisco de Otazo. El P. Melchor Hurtado en otra para el P. Visitador dice. El Bautismo de los mudos que el P. Vice-Provincial catequizó se hizo con toda la solemnidad posible, con gran satisfacción, que suplió Nuestro Señor en estos pobrecitos lo que los falta de oir y hablar. Porque las muestras y efectos de devoción (en especial del mayor á quien se puso por nombre Raimundo) fueron extraordinarias; así en el tiempo de las ceremonias del santo Bautismo, como cuando les echaron el agua. Ha quedado el

Raimundo tan aficionado, que apenas sale de casa. Acude á las cosas de devoción con gran diligencia, no faltando á misa, trayendo su rosario, hiriendo los pechos, que no le falta más sino decir: Nos persuadamos que Dios suple mucho más de lo que alcanzamos nosotros. Esta Semana santa se disciplinó en la procesión, que me parece si oyera y hablara no pudiera dar más muestras de su cristiandad.

Otro Bautismo hizo el mismo P. Melchor Hurtado también de alguna consideración, por ser en el extremo de la vida. Hízolo en una aldea cerca de Dulac, llamada Tambo, habiendo ido á visitar y consolar aquella gente. El suceso y circunstancias pinta muy al vivo el mismo Padre, en otra suya diciendo. Llegamos á Tambo bien mojados, aunque con harto consuelo. Por ser en tan buena ocasión, que luego nos llamaron á gran priesa para un viejo, que pedía el santo Bautismo, y se estaba muriendo. Partimos luego para la casa donde él vivía en su sementera poco más de un cuarto de legua del pueblo. Llevando el lodo casi á la rodilla, llegamos á su mísera habitación y hallamos al pobre tan al cabo, que le había faltado la habla. Sabiendo era catecúmeno y con el dicho de todos los presentes, que me había enviado á llamar, para que le bautizase, temiendo no se me muriese entre manos, lo bauticé luego con harto deseo mío de poderle disponer más. Pero el Señor que á él se lo dió para pedir el Bautismo, confío le daría lo demás necesario para salvarse, pues luego aquella noche murió.

El resto de los cristianos en común iba creciendo en número, como hemos dicho, y en virtud y edificación, como se verá de algunos casos particulares. A la entrada del Adviento, se les predicó el ayuno y abstinencia, que en todo el mundo los buenos cristianos por su piedad y devoción usan, y ejercitan. Tomáronlo tan de veras, que hubo quien (comiendo en todo este tiempo en solas raíces) ayunó cuatro días cada semana. Toda la Cuaresma acudieron tres días cada semana á tomar disciplina en la iglesia; acompañándola los cantores con el *Miserere* á punto de órgano: y con la misma devoción los sermones, que se les predicaron dos días en la semana. La Semana santa fué grande el concurso de todos los pueblos comarcanos. Juéves y Viérnes Santo hubo procesiones bien ordenadas de muchos disciplinantes y algunos que llevaban grandes cruces á cuestas.

El Santísimo sacramento se tuvo en una caja aderezada con muchos broches y joyas de oro; y todo el tiempo que estuvo encerrado, asistieron por sus cuartos los principales, armados á su usanza.

Este día un pobre indio dejó de venir á la iglesia con los demás á los oficios divinos y fuese al río á bañar; allí lo pescó un caimán, por permisión divina, y no fué poco no quedar muerto. Trujéronlo á la iglesia lleno de navajadas y tan atormentado, que ni entendía, ni oía ni podía hablar palabra. Viéndolo en tanto peligro, por ser de los catecúmenos, fué luego bautizado; y diciéndole, que invocase el Santísimo Nombre de Jesús, al que no había podido hablar palabra, le dió él mismo tanta fuerza, que diciendo dos veces distintamente, Jesús, Jesús, murió con la miel en la boca.

Por ser semejante á este, aunque sucedió en diverso tiempo y lugar, no callaré otro tal y tan bueno. Estando un pobre indio descuidado en su sementera una noche, le dieron de puñaladas, tales, que se tuvo casi por milagro, no haber acabado al punto que se las dieron, porque tenía todo el vientre rasgado, y las tripas en el suelo. Duró de aquella manera hasta la mañana; y con otro indio que acaso debió pasar por allí, hizo llamar al fiscal de la iglesia (que los Padres no estaban en aquel pueblo). Fué el fiscal, y halló tal al pobrecito, que unos perros le estaban aún vivo comenzando á comer. Pedía con grandes veras el Bautismo; y así le bautizó; y luego al punto espiró. Que parece no aguardaba nuestro Señor más para llevársele.

Pero volviendo á la Cuaresma de Dulac, importó mucho el buen ejemplo de un Español, que se halló allí en este santo tiempo. Porque él fué el que aderezó, como hemos dicho, la caja del Santísimo Sacramento. Envió mucha cera, que la alumbrase. Estuvo armado en guarda del sepulcro. Fué con los indios en la procesión derramando mucha sangre. Y no contento con esto, volvió á andar otra vez disciplinándose las calles por donde había ido la procesión, que eran bien largas. Con lo cual se edificaron mucho los indios y se facilitaron á imitarle: y hacer lo mismo, como queda dicho.

No menos imitaron un acto virtuoso de un Padre nuestro que por predicarles con obras, como con palabras, lo hizo á fin de más obligarles y facilitarles: y por gracia de nuestro Señor salió con ello. Es esta gente asquerosa por ex-

tremo; tanto que se ofende y toma horror de cualquier objeto desproporcionado á los sentidos, particularmente á la vista y al olfato, cuanto por el contrario son apasionados por buenos olores y gustos y curiosos de ver y oir cualquier cosa agradable. De aquí viene sufrir mal, todo lo que es mal olor; y tener grande aversión á personas llagadas, y lastimadas: y así los tales entre ellos padecían grande necesidad y desamparo, tanto espiritual como corporal. Predicóseles aquesto algunas veces, y como á la verdad es difícil, y heróica la victoria en esta parte, viendo que no aprovechaban las palabras, acordó el predicador predicarlo con las obras. Tenían un día señalado en la semana en que juntaban los viejos y enfermos llagados, para enseñarlos, y sabiendo el Padre, que algunos no venían, por no haber quien los trajese, y ayudase á venir, particularmente una esclava de un principal, á la cual nunca habían querido sus amos hacer traer á la iglesia, por el asco grande que della tenían, estando muchos de estos pobres juntos, y hallándose allí lo mejor del pueblo, el Padre asiendo los pies de un pobre esclavo muy llagado, se los besó, y puso su boca en la misma llaga. A otro de quien hacían grande escarnio y él mismo no se osaba descubrir, porque tenía toda la boca, y nariz y la mayor parte del rostro consumido de una llaga, le juntó á sí, le acarició, hablándole y llegándole á su rostro. Hizo tanta impresión este ejemplo en ellos, que de allí adelante han mostrado grande compasión de los tales, acudiéndoles en sus necesidades y cuando no pueden andar, los han traído en sus hombros á la iglesia. Así lo hizo muchas veces un principal con su esclava, á la cual ni aún llegarse solía antes que esto pasase. Y el gobernador de aquel pueblo, que es un indio muy principal, y estimado de esta su gente, viendo que no había quien ayudase á ir á la iglesia, una pobre muy asquerosa, la puso en sus hombros, y la llevó hasta la iglesia, no reparando en el mal olor, y llagas, ni en manchar un ropón muy galano, que se había puesto aquel día; antes, yéndole á la mano algunos, respondió; que aquella era obligación de cristiano.



Capítulo LXIII.

EL AUMENTO Y FERVOR DE LA CRISTIANDAD EN TINAGON.

Pagadas las primicias con mil cristianos que, como dijimos, murieron recienbautizados en Tinagon y su comarca, luego que llegaron allí los Padres de la Compañía, les quedaron como ocho mil quinientas almas. De estas, se bautizaron desde el Abril de 99 hasta el de mil y seiscientos, más de novecientos y setenta y casi llegaron á mil. Para el resto de catecúmenos y áun para algunos cristianos, que están divididos por varios pueblos (no bastando tres Padres con otros tantos hermanos que andan en perpetuo movimiento, doctrinándolos) ha proveido nuestro Señor de algunos muchachos tan bien inclinados, y diestros en las cosas de nuestra santa fe, que han suplido la falta de Sacerdotes, en varias ocasiones y necesidades del catecismo, y doctrina de los tales pueblos. De aquí procedió, que habiendo un principal natural de uno de estos pueblos comarcanos oido predicar á uno de los nuestros, quedó tan aficionado á las cosas de nuestra Santa fe, y tan deseoso de saberlas, y que los de su pueblo las supiesen, que luego se fué á su encomendero á pedirle, les procurase algún indio bien enseñado en nuestra doctrina para que les enseñase las oraciones y catecismo. Fué el indio cual le deseaba: recibiéronle muy bien, y aprendiendo todos con brevedad la doctrina mostraron el agradecimiento á tanto bien, regalando mucho á su maestro todo el tiempo que allí le tuvieron y á la partida dándole algunos presentes. Después por dos ó tres veces vino el mismo principal, á rogar á los nuestros, fuese alguno á su tierra á bautizarlos, que todos deseaban recibir el sagrado bautismo. El

afecto con que lo piden mostró otro que, para disponerlo mejor, se le iban dando algunas largas, creciendo más cada día en él, el deseo y fervor y confirmándose en su buen propósito. Díjole un día el Padre que, pues deseaba ser cristiano que ¿porqué no se cortaba el cabello? El respondió al punto con grande afecto. ¿El cabello no más Padre? concédeme tu el sí de lo que pido, que no digo yo el cabello, sino un brazo me cortaré, porque me bautices. Este tal no estaba muy lejos de sacarse los ojos ó cortarse pié ó mano que le escandalizase. ¿Mas quién sabrá encarecer, el contento y devoción con que reciben á estos siervos del Señor en sus pueblos cuando los corren y visitan? Veráse por una de estas correrías que hizo el Padre Juan de San Lucas, que el mismo escribió por estas palabras.

No podré significar el contento, que causó nuestra ida en todos estos pueblos. Al primer pueblo llamado Ibatan, llegamos á media noche. Sabía ya la gente, que habíamos de ir á su pueblo, y con ser tan tarde, no se cansaron de esperar, antes todos estaban en la playa encendiendo lumbres; y cuando llegamos, los más principales se arrojaron al agua, á asir de la embarcación, y sin poderles ir á la mano, nos sacaron ellos mismos en hombros. Dos semanas que allí nos detuvimos fué grande el fervor con que acudieron á la iglesia. También lo fué el concurso de hombres y niños, que acudieron á las disciplinas algunas noches, y á la misma hora en sus casas hacían el mismo ejercicio las mujeres en todo el pueblo. Bautizáronse diez niños, y treinta adultos. Y á algunos se les dió la sagrada comunión, disponiéndoles antes con una plática de esta materia: y en todos los que recibieron el Santísimo sacramento, se ha visto mucho recogimiento y ejemplo de vida. Había en este pueblo una vieja de más de ochenta años, ciega, y sorda, y tan enferma, y tullida que no se meneaba de una cama. Habíamos en diversas ocasiones gastado algunos ratos en persuadir á esta pobrecita, recibiese el sagrado Bautismo, y jamás había mostrado gana dello, antes mucha resistencia, pero el Señor se apiadó della y la alumbró, cuando yo estaba más olvidado y desconfiado. Vino su marido unas ocho ó diez veces á pedirme fuese á bautizarla, diciéndome que la quería mucho, y le tenía grande lástima de que se condenase; y así deseaba, se bautizase para que gozase de Dios: y que

ella ya lo deseaba. Yo no creyéndole como tantas veces me habían salido en vano mis idas á su casa, díjele que yo la bautizaría, con condición que ella viniese á la iglesia, pareciéndome le decía una imposibilidad. Volviendo él con esta respuesta, la pobre mujer con el deseo de recibir el sagrado bautismo se animó tanto, que la que antes no se podía aún menear, cobró fuerza con el ayuda de Nuestro Señor, y vino á la iglesia. Oyó con grande gusto y atención, el catecismo, y al fin dispuesta la bauticé, estando en pié todo el tiempo, que gasté en administrarle este sacramento con admiración de todo el pueblo, y con grande edificación, de ver cuan de corazón había pedido el bautismo, y cómo dispone Nuestro Señor más en un punto, que nosotros en muchos días. En el pueblo de Paet tocó Nuestro Señor á dos mujeres, que eran escándalo y tropiezo, porque era grande la rotura de su vida; y con las alas de algunos hombres desalmados, con ser esclavas se habían levantado tanto que ultrajaban á las demás y todo el pueblo se afrentaba de tener tan mala compañía. Vinieron con grande sentimiento á confesarse: y quedaron muy trocadas, con contento de todos los demás. Había en este pueblo una mozuela hija de un principal.

Habíamos hecho diligencia, para que oyese el catecismo y pláticas, esperando que ésta bautizada, otras la seguirían; pero el demonio lo había estorbado, escondiéndose ella, ó escondiéndola sus padres. Hice diligencia esta vez: vino á la iglesia, y á pocas pláticas que oyó, pidió con veras el Bautismo. Díle quien la enseñase la doctrina prometiéndole, que cuando por allí volviese, la bautizaría. Pero ya ella lo deseaba de manera, que cualquiera dilación se le hacía muy larga. Así se dió tal prisa en aprenderla, que dentro de dos días supo las oraciones y catecismo. Dejóme admirado, cuando la examiné, viendo que tan en breve había deprendido tanto. Bauticéla con harto consuelo mío y á otros dos adultos. En el pueblo de Cauayan hay una india principal ya mayor de edad, á la cual ha dado Nuestro Señor celo de las almas y conversión de su gente. Ocúpase en persuadir, disponer y catequizar á las indias para el sagrado bautismo, y cada vez que se visita aquella doctrina tiene una manada recogida, bien instruida, para que las bauticemos. Bauticé aquí doce adultos y cuatro ó cinco de menor edad. En todos los

demás pueblos queda la gente muy bien dispuesta, y cada día se irá cogiendo, con el ayuda de Nuestro Señor, grande fruto.

A la medida de este fervor mezcla Nuestro Señor, en correspondencia, las visitas y consuelos espirituales, que dá liberalísimamente su divina majestad á estos sus nuevos fieles, de que ya hemos apuntado algo en común, y ahora en particular quiero decir un solo caso con las palabras del Padre Francisco de Otazo que lo escribió desde Tinagon, antes que saliese de allí para Superior en Dulac. De Catubig. (dice) vino este día un indio cristiano, mancebo de diez y seis años, á oir misa, y confesarse, siendo bien largo y trabajoso el camino. Mostraba grande candidez y bondad, y afecto particular á las cosas de la cristiandad; y hablaba bien y con sentimiento dellas. Contóme un caso, que le había sucedido, de donde le había quedado aquel buen afecto, y lenguaje. Estando enfermo, y temiendo que su hora llegaba ya; encomendó á un compañero suyo, que en el extremo trance le pusiese una cruz á la cabecera con unas candelas encendidas: llegó á lo último de tal suerte, que todos le tenían ya por muerto, cumpliendo el compañero lo que le había encomendado. Entonces, dice, que se quedó como soñando (aunque le parecía, era más que sueño, y muy diferente modo). Representósele al lado derecho un Padre de la Compañía con un rosario de Nuestra Señora en la mano: tenía en la cabeza una diadema de resplandor dorado y un cerco del mismo resplandor por todo el pecho. Y llamándole con palabras amorosas, le dijo. Vuelve acá hijo al lado derecho, que es de los escogidos, y toma estas cuentas. Morir habías de esta, pero porque eres cristiano, se ha servido Nuestro Señor de darte vida y salud, pero ha de ser para que seas buen cristiano, teniendo siempre memoria de Nuestro Señor. Rezando y guardándote de todo pecado con cuidado que es lo que ofende á los ojos de Dios. Y habiéndole dado otros buenos avisos en un largo razonamiento que le hizo, desapareció aquella figura, y volvió en sí como si resucitara; porque realmente le tenían todos por muerto, y con repentina viveza comenzó á hablar: pidió de comer, y mejoró muy en breve con admiración de todos los presentes. Los cuales espantados de tanta mudanza, le preguntaron la causa: él les contó el caso referido, atribuyendo su salud á singular merced de Nuestro Señor, por ser cristiano, y así lo contaba

muchas veces con no pequeño fruto. Habiéndole yo oído hablar un buen rato tan bien y tan afectuosamente de Nuestro Señor y de la guarda de los santos mandamientos, le alabé su lenguaje y buen afecto. Respondióme, que no había de que espantarse; porque aquellas cosas le habían enseñado en la visión dicha, y que le habían quedado muy impresas en el alma.



Capítulo LXIV.

LA PÉRDIDA DE ALGUNAS NAOS Y EN ELLAS DE DOS PADRES DE LA COMPAÑÍA.

Entre otras calamidades, y trabajos que Nuestro Señor ha sido servido enviar á estas islas, de pérdidas de gente, hacienda y navíos; fué una la de dos naos grandes Capitana y Almiranta, que el año pasado de 1,600 iban á nueva España cargadas de gran riqueza de mercadería. Las cuales después de haber navegado ocho meses con vientos deshechos y corrido grandes fortunas; menoscabada la gente con hambres, peste, golpes y olas de mar, que del mismo navío los sacaba, volvieron á arribar, ó por mejor decir, á quebrarse á las costas de los Ladrones y Catanduanes, donde perecieron, sin poderse escapar más que unos pocos, que solo sirvieron como los criados de Job, de traer la nueva que por caer sobre otras muchas pérdidas y desastres de guerras, fué bien llorada y sentida. En una de estas naos llamada San Gerónimo, iba el P. Pedro Lopez de la Parra, profeso de nuestra Compañía, que después de esta larga navegación y de otra más larga, de treinta y siete años de Religión, vino á tomar puerto (según creemos) en la bienaventuranza, para donde hacía su principal viaje con buenas obras. Leyó artes y teología en la nueva España, y fué de los primeros fundadores, que de la Compañía llegaron á élla, y ejercitó allá y acá nuestros ministerios con fruto. Aunque de su muerte no sabemos cosa particular, y entiéndese, que por haber sido de los últimos que murieron, y grandemente aficionado á confesar y tratar almas, debió de ayudar á todos en aquel trance con mucha caridad, como lo hizo siempre en su vida. En otra pérdida y desgracia de estas islas, perdimos otro Padre y un

hermano (si pérdida se puede llamar la de aquellos que por ganar almas, y ayudar á sus hermanos, murieron con ellos en guerra justa). Unos herejes corsarios de las islas Holanda y Gelanda, vinieron á estas de Filipinas el mes de Octubre de 1600 á robar, como lo habían hecho en el mar del Norte á un navío de Portugueses, y en el del Sur, pasado el estrecho de Magallanes, á unas fragatas del Perú. Entraron por estas islas haciendo daños y prometiendo otros mayores: Porque se pusieron almiranta y capitana (en que venía por general un Corsario, llamado Oliverio del Norte), en un paraje 6 leguas de Manila, donde forzosamente habían de embocar las naos de España, China y Japon, y ser registrados todos los navíos y embarcaciones, que de la ciudad saliesen. Contra estas dos naos salieron otras dos de la ciudad con más de trecientos hombres (la flor de la Milicia de estas islas) y mucha artillería, y pertrechos de guerra. En la nao Capitana iba el P. Diego de Santiago y el hermano Bartolomé Calvo, á petición del General Antonio de Morga Oidor de esta Real Audiencia, y otros capitanes, que con el Padre se confesaban; porque tenía un trato muy apacible, y sabía acomodarse á todos. Confesó primero la más de la gente y animó lo que pudo para que acometiesen y peleasen. Al fin á los 14 de Diciembre reconocieron al enemigo: y cargando velas, con deseo de cogerle, barloaron capitana con capitana, abordando de suerte que se daba paso franco de una á otra. Y llegaron á quitar las banderas al enemigo, y arbolarlas en nuestra capitana prometiéndose los nuestros un gran suceso, y cantando ya la victoria. Sucedió que, ó por ser la nao celosa, que cargando mucha gente á la banda, recibió agua por las portañolas de las piezas bajas de artillería, ó porque con la fuerza de nuestras mismas piezas (que eran grandes) se abrió por la quilla ó por lo que Dios quiso la nao se fué á pique con toda la gente, exepto unos pocos, que quitando la chalupa al enemigo se salvaron en ella, y otros que nadando, salieron á la playa, como el General que con las dos banderas del enemigo salió á la marina. La almirante nuestra, que era una galizabra nueva, á cargo del almirante Juan de Arcega, aferrando con la almiranta contraria, la rindió y trajo á Manila, donde se hizo justicia de los corsarios que en élla venían. Pero entre los muertos y ahogados (que fueron ciento

y nueve, Españoles, capitanes y soldados de lo mejor de estas islas, y ciento cincuenta indios y negros) se ahogó también el P. Diego de Santiago. Murió con mucho valor, animando la gente, y habiéndola confesado casi toda. Viendo poco antes, que la nao se iba á fondo, y queriéndose echar á nado oyó una voz de un capitán, que le dijo; Padre oígame una palabra, que me vá mi salvación. Detúvose á confesarle con mucha caridad hasta el último trance, y después, no pareció, él, ni su compañero. Era el Padre de veintinueve años de edad, quince de Compañía: obrero de Indios y Españoles. El hermano Bartolomé Calvo, era de la misma edad, y siete de Compañía recibido en esta tierra, hermano de mucha virtud. Murió por la obediencia, á la cual fué siempre muy aficionado.



Capítulo LXV.

LLEGAN Á MANILA OTROS NUEVE DE LA COMPAÑÍA, LIBRES DE UN NAUFRAGIO POR INTERCESIÓN, Á LO QUE PÍAMENTE SE CREE, DE NUESTRO B. PADRE IGNACIO.

En el mes de Mayo de 1601 llegó á las Filipinas el Padre Gregorio López con un buen socorro de nueve de la Compañía, que llegaron en muy buena coyuntura, para suplir la falta de los muertos, y ayudar á los vivos, que siempre están clamando por nuevos compañeros, que les ayuden, á tirar la red de esta espiritual pesquería. Fué de singular consuelo, oir las misericordias, que Nuestro Señor les hizo por intercesión de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, especialmente llegando á la contracosta de esta isla de Manila, junto á Catanduanes, y fué en suma, lo que aquí referiré. Remitiéndome á la información jurídica, que de esto se hizo allá con muchos y muy calificados testigos, y se trajo á Roma para honra y gloria de Dios nuestro Señor y de sus santos.

En último de Abril de este año de 1601 llegando el galeón de Nueva España en que venían los diez de nuestra Compañía al paraje de estas islas, se les cerró el tiempo con escuridad de nieblas, y aguaceros, de suerte que aunque tenían por proa y por los dos lados tierra no muy distante, apenas se descubría ni conocían que tierra fuese. Aclarando un poco el tiempo, se hallaron en una ensenada cercada de bajos, y mogotes y costa brava, á la cual los iba arrimando el viento: y aunque querían hacerse á la mar, no fué posible, porque la fuerza del viento los descaía, y llevaba á los bajos. Tomaron por partido dar fondo, para asegurar algún tanto la nao, y así estuvieron toda una noche en 26 brazas, con notable peligro y recelo de perderse. Otro día por la mañana viendo el oidor, D. Antonio de Rivera

que venía por General y cabo del navío, el peligro grande en que estaban, pareciéndole los medios humanos flacos y sin provecho, acudió á implorar el favor divino. Y acordándose de los favores que el Señor ha hecho en estos tiempos por medio de nuestro B. Padre Ignacio, á algunas personas, determinó implorarar en esta ocasión su favor, y ayuda y suplicar á nuestro Señor por los méritos de su siervo, que á las diez del día les hubiese dado buen viento con que la nao pudiese salir á lugar seguro. Añadiendo que no señalaba este término, por poner límite á la Divina Majestad, sino porque este plazo declarase que la merced, que se les hacía era por medio del B. Padre Ignacio, á quien ofrecían el navío, y su remedio. De la cual petición, y condición hizo testigos á los que se hallaron entonces en la cámara de popa.

Echóse al agua la chalupa, para buscar algún puerto al abrigo de tierra para poder surgir la nao, con orden de que en hallándole, hiciese señal. Pero mientras la chalupa andaba reconociendo la costa, el galeón comenzó á garrar hácia los bajos y costa brava, donde la fuerza del viento lo iba llevando. Por lo cual se disparó una pieza, para llamar los de la chalupa, que volviesen á acompañar la nao y socorrer la gente, que pudiesen. El tiro se oyó, la tierra adentro en gran distancia, pero los de la chalupa no le oyeron, aunque con atención advirtieron y notaron el fuego y humo: y así prosiguieron en buscar lugar más acomodado. Los de la nao picaron el cable y alzaron vela, para enmararse como pudiesen. Fué cosa milagrosa que al punto, de repente se mejoró el tiempo tres ó cuatro cuartas de manera que se pudo guiar la nao un solo lugar, que había seguro y de buen abrigo, donde ya los de la chalupa habían reconocido el fondo y surgidero. Al mismo tiempo el capitán Francisco Cadena, Veneciano, muy experto en cosas de mar, sin saber la petición del General, dijo con grande admiración: este es gran milagro que al punto que se largó vela, se mejoró el viento cuatro cuartas; y así los que nos íbamos á perder, nos vemos con esperanza de remedio. Lo mismo advirtieron con la mudanza inopinada del viento el piloto mayor y otra gente de mar.

Viendo esta mudanza y prosperidad el general D. Antonio de Rivera, y reconociendo la merced, que Dios les hacía, á la misma hora de las diez que había señalado, con extraordina-

ria ternura y devoción dijo por dos veces lo que aquella mañana había pedido al Señor por la intercesión, como píamente creyeron de nuestro B. Padre Ignacio. Lo mismo contó poco después en su cámara de popa á algunos Padres de San Agustín, y de San Francisco con abundancia de lágrimas de devoción y con admiración y acción de gracias que los dichos Padres religiosos daban al Señor: que así había querido honrar á su siervo Ignacio, manifestando en este trance peligroso su grande santidad y méritos. Llegados al abrigo, y dado fondo manifestó el General á todos en público lo que había pedido á nuestro Señor por medio de nuestro B. Padre Ignacio; con esto los que habían estado á punto de echarse á la mar, para escapar si pudiesen nadando y se habían visto en extremo de perder, viéndose remediados por tal medio dieron muchas gracias al Señor, y loores á su santo. Pidieron así los religiosos, como los seglares, se trajese la imagen de nuestro B. P. Ignacio; y traída la veneraron todos, grandes y pequeños hincados de rodillas, y besándola con mucha devoción y cantaron todos los religiosos el *Te Deum laudamus*. En memoria de este suceso todos á una voz quisieron que se llamase á aquel puerto de San Ignacio, como ya lo llaman. Después para descubrir más nuestro Señor los méritos de su siervo (estando ya surtos en el puesto donde se habían con este milagro mejorado y tratando de saltar en tierra muy alegres), Martes 1.º de Mayo se levantó un huracán deshecho que cerca de la media noche hizo garrar el galeón, que estaba en sola un ancla, llevándolo á los bajos, y costa peligrosa. Fué temido aquí de todos el mayor riesgo, por ser el peligro más cierto en medio de la escuridad de la noche, y con tan recia tempestad. Pero tornando á clamar y pedir el favor de nuestro B. P. Ignacio, dejó la nao de garrar, y en todos los peligros invocándole (como lo hacían á menudo así religiosos, como seglares) les favoreció el Señor, en especial al caer del arbol mayor, (que la necesidad forzó á cortarle) que no dió golpe que desfondase el navío, como se temía, antes hincándose en los bajos la antena y gavia, quedó como puntal, deteniendo por aquesta parte la nao que no llegase á perderse. A este mismo tiempo como estaban sobre sola una ancla con tanto riesgo de garrar más ó de que se fuese rozando el cable con los muchos arrecifes que había se pidió con grande instancia una imagen del mismo B. P. Ignacio,

y con grande devoción y confianza se puso pegada al cable; y fué cosa de admiración, que no sólamente lo sustentó todo lo restante de la noche y gran parte del día siguiente, mas también cuando echada otra ancla quisieron mejorar el puesto de la nao pudieron levar el ancla muy pesada á fuerza de cabrestante, hallando que tenía el dicho cable rozados los tres cordones, y sólo le había quedado uno, con lo cual todos quedaron admirados aclamando milagro.



Capítulo LXVI.

OTRAS DEVOCIONES QUE SE ACRECENTARON EN MANILA, Y CASOS DE EDIFICACIÓN, QUE EN ELLA SUCEDIERON.

Fueron también en estas naos del año de 1601 muchos religiosos de las sagradas órdenes de San Francisco, y San Agustín, y el siguiente de la de Sto. Domingo. Gente escogida y muy idónea para el socorro de aquellas almas, que luego se dividieron cada uno por su provincia, á ocuparse con fervor en la conversión de ellas. De cuyas ocupaciones, y gran fruto, que han hecho y hacen no trato; porque no me toca agora, aunque había mucho y muy bueno, que decir. Sólo diré que el gran ejemplo que dan las religiones en las Filipinas es eficasísimo medio para la conversión de aquellas almas, y aun para alentar y tener con lustre la antigua cristiandad de nuestros Españoles. Entre los cuales hay hombres y mujeres que pueden ser ejemplo de virtud, y piedad donde quiera que se trate de ella: y que la profesan y ejercitan con grandísima verdad y perfección. Tres virtudes noté y advertí en lo común de aquella gente, sin distinción de buenos y malos. No jurar. Oir cada día misa. No perder sermón. Pues el confesar y comulgar, afirmo que no hay fiesta señalada entre año, que no se confiesen, y comulguen casi todos. Que á penas nos vaga el administrarles estos sacramentos, sino que concluída una comunión nos disponemos para la que se sigue; y esto no sólo la gente escogida, y de conocida virtud, sino todos casi en común. A todo esto obliga el santo trabajo, ejemplo y doctrina de estas sagradas religiones. Las cuales dejadas otras virtudes que las hacen allá lucir mucho, dos son muy insignes. La primera la obser-

vancia religiosa y pureza de vida que todas profesan que verdaderamenta la profesan muy grande. La segunda la paz y hermandad, que tienen entre sí y nace de la primera. Porque la semejanza en esto despierta, y enciende las voluntades á estimarse y preciarse, los unos á los otros: y por el consiguiente á complacerse y agradarse de ellos, y de su buen ser; de que nace la paz y la unión. De esto y de otros muchos bienes había bien que decir. Mas volviendo á nuestros ministerios, con el nuevo socorro de este año, y la buena disposición, que había en la gente de Manila (ejercitada y labrada de la mano del Señor con los trabajos) hubo gran comodidad, para acrecentar los ejercicios de piedad: no sólo continuando los de antes, sino añadiendo otros de nuevo, á vueltas de los cuales sucedieron algunos casos notables, y de edificación. Lo primero los estudiantes dieron principio á la congregación de la Anunciata, á imitación de los otros colegios de nuestra Compañía, donde florece con tanto lustre, y piedad. Y aunque fueron solos seis los que la comenzaron; como ella era obra de Dios y de su gloriosísima Madre, fué creciendo aprisa, por manera que extendiéndose los rayos de esta luz por la ciudad, robó los ojos, y corazones de muchos seglares de varios estados; tanto que desearon entrar en ella, los cuales en menos de ocho meses vinieron á ser tantos, que fué menester hacer de una dos congregaciones. Dividiendo los seglares de los estudiantes y dándoles á cada congregación sus oficiales. Aunque para las fiestas públicas se juntan y es una la capilla, donde las celebran, cuyos ejercicios píos y devotos, y el ejemplo y buen olor, que dan en lo exterior, y aprovechamiento de sus almas; pedía particular historia.

La disciplina, que antes se hacía la Cuaresma, se extendió á todos los viernes del año: que todos ellos sin faltar uno acude mucha gente de lustre y de todos estados á hacerla.

Todos los domingos en la tarde se junta en la iglesia mucha gente, así de congregación como de fuera della, á oir una breve plática que se hace, explicando los divinos mandamientos, acompañada con algún ejemplo gustoso, y de agradable historia, y edificación. Comenzó estas pláticas el P. Visitador con fruto, que se cogió luego en la mudanza de muchos. Especialmente uno, que viniendo acaso á oir las pláticas determinado á vivir rotamente, y dar rienda suelta á sus apetitos, con una plática volvió sobre sí, y comenzó vida nueva.

También se dió principio este año á la devoción, que algunas ciudades tienen de recibir santos por suerte. Lo cual se hizo con grande concurso de la ciudad en la fiesta de todos santos, y hubo persona, que cayendo á la mar con otros muchos, que se ahogaron en la jornada del Inglés, y estando ya entre las olas rendido, se acordó de S. Nicanor, que le cupo por suerte, y llamándole á grandes voces, afirmó que desde aquel punto cobró ánimo, fuerzas, y confianza, que no se había de ahogar: y así fué, que salió cerca de una legua hasta la playa, con grande admiración suya y devoción al santo.

Al calor de estas devociones hubo algunos casos particulares, de los cuales sólo diré dos ó tres. Una mujer, á quien Dios nuestro Señor comunicaba grandes propósitos, y sentimientos de castidad, y fuerza, fué mucho tiempo afligida con dádivas y ruegos por medio de malos hombres: el remedio que tenía, era confesar y comulgar devotamente, armándose con los santos sacramentos. Un día pues que había comulgado en nuestra casa, aguardó uno dellos á cogerla sola, y con un puñal desnudo á los pechos la tuvo para matar, si no consentía en su mal propósito. Ella (esforzada con el pan de fuertes, y vino que engendra vírgenes) le dijo que allí estaba presta de morir por no ofender á Dios. Maltratóla de palabra, y aun de obra: pero dejóla, vencido y admirado de su castidad.

Un hombre vivió muchos años con gran desalmamiento y olvido de Dios en graves pecados, especialmente de una torpe afición, tan fija y arraigada en el corazón, que hablándole uno de los nuestros para reducirle, le parecía loco, y fuera de sí. Y á la verdad lo estaba; porque todo él estaba en la mala compañía, con quien había vivido, y no parece que tenía mientes ni sentido para otra cosa. Fué nuestro Señor servido, que con buenas pláticas y razones se procuró que no visitase la mala compañía, y habiéndole sacado casi por fuerza un forzado sí, después vino á dejarla tan de veras, como si nunca la hubiera conocido. Hizo una confesión general y vida nueva, con admiración de los que le conocían.

Habiendo sentenciado á muerte á los cosarios Holandeses, que trajeron presos á esta ciudad de Manila, pareció al Gobernador de estas islas, que se repartiesen por las religiones,

para ver si querían reducirse á nuestra santa fe católica. Quiso nuestro Señor que de trece, los doce se redujeron, excepto el Almirante, que murió hereje, pertinaz diciendo mil blasfemias contra nuestra santa fe, diéronle garrote y echáronle á la mar. Los doce volvieron sobre sí, y convirtiéndose á Nuestro Señor con gran dolor de sus pecados confesaron nuestra santa fe católica, y dieron la obediencia á la santa iglesia Romana. Fué esto con tantas veras, que juzgaron las religiones de esta ciudad, se les diese el Santísimo Sacramento del altar: así lo recibieron devotamente; y de cinco que cupieron á nuestra Compañía, y que vimos morir, puedo decir, que nos dejaron notablemente edificados; porque se dispusieron con mucho dolor de sus culpas, confesándose generalmente, y comulgando con muchas lágrimas. Antes de la Comunión hicieron una pública protestación de la santa fe católica Romana, protestando que morían en ella y abominando las herejías de Calvino, Lutero, Zuinglio y los demás herejes: y pidiendo perdón á todos, de allí á dos días murieron con sus rosarios al cuello, y sus bulas de la santa cruzada (por la cual fueron absueltos) cosidas en los pechos, cada uno con su Crucifijo en las manos, que devotamente adoraban. Abrazándonos á todos y con grande alegría de ver, que pagaban sus pecados con aquella muerte, que la pasaron dejando á todos grandemente edificados. Otro día por la mañana los enterró con grande solemnidad la Cofradía de la Santa Misericordia, que se ha fundado con la gente más principal de la ciudad. Esto es cuanto toca á los españoles por ahora: bien será decir algo de los Indios.



Capítulo LXVII.

OTRAS COSAS DE EDIFICACIÓN DE LOS INDIOS DE MANILA.

No es menor la parte de empleo y ocupación con los indios por ser el concurso dellos en esta ciudad mayor, el amor y afición que nos tienen más tierno. Ordinariamente hay gente para confesar, y la hubiera todo el año para seis Padres lenguas. Piden con grandes ansias la Comunión, y reciben con ella grande provecho en sus almas, y ayuda para las virtudes, especialmente la castidad. Háseles pegado todo lo que es devoción y ceremonias de la iglesia admirablemente, y son ejemplo á los antiguos cristianos. Porque acuden á las disciplinas de los viernes todo el año, y vinieran muchos más, si las puertas de la ciudad, que dividen sus pueblos de los españoles no se cerraran de noche.

La cofradía, que se ha instituido entre estos naturales mete en fervor á los demás, porque son la levadura, que sazona con su buen ejemplo toda la masa. Estos dan de comer las Pascuas á todos los pobres, que pueden juntar, con tanta abundancia, que sobra para los de la carcel, así Españoles como indios. Y para otra suerte de gente bien necesitada, que trabaja en la casa de la pólvora. Después de la comida lavan y besan las manos á todos los pobres, y después se ponen de rodillas los pobres á rezar por los que les han hecho aquella buena obra. Van en compañía de los nuestros al hospital de los naturales (especialmente Adviento y Cuaresma) á servirles y regalarles. Hacen las camas, barren la casa, y limpíanla toda, que para ellos es mucho por ser gente asquerosa, y que se suelen dejar

27

morir en sus casas, por no ver el hospital. Pero con el fervor, y devoción vencen estas y otras dificultades.

Entran bien en cosas de oración y ayuno. Algunos se han pasado semanas enteras con pan y agua sólamente, y se han recogido en nuestra casa, para confesarse generalmente y tener alguna manera de ejercicios, con mucho provecho suyo y edificación del pueblo.

Una cristiana que en tiempos antiguos cautivaron infieles, habiéndola llevado á las islas de Mindanao, y Burney donde se profesa la secta de Mahoma, y traídola por muchos pueblos de aquella infidelidad, nunca retrocedió de la fe cristiana.

Habiéndose un indio confesado con otros para comulgar, y callado algunas circunstancias de pecados, dice, que vió un niño muy hermoso entre sueños que mostrando querer darle la Comunión escusándose el indio de recibirla por ser tan pecador, dijo el niño. Es verdad, que no mereces comulgar porque en tal confesión callaste esta y esta circunstancia. Despertando vino á nuestra casa y comunicando con uno de los nuestros lo que le había sucedido, dijo que se quería confesar, y así lo hizo.

Otro que acudía á las disciplinas de casa quedó con el buen hábito tan hecho á su oración y disciplina, que yendo á una jornada con una capitanía de soldados, se salía de noche del cuerpo de guardia á hacer su disciplina. Una noche andando de ronda el capitán de infantería y viéndole salir, fuese tras él, entendiendo que era algún soldado que debía de salir á algún mal fin. Vió que se fué á un cementerio de una iglesia, y que hecha su oración, de rodillas se disciplinó fuertemente. Acabada su penitencia se llegó á él, viendo que era un indio, se edificó más, y preguntándole, de donde era respondió: que de un barrio de estos de Manila, y que se confesaba en la Compañía. Visto por el capitán el cuidado que tenía con su alma aquel nuevamente convertido, le dió dineros, y envió á su casa, diciéndole, toma, no te perviertas entre soldados.



Capítulo LXVIII.

EL NÚMERO DE CRISTIANOS DE LA DOCTRINA DE TAYTAY, Y SUS EJERCICIOS.

De seis ó siete mil que serían el año de 1600 los cristianos de San Juan del Monte, y los demás pueblos de esta doctrina, los mil y quinientos se bautizaron de nuevo este año mismo de los muchos infieles, que siempre se nos han venido de los montes y despoblados. Lo que de nuevo se ha visto, y experimentado en esta gente es. Más afecto y frecuencia á los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión, procesiones, disciplinas, obras de piedad, y cada día se va conociendo más aprovechamiento y reformación en sus vidas.

En Antipolo dió principio el P. Visitador á un hospital, que ha sido de grande importancia para salud de sus almas y cuerpos. El día de la fundación después de una misa solemne, y sermón (que concurrió del paralítico) el P. Visitador sirvió á los pobres, lavándoles las manos, y besándoselas de rodillas, ayudándole á ello los principales, cuyas mujeres á parte hicieron lo mismo con las enfermas: quedó entablado, darles de comer cada día cuatro hermanos de la cofradía que les acuden con mucha caridad y regalo.

Comenzó también el P. Visitador un Seminario de niños donde se crían en virtud, y buenas costumbres, guardando las reglas, que les puso, de cristiandad y policía, conforme á su capacidad. Que es una cosa de grande importancia para toda la doctrina, pues de estos niños han de salir los buenos gobernadores de la república, y es un medio muy fácil, y suave para toda reformación. Susténtanse los que pueden, con el arroz, que les dan sus padres, y otros

de limosna. Enséñanse á rezar, ayudar á misa, leer y escribir, y lo principal á ser buenos cristianos.

En S. Juan del Monte, se suele cantar la salve á nuestra Señora todo el año, y los viernes de Cuaresma, después de haber leído lición espiritual, hacen la disciplina en la iglesia. Sucedió que estándose bañando unos indios, como suelen, oyeron en el río las campanas que tocaban á Salve, y disciplina: luego los más se comenzaron á disponer para ir. Sólo uno se hizo reacio, y como burlando de los otros, les dijo en su lengua: *Acoi ovian niño*: traedme algo de allá, que en su frase es manera de escarnio. Idos los demás á la Salve, y quedándose este solo, le envistió un caimán ó cocodrilo, y le mató sin que pudiese ser socorrido ni confesado. Y lo que más admiro es, que siendo este animal voraz y que siempre que mata es comiéndose al hombre, ó llevándole algún pie ó mano, se lo dejó entero, aunque muerto, y así le hallaron después los indios con grande espanto suyo, y estima de las disciplinas y Salves de Nuestra Señora.



Capítulo LXIX.

LA SÍNODO QUE CELEBRÓ EL OBISPO EN LA CIUDAD DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS Y OTRAS COSAS SUCEDIDAS EN ELLA.

Habiendo el Reverendísimo de Sebú, con asistencia de dos años tomado inteligencia de las cosas de su obispado, se resolvió celebrar sínodo con los clérigos y religiosos, que se ocupaban en la conversión de las gentes, para dar orden en muchas cosas, y concordar en el modo de doctrinar, y particularmente en la translación de la doctrina cristiana, para elegir de varios modos, que andaban della en la lengua Bisaya, una que tuviesen como vulgata, y se usase generalmente en esta provincia de Pintados. Antes de celebrar esta sínodo, quiso este gran Prelado, visitar primero algunas de sus ovejas, como lo hizo corriendo por su persona una buena parte de su obispado. En esta visita le merecimos tener en la isla de Leyte, la cual anduvo á pie con ser de setenta años. Hospedábase en nuestras casas y residencias, con tanta llaneza como uno de nosotros. Y confirmó nuestros cristianos con el Santísimo Sacramento de la Confirmación, y con su ejemplo y caricias, que les hizo con mucha caridad y bondad. Agradóse dellos y de las buenas muestras de cristiandad que en ellos vió, y particularmente de la honestidad de las Bisayas, de las cuales dijo: que sin razón estaban disfamadas: porque con haber estado tanto tiempo en la nueva España, no le parecía haber visto tanta composición y modestia. Y á los nuestros dijo, que estuviesen muy contentos con sus ministerios: porque era un pedazo de tierra este de los mejores

del mundo, y á su parecer muy agradable y de grande estima en los ojos de Dios. En fin celebró su sínodo, trayendo á él todos los superiores de estas residencias y ordenando en él muchas, y muy saludables cosas para todos estados de la gente de su obispado, se concluyó con mucha paz y consuelo de todos.

Comenzáronse en este año las disciplinas en nuestra casa en la Cuaresma con buen número de gente, y devoción del pueblo. También se comenzaron las pláticas y doctrinas en el cuerpo de guardia con ocasión de la gente de guerra que para presidio de esta ciudad se puso en ella, que fué cosa de mucho provecho para soldados y vecinos de la misma ciudad. Los indios han sido favorecidos en nuestra casa este año más que otros, por no haber habido sacerdote ninguno en la ciudad, que entendiese su lengua sino solos tres de nuestra Compañía, que por sí cada uno era suficiente ministro.

Algunos tuvieron por cosa admirable, que yendo un Padre á ayudar á morir á un indio enfermo, que estaba sin habla, y no se había confesado, le instó grandemente, á que dijese Jesús, haciéndose fuerza, y procurando pronunciarlo como pudiese. El enfermo lo hizo con una pronunciación interrumpida y que á penas se entendió. Díjole el Padre que se esforzase á decirlo la segunda vez. Al punto que lo pronunció, habló bien, y se confesó enteramente, y el día siguiente estuvo sano y bueno.

Parte de la ocupación que tenían los nuestros en esta ciudad con sangleyes del reino de China, se trocó y mejoró, en naturales de la misma tierra, tomando á nuestro cargo un pueblecico que se llama Mandaui. Estará media legua de nuestra casa; buena gente y de naturales muy dóciles y apacibles. De una vez que fué allá el P. Miguel Gómez nos envió estas nuevas, por un su capítulo de carta. Hice diligencia para saber los que no se habían bautizado, y trajéronme setenta, fuera de otros que llaman los Bisayas Daotan nga tao, esto es gente que no vale ya para nada y de los que suelen responder cuando les predicamos la ley de Dios, ya no valgo nada para ser cristiano ni para aprender las oraciones. A todos estos comenzé á predicar la verdad de nuestra santa fé, y la vanidad de sus Diuatas ó Ídolos. Y fué nuestro Señor servido, que en muy breve

tiempo con ser viejos y duros, aprendieron la doctrina, y pidieron el santo Bautismo, con tanta devoción que á mi me admiraba. Á penas había amanecido, cuando estaban á la puerta viejos y viejas de setenta años, para ser cristianos. De estos bauticé sesenta personas, y entre ellos el más principal de esta tierra que llaman Andug, de setenta años de edad, y otros seis niños infantes. Todo esto fué para mí de mucho consuelo, y espero en nuestro Señor, que se ha de servir mucho de esta gente.



Capítulo LXX.

LAS MUCHAS CONVERSIONES, QUE SE HICIERON EN BOHOL.

Por fin del año de 1600 hasta la primavera de 1601, pareció haberse prendido con gran fuerza en la isla de Bohol el fuego que el hijo de Dios, Jesucristo Señor nuestro, vino á emprender en la tierra, y deseaba tanto la encendiese. Verse ha esto por las cartas de nuestros Padres que allá anduvieron por este tiempo, que por descender tanen particular, son, si yo no me engaño, de más gusto: una del P. Valerio de Ledesma, Rector de Sebú, escrita al P. Visitador, dice así. En esta le daré cuenta de lo que nuestro Señor ha sido servido de obrar en la isla de Bohol después que salí de Sebú con el P. Jiménez, y Hermano Dionisio, que fué á 29 de Mayo de 1600.

Acabado el sínodo, me partí á visitar la isla de Bohol como V. R. me mandó. Allá luego traté de juntar, y reducir los pueblos, que es una cosa bien dificultosa, cuanto necesaria para la doctrina. Comencé por los pueblos de Lóboc, que están muy derramados y divididos y quiso Dios, que después de muchos medios de paz y buenas razones, se juntaron más de mil almas, traídas de los montes, y de ríos. Gente mucha della, criada en guerras, robos y muertes, y que no había sido posible traellos hasta agora de las serranías y montañas inaccesibles, donde habitan. Pero *non est impossible apud Deum omne verbum.* Con la buena suerte de Lóboc intentamos juntar los Tinguianes ó Serranos de Dita y Marabago, gente fiera, y que no había visto otro padre. Convocámosles con halagos y amenazas blandas y

otros medios proporcionados á su capacidad: y fué nuestro Señor servido que les hicimos poblar en el río que llaman Viga, donde han hecho iglesia; y me escribe el P. Gabriel, que los Domingos no caben en ella. Y que comenzó bautizando más de 120 niños. Y que los adultos no sólo están domésticos, sino que piden el Bautismo con mucho fervor. Que rezan y cantan la doctrina de noche y de día, que es para alabar á nuestro Señor. Los que han estado en Bohol, y conocen la rebeldía de esta gente, estimarán la mudanza, que en ellos N. Señor ha hecho. Al principio que los hablamos, los viera V. R. á la banda del río armados con una fiereza, que ponía pavor: y por otra deseosos que yo los hablase, como lo hice, abrazándolos de suerte que quedamos amigos. Y en rehenes me daban sus hijos, para que los bautizase, disponiéndose ellos para aprender la doctrina y recibir el santo Bautismo.

Habiendo juntado lo de Dita, y pareciendo que no tendrían dificultad ninguna en los pueblos pequeños de sus alrededores me sucedió, que cuando menos pensaba, ví venir hasta cuarenta hombres bien armados con sus lanzas y paveses con intento de llevar por armas la junta, especialmente si les mandasen juntar en alguna parte, contra su gusto. Viendo yo de su determinación el peligro, que había de revolverse los demás, disimulé lo que pude, porque no echasen de ver su descomedimiento, é hize del que quería lo mismo que ellos. Pero con tales condiciones, que sé yo que no los guardarán; y por el mismo caso quedan obligados, á que les fuerce quien tuviere poder y brazo para apremialles. Pareciéndome con el P. San Francisco Javier, de buena memoria, que vale más poco fruto con paz, que mucho con guerra. Así se acabó aquel ruido, y yo hice lo que pude, aunque no lo que quise. En efecto serán doctrinados en el puesto en que están, aunque con trabajo.

De aquí dí vuelta hacia Sebú por unos pueblos, que el P. Miguel Gómez había doctrinado. Y prometo á V. R. que mientras estuve en ellos, me ví con el mayor consuelo y fruto de las almas, que hasta agora había experimentado. Porque era una ansia y hambre de oir las cosas de Dios, y deseo de aprender la doctrina tan grande, que en toda la noche no cesaban en sus casas, cantando y alabando á Dios, ya unos ya otros. Tarde y mañana, en el

campo y en la iglesia, no se oía otra cosa que alabanzas del Señor.

Díjome un principal. ¿Quiéresme creer Padre que en toda la noche no he pegado los ojos con el cuidado y ansias de rezar? Así se vió que en ocho, ó nueve días, todo el pueblo supo las oraciones, y cosas necesarias para poderse bautizar. Preguntará V. R.: ¿quien les ponía tanto calor y fuego, siendo esta gente tan tibia de su natural? No sé qué diga á V. R. sino que *Digitus Dei est hic.* Lo que sé decir es, que el que ama el fin, ama los medios para el fin. Ellos fueron tocados de Dios para el santo Bautismo, y así tomaron tan de veras los medios que les ofrecimos para él, que no reparaban en dificultad alguna.

El día de Santa Ana, vocación de la iglesia, fué Nuestro Señor servido de dar un hermoso principio, con la conversión de un viejo principal, tenido por padre de todos, que estando en ella se hincó de rodillas, y dijo: Padre, bautízame, que soy llamado de Dios. Yo le dije en alta voz callando todos. ¿Díceslo de corazón? Sí Padre: de todo corazón lo digo. Muévete amor de Dios y de tu salvación? Sí Padre: no otra cosa. ¿Determínaste, de dejar todos los Maganitos y trocarlos por el Dios verdadero? Sí Padre. ¿Estás resuelto de servir á Dios verdadero y ser buen cristiano, ó pídeslo con sola la boca? No me queda otra cosa en el corazón. Pues, sea en hora buena, dije yo; yo te admito por catecúmeno. Con este ejemplo quedaron tan confirmados los que estaban dispuestos, y otros tan movidos, que uno tras otro vinieron más de ciento, arrodillándose al mismo modo, y pidieron el Bautismo: y yo con mis preguntas, para confirmarlos más en su fe, que esta virtud (como los demás hábitos) con los actos se aumenta y crece. Volvimos á casa el hermano Dionisio y yo, admirados de ver tanto fervor y devoción en Bisayas. Bauticé ochenta y nueve adultos de una vez, y de allí á pocos días noventa y cuatro, entre niños y adultos, y á otro Bautismo lo restante del pueblo. Quedando algunos, que no fueron bautizados, pidiéndolo de rodillas: pero yo se lo dilaté para la primera vez que volvamos, siendo Dios servido.

Pasando de este pueblo por unos montes nos ofreció el Señor para ganancia espiritual veintinueve niños, como unos angelitos (moneda segura) que bautizamos con tres adultos, los cuales traje conmigo, para que oyesen algunas misas,

y fuesen instruídos, con palabra y ejemplo, en cosas de la cristiandad. Con ser esta gente serrana nos regalaron todo lo que podían. No se tenía por honrado el que no traía el plátano, la papaya, el arroz, la gallina etc. Aquí he experimentado cuan importante es que no criemos á estos indios, en tanta sequedad, que no sepan hacer alguna limosna. Porque, dado que ellos sean pobres, todavía en su pobreza cabe la misericordia y limosna de cosillas, que ellos cogen. Que con darlas, se humanan y prendan, y por otra parte pueden ser de nosotros recompensados con otros dones, con que quedan sabrosos, y los corazones más ganados para Dios. De aquí partimos para otro pueblecillo que se llama Tobigu, donde habían hecho de presto para nuestra venida una iglesia bien acomodada. Echamos nuestras redes ó por mejor decir, las de Jesucristo, y metiónos el Señor en ellas todo lo que había. Que, aunque no fuera más que por esto sólo, diera por muy bien empleada mi venida de España. Porque todas las cabezas y principales, niños, viejos y mujeres, se postraron á los pies de Jesucristo, confesándole públicamente, y pidiendo el agua del Bautismo. De la primera vez bautizamos cien almas. Después lo restante del pueblo, sin que quedase ningún rebelde que sepamos, aunque al principio hubo algunos, que resistieron. Cuando llegué, oí decir á uno en alta voz. No me tengo de hacer cristiano. Pero después lo fué, que no pudo resistir al Espíritu Santo.

Otro salvaje en condición, y fiereza, habiéndole predicado de la gloria y del infierno dijo que él se quería ir al infierno. Y esto con tanta terqueza, que parecía que estaba revestido del demonio. Hacía estar á otros del mismo talle, por ser hombre principal, y á quien los del pueblo respetaban. Yo le dije de las grandes penas que allá había, respondióme: ¿qué había de hacer, si estaban allá sus agüelos, y padres, y quería ir con ellos? Díjele que probase primero el fuego, haber si lo podía sufrir, y haciendo traer unas ascuas encendidas para que llegase, tan duras tenía las manos, como el corazón, á penas hizo caso. Pero pasándose algunos días, volvió la hoja, de manera, que andaba por los campos, y sementeras, convocando los suyos para que se hiciesen cristianos y bautizasen con él, y agora es uno de los buenos cristianos, y más de veras, que yo he conocido entre Visayas.

Envidioso el demonio de tan buenos sucesos, pretendió turbar nuestra nueva cristiandad, con un rumor de guerra, que nos fué forzoso volver al pueblo de Tobigu, donde estando la gente en el mayor fervor de sus oraciones, y conversión, bajaron cuarenta y ocho hombres armados á robar el pueblo, y quemar la iglesia. Pero con la centinela, que pusimos y hogueras, que se encendieron aquella noche, no se atrevieron á entrar al descubierto, si no que se quedaron por los alrededores, para robar la gente, que entrase, ó saliese. Mas yo otro día por la mañana (armado con mejores armas que no ellos, que son la confianza en el Señor, cuya obra hacíamos) me fuí al camino donde estaban, (llevando conmigo al hermano Dionisio, que me ha sido muy buen compañero para todo) y les dije. No temais, hijos, que Padre soy, y no Alcalde mayor; por vuestro bien vengo, y no por vuestro daño. ¿Qué teméis á un hombre desarmado, solo y que se pone en vuestras manos? Veisme aquí; si me queréis por esclavo, yo viviré con vosotros en vuestro pueblo de Tibor, y os serviré como esclavo, á trueque de enseñaros cómo os salvéis. Tengo compasión de que andéis en estos pasos, que si os cojen los Españoles, os harán mucho mal. Seamos amigos y en señal de esto tomad esta prenda. Alargué á los principales una mantilla listada, galana, y pedí que me diesen algo en señal. Diéronme una gargantilla, abrazámonos, y bebimos en una misma taza, y finalmente quedamos tan amigos, que me dieron la palabra, que cuando los enviase á llamar á Lóboc, vendrían, con tal que no fuese con mucha gente. Diéronme una frutilla y unos güevos, yo les dí un cesto de arroz. Después de hechas las amistades les rogué que también las hiciesen con mis amigos los de Tobigon, y así lo hicieron, y se fueron corridos sin hacer daño ninguno. Dios los traiga á donde sean doctrinados, que algunos dellos preguntados, decían, que yo era el primer Español, que habían visto en su vida. Esto pasó junto á Sebú: ¿que será en otras partes?

Otro capítulo de carta del mismo Pare Valerio de 4 de Octubre al P. Visitador dice así: El P. Gabriel me escribe, que ha bautizado en Lóboc y Dita, más de cuatrocientos, los más niños sin uso de razón, de suerte que en estos tres meses hallo por mi cuenta, que se han bautizado, más de mil almas, y agora anda el fervor de otras innumerables

Escríbenme los Padres, que es venida la hora en que Dios visita esta isla; gente nos envíe V. R., siquiera un Padre luego, mientras vienen los de España. Y dichoso el que viniere, porque gozará del fervor de esta primitiva iglesia.

En una de 5 de Octubre dice así el P. Gabriel Sánchez: Favorecido ha nuestro Señor las trazas y trabajos del Padre Rector, y demás Padres. Porque juntándose los pueblos se han juntamente convertido á Dios tan de veras, que no sé que me diga, sino que el Señor, que los crió y los redimió, ha sido servido de llamarlos con tan particular vocación, que de estos pueblos reducidos se han bautizado, de cuatro meses á esta parte, más de dos mil almas de nuevo, y me parece, que si hay Padres, en uno estará toda la isla convertida.

A mí me pone devoción ver bajar de los montes algunos como salvajes á pedir el Bautismo de rodillas, y otros niños como ángeles, de los cuales muchos traen los oraciones sabidas, que no sé quien se las enseña. Como este día que bajó uno como de hasta diez años, (que yo no había visto, y sabía el catecismo y preguntas) con una ansia grande de que le bautizasen.

Vienen también Catolonas, ó Sacerdotizas, y han hecho tantas pruebas de su buen deseo, que no les hemos podido negar el Bautismo. Verdaderamente, Padre mío, vivo consoladísimo y muy regocijado, porque acá en la tierra no hay más que desear sino que sirvamos mucho á nuestro Señor, y que todos se conviertan á su divina Majestad.

El domingo había en la iglesia de Lóboc seiscientas ó setecientas almas, que son lo ordinario. Y si viese V. R. por las mañanitas al pie de cien niños y niñas serranicos recién bautizados, ir alabando á Dios en procesión por la ribera de este río, cantando la doctrina con unas voces angelicales, que las ponen en el cielo, creo que no dejaría V. R. de enternecerse con devoción y lágrimas, de ver, cómo los ha traído Dios de esos montes y cuevas de dragones, para que le alaben y glorifiquen.

De pocos días á esta parte se han bautizado en Dita otras quinientas almas, de manera que en esta doctrina de Bohol hay más de tres mil almas cristianas. Al principio teníamos ochocientas, y agora con esta bendición de Dios, y merced que les ha hecho, se han bautizado dos mil y trescientas. Pues Dios se lo da. San Pedro se lo bendiga. Amén.

En otra dice así: Días ha que ando solo, y cuando salgo de un pueblo, primero, que doy vuelta á él se pasa mucho tiempo, y esto claro es, que lo paga el aprovechamiento espiritual de los pobres, para que V. R. les tenga lástima. Por eso, Padre mío, vengan Padres de España, y envíelos V. R. aunque sean veinte, que para todos habrá miés.

En Lóboc y Dita, se han bautizado estos días atrás al pie de cuatrocientas criaturas chiquitas, de que me he consolado en el Señor mucho, porque me hallo muy bien con estos chiquillos. Los grandes aprenden la doctrina con tanto fervor, que hasta la media noche no callan, ni nos dejan oir de voces. Avisándonos han que vienen enemigos sobre esta isla, así anda alborotada la gente. ¡Ojalá fuésemos cautivos del amor de Dios, y muriésemos de puro amor suyo. Todo esto es del Padre Gabriel Sánchez.

Estos enemigos de que habla aquí el Padre, son indios de la Isla de Mindanao, que confinan con las islas de Terrenate y Maluco, donde se profesa la secta de Mahoma. De aquesta gente se juntó una armada de sesenta navíos piqueños, que bajando á estas islas, sujetas al gobierno de Manila, hicieron grandes daños, el año de 1600. Destruyeron la isla de Bantayán y río de Panay, donde quemaron las iglesias; costearon otras islas, robando y matando, y en fin llevaron cautivos mil y doscientas almas. Pero fué nuestro Señor servido, que llegando á esta isla de Bohol, donde residen los Nuestros, no hicieron daño de consideración, ni quemaron la iglesia, ni casa, que lo pudieron hacer muy á su salvo, porque toda la gente se huyó á los montes, y así se pasaron de largo, lo cual dice el mismo P. Gabriel en un capítulo de una carta de 16 Noviembre así.

Para que V. R. nos ayude, á dar gracias á nuestro Señor de una gran Misericordia que nos ha hecho, ha de saber V. R., P. Visitador, que á 26 de Octubre de este año de 1600, dieron los enemigos en Baclayon, acabados nosotros de salir, y llegar á Sebú por orden de la santa obediencia. Porque el P. Rector con mucha priesa nos envió á llamar á tres que estábamos en la isla, y he aquí los enemigos en ella. Para que se vea lo que vale la santa obediencia, y cómo libra de peligros. Item otra misericordia. Que á penas hicieron daño en Bohol, respeto de lo que pudieran. Porque tres ó cuatro horas antes, se supo su venida,

y todos se huyeron á los montes, como yo se lo tenía avisado. Sino fueron tres viejas y un viejo, que mataron, y tres mujeres y un hombre, que llevaron cautivos. La una vieja de aquellas, que mataron, había sido grande hechicera pública, pero Dios nuestro Señor, que amaba su alma, le puso tan fervoroso deseo de ser cristiana, y bautizarse, que en tres meses no me dejó; y al fin por importunación, la bauticé, habiéndola hecho muchas pruebas, que detestase públicamente de su secta. Pero fué tan dichosa, que acabada de bautizar, la mataron: que cierto es singular beneficio de nuestro Señor.

La otra vieja también había poquito que la bautizamos; que sería de setenta años. No hicieron daño en nuestra iglesia, aunque me dicen que desenterraron algunos muertos; no sé para qué. Otra misericordia de Dios. Que con pasar muy cerquita del río de Lóboc, Dita y otros pueblecicos de nuestros nuevos cristianos, ni los vieron, ni dieron en ellos; que parece milagro, habiendo hecho en otras partes tan lamentables daños, como V. R. sabe bien.

Otro Padre hizo otra misión á esta isla, en tiempo de vacaciones de estudios de latinidad del colegio de Sebú, y del breve tiempo que estuvo, entre otras cosas dice así. Es tanta la influencia celestial, que Dios envía sobre este pueblo de Tubigon, y la abundancia de dones, que le comunica, que no me he atrevido á salir de aquí, ni cortar el hilo á tan feliz progreso, sino aguardar á ver las maravillas de Dios. La iglesia está llena, tarde y mañana, y no hay remedio de irse, ni aun á comer, con tener necesidad de comida y haberla de traer de lejos. Toda la ansia es de ser cristianos, y bautizarse. En estos quince días, que aquí vine, de los que hemos podido catequizar se han bautizado ciento y cincuenta y siete adultos. Hoy tenemos que bautizar como cuarenta catecúmenos; otros quedarán para la vuelta. La devoción que nos tienen es grande. Traen sus niños, y enfermos, á que les bendigamos, y en la calle se hincan de rodillas para recibir la bendición. Usan mucho de agua bendita para sus casas y comidas y sembrados y para sus enfermedades; que beber un trago tienen por grande medicina. Al fin todo lo que veo en ellos es piedad y devoción, que es de mayor estima, cuanto son más nuevos cristianos. Un viejo pidió de rodillas el Bautismo, y como fué forzoso di-

latarle, dijo, las manos cruzadas: Padre enséñame como he de invocar á Dios, mientras no sé rezar, ni me bautizas, porque yo verdaderamente lo reverencio en mi alma y deseo servirle. Otro viejo principal, á quien todos estos respetan, me ha pedido el Bautismo, que hasta agora había estado rebelde. Está todo cano, y de tanta edad, que me parece que de puro viejo no puede hablar. Voyle á su casa á catequizar, porque no está para venir á la iglesia. Á éste y otro de su edad bautizaré de presto, que sin duda me parecen señales de su predestinación el haberles guardado tanto, y dado agora tan grandes deseos de su salvación. El Señor sea bendito, amén, en sus maravillas, que sabe de las piedras hacer hijos de Dios y herederos del cielo, en el tiempo y hora que él es servido, y por el instrumento más desproporcionado, para que se vea que es obra de sus manos. Hasta agora tenemos en esta isla tres mil y trescientos cristianos: y espero en la divina Bondad, que para el año que viene no ha de haber hombre que no se bautice.



Capítulo LXXI.

LA MISIÓN QUE SE HIZO Á TANAY.

Es Tanay un hermoso río y muy poblado, en la gran isla que llaman de Negros, á la parte que hace estrecho con la de Sebú. Esta parte de esta isla tiene á cargo como Cura y Vicario del Obispo en ella, D. Diego Ferreira, primer Arcediano de la Catedral de Sebú, el cual por la gran devoción que tiene á nuestra mínima Compañía, y movido del fruto, que vía hacer á los nuestros en estas islas, ayudando el clamor de los mismos naturales de Tanay, que varias veces nos habían pedido, hizo tan grande instancia esta vez, que ya fué fuerza. Pues el mismo en persona contentísimo de que le hubiesen señalado para esto al P. Gabriel Sánchez, de quien él tenía grande estima, fué á Bohol con navío á propósito y se lo llevó á su Tanay. Lo que allá este fiel ministro de Jesucristo hizo, publicaron los mismos indios, y encareció con varias cartas el mismo Arcediano, agradecidísimo á Dios y la Compañía de este servicio, que le hicimos .Ayudándole en esto no poco á llevar la carga de tantas almas, como allí tiene, sin otra ayuda ni doctrina que la nuestra. Pero más por menudo escribió algunos casos particulares el P. Gabriel Sánchez con su acostumbrada llaneza, dando cuenta de su ocupación á los superiores, como entre nosotros se usa. En una pues de Noviembre de 1600, para el P. Visitador, dice así.

El Señor Arcediano de Sebú y beneficiado de Tanay hombre, como V. R. sabe, venerable y de autoridad, fué en persona á la isla de Bohol, que está doce leguas de dis-

tancia, á pedir al P. Alonso de Humanes, nuestro Superior, que por amor de Dios enviase un Padre, que enseñase á su gente la ley de Dios; porque él no sabía lengua. Envióme á mí y fué nuestro Señor servido que entramos con buen pie en la isla. Porque el primer día hallamos toda la gente en la playa, esperándonos con mucha música y muestras de alegría. Fuimos á la iglesia, y comencéles á hablar y platicar de nuestra santa fe, y á la primera y segunda plática, viera V. R. casi todo el pueblo de repente mudado. Porque como no habían tenido ministro, que les hablase en su lengua, no habían, según entendí, hecho concepto de las cosas de Dios. Cuando les entró la luz, quedaron atónitos, y llenos de alegría, preguntábanse unos á otros. ¿Qué es esto? Mirábanme (miserable de mí) como á hombre venido del cielo; y como la mayor parte de los que allí se juntaron, eran cristianos, y no se habían confesado, *Et neque si Spiritus Sanctus est*, sabían, tratéles del remedio de la Confesión, explicándoles sus partes, y aficionándolos á ella.

Confesáronse dentro de un mes como cuatrocientas personas, con grandísimo dolor de sus pecados, y comulgaron muchos con tanta devoción, que la ponía el verlos. Bauticé como ochenta criaturas, aunque entre ellos algunos adultos. Entablamos la procesión de niños, que en nuestras doctrinas usamos por las calles, y hacer la doctrina y preguntas en la iglesia, con tanto gusto suyo, que los más principales respondían y se afrentaban de que no les preguntasen. Sucedieron en este tiempo que estuvimos, algunas cosas de las que diré. Una india, mujer del gobernador del pueblo, muy principal, estaba enferma; y una noche le apretó de modo la enfermedad, que la dejó sin habla. Juzgándola por muerta, fueron, á gran rato de la noche, corriendo á llamarnos. Cuando llegamos estaba sin habla y sin sentido, y llorada por muerta. Pena me daba, que aquella mujer se muriese así, porque había años, que era cristiana y no se había confesado; (aunque sin culpa vivía, porque ningún sacerdote tuvo que supiese su lengua) yo deseaba que, siquiera por alguna señal, pidiese Confesión: pero ni aún esto había. Dijímosle un evangelio, rociándola con agua bendita, y Dios, Padre de misericordia, lo hizo tan bien, que no sé si había acabado de decir el santo evangelio, cuando la mujer volvió en sí, di-

ciendo: Jesús, tened misericordia de mí, y pidió Confesión. Hallóse á esta ocasión mucha gente y dimos gracias á nuestro Señor. Dentro de medio cuarto de hora estaba la enferma tan buena, como de antes; de manera, que yo no la quise confesar en su casa, sino que la dejé para que la trujesen el día siguiente á la iglesia, como se hizo. Que otro día confesó con mucho consuelo suyo.

A otra mujer también principal dió otra enfermedad tan terrible, que no la podían tener, sino que daba consigo por las paredes: finalmente se moría. Llamáronnos de prisa, dijímosle el evangelio acostumbrado, y agua bendita: y yo con harta incomodidad por la mucha gente que había en la casa, la comencé á confesar, antes que se muriese. Pero quiso Dios, que como comenzó á confesar, se le fué aplacando el mal, y vascas de muerte; de manera que antes de acabar la confesión, estaba buena, como de antes. Y otro día yendo á la iglesia, delante de muchas personas manifestó la merced que nuestro Señor le había hecho la noche pasada.

A otra mujer le puso una enfermedad á lo último, de suerte, que llegó á estar sin habla. Fuéronos á llamar de prisa, diciendo, que estaba ya muerta. Hallámosla sin sentido, y llorada ya por muerta: dijímosle el santo evangelio, y agua bendita, y no sé si le habíamos acabado de decir, cuando la mujer volvió en sí, y dijo: Jesús. Luego allí se confesó, y antes que nos partiésemos, quedaba sana, y dando gracias á nuestro Señor.

Para otros dos niños nos llamaron, que se estaban muriendo, en diferentes días; fuimos con mucha prisa dejando las confesiones que entre manos tenía; hallámoslos á entrambos sin habla y sentido, y aun no se les conocía respiración alguna; ya llorados por muertos dijímosles el santo evangelio y agua bendita; y luego los dejamos buenos, de suerte, que el uno, que sería de cuatro ó cinco años, bajó luego aquel mismo día á jugar con otros niños; y el otro también estuvo luego bueno. A un hombre que estaba legua y media del pueblo tan enfermo, que no le podían traer á la iglesia (porque tenía el cuerpo como podrido, que no había quien le tocase) fuimos á confesarle y hallámosle tal como nos habían dicho, que de un lado á otro no se podía rodear. Procuramos que se confesase, y dijímosle el

santo evangelio. Esto fué viernes, ó sábado: el domingo siguiente preguntando por él, me dijeron que estaba ya bueno y sano, que había ido á otra isla, á buscar de comer.

De otra mujer gentil, nos avisaron, que se estaba muriendo. Fuimos á bautizarla, que lo pidió, y la bauticé con harta prisa, porque no se me muriese entre manos; pero bautizada tuvo salud. Con estas cosas se aficionaron mucho á nuestro Señor, y conocieron que lo que se les predicaba es la verdad, y que sus ídolos son demonios.

También quiero contar á V. R. como una noche estando encomendándome á nuestro Señor, como á los diez de la noche, oí que cerca de la iglesia lloraban muchas personas, un llanto muy compasivo, pero suave; y como doliéndose de alguna cosa perdida. Temiéndome, no fuese algún difunto, envié dos ó tres mozos á ver lo que era. Respondiéronme: unas principales hijas del señor de la casa que lloraban ellas y las demás; porque acabando de cantar la doctrina cristiana á aquella noche, y estando en un pasadizo ó corredor de la casa mirando hacia el cielo, vieron uno como crucificado en una cruz con corona en la cabeza áspera, pero hermosa, cuyo cuerpo y pecho resplandecía más que el Sol, blanco y hermoso más de lo que podían decir. Y que este Señor se les fué alejando y subiendo hacia el cielo, hasta que llegó donde estaba la Luna, y allí se les desapareció. Y fué tan grande el amor, que les causó á aquella tan hermosa vista, cuanta tristeza y dolor, de que se les ausentase. Enviéles á decir que se sosegasen. Otro día en la iglesia delante de toda la gente se levantaron aquellas principales, criados y gente de la casa, y preguntándoles yo, qué era aquello, refirieron lo que les había pasado la noche antes; y es gente llana y sencilla y que estaban con harta vergüenza y miedo, cuando les preguntaba. Otro día supimos, que aquella visión ó cruz, en el mismo tiempo se había visto en otro pueblo, distante una ó dos leguas de allí. De lo que yo hice caso en esto es, que aquellas personas eran virtuosas antes que esto sucediese, y después fueron mucho más, en el ejemplo y honestidad, que eran el ejemplo y dechado de las demás. Porque gastan muchos ratos de rodillas en oración, oyen cada día misa y confesaron el tiempo, que estuvimos, cada sábado. Escribióme su beneficiado después de muchos meses que perseveraban con raro ejemplo de virtud.

Llegóse el tiempo de mi partida y vuelta de Tanay según el orden de la santa obediencia, y fué tanto el sentimiento y lágrimas de aquella pobre gente, que á mí me hicieron derramar hartas de compasión. Porque se me echaban á los pies y de rodillas, rogándome que no me fuese, diciendo. ¿Si caemos otra vez como pecadores á quién hemos de acudir? Consoléles lo que pude. Lleváronme hasta el río donde me embarqué, y allí se metieron rodeando el navío, hombres y mujeres y niños, mojados, llorando, y trayéndome para el camino sus limosnas de arroz, gallinas, y otros presentes que no recibí, por parecerme que así convenía. Dejéles con sentimiento de ver tantas ánimas expuestas á peligro, sin pastor ni ministro que supiese su lengua. Dios nuestro Señor las provea de remedio, según su Misericordia.

Viendo la buena disposición de esta gente, y el fruto que nuestro Señor sacaba con las misiones, hizo otra el mismo P. Gabriel Sánchez á estos mismos, y aunque breve, dice en una carta, que halló la gente muy firme en los buenos propósitos y doctrina, que les había enseñado. Y que preguntándoles en ocasiones, si habían hecho tal ó tal pecado, respondían: ¿Jesús, Padre, había yo de engañar á Dios? ¿Habiéndonos ya dicho el año pasado, que no pecásemos contra la divina Majestad, y nos habíamos de atrever? Y esto confirmaban las obras, porque su vida era como de la primitiva iglesia. Mujeres hubo, que ofreciéndoles cadenas de oro, y presentes de mucho valor, no se pudo acabar con ellas, que consintiesen en cosa de pecado. Y otras que sufrieron afrentas, y malos tratamientos hasta derramar sangre de los golpes y heridas que les dieron, en razón de no consentir en ofensa de nuestro Señor. De que se pudieran contar muchos ejemplos.



Capítulo LXXII.

DEL FRUTO QUE SE HIZO CON OTRAS MISIONES EN LAS ISLAS DE IBABAO.

Por estar la gente de esta isla de Ibabao derramada por las costas y playas de la mar, ha sido forzoso andar tres Padres y tres Hermanos, lo más del año en misiones; doctrinándola con el fruto, que en semejantes misiones se suele hacer. Y en estas ha sido muy grande, correspondiendo la divina gracia conforme al buen deseo de aquellos Padres y su trabajo y peligros. Que casi siempre navegan costeando esta y otras islas adyacentes á ella y atravesando de unas á otras, no sin peligro, hechos pescadores de. almas, y tendiendo sus redes para la pesca del cielo, teniendo recurso á Tinagon, donde está (como hemos dicho) la casa de su residencia.

Tiene esta residencia catorce pueblos, grandes y pequeños. Hanse bautizado en ellos este año, tres mil seiscientas y ochenta personas, las más dellas adultos. Hicieron el Padre Alonso de Humanes, Superior de la residencia, y el P. Manuel Martínez y P. Juan de San Lúcar, seis misiones principales, dividiéndose cada uno con su compañero por los pueblos. Escribe el P. Alonso de Humanes, que en la primera misión se hicieron docientos sesenta y nueve cristianos, los ochenta, niños, y los demás adultos.

En esta misión se visitaron dos isletas pequeñas y apartadas, de las cuales escribe el P. Juan de San Lúcar una carta al P. Visitador que dice así. Por saber el contento que V. R. recibe de que le demos cuenta de nuestras misiones, la daré agora de la última que hice á dos isletas pequeñas, Maripipi y Limancauayan, que había más de dos

años, que no eran visitadas de sacerdote. Desearon muchísimo tener algún Padre, que los doctrinase, y sabiendo que íbamos el Hermano Francisco Martín y yo, hicieron gran fiesta, enramando las calles del pueblo, y la playa hasta la iglesia. Y saliendo niños y niñas con una cruz cantando la doctrina, que fué para mí un recibimiento de mucho gusto. Después en la iglesia les agradecí con lágrimas el amor que nos mostraban. Desde que entramos hasta que salimos de estas dos islas, no cesaron de traernos presentes de los frutos de la tierra, como cera, arroz, plátanos y otras cosas de más estima. Queriendo hacer lista de los que pedían el Bautismo, me respondieron, que no la hiciese porque todos querían ser cristianos los que no lo eran, que eran bien pocos, y así lo hice. Los viejos (que en otras partes suelen ser tercos y duros y responden, que ya son viejos para aprender doctrina y tomar nuevo modo de vida) aquí daban por razón eso mismo, para moverse á que los bautizase, diciendo. Padre, mira que somos viejos ya, y acabaremos presto con la vida; no permitas que muramos sin Bautismo, pues deseamos tanto ser cristianos. Con esta buena disposición comencé á predicarles, y fué nuestro Señor servido, que se hiciesen todos cristianos. Y no sólo aprendieron la doctrina, pero los sermones y pláticas conferían entre sí en la iglesia y en sus casas: tan metidos en esto, que no parece, que tenían entendimiento para otra cosa.

Ayudó mucho para el buen despacho de la doctrina el orden que V. R. nos dió de las decurias, dividiéndolos por ellas, como por sus clases; unos que aprendían el *Pater noster*, otros el Ave María, y así vinieron á saber con mucha facilidad y suavidad, todo cuanto se reza en la cartilla. Bauticé ciento y cuarenta personas, y algunos viejos principales. Uno dellos deseó mucho, que su madre se hiciese cristiana, y el día que le hizo nuestro Señor esta merced, se regocijó grandemente, hizo gran fiesta, y en ella convidó el pueblo á su casa, y les dió una buena comida.

Celebramos la octava de *Corpus Christi* con una procesión solemne, llevando el Santísimo Sacramento por las calles, que para esto se aderezaron y enramaron con todo el aparato, que les fué posible. En las andas pusieron su riqueza, y cadenas de oro: que aunque todo éllo era poco, mayor fué la voluntad y amor con que lo ofrecieron.

Con la fama de que estas dos islas se habían convertido á la fe, se movió la de Cauayan, y otras de Sámar, á pedir Padres que los doctrinasen. Fuí á Cauayan, y en 15 días bauticé (después de algunas pláticas, y sermones) ciento y setenta adultos, con otros cuatro ó cinco pequeños. Preguntado si había otro alguno por cristianar, me respondieron, que sólo quedaba una vieja allá en el campo: pero que della no había que hacer caso, porque con la mucha edad (que tendría más de ciento y treinta años) no entendía ni tenía juicio para percibir las cosas de Dios. Hícela traer al pueblo con mucho cuidado, y trajéronme un terrón de tierra que no tenía sino un poco de sentimiento, y casi ningún sentido. La vista la había dejado. El oido, muy corto. El movimiento, como una piedra, que donde la dejaban allí se quedaba, sin bullirse. Tenía vivos tátara nietos y chozno, y creo, que más adelante. Comencéla á catequizar, ó por mejor decir á probar, si tenía uso de razón, y por entonces no me pude satisfacer, si lo tenía. Hízela llevar á casa de una buena mujer cristiana, india de mucha razón con quien ella algo se entendía; roguéle que con mucho cuidado le fuese hablando de cosas de Dios, sacando lo que pudiese della. Con lo que esta buena mujer me dijo (la cual me servía de intérprete en la iglesia y en su casa de catequizante) me vine á persuadir que tenía uso de razón, y comenzándola á instruir en las cosas, que eran *de necessitate* me dijo, que en las demás no era posible moralmente, según su capacidad; yo la bauticé con mucho consuelo, persuadiéndome que la guardó Dios para aquel punto. Tengo por cierto que vivirá bien poco en esta vida, y confío en la Misericordia de Dios, que en la otra alcanzará eterna gloria por los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo, que con su sangre preciosa se la ganó. De Cauayan fuí á un pueblecico pequeño llamado Cotay, donde bauticé ochenta y tres personas. De allí á Paet, donde bauticé ciento y veinte, todos adultos. Y de esta isla á Cauayan donde bauticé ciento y cuarenta: de suerte que según mi cuenta se han bautizado más de quinientas personas, todas de edad, fuera de doce niños. Y en esto lo que mucho estimo es, ver el fervor y devoción con que se han bautizado y el aborrecimiento que tienen á los pecados, y el deseo y celo que otros pueblos circunvecinos se hagan cristianos: porque muchas veces toman ellos la mano, y predican á sus amigos,

con tanto fervor y espíritu, que á mí me admira. También estimo en mucho, haber hecho más de ochocientos casamientos por la iglesia, por recelo que tengo de que no son casamientos sino amancebamientos los que estos hacen, por la facilidad con que se descasan y casan con otras, según el uso de la tierra.

Paréceme que para las conversiones de estos naturales, está ya muy llano y abierto el camino, con la conversión de los principales y golpe de los pueblos. Porque la escusa que antes daban (diciendo, haréme cristiano, cuando los demás se hagan) se vuelve en motivo para serlo, porque ya dicen: queremonos hacer cristianos, porque todos son cristianos. Un principal, que pasando yo por Canauan, llevó muy mal, que una esclava suya se hiciese cristiana, reprendiéndola malamente por ello, agora me la trajo juntamente con sus esclavos todos; y él y su mujer y toda la familia se hicieron cristianos.

Otro principal estorbaba á su mujer oir la palabra divina y hacerse cristiana, que lo deseaba muy de corazón. Ella como no podía ir á la iglesia, por estar detenida, envió un recaudo al Padre haciéndole saber, que el marido la hacía esta fuerza. Dióse orden para prenderle; y preso, se bautizó la mujer y alcanzó, según creo, de Dios la conversión del marido. Porque dentro de pocos días volvió rendido á la iglesia y se bautizó. Esto pasó en la primera misión. Otra Misión se hizo á Catubig, lo más distante de la residencia por ser el cabo de esta isla de Ibabao, que es muy grande, y los indios son de buenos naturales, entre los cuales hay algunos cristianos faltos de doctrina, y deseosos todos de tener Padre que les enseñe. Habrá más de cuatro mil almas, que sólo esperan ministros del santo evangelio, que les repartan el pan del cielo, y si se hubiera querido abrir puerta para los bautismos; se hubieran muchos bautizado, pero sólo se bautizaron en esta misión ciento y cincuenta y cuatro niños, guardando los demás para mejor ocasión, cuando nuestro Señor sea servido de enviarles quien les conserve con pasto de doctrina en la nueva vida, que con la divina gracia tomaren.

En la tercera Misión bautizaron en tres meses ochocientas y treinta y siete personas; las setecientas y cinco, adultos; y los noventa y dos, niños: y aunque al principio hallaron gran

30

dificultad en quitar las muchas mujeres, la divina Majestad les dió buen suceso, hablandando los corazones de aquellos gentiles, y salieron gloriosamente con su empresa.

En la cuarta salida y correría se bautizaron seiscientos y trece; en otra doscientos y setenta, y en la última, doscientos cincuenta y cuatro; de suerte que vinieron á hacer con estos y otros bautismos, en sola esta residencia, los tres mil y seiscientos y ochenta cristianos, que arriba dije, y pudieran hacer muchos más si miraran á la voluntad con que lo piden, pero vánselo dando á desear primero, y hacen pruebas de sus deseos, obligándoles á que aprendan la doctrina, acudan á la iglesia, dejen del todo sus ritos y gentilidad, y multiplicidad de mujeres, con que quedan más de veras conocidos y arraigados en la fe.



Capítulo LXXIII.

CASOS EJEMPLARES DE LA DOCTRINA DE DULAC.

Tuvo también el año de 1601 grande crecimiento y perfección la cristiandad de Dulac, con el ordinario trabajo y ocupación de cuatro Padres y tres Hermanos. Los cuales recogiéndose á sus tiempos á ejercicios espirituales, como se usa en todas aquellas residencias, acuden más alentados al ministerio de las almas, y así corresponde el fruto á su fervor. Pero entre los medios de que han usado, al que atribuímos la buena suerte de la ganancia de las almas, es haber puesto el Santísimo Sacramento en nuestras iglesias, introduciendo la devoción y respeto con que debe ser tratado, celebrando con procesiones solemnes las fiestas del Corpus, y convidando los fieles á la mesa y convite del cielo. Con lo cual ha sido la afición tan grande, y el gusto dellos en recibirle tal, que algunas fiestas ha sido el concurso como en ciudades de Europa, y con tanta preparación de ayunos, disciplinas, confesiones, oración y fervor, que parecía una primitiva iglesia.

Con esto crece la estima de nuestra Santa fe, tanto, que son pocos los que no pidan y deseen el Bautismo. Y tantos los que le piden, que en quince días de Adviento y Pascua de 1601, se bautizaron más de setecientas personas, y desde la del año antes de 1600, en esta doctrina se contaron más de dos mil y veinte bautizados, y esto con grande

fervor, ansia y estima de la nueva ley que con el santo Bautismo profesan.

Tiene esta residencia de Dulac á su cargo, entre otros muchos pueblos, los dos grandes llamados Dagami y Sansalvador, que es Paloc, ambos de mucha gente, y muy bien disciplinada y sujeta, en que se han empleado con mucho fruto los nuestros. Escribe el P. Melchor Hurtado, que celebrándose la Pascua de Navidad, en San Salvador, se bautizaron casi ochocientos infieles, y que fueron las confesiones y comuniones, como se podían desear en España, sin poderse dar mano los Padres á ellas. Que es una cosa de mucha gloria de nuestro Señor, para tierra tan nueva como aquella, donde habrá seis años que entró la Compañía, á doctrinarla, y los halló tan rebeldes, como queda dicho. De algunas cartas de este Padre y de otras del P. Juan de Torres y P. Francisco Vicente, se han sacado algunas cosas particulares, que iré refiriendo.

Pasando un Padre por un pueblecito de esta residencia, y preguntando por los cristianos, le dijeron de un viejo, que vivía allá en el campo casi solitario en su casilla, y que allí se estaba sin poder andar. Mandándole traer á su presencia, y preguntándole de su vida, bien descuidado de que se acordase mucho de la doctrina, dió tan buena razón, que le dejó espantado, y entre otras cosas le dijo. Aunque estoy en esta vida con el cuerpo, pero mis deseos están en el cielo, tanto que de noche no sueño sino en las cosas de la otra vida, donde veo todos los moradores del cielo cubiertos de resplandor, y en particular uno, que excede á todos los demás. O Padre, quien se viese allá, desatado de esta mortalidad y pesadumbre del cuerpo. Mostróle el Padre una estampa del juicio, en que tenía dibujada la gloria con resplandor y hermosura, y preguntóle si era de aquella manera la que había visto, respondió: Abá, que es palabra suya de admiración, y como de desdén. ¿Eso no más, Padre? Mucho más, mucho más. Admiróse el Padre de ver las riquezas, que Dios nuestro Señor tenía depositadas en aquel monton de tierra, y quedó con él, que de allí adelante toda su ocupación había de ser Jesús y María. Y que no se le había de caer de la memoria ni de la boca, hasta que diese fin á esta vida y principio á la eterna. Pasando dos de los nuestros por una casilla pobre, hallaron recostado so-

bre unas cañas un hombre, que debía de pasar de ochenta años, muriéndose sin sentido. Tan flaco, que á penas tenía más que el pellejo pegado á los güesos. Tan consumido, que parecía un vivo retrato de la muerte. Compadeciéndose de él, rogaron á nuestro Señor se apiadase de aquella pobre alma. En breve volvió en sí, y muy alegre pidió el agua del santo Bautismo, que mucho deseaba: y mostrólo bien en la viveza con que confesaba nuestra santa fe; acabado de bautizar, se le enagenaron los sentidos, invocando dulcísimamente el santísimo nombre de Jesús y María, y después murió.

A otro enfermo (que por estar en lo último, le había bautizado el maestro del pueblo) quiso visitar uno de los nuestros, y con las muchas confesiones y ocupaciones se le olvidó. Después, estando descuidado, oyó grandes llantos y gritos, de los que suelen hacer por los difuntos, y viniéronle á decir, que era muerto. No pudo el Padre contenerse de irle á ver (dejando todo el pueblo en la iglesia) lastimado que no le hubiese antes visto. Pero con gran confianza (aunque todos le decían, que estaba ya muerto) llegándose al enfermo, sin sentido, le dijo. Clemente (que así se llamaba, óyesnos hijo? Abrió los ojos y dijó. Sí, Padre; y diciéndole que invocase el Santísimo nombre de Jesús y dulcísimo de María, y ayudándole con alguna sustancia volvió en sí; se esforzó algo, y al cabo de algunos días se confesó y murió en el señor.

Llamándonos para un enfermo y habiendo concluído con él, al bajar de la casa le vino deseo al Padre de ver si había por allí cerca otro alguno. En la más cercana casa halló una vieja infiel, de 90 años de edad, pero no muy enferma; llegóse á ella; catequizóla y bautizóla. El día siguiente, partiéndose del pueblo, á la misma hora, no le sufrió el corazón irse sin visitar sus enfermos. Llegó á la casilla, halló un difunto cubierto. Preguntó quien era, y dijéronle que era Ana (que este nombre tenía la recién bautizada el día antes). Volvió su camino, alabando la divina Providencia y juicios de Dios, que así tenía predestinada á aquella alma. Avisáronnos que estaba un enfermo muy al cabo, pero léjos del pueblo, y el camino muy cerrado con la oscuridad de la noche, y lleno de culebras, que por momentos se hallan en él, tendidas. Juntamente con esto se había de pasar un río muy ancho y arrebatado y lleno de caimanes, que andando cebados,

se abalanzan á cualquiera cosa. Todos estos impedimientos no pesaron tanto como un alma redimida con la sangre de Jesucristo. Fué el Padre á ver su enfermo y con cierta medicina, en el nombre de Jesucristo, N. S., lo curó y consoló. Pero fué cosa maravillosa que en el camino halló otra enferma con menos peligro, al parecer, y esta se bautizó y murió luego, habiendo sanado el enfermo por quien el Padre había tomado aquel trabajo.

Viéndose un Indio entre los brazos y presa de un caimán, lleno de heridas, y casi ya rendido, comenzó á invocar el Santísimo nombre de Jesús, que poco antes le había predicado un Padre. Fué nuestro señor servido que la bestia fiera lo dejó.

Aconteció á un Padre, y un Hermano, que yendo por un arenal, bien fatigados del resistidero del Sol, en el medio día y sin reparo alguno, faltos de comida, secos de sed, y con mengua de todo, lo que les pudiera ser de alivio y consuelo, sufriendo su trabajo, y con buena consideración ofreciendo á Dios aquella incomodidad, con deseo que creciese cuanto S. M. fuese servido, á deshora vieron de repente un hombre sentado en medio del arenal con regalos de cocos frescos y otras frutas, tan compuesto, que edificando, admiraba; porque con tomarle los Padres y los que iban en su compañía de todos aquellos regalos, refrescando su calor y socorriendo su necesidad, mostraba singular contento y regocijo, convidando á que tomasen más, que suyo era de ellos, y él criado de los Españoles. Con esto pasaron su camino adelante (que de otra suerte fuera de grande incomodidad) dando gracias al que así los habia socorrido en la mayor necesidad. Y aunque el Padre no advirtió por entonces, después reparando en las circunstancias y buena gracia del hombre, se persuadió á que debía de ser algún ángel. Y no va fuera de camino, porque en la ocasión que les acudió, cuando no podían pasar adelante, por la inclemencia del tiempo y falta de comida, y el lugar donde le encontraron, donde nunca ha sucedido ver tan sólo un Indio y lo que es más, no conocido. Y con tanta largueza y liberalidad, con tan buena gracia, y tan apacible semblante, repartir de lo que tenía, diciendo, que todo era de los Padres; y que él era criado de los Españoles, en tiempo que no había ninguno en la isla. Todo esto persuade ser cosa más que ordinaria, y por lo menos de muy sin-

gular Providencia de nuestro señor. Y puédese bien creer que le eran aquellos pasos muy agradables por el singular y extraordinario fruto que dejaba hecho en el pueblo, de donde partió aquel día. De que por no multiplicar unos mismos sucesos, no digo en particular, y por pasar á lo que nos falta, que es mucho.



Capítulo LXXIV.

Los muchos cristianos que se hicieron en Carigara y su comarca.

Tenemos por particular Providencia de nuestro Señor, que siendo una la lengua natural de los indios de nuestras residencias, y fácil la mudanza de los sujetos de una parte á otra sin tener necesidad de aprender muchas; hay juntamente con eso variedad en los puestos y doctrinas. Porque unas se visitan todas por mar, como la de Tinagon ó Sámar; otras, todo por tierra, como esta de Alang-alang, otras, parte por mar y parte por tierra, como Dulac, Carigara y Bohol; que es gran comodidad, para disponer los sujetos según las fuerzas, y natural de cada uno, dando á los que no pueden andar por tierra, puestos de mar; y al contrario, los que pueden llevar el trabajo de los caminos. De esto hay asaz en esta residencia de Alang-alang, donde se han empleado cuatro Padres y tres Hermanos, trabajando en la viña del Señor, andando á pie (como por allá lo usamos) á los soles, y aguaceros, por ciénegas y ríos, con el agua muchas veces á la cintura. Pero con grande consuelo, y alegría en el Señor, por cuyo amor se toman estos y otros semejantes trabajos. Viven contentos nuestros Hermanos en estos pueblos, por ver que va nuestro Señor ganando para sí almas, cada día, y aficionando á su santa ley los que pocos años ha vivían sin Dios y sin ley. Desde el año de 1600 hasta el de 1602, que partí de allá, se habían bautizado dos mil y seiscientos y noventa y cuatro, en esta doctrina. Acuden con mucha puntualidad á sus sermones, misas y los demás oficios divinos, que en esta doctrina se celebran con más aparato y puntua-

lidad que en otras, por la comodidad de tres capillas de Indios que hacen ventaja á muchos Españoles. Usan cantar la Salve á Nuestra Señora, y algunos días su letanía, y los viérnes de cuaresma *miserere*, con disciplina, que todo esto es indicio de la fe que arde y luce en sus almas.

A esta residencia de Alangalang están anejas las dos de Ogmuc y Carigara con otros siete ú ocho pueblos por los cuales se han esparcido los nuestros (despues de haberse recogido á ejercicios entre año), dividiéndose á doctrinar la gente dellos. El Superior, que es el P. Mateo Sánchez, tomó á su cargo los pueblos más nuevos para hacer iglesias, y asentar puestos idóneos para la cosas de la cristiandad, como lo hizo en el pueblo de Lingayon y otros. De camino bautizó en Barugo veinticinco adultos, y en Carigara sesenta y tres.

En la residencia de Ogmuc tenemos acabada iglesia de las mejores que hay en esta isla, con la buena diligencia y trabajo del P. Alonso Rodríguez que estuvo allí mucho tiempo. A esta residencia fué el P. Francisco de Encinas y bautizó ciento y dos personas, las ochenta y una, adultos; y entre ellos algunos viejos, que por justicia parece que pedían el Bautismo, diciendo, que ya ellos estaban á las puertas de la muerte y como más necesitados habían de ser más favorecidos. Hacían preguntas de la vida eterna, y tratándoles el Padre de la resurrección de los cuerpos, le ayudaba un recién bautizado con el ejemplo de la culebra, que desnuda el pellejo y se renueva; y con otras comparaciones á este modo. De camino visitó el mismo Padre un pueblecico llamado Baibay, y bautizó en él noventa personas; y las ochenta y siete, adultos.

El P. Alonso Rodríguez hizo otra misión á un pueblecito llamado Ugyao, donde bautizó veintiocho personas, y entre ellas la mujer del principal del pueblo, la cual fué después instrumento de la conversión de muchos. Estuvo también en el pueblo, que llaman Leyte, de donde escribe un capítulo de carta al P. Visitador, que dice así. Mucho se consoló el Sr. Obispo con la vista de este pueblo. Pareciéronle los Indios muy mansos y rendidos á las cosas de nuestra santa Fe. Son continuos en la Iglesia, mañana y tarde, con tanta frecuencia, que parecía jubileo el tiempo que allí estuve. En los principales conocí un grande celo de traerme gentiles para que los bautizase. En esta vez y

otra que había estado, bauticé ciento y treinta y siete personas, niños y viejos. En Alangalang he estado, y me contentó mucho la gente, y todo lo de esta isla me parece cosa del cielo. No me harto de dar gracias á nuestro Señor por el singular beneficio, que me hizo, en traerme á esta tierra, y tenerme ocupado en este católico ministerio, para el cual me hallo muy indigno, y lo reconozco muchas veces delante de nuestro Señor, con lágrimas y confusión mia. Y tengo por colmadísima paga de muchos buenos servicios, el querer nuestro Señor ocupar á uno en estas misiones y que vea la merced, que hace S. M. á estos nuevos cristianos. A los de Ugyao acabo de visitar, y me parece gloria vivir entre ellos, gozando de las misericordias que Dios les hace. Esto dice en común el Padre; lo particular quiero mostrar con solos dos ejemplos. Estando un Padre en un pueblo de estos, costa de la mar, vino un Indio solo en un barquillo pequeño, con admiración de todos; porque no tenía pies, ni manos. Pero Dios y su ángel le ayudaron á gobernar el barquillo de suerte que llegó donde estaba el Padre, á pedirle con grande instancia que lo bautizase. El motivo que tuvo fué. Haber oído decir á un Español que los que no eran cristianos, iban al infierno. El Padre le bautizó con grande gusto suyo, y alabó á nuestro Señor que le había guardado en la mar, y gobernado al navichuelo con un hombre solo sin pies, y sin manos.

Desearon grandemente algunas personas que un Indio se hiciese cristiano, especialmente un Español que le tenía á su cargo, el cual con razones y regalos y por otras diligencias que hizo, pretendió convertirle, pero siempre le pareció, que se endurecía más. En este tiempo un Hermano nuestro acaso (aunque no sin Providencia divina) le habló de las cosas del cielo y en un punto aquella alma se volvió de veras á nuestro Señor. Bautizóse y fue padrino el Español con grande gusto de ver cumplido su buen deseo. El fruto de las escuelas y crianza de los niños ha sido muy grande. Porque estos en sus casas son maestros de sus mismos Padres, y con su buen ejemplo despiertan á devociòn los pueblos donde son repartidos.

Un niño de estos cantorcico de la iglesia respondió á un Español, que le daba parte de sus malos deseos, para que terciase de conseguirlos. Señor yo sé muy buen remedio

para esa tentación que tienes. Reza tú un rosario á la Virgen María; yo la rezaré otro por tí; así se te quitarán esos malos pensamientos. Quedó enseñado del nuevo cristiano el que á buena razón había de ser maestro.



Capítulo LXXV.

OTROS SUCESOS DE LA MISMA RESIDENCIA DE ALANGALANG Y CARIGARA.

Estando un Padre de partida de uno de los pueblos, que había salido á visitar, para volverse á la cabecera, le sucedió lo que el mismo Padre cuenta en un capítulo de una carta suya, y es lo que se sigue. Había en el pueblo un enfermo infiel, al cual el Padre visitándole había dado quien le instruyese y catequizase para el santo Bautismo; y pareciéndole que la enfermedad iba á la larga, lo dejaba así. Mas Dios que quería consolar aquella alma deseosa de su salvación, mudó los tiempos de tal suerte, que estando el cielo sereno y claro, cuando fueron á visitarlo, de repente se armó un aguacero tal y tan furioso, que parecía forzaba nuestro Señor al Padre (como á San Benito glorioso) á detenerse y dejar su camino para que aquella alma entrase por el verdadero del cielo. Con esto se puso á instruirle muy despacio, y habiéndole enseñado lo suficiente, le dió el santo Bautismo con gran consuelo y alegría de ambos. Al punto el aguacero cesó y aclaró el tiempo, de suerte, que dejando consolado á aquel pobre, ó por mejor decir, rico en dones celestiales, hizo su camino el Padre muy cómodamente. Al cabo de pocos días sin preguntar nada, llegó al Padre un Indio y le dijo: ya, Padre, aquel indio que á la venida bautizaste, se le llevó nuestro Señor.

La Cuaresma y Semana santa acudieron á sus penitencias con devoción grande, derramando su sangre con tanto fervor, que era menester irles á la mano, y esto con tan buen deseo, y fervoroso, que los que por no alcanzar túnicas, no salían, esperaban las ensangretadas, para volver de nuevo á bañarlas

en su sangre. Ni fué menor el fervor en los niños, que muy pequeños pedían licencia, desconsolándose en gran manera si se les negaba. Ejercitaron estos nuevos cristianos otro género de penitencias, las dos últimas semanas de Cuaresma, con grande edificación. A prima noche salían con sus túnicas atadas las manos en forma de cruz á un palo, colgando de cada una dellas una bien pesada piedra, y de esta manera rodeaban al pueblo, y venían á parar á la iglesia, de dó habían salido, estándose en ella de rodillas por buen espacio, ofreciendo su penitencia á Dios nuestro Señor. Los niños lo tomaron antes. Porque en los días de carnestolendas, en los cuales entre nuestros antiguos cristianos hay tantos desórdenes, se concertaron ellos de dos en dos; salían con gran devoción las manos en cruz aspados en un palo y con piedras colgando de cada lado. Para lo cual el uno ataba al otro, acompañándole hasta que volvía á la puerta de la iglesia: donde desatándole tomaba el palo y las piedras y volvían acompañándole el que antes las había llevado: y así se pagaban el uno al otro con mayor devoción y celo, de lo que el tiempo de carnestolendas obliga á gente de más edad y juicio y obligación. Así los regala Nuestro Señor con sus misericordias, como acaeció á un niño, que por ser la historia muy suave no se sufre dejalla. Estaba un niño de hasta cinco ó seis años enfermo de los ojos; el chico con el dolor se fué á un Padre, quejandosele amorosamente; el Padre le respondió con ocasión de que pocos días antes le había enseñado el Ave María, que entrase en la iglesia, y que de rodillas la rezase y ofreciese á la Vírgen Santísima nuestra Señora: el niño lo hizo así, y acabada su oración, salió y púsose á jugar con los de su edad, muy contento. El Padre viéndole tan alegre entre los demás le llamó, y preguntóle si estaba bueno: él respondió que luego en rezando el Ave María á nuestra Señora, se le había pasado el dolor y quedado sano.

Entre las veces, que los nuestros han salido á correr el campo y despojar al enemigo de su antigua posesión, fué una de que escribe el Padre Mateo Sánchez una carta al P. Viceprovincial, en que dice así. A los Padres que navegaban para Ogmuc y Sebú les sucedió mal el viaje, porque padecieron muchas molestias de tiempos contrarios y al fin metidos en una ensenada aguardaron tiempo mientras les duró

el matalotaje, y viéndose ya sin él, y el tiempo tan recio, y tan asentado, se determinaron volverse á Carigara, habiendo hecho en el ínterin, los dos que quedábamos, algunas visitas de importancia, y especialmente en Tunga donde, por haber sucedido unas muertes entre unos Indios principales, estaba el pueblo alborotado. Fué nuestro Señor servido que se comenzasen á componer y á sosegar, y se concertasen con las partes, y viniesen en amistad: y aunque entonces no se acabó, poco á poco se ha ido acabando, y los matadores, viniéndose á favorecer de nosotros para que por nuestro medio se hagan las paces y se compongan. Ha sido una cosa de grandísima importancia, porque andaba esta isla medio levantada y llena de forajidos; y ha sido nuestro Señor ser vido que con la suavidad, y amor, con que se les ha acudido, se ha ido deshaciendo como humo, de suerte, que de doce matadores, que por diversas muertes andaban huídos en cuadrilla por los montes y caminos, amparando esclavos y fugitivos que á ellos se juntaban, y mujeres ruínes, y aún grandes hechiceras, que, ó ya por afición al mal, ó ya por temor de castigo de algunos pecados que habían cometido graves se iban con ellos; todos se han reducido, y venido á nosotros, así hombres, como mujeres, pidiendo favor, perdón y penitencia. Sólo uno falta, que fué el primero y como la cabeza de todo este ruido, y de éste tengo esperanza en la gran Misericordia de Dios que le traerá; porque, aunque es muy difícil concertarse con las partes, y alcanzar perdón por ser muy principales y ricos, porque el muerto era uno de los más famosos y valorosos Indios, que en esta isla había, llamado Humbas, que siempre había sido gobernador del pueblo de Ogyao, y actualmente lo era; mas porque sus hijos todos son cristianos, y el hijo mayor D. Felipe Tipon, muy buen hombre y muy devoto nuestro, y bien enseñado y enterado en la cristiandad; me prometo que no será muy difícil el recabar de él el perdón, y componer esto, y dar fin á una cosa, que mucho hemos deseado y procurado para la mayor gloria de Dios. Esto dice el P. Mateo Sánchez.



Capítulo LXXVI.

LA MISIÓN DE PANAMAO.

Es Panamao una de las islas adyacentes á esta de Leyte, á la parte del Norte, casi continuada con ella, pues las divide un solo estrecho tan angosto, que tasadamente lo pasa una nave. Es abundantísima de árboles, y así dispuesta para fabricar en ella naves, como en otras muchas de estas islas. Con esta ocasión se estaba aquí en Diciembre de 1601 fabricando la nao, en que yo salí de aquellas islas luego, el Julio de 1602: y para esta fábrica se habían allí juntado muchos Españoles, Indios y otras gentes, que dieron suficiente ocupación al P. Francisco Vicente de nuestra Compañía, que de Carigara, ó Alangalang, los fué á visitar y consolar. Fué este Padre en coyuntura, que había tomado Dios la mano, á disponer los corazones de toda aquella gente, y lo estaban dispuestos, como de la divina mano, con un caso que los espantó y atemorizó, y fué. Un negro ladino, que acudía allí al servicio del capitán, tenía su mujer en su compañía, y siéndole fuerza hacer ausencia en busca de algunas cosas necesarias para el buen progreso de la obra, á la vuelta una noche halló á su mujer con otro; por lo cual irritado con la furia de los celos, mató á lanzadas al adúltero, y á ella la dejó por muerta. Fué el caso lastimoso, por ser el muerto un mozo muy bien dispuesto y querido de todos y verle muerto sin Confesión, y en tal trance á manos de un negro, un hombre honrado; con esto todos se movieron á penitencia, para cuya ayuda hubo de llegar el P. Francisco Vicente, que hallando la mies dispuesta, fué con sus sermones, pláti-

ticas y confesiones gozando del fruto ya sazonado como lo cuenta el mismo Padre en una suya, que dice así. Llegué á Panamao el Sábado del último Domingo de Adviento y recibiónos el capitán con mucho amor y regalo: es un grande pueblo el que allí se ha juntado de Indios y de Españoles, y en todos nos dió nuestro Señor buena cosecha de almas. En llegando procuré hablarlos y acariciarlos. Traté luego de que se hiciese iglesia; hízose de manera, que el día siguiente dijimos misa, y les prediqué cosas tocantes á los pecados declarándoles su fealdad, sus daños, etc. y en especial les traje á la memoria el ejemplo fresco ó sermón, que nuestro Señor les había predicado poco antes. Moviéronse todos notablemente, y determinaron de pedirme Confesiòn y remedio de sus almas; yo porque tan buena presa no se perdiese, fuí dando priesa, ya predicando á los Españoles, ya á los Indios. Aquel Domingo hice tres sermones; fuera de esto, con pláticas particulares procuré atraer á las cabezas y principales tratándoles cómo se habían de confesar; y porque entendieron que yo me había de venir luego, después del primer dia de Pascua, me rogaron que para poder hacer sus confesiones, como era razón me detuviera, siquiera hasta el tercer día. Yo se lo concedí, y desde aquel punto comenzó aquella gente á entrar con tanta devoción, Españoles é Indios, que causaban confusión; yo no perdía ocasión, ya animando ya consolando, ya facilitando, ya enseñando, procurando acudir á dos manos. Comenzaron las confesiones antes de amanecer como á las cuatro de la mañana, y acudían con confesiones generales de toda la vida y de muchos años, con lágrimas y sollozos, que había menester, antes tener la rienda y animarles, sin ser necesario lo que suele ser ordinario de buscar razones para la contrición y dolor. Fué forzoso en aquella ocasión salir unos Españoles á otra isletilla, de los cuales unos por no perder la ocasión acudían, recompensando con mucha devoción la brevedad del tiempo, otros que aun ese poco les faltaba, me aplazaban para la vuelta, con grande dolor suyo y envidia santa á los que quedaban. En efecto, lo que en estas almas pasó, Dios lo sabe mejor: lo que yo sé decir es, que no he visto tales lágrimas y conversiones tan de veras. Que hubo personas, que las noches enteras pasaban llorando con un Crucifijo en las manos. Tan recogidos los días de Pascua, que parecía Viernes santo, no saliendo de casa sino

era á misa ó tratar conmigo del remedio de sus almas, mostrando las mercedes que nuestro Señor les hacía en el silencio y modestia del rostro, y el dolor que interiormente sentían, y la luz que nuestro Señor les iba dando, en el ir y volver de sus casas, donde yo estaba, con mil escrúpulos para allanar y satisfacer las conciencias: yo daba mil bendiciones á Dios nuestro Señor, que me había traído allí para tanto bien de tantas almas. Certificáronme personas, que cosa semejante no habían visto. Fuimos repartiendo las confesiones para que mejor se dispusiesen por los días de Pascua: y cierto que los ratos de consuelo qne tuve cuando les iba dando la Comunion á cada uno (donde parece les leía los corazones) si las hubiera de comprar á peso de trabajos, que mil venidas de España eran pocas. Habíame de venir el cuarto día de Pascua; pero no fué posible, porque me lo pidieron con encarecimiento y ruegos, y algunos también, no habían acabado sus confesiones. Así fué necesario aguardar hasta el Domingo. El Domingo hicimos las amistades del matador, y de la adúltera, perdonándose, abrazándose y confesándose con mucha devoción. El Lunes por la mañana, poco mas de á las dos, por haberme de partir, dije misa, y no fué tan secreto que todos con su mucha devoción no acudiesen, y sintiendo mi partida, daban con lágrimas y palabras á entender el sentimiento de mi ida, aplazándome, que presto había de ir á consolarlos y con esto me vine glorificando al Señor. Dejé comenzado un hospitalico de los enfermos y pobres, donde acudían todos con sus limosnas y personas al servicio: la gloria sea á nuestro Señor Jesucristo de quien procede todo.



Capítulo LXXVII.

MUERTE DEL P. FRANCISCO ALMERIQUE Y OTROS SUCESOS EN MANILA.

Por fin de este año de 1601 lo dió á sus trabajos el P. Francisco Almerique, cogiéndole la muerte muy bien ocupado y con mucho gusto y consuelo en ellos. No tuvo otra enfermedad que los mismos trabajos, que le fueron, espacio de casi veinte años, gastando y adelgazando, de modo, que la primera calentura, sin resistencia lo acabó en cinco dias. Estaba actualmente formando unos pueblos de Indios y otros de Negros, que en Manila llaman Itas, que los había atraído de unas sierras ásperas y persuadiéndolos á poblarse en un bello pueblo y apacible sitio, fértil y agradable como dos ó tres leguas de Antipolo, poniendo á este nuevo pueblo nombre de Santiago. En Manila primero y después en la doctrina de Taitay, se ejercitó en las ocupaciones de lenguas y almas, que ya hemos dicho, con grandísima satisfacción de todos que le trataban: porque con su gran humildad y mansedumbre era amado y deseado, seguido y obedecido, honrado y respetado, y tenido por santo. No perdonaba trabajo en razón de acudir á las almas, ni reparaba en tiempos, de día y de noche, con aguas y soles, léjos y cerca, sin acordarse de sí ni de salud, incansablemente acudía á quienquiera que le llamase. Su mayor ocupación fué atraer gentes de los montes y despoblados con lazos de amor, y de suavidad. Tuvo tal gracia en esto que á porfía se le venían los pueblos enteros, como ya dijimos; y dejando á otros el cuidado de los ya ganados, se daba á ganar y atraer otros de nuevo. No se pasaba día de fiesta ni Domingo que no

predicase, y muchas veces decía dos misas y hacía dos sermones, en dos diversos pueblos. Y porque esta gente con todas sus cosas acude al Padre, lo ordinario, acabada la misa, le acaecía siempre estarse respondiendo y consolando sus Indios, con una paciencia incansable, sin comer hasta más de medio día, y aun hasta las dos y tres horas después. Ibasele el alma tras uno de estos pobres y tanto con más afición, cuanto mas vil era el Indio. En este trato y ocupación se le comunicaba Dios nuestro Señor muy familiar y afectuosamente, trayéndole siempre presente con muy frecuente y fervorosa oración. Ésta alcanzó en grado tan levantado, que los que muy en particular le trataron, afirman que, *erat divina patiens*, usando del modo de decir del glorioso S. Dionisio; y así nos admirábamos de ver juntas una oración tan alta y tan sublime, con acción tan continua y ocupada. En esta correspondencia fué su muerte pacífica y descansada, alegre y llena de consuelo del cielo, en el colegio de Manila, donde yo mismo le traje á curarle, recibidos los Santísimos Sacramentos con mucha devoción, Domingo 1.º de Adviento, al mismo punto que todas las iglesias tocaban las Ave Marías, á 2 de Diciembre 1601, día del glorioso tránsito del B. Padre Francisco Javier, cuyo verdadero imitador fué siempre. Fué su muerte bien sentida y llorada, y con lágrimas y solemnidad celebradas sus exequias, y colocado su cuerpo en la capilla mayor de nuestra iglesia de Manila, delante las gradas del altar mayor.

En este tiempo proseguíamos nuestras ocupaciones en Manila con los prójimos, adelantando siempre nuestro Señor el fruto en todas ellas, tanto en las que tocan al culto divino, y salvación de las almas, cuanto en las que son de estudios y letras. Á los estudios de Latinidad se añadió una lición de Filosofía, á que dió principio este año el P. Miguel Gómez, que la había leído en Gandíxi; y á la primera lición, que sirvió de principio de estudios de este año, y ella fué grave y erudita, hubo concurso de buen número de estudiantes, Clérigos, Religiosos y otros estados, y la autorizaron el Gobernador, Presidente y Oídores que se hallaron presentes. Después se prosiguió con buen número de estudiantes y con los actos, conferencias y otros ejercicios, que en esta facultad se acostumbran, en que ellos han dado buena muestra de sus ingenios y habilidades. Las dos Congregacio-

nes de la Anunciata, la de estudiantes y la de seglares, que á porfía la una de la otra se aventajan en la devoción y servicio de la Santísima Virgen, celebraron su fiesta de la Anunciación ambas á una, con grande aparato, majestad y devoción suya y del pueblo.

Estaba la juventud de esta ciudad necesitadísima de un Seminario donde pudiese recogerse y criarse en virtud, lo cual, aunque había años se deseaba, no había podido tener efecto hasta el año pasado, que con el favor divino se dió principio á uno, tomando por patrón al glorioso San Joseph; pusiéronse en él dos de la Compañía, un Padre y un Hermano, que lo tienen á cargo. El día de la fundación acudió la real Audiencia, la sede vacante, y religiones y otra mucha gente de la más principal de esta ciudad. Estaban los colegiales ya vestidos con mantos de husi que es una tela delgada á manera de picote, que tira á color morado, y becas de cordoncillo colorado hasta en pies: salieron á la puerta del colegio á recibir la real Audiencia, y luego en la capilla dijo la primera misa el Arcediano de Manila, siendo acolitos dos de los mismos colegiales, que fueron D. Pedro Tello de Guzmán, sobrino del Presidente y D. Antonio de Morga, hijo del D. Antonio de Morga, Oídor de la real Audiencia. Acabada la misa, oraron otros dos colegiales dando cuenta de lo que se pretendía con la fundación de este colegio, de que quedaron muy satisfechos y agradecidos al trabajo, que la Compañía tomaba. Fueron los colegiales fundadores trece. Hase ido acrecentando el número hasta pasar de veinte, como ahora quedaban, que no es poco para principios, en tierra tan nueva. Acudió mucha gente á ver el colegio y sus oficinas, maravillándose del concierto y traza, y alabando esta obra de tanto servicio de Dios nuestro Señor, y de esta república. Acuden con puntualidad á los ejercicios de devoción y distribuciones de tiempo, según el orden del colegio, y así aprovechan en letras y virtud. También los Indios acuden á los nuestros como á padres y con la confianza de hijos fieles, comunicando sus dudas, y dando cuenta de sus cosas, como fué uno, que estando el día de Nacimiento de Cristo Nuestro Señor en su casa con gran contento remendando su embarcación y trabajando para hacer viaje el día siguiente á sus empleos, sucedió que pasó uno por su casa y le dijo. ¿Cómo siendo hoy Pascua te atreves á trabajar? Él burlando, le res-

pondió: ya yo tengo licencia de Jesucristo para ello. Pero no se tardó mucho el castigo, porque preparándose ya para su viaje, el mismo día le salteó su casa una recia y grave enfermedad sin dejar hijos ni mujer, apretándole á él, y poniéndole á lo último, sin que saliese de su casa en casi tres meses; vino compungido y reconocido de su culpa, y comunicando este negocio pidió consejo, confesóse, y dispúsose para la Comunión, con que quedó bueno y sano, y pudo hacer lo que por sus pecados Nuestro Señor le había impedido.

Estando un Hermano nuestro en un pueblo de Indios lejos de esta ciudad, sucedieron dos casos, en que se vió y manifestó la virtud sobrenatural del santo *Agnus Dei* tan conocida por otros muchos, y muy grandes milagros. Riñeron dos mujeres, como es ordinario entre bárbaros y gente baja; la una de ellas era grande hechicera, y con ira y enojo amenazó á la otra, prometiendo en breve la venganza con sus hechizos. Fuese á su casa, y en entrando la pobre India en la suya, descuidada, le dió un recio temblor de todo el cuerpo, con el cual levantándose del lado de su marido, que estaban cenando, forcejaba por echarse de una ventana abajo; turbado el marido corrió á remediarla, dando voces á sus vecinos, pidiéndoles favor. Acudieron tres, los cuales á penas la podían tener. Envió el Hermano á saber, que era aquel alboroto, y sabido el caso, hizo llamar el marido, y dióle un pedacito de *Agnus* en una nómina, exhortándole á que tuviese fe y que luego sanaría su mujer; é hincado de rodillas el Hermano, pidió á N. Señor para mayor firmeza en la fé de aquellos nuevos cristianos se sirviese favorecer su deseo, llegó el marido con el *Agnus*, y no hubo bien puestoselo, cuando quedó libre de aquel temblor y espanto, perseverando con quietud. Esto se publicó luego; y otro Indio que estaba hechizado de la misma India, vista la maravilla, y lo barato con que Dios vendía la salud á los que le invocaban, pidió la misma reliquia, y sucedió conforme á su fé quedando confirmados en ella, y agradecidos á los beneficios de la liberal mano del Señor.



Capítulo LXXVIII.

EL NÚMERO DE PUEBLOS DE LA DOCTRINA DE TAYTAY, Y COMO PROCEDÍAN EL AÑO 1602.

Doctrinaban los pueblos de San Juan del Monte, Antipolo y los demás, el P. Francisco Almerique y el P. Tomás de Montoya con la ayuda de otro tercero Sacerdote, que deseaba ser admitido en nuestra Compañía, y se ocupaba en ayudarnos en esto con gran fruto de los Indios, cuya lengua sabía excelentemente. Con los cuales se juntó el P. Ángelo Armano, que había ido de acá el año antes, y habiéndole detenido en Manila ordenando la historia de los santos, cuyas reliquias se habían colocado, como dijimos, en nuestra iglesia (la cual él hizo muy erudita y elocuente) concluído con esto, pasó á Antipolo, donde comenzó á aprender y ejercitar la lengua; con mucho fruto de todos aquellos pueblos. Muerto el P. Almerique (que tenía más hombros que todos) cansó la carga á los demás de manera, que yendo uno á uno enfermando, vino á quedar con toda la carga el P. Angelo, y la llevó con gran valor algunos meses. Tiene esta doctrina tres pueblos principales, que son todos tres cabezas de otros, que á cada uno de ellos están anejos y subordinados; y cada uno pide, y ha menester, por lo menos, dos Sacerdotes, y asistencia ordinaria, para dar abasto á tantas almas. Porque S. Juan del Monte, que será lugar de cuatrocientos vecinos, tiene junto á sí á Dalig y Angono; Antipolo tiene sietecientas casas, y más los dos pueblos de Santa Cruz y Maihai; Santiago, se iba actualmente poblando con más de otros cuatrocientos vecinos, con otros pueblos en

contorno, y dos en particular de Negros ó Itas. Toda esta gente quedó á cuentas del Padre Angelo Armano, y la tuvo en mucha devoción y fervor la Cuaresma de 1602, sin que por eso perdiesen punto en sus ejercicios de devoción en toda ella, y particularmente la Semana santa, en la cual se celebraron los divinos oficios con mucha solemnidad, y se tuvieron sus procesiones de sangre en las dos iglesias de S. Juan y de Antipolo, con buen número de confesiones y comuniones: para los cuales vino de Manila á ayudarle otro Padre lengua, mediada la Cuaresma con orden de no gastar en ello más que una semana, por la falta que había en Manila. Pero luego, el segundo día de Pascua, el Rector de Manila con otros dos Padres lenguas, por vía de vacaciones, fueron muy depropósito á concluir las confesiones y comuniones de estos pueblos; y en un mes que estuvimos allá, fué notable el concurso de la gente que acudió á confesar, y muy grande el número de las comuniones. En esta ocasión sucedió un caso extraordinario con la imagen de nuestro B. P. Ignacio al Padre Pedro de Segura, que era uno de los que habíamos entonces ido de Manila allá. Llamaron una madrugada para una mujer, que estaba muy peligrosa de parto y se quería confesar con él. El Padre mientras se vestía para ir, envió á buscar una imagen de nuestro Padre, con quien él tiene mucha devoción, acrecentada con el suceso de los naufragios, que contamos, en que el mismo se halló. Tardaron en tomar la imagen, y así llegó el Padre primero á la enferma, y habiendo la confesado, llegó la imagen. La pobre mujer estaba muy fatigada, y á dicho de la partera, en extremo peligro, por tener la criatura muerta, y sin remedio de echarla por estar atravesada en el vientre. Exhortóla el Padre á la confianza en nuestro Señor: (y poniéndole la imagen delante) la dejó clamando al cielo con fuerza y dolor de su corazón. Volviéronle á llamar segunda vez para reconciliarla, y reconciliada y animada, como primero, se volvía. Al bajar de la casa el Padre, la mujer echó la criatura con espanto de todos por verla muerta, y á la madre viva y libre de tan gran peligro.

Los de Antipolo celebraron con gran solemnidad la fiesta del Santísimo Sacramento, acudiendo no sólo los sujetos de nuestra doctrina, sino de otras muchas. Hízose un diálogo en la lengua tagala, el cual recitaron los niños del Seminario con gracia y muestras de ingenio, gusto y consuelo de los oyen-

tes. Va este Seminario en gran aumento asi en lo temporal como en lo espiritual, acudiéndoles los Indios con buenas limosnas para su sustento, y lo que más es de estimar proceden con tanto concierto y tanta edificación que pueden ser ejemplo á la juventud Española; y asi hay algunos de señalada virtud, y á quienes Nuestro Señor hace muchas mercedes. Van todos los días á oir misa, ó si falta quien la diga, á encomendarse á nuestro Señor á la iglesia; saliendo con orden rezando en voz alta la doctrina cristiana, y llegados á la iglesia de rodillas la acaban. Celebran con gran solemnidad y música (que la tiene buena el Seminario) las fiestas, ejercítanse en ella, en leer y escribir y otros ejercicios honestos y virtuosos. El hospital va muy adelante, y los cofrades tienen repartidas por semanas los que han de acudir al servicio de los enfermos, y lo hacen con gran prontitud y devoción, como queda dicho.



Capítulo LXXIX.

LA NUEVA RESIDENCIA DE SILÁN Y SUS CRISTIANOS.

Este nuevo empleo de Silán, se encomendó á la Compañía de Jesús desde el año de 1599, por estar la gente de estos pueblos, donde había ya algunos cristianos, sin un Sacerdote, que los administrase, con no estar de Manila más que una jornada. Son cinco pueblos en que habrá como mil quinientos vecinos, sin otros muchos divisos y repartidos por los campos en sus sementeras, á su uso. Están en los Tingues, que llaman de Cavite, en unos montes de muy apacible temple, donde en ningún tiempo del año hay calor, antes declinan más á frío: la gente es llana y tratable, y muy dispuesta para cualquier cosa buena. Los primeros de la Compañía que los fueron á doctrinar, el año de 1601, de propósito y de asiento fueron el P. Gregorio López y el P. Pedro de Segura. Porque los meses y años atrás sólo habíamos ido algunos de prestado, como á otras partes por vía de misión ó de recreación y de la buena acogida que nos hacían, y fruto que con la divina gracia se hacía en ellos nos animamos á acudirles de propósito este año, poniendo allí de asiento los dos Padres que he dicho. Con cuya doctrina y buen ejemplo, perdieron y dejaron algunos malos usos y se aplicaron á las costumbres cristianas con afición y gusto, y muchos que no eran cristianos recibieron el santo Bautismo.

Acuden no sólo los domingos sin faltar ninguno á su misa y sermón, sino también los sábados á la de Nuestra Señora que se les dice cantada con solemnidad como la de los domingos. A la guarda de estos y de las fiestas, se alentaron

mucho con un caso, que sucedió en este tiempo, y fué que habiendo una mujer con codicia de acabar una tela, sentádose un domingo en su telar á trabajar en ella, después, cuando acudió, la halló toda comida de polilla. Ella misma lo publicó con grande conocimiento, de que había sido castigo y pena de aquella culpa. Para ayudar á catequizar los muchos catecúmenos de estos pueblos, y enseñar la doctrina á los innumerables niños, que aquí se juntan de todos ellos, nos proveyó allí Nuestro Señor de un Indio ciego en el cuerpo, pero muy alumbrado en el alma, que con grande fe, caridad y gusto de las cosas de Dios enseña á los que se quieren bautizar, catequizándoles mañana y tarde en la iglesia. Está tan diestro en el catecismo que ninguno de nosotros lo hiciera mejor; y así salen de su mano maravillosamente catequizados; y con ser ciego, tiene tanta cuenta con mucho número de catecúmenos, que echa menos uno solo que le falte, y avisa al Padre de ello. La primera vez que comulgó fué día de Nuestra Señora con tan profundo respeto y reverencia, que temblaba al tiempo de recibir la sagrada Comunión, con una devoción tan grande que la pegaba en verle. Es de más estima lo que este hace por haber salido de un extremo á otro, que era antes del número de los Sacerdotes de la gentilidad, que aquí llaman catalones, y se ha vuelto predicador de nuestra Santa fe, lo cual cuenta deshaciéndose en acción de gracias, y engrandeciendo la gran merced y beneficio, que Dios le ha hecho.

Aunque con gran trabajo de los Padres, por haber sido necesario salir por montes y riscos al parecer inaccesibles, ha sido grande el aumento de esta doctrina, porque los iban á buscar á sus chozuelas y sementeras, que parece que el demonio para imposibilitarlos á la doctrina y verdad evangélica, les había persuadido buscasen lugares incultos y fragosos, do no se pudiese llegar sino con grandísimas dificultades: han gastado gran parte de tiempo los Padres en esto y así han traído á poblado (con gran consuelo de sus almas) gran número de gente de todas suertes. Viejísimos, que parecían retratos vivos y asombros de la muerte; hombres, mujeres y tiernecicos niños de todos estados, han con este modo conocido la verdad evangélica: y como ven que todo es sin interés; más antes acudiéndoles con nuestra pobreza, cautívanse y entran luego en el número de los fieles.

Hanlos socorrido los Padres en sus enfermedades, y así

en una pestilencia, que corrió en una visita de esta doctrina se acudió allá dos veces á confesarlos, con ser muy distante y de tan mal camino, que en sola la ida se pasan nueve ó diez barrancas asperísimas, que para poderlas pasar, por ser en tiempo de aguas, era necesario ir descalzos con el lodo en muchas partes á la rodilla: confesaron todos los enfermos, de los cuales luego se llevó Nuestro Señor algunos. Á la vuelta de este pueblo, se vino el padre por un pueblecillo de cristianos no sujeto á esta doctrina, que estaba metido en gran aspereza de quebradas, y entre todos ellos no hubo uno que en toda su vida se hubiese confesado: recibieron al Padre con gran contento, saliendo más de un cuarto de legua á recibirle, y al salir del pueblo acompañándole otro tanto: confesó algunos, y todos quedaron deseosos de acudir á nuestra doctrina, y lo pusieron por la obra al cabo de cuatro meses, arrancando todo el pueblo y viniéndose con sus familias á Silán. Esto, con otros sucesos buenos de esta residencia de Silán, dice muy bién por una suya para el P. Visitador el P. Gregorio López, de esta manera. En estos principios me dijeron, que en Caibabaya había una Catalona ó Sacerdotisa y por atajar el mal, si lo hubiese, y conocer aquellas sementeras y gentes apartadas, fui allá con deseo de hacerles más obras de Padre que de juez; lo cual me cumplió el Señor que es verdadero Padre de todos. Porque no hallando mal presente sino sólo rumor de cosas pasadas; procuré acreditar la persona, que infamaban; y hallando en una de las últimas sementeras á un viejo de setenta años, que había días que estaba enfermo, y como tullido, le bautice, poniéndole por nombre Ignacio y á otros muchos que aun no estaban bautizados convidé, avivándoles el deseo de tan grande bien, facilitándoles el aprender lo necesario, que es en lo que comunmente reparan. Convocábanse unos á otros de entre aquellos montes y sementeras, y andábanse tras mi con muestras de amor, y deseo de regalarme y después acá se han bautizado muchos de todos estados, niños, mozos y viejos. Pasados algunos días me avisaron que en los pueblos de Malabag, Balete y Dinglas había muchos enfermos con necesidad de socorro; partí de mañana, dicha misa, pensando volver á la tarde; y la experiencia y necesidad me desengañaron, porque hallé en Malabag muchos enfermos: á vueltas de ellos se confesaron muchos por achacosos y viejos y por prevenirse; que

la enfermedad picaba en muchos, y quizá no pocos por gozar del barato del nuevo confesor en su pueblo. Pasé á Balete, y hallélo hecho un Hospital: porque arreo confesando por todas las casas, sin poder acabar aquel día, proseguí el siguiente, y después pasé á Dinglas, donde hallé la misma necesidad. Muy consolados quedaron todos, enfermos y sanos, y yo volví ya de noche á Silán con el Fiscal y otros que me acompañaban. Otras salidas más cortas se me ofrecieron por las sementeras de este contorno de Silán por haber en ellas enfermos necesitados, y por tomar noticia de la casas y personas que hay por estos campos: de donde también redundó el tratar de traerlos al pueblo, y que trajesen á él su arroz y atillo, con deseo de cumplir lo que V. R. tanto desea, y tanto conviene, para ser bien doctrinados. Mucho valió para esto y para todo, la buena industria y cuidado del Padre, mi compañero: y para dar más calor, con destreza, á esta junta, y consolar con la doctrina conveniente á esta gente y animarla, fué de grande importancia la venida del Padre Rector y del P. Diego Sánchez que asistió aquí hasta Cuaresma. Porque pasada Pascua de Navidad me llamaron para Manila, volviéndome á enviar la Cuaresma á este pueblo de Silán. Hallé estos días muy promovida la doctrina con muchos nuevos que los Padres, que aquí estaban, habían recogido, viniéndosenos cada día de otros pueblos, y todo el pueblo de Indán junto, gente toda muy necesitada, y cuasi la mitad sin Bautismo. Bauticé, el día de San Gregorio, veinticinco de los cuales sola una enferma contamos por adulta, y el día de la Anunciación, 21 de ellos, los diez y nueve adultos; y ahora se prepara otro buen número. Son por todos los bautizados este año, como doscientos; las confesiones, muchas en gran número; los admitidos á la Comunión, como cincuenta, de los cuales los más escogidos son cofrades.

Hicimos nuestro monumento lo más bien compuesto que pudimos, celebrando los oficios, con lo cual ha quedado esta gente nueva con nueva noticia de oficios de Semana santa. Los disciplinantes que salieron en forma de procesión, fueron lunes santo los cantores por prevenirse. Otros quisieron salir martes santo, pero yo se lo impedí, por ser el día áspero, de recios vientos. Salieron miércoles santo, y otros en mayor número jueves santo. Nuestra procesión principal fué viérnes santo, en la tarde, con dos pasos: uno de un Crucifijo pequeño

por no le haber mayor, y otro de Nuestra Señora, cantando la capilla las letanías. Acabada esta procesión se juntó gente que poco bastó para hacer otra; y la causa era la falta de túnicas, que con esto remudaban y prestaban. En las otras procesiones, fuera de la principal, la música era la doctrina cristiana que los niños iban cantando.

No dejaré proseguir lo que en otras he escrito á V. R. de las misericordias que el Señor usa por medio de una estampa de nuestro B. P. Ignacio, pues el Señor siempre las continúa con la buena fe de estos cristianos. Á una mujer trujeron de fuera enferma y sin habla; íbasenos muriendo sin remedio de sacarle palabra, ni señas para absolverla, y la información de si había pedido Confesión era dudosa; trújome esto cuidadoso y con pena hasta que le llevé la imagen de nuestro B. P., y dicha misa por la enferma volví, habló y confesóse muy bien; tornó á perder el habla y murió en paz.

Después que volví esta segunda vez, llamaron á priesa, que una mujer enferma y preñada estaba con recios dolores y tormentos; fuimos, y era conpasión verla golpeándose sin se poder sufrir, con riesgo de morir ella y la criatura, que entraba en nueve meses. Hice llevar la imagen de nuestro B. Padre y quedaron con la enferma Diego, nuestro buen ciego, y su mujer, que hace oficio de comadre. Hicieron tan buen oficio con la intercesión de nuestro B. P. Ignacio á quien han cobrado gran devoción, que muy en breve me enviaron á llamar, que bautizase la criatura, que había nacido viva. Bauticéla, y murióse, y sanó la madre.

El sábado santo vino un muchacho turbado, diciendo, que el demonio quería ahogar á su hermana. Fuí allá y halléla como que se ahogaba con apretura del pecho y garganta y con aprehensión penosa. Pedí la imagen, y traída se confesó la enferma y quedó consolada sin aquella apretura y pena; y para su mayor consuelo le dejé la imagen, que le hiciese buena compañía.

El día siguiente, Domingo de Pascua, nos la dió muy alegre el Señor: porque vino por la mañana un hombre recienvenido de Indán diciendo que su mujer quedaba muy fatigada con dolores de parto. Enviéle con un muchacho, que tomase la imagen de nuestro B. Padre y la llevase á su casa. Fué luego, y entrando la imagea parió la mujer. Que parece haber querido confirmar el Señor á esta gente nueva en su nueva

venida y fe. Los días pasados vino á priesa un Bilango á pedir la imagen para una mujer que estaba de parto, y en llevándosela, parió. También en Santiago acordándose el fiscal de lo que había oído de nuestro B. Padre, le pidió su favor estando su mujer con gran riesgo de la vida, en otro semejante trance, y luego salió á luz la criatura viva: y en recibiendo el agua del santo Bautismo pasó á gozar de la luz eterna. Hasta aquí es la carta del P. Gregorio López, en la cual pudiera muy bien acrecentar otros muchos y muy raros sucesos y casos prodigiosos sucedidos entre aquellos nuevos fieles, y dejólos, quizá, por la brevedad, y por ser muchos muy semejantes y parecidos, por lo cual yo también los dejaré. Más no dejaré uno que sucedió en ausencia del P. Gregorio López, habiendo quedado en Silán su compañero, que era el P. Pedro de Segura. Á este Padre vinieron una noche dos Indios pidiendo remedio para una mujer del uno y deuda del otro, que habiendo padecido recios dolores de parto, quedaba en extrema necesidad sin poder parir y señaladamente pedían con simplicidad alguna cuenta bendita. El Padre les dió su relicario, y en saliendo los que lo llevaban se acordó de la imagen de nuestro B. Padre Ignacio. Hizo luego llamar el fiscal (que siempre es hombre maduro y de confianza) diósela que la llevase á la enferma. En viendo la India la imagen y tomándola en las manos con devoción y afecto, al punto parió un niño bello como un ángel, con alegría suya y admiración de los presentes: y con este motivo le puso luego por nombre Maliuag, que quiere decir difícil, y en el Bautismo Ignacio, en memoria de tan señalado beneficio. Con ocasión del nombre que puso esta mujer á su hijo en naciendo, se me ofrece decir el uso, que esta gente tiene en el poner los nombres.



CAPÍTULO LXXX.

DEL MODO DEL NOMBRARSE DE LOS FILIPINOS.

En naciendo la criatura toca á la madre el nombrarla, y el que ella le dá, ese es su nombre. Danlos, las más veces, con ocasión de motivos que se ofrecen: como *Maliuag*, que quiere decir difícil, porque lo fué en nacer; *Malacás* que quiere decir hombre de fuerzas, porque le parece que lo será ó lo querría. Otras veces sin misterio ni consideración le nombran con la primera palabra que se les ofrece. Como Daan, que es camino. *Bábuy*, puerco. *Manoc*, gallina. Con estos nombres los llaman todos desde que nacen, sin usar sobrenombres hasta que se casan: entonces el primer hijo ó hija da nombre á los padres, porque hasta que mueren llaman al padre, *amá ni cuan*, padre de Fulano y á la madre, *iná ni cuan*, madre de Fulano. Ã las hembras les distinguen los nombres de los varones añadiéndole *in;* por manera que siendo uno mismo el nombre en sustancia de dos personas hombre y mujer, el nombre de hombre se nombra intacto; al de la mujer le añaden *in* v.g. *Ilog*, que es río, es el nombre de los dos, llamando al hombre Ilog y á la mujer Iloguin. Para nombrar á los niños usan de diminutivos, como nosotros, que por no salir los límites de historia y meterme en los de la gramática, no los diré, como ni de otros nombres más particulares, más domésticos y mas regalados que tienen para casi todos los grados de parentesco v.g.: *amá* es padre; asi le llama el hijo cuando habla de él con otro tercero, *ang amá co*, Mi padre; más hablando con su padre no le llama *amá*, sino *bapá*, que es palabra más doméstica y

regalada; ni á la madre, *iná*, sino *bay*; y por el contrario el padre y madre á los hijos, y los hermanos entre sí y á los tíos y así á los demás deudos, los nombran no con los nombres comunes del tal parentesco, sino con otros más particulares y propios que significan el mismo parentesco, Que es también ejemplo de la copia, elegancia y cortesía de esta lengua tagala, de que dijimos en el cap. 16. Criaban también estos á sus hijos en un respeto y reverencia al nombre propio de sus padres, que muerto ni vivo, por ningún caso lo habían de nombrar; y tenían creído que nombrándole se caerían muertos, ó se tornarían leprosos.

En los principios muchas veces me vi con esta abusión harto fatigado: porque como yo no sabía el misterio, y en ocasiones de afabilidad y lisonja, ó de necesidad y fuerza, preguntaba el hijo por su padre, y no me respondía, hallábame confuso y corto. Más con la divina gracia este con los demás abusos y errores se quitó y olvidó, y jugábamos nosotros y los chiquillos, y aún los grandes á decir cada uno el nombre de su padre, diciendo yo también el del mío. Y no sólo eso sino nombrando los unos á los padres de los otros, cosa que ellos tenían por grande afrenta y desacato. General es en todas estas naciones, no tener nombres particulares de familias, ni usar, ante nombres ni sobrenombres, sino un nombre sólo, como he dicho. Agora ponen por sobrenombre, demás del nombre cristiano Juan ó Pedro, el que les pone la madre en el nacer. Aunque hay madres tan cristianas y políticas ya que no se lo quieren poner, sino que en el Bautismo se les dé el nombre y sobrenombre, y así lo hacemos muchas veces. El negro Don, á hombres y mujeres los ha engolosinado de manera, que cualquiera de ellos ó de ellas, que se estime en algo, lo ha de llevar por delante; y así hay entre ellos tantos y aún más que entre nosotros.



Capítulo LXXXI.

DE LA VISITA, QUE EL REVERENDÍSIMO DE SEBÚ HIZO Á BOHOL, Y DEL FERVOR Y AUMENTO DE AQUELLOS CRISTIANOS.

Habiendo el Reverendísimo de Sebú de proseguir la visita de sus ovejas, y determinando ir á esto á la isla de Bohol, que está, como hemos dicho, como 8 leguas de distancia al Austro de la de Sebú, quiso llevar por compañero al P. Francisco González de nuestra Compañía. Por relación de este Padre supimos el suceso de la visita en un capítulo de carta suya, que dice. Ya creo ha V. R. sabido la visita que S. S. hizo á la isla de Bohol; pero, porque me cupo á mí acompañarle, referiré á V. R. algo de lo que nos pasó, aunque en general. Visitó en esta isla de Bohol ocho pueblos que doctrinan los de la Compañía; y en ellos confirmó tres mil cristianos, gastando como veinte días en la visita. Fué singularísimo el fervor, que de esto se siguió; porque los cristianos se dispusieron muy bien para recibir este sacramento, confesándose muchos de ellos en todos los pueblos. Ultra de esto habiendo precedido en la iglesia á todos juntos ejercitarlos y examinarlos en el catecismo, confesando á voces los principales misterios de nuestra fe, se les hacía una plática, exhortándolos á tener mucho dolor de haber ofendido á nuestro Señor, al fin de la plática se ponían todos de rodillas, y á voces hacían actos de contrición y amor de Dios. Luego se les preguntaba si querían recibir el sacramento de la confirmación, y respondiendo en voz alta que sí, porque nuestro Señor les perdonase los pecados, y confirmase en la fe, entonces los confirmaba S. S. con una breve exhortación al cabo, con que quedaban muy consolados y confirmados en

la verdad de nuestro Santa fe. Ayudó mucho á esto el amor y afecto tan paternal, con que el Sr. Obispo los acariciaba así en la iglesia, como en sus casas, yendo á visitar los enfermos, y confirmándolos en sus mismas chozas, dándoles limosnas, y rescatando esclavos, vistiendo á los pobres, y haciendo otras muchas obras de misericordia. Fué muy singular el alegría de S. S. en ver estas sus nuevas ovejas tan bien doctrinadas y cuan bien respondían á las preguntas del catecismo, que delante de S. S. se hacía. Esto escribe el Padre, en breve.

Todas estas son llamas de aquel celestial incendio, que dijimos se había preso en esta isla, del cual hasta los niños pequeños son inflamados, y así en cada uno de estos pueblos se juntan cada día cerca de doscientos, alabando á la divina Majestad, cofesando sus grandezas, aprendiendo la doctrina cristiana, y juntamente enseñándola á sus padres y mayores. Las confesiones no tienen número; porque son tantas, cuantos son los cristianos, que ninguno queda sin confesarse la Cuaresma, aunque se confiesan muchas veces entre año, y á este paso van los demás ejercicios de piedad y devoción. Esta tuvieron muy particular el viérnes Santo de este año de 1602 á la adoración de la cruz, haciéndola con gran ternura, y quitándose, para ofrecerle, los anillos de los dedos y los zarcillos de las orejas. Pero porque el P. Gabriel Sánchez ha sido ordinario operario de esta isla, pondré aquí parte de una carta suya, en que dice algo de ella y de aquella cristianidad con su acostumbrada llaneza. En esta isla de Bohol se ha hecho este año mucho servicio á nuestro señor por el fruto que se ha sacado de la conversión de estos gentiles, plantando en este sequedal un muy hermoso jardín de plantas nuevas, que Nuestro Señor ha plantado. Hase juntado muchas gente, reduciéndose á pueblos donde son doctrinados. Agora cuando ésta escribo estamos en un pueblo de la playa, donde ayer bajaron otros dos pueblos de Tinguianes ó Montañeses, rogándonos ellos mismos que los dejemos vivir aquí, y por señal han traído hasta 40 niños para que se los bauticemos, y así se ha hecho. Que es tanto más de estima, cuanto estos dos pueblos han sido hasta agora de los más tercos y duros de toda la isla, sino que Dios los ha querido ahora ablandar. El sea bendito y loado que si hubiera habido Padres para todos, ya estuviera toda esta

isla convertida. Porque, aunque no hay *de facto* en esta doctrina más que cuatro mil cristianos; pero está tan bien dispuesta esta gente, que el día que tuviesen quien les enseñe y bautice se convertirán todos: y así los mismos pueblos, que no alcanzamos á doctrinar, nos vienen á rogar hartas veces; vamos á enseñarlos y á juntarlos en uno y bautizarlos. Pero como en esta isla ha habido pocos Padres, no hemos podido acudirles, y así se están, hasta que Dios les envíe socorro de Padres, que ellos están tan deseosos que ya nos tienen hechas casas é iglesias, sin haber aportado allá Padre ni díchoselo, que yo sepa: Dios cuya es esta hacienda envíe obreros, que harta mies hay aún en toda esta isla. Y cuando quisiesen extenderse, hay aquí cercanas algunas isletas en extrema necesidad espiritual, totalmente desamparadas de toda ayuda humana para su conversión. Adonde se pudieran hacer algunas misiones aceptísimas á Dios, y tanto más aceptas, cuanto ellas más desamparadas, porque no hay quien se acuerde de ellas, por ser isletas pequeñas; y llanamente se van al infierno, si de aquí no les acudimos; y no lo hacemos por falta de ministros. Una de estas se dicen isla de Fuegos, medio día de navegación desde aquí, de la cual han venido los principales hartas veces á rogarnos; vamos allá y saben ya rezar la doctrina cristiana, y con todo esto no se ha bautizado allí ninguno, aunqne claman por el Bautismo, porque no hay quien les parta el pan, y así perecen de hambre espiritual. Pero volviendo á nuestra isla, es muy para glorificar á N. Señor ver la estima que los de ella tienen de la cristanidad, y el fervor con que todos, á una mano, acuden á sus obligaciones de cristianos, y á sus confesiones y comuniones, y la pía y universal afición á las cosas de Dios. Habrá ocho días estaba en casa un mozo infiel, que de otro pueblo había venido á vernos; holgábase, y reíase con otros con harta modestia; pero con todo eso le dijo otro mozo cristiano que estaba allí: ¿cómo no eres cristiano y te ríes y huelgas? Esto escribe el Padre, añadiendo que los nuevos bautismos llegaron este último año á 400, y no más por no atreverse á bautizar en otros pueblos hasta ver Padres, que los conserven en la fé, y costumbres cristianas.



Capítulo LXXXII.

EL AUMENTO DE LA CRISTIANDAD EN CATUBIG.

La misma necesidad de Ministros evangélicos padecen las demás residencias como se habrá visto claro de lo que hasta aquí se ha dicho, pero particularmente en la de Sámar: este año sucedió por esta causa celebrar en un pueblo los oficios de la Semana santa y Pascua, y con ellos las confesiones y comuniones, junto con la fiesta y procesión de la institución del Santísimo sacramento. Lo uno y la otro con devoción y majestad, pero incómodamente por no hacerse en su tiempo.

Con todo eso por clamar extraordinariamente la gran necesidad de Catubig, que es como hemos dicho en la misma isla de Ibabao, á la parte Oriental della bañada con la mar del Sur, hubo de salir de Tinagón para allá el P. Juan de Torres con un hermano, por fin del año de 1601, porque había año y medio que no se iba allá, por no haber quien pudiese ir; y aunque agora se hizo falta á otros puestos, obligó á dejarlos la mayor necesidad de Catubig. Ejercitólos bien N. Señor á la ida, para que llegados allá gozasen del fruto gustoso que cogieron: porque demás de los ríos y pantanos, (en que iban casi los días enteros, con el agua en unas partes, y en otras con el lodo, hasta la rodilla) las cuestas y montañas eran tan ásperas, que si no era haciendo de las manos pies, era imposible ir adelante. Más no tardó mucho el consuelo, que aun antes de llegar á Catubig en el mismo camino les dió N. Señor, cual el mismo Padre escribió por estas palabras. Juntáronse una noche tres pueblos en uno,

regocijados sobremanera de nuestra llegada, pensando que fuese de propósito. Díjeles de las cosas de otra vida y de la inmortalidad del alma: que había Dios, y el premio para los cristianos, y el tormento para los que no lo son. Cierto, Padre, que de mucha gente que había allí no juzgara de ninguno que no tenía fe según lo que decían y preguntaban, y lo que se incitaban los unos á los otros al Bautismo: luego trataron de hacer una grande iglesia, y me dieron la lista de toda la gente y de los niños, que hay una infinidad dellos: Dios sabe el dolor que sentí cuando los vía en los brazos de sus madres, pareciéndome como la fruta madura, colgada de su rama, que si el hortelano se descuida, ó robada ó podrida, no escapa.

Con este refresco de consuelo pasó el Padre adelante, atravesando toda la isla de Ibabao hasta el río de Catubig, donde halló que toda la gente estaba ocupada en sus sementeras y así pasó de largo á unas isletas de las adyacentes, en la mar ancha, que habían ya cogido sus arroces, haciendo su asistencia en una dellas llamada Batac, en la cual se juntaron las demás comarcanas á celebrar la Pascua de Navidad y tratar las cosas de su salvación, á vueltas de las cuales fueron impuestas las mujeres en otras de policía y honestidad particularmente en el traje, que por ser gente más bárbara y grosera no le traían tan decente; pero enseñadas se compusieron y cubrieran más modestamente. Tenían para la ida del Padre hecha iglesia y casa, y aún confesionario para las mujeres. Hecho un buen número de cristianos, dió la vuelta al puesto principal, que es Catubig, y á la partida le pidieron estos pobrecicos con instancia, que, ya que se iba no les dejase tan desamparados, sino que enseñase á algún cristiano la forma de bautizarlos en caso de necesidad; y así lo hizo y los dejó con harto dolor de su corazón. Pero de estos dolores, que verdaderamente son más que de parto, pasamos allá muy á menudo, por ser tanta la mies, y tan pocos los operarios. En Catubig eran tantos los bautismos, que temiendo la falta del óleo santo y crisma, llevaba de un lugar á otro el agua bautismal por no hacerla tantas veces.

Entre las conversiones insignes de esta Misión, que llegarían á setecientas, la más señalada y notable fué la de un principal, de sesenta años, muy estimado en aquella tierra. Á este le entretuvo mucho tiempo desamarañando su conciencia de los antiguos robos y tiranías, de que ya he-

mos dicho, y así dió libertad á muchos esclavos, y por otros cargos inciertos ofreció á la iglesia una hermosa casa de tanta capacidad, que con la iglesia, que será de 15 brazas de largo, queda suficiente habitación para los nuestros en ella, y al fin bien dispuesto se le dió el Bautismo. Era gobernador del pueblo, y siendo catecúmeno acudía todas las mañanas á las pláticas de los niños; y á niños y á hombres á todos animaba y exhortaba á las costumbres cristianas, y los reprendía en todo lo que vía contrario á ellas. Diciéndole el Padre se bautizasen todos los de su casa, fué maravillosa la diligencia que en esto puso; llevábalos él mismo á la iglesia, y con razones eficaces les persuadía el santo Bautismo; así quedó gran parte de su casa bautizada, remitiendo para adelante el concluir con todos. Otra conversión no menos señalada y notable fué la que diré. Pasaba acaso un Indio principal de otra isla por un pueblo, donde estaba el Padre. Fuése al hilo de la gente á oirle, y convencióle tanto nuestra santa fé, que no se apartaba punto de los nuestros, haciendo preguntas cerca de su salvación. Cuadróle de manera la instrucción que se le dió, que sin hablar palabra, guardando para sí aquel nuevo secreto de su vocación, se fué á su isla, donde hecho nuevo predicador, persuadiendo á su mujer, hijos y deudos, arrancó de hecho toda su parentela, y se vino donde estaba el Padre á gozar de la luz del evangelio, que aún no había amanecido en aquella su tierra.

Fué en busca de él, llevándole de presente una tortuga, cuya concha para levantarla eran menester dos hombres, por ser monstruosas, de grandes, las que hay por aquellos mares, de que yo he visto y comido algunas. Declaróle muy por menudo todas las cosas de su alma, pidiendo remedio para ellas, con grande distinción y claridad, y olvidándosele algo lo decía con la misma, otro día. Así se fué disponiendo, hasta que dando grandes muestras de su fe, él con toda su casa, mujer, hijos, yernos y criados, que serían todos hasta doce personas, entraron por la puerta del sagrado Bautismo en el rebaño del gran pastor de las almas, Jesucristo Nuestro Señor. Era este hombre de tanto valor, cuanto parecerá por el caso que supimos de él. Poníasele un gran caimán á menudo cerca de su casa, de que él enfadado determinó castigar el atrevimiento de la bestia. Para esto, dejando el medio ordinario que allá tienen de pescarlos con un grande anzuelo, ciego

CAP. LV.—Otras cosas muy particulares sucedidas en Bohol.... 170
CAP. LVI.—El buen proceder de los cristianos de Butuan.... 174
CAP. LVII.—Del número de la gente que se redujo á pueblos en la comarca de Alangalang y del fruto que se hizo en ellos.... 177
CAP. LVIII.—El estado de la cristiandad de Carigara.... 179
CAP. LIX.—Caso notable de tres viejos, que convirtiéndose los dos el tercero, que era ciego, no se quiso convertir.... 181
CAP. LX.—Como iba creciendo la cristiandad de Ogmuc.... 183
CAP. LXI.—De algunos bautismos que se hicieron en Paloc.... 185
CAP. LXII.—Dos mudos que se bautizaron en Dulac y otras cosas singulares de aquella doctrina.... 188
CAP. LXIII.—El aumento y fervor de la cristiandad en Tinagon.... 193
CAP. LXIV.—La pérdida de algunas naos y en ellas de dos Padres de la Compañía.... 198
CAP. LXV.—Llegan á Manila otros nueve de la Compañía libres de un naufragio por intercesión, á lo que piamente se cree, de N. B. P. Ignacio.... 201
CAP. LXVI.—Otras devociones que se acrecentaron en Manila y casos de edificación que en ella sucedieron.... 205
CAP. LXVII.—Otras cosas de edificación de los indios de Manila.... 209
CAP. LXVIII.—El número de cristianos de la doctrina de Tuitay y sus ejercicios.... 211
CAP. LXIX.—La sínodo que celebró el obispo en la ciudad del Santísimo nombre de Jesús y otras cosas sucedidas en ella.... 213
CAP. LXX.—Las muchas conversiones que se hicieron en Bohol.... 216
CAP. LXXI.—La misión que se hizo á Tanay.... 225
CAP. LXXII.—Del fruto que se hizo con otras misiones en las islas de Ibabao.... 230
CAP. LXXIII.—Casos ejemplares de la doctrina de Dulac.... 235
CAP. LXXIV.—Los muchos cristianos que se hicieron en Carigara y su comarca.... 240
CAP. LXXV.—Otros sucesos de la misma residencia de Alangalang y Carigara.... 244
CAP. LXXVI.—La misión de Panamao.... 247
CAP. LXXVII.—Muerte del P. Francisco Almerique y otros sucesos en Manila.... 250
CAP. LXXVIII.—El número de pueblos de la doctrina de Taitay y cómo procedían el año 1602.... 254
CAP. LXXIX.—La nueva residencia de Silán y sus cristianos.... 257
CAP. LXXX.—Del modo de nombrarse de los Filipinos.... 263
CAP. LXXXI.—De la visita que el Reverendísimo de Sebú hizo á Bohol y del fervor y aumento de aquellos cristianos.... 265
CAP. LXXXII.—El aumento de la cristiandad en Catubig.... 268

